

ARCHIVOS

de historia del movimiento obrero y la izquierda

Buenos Aires - Año IV - N° 7 - Septiembre de 2015

Archivos de historia del movimiento obrero y la izquierda es una publicación científica de historia social, política, cultural e intelectual, que tiene como objetivo impulsar la investigación, la revisión y la actualización del conocimiento sobre el movimiento obrero y la izquierda, tanto a nivel nacional como internacional.

Archivos está abierta a aportes científico-académicos de autores de distintas disciplinas sociales, tanto desde una perspectiva marxista como desde otros enfoques que contribuyan a dicho propósito.

Es una publicación semestral, con doble referato externo y anónimo. Las colaboraciones deben ser originales y no estar sometidas simultáneamente a evaluación en ninguna otra publicación. Los artículos firmados no expresan necesariamente la opinión del Comité Editor.

Los resúmenes de los artículos, en castellano y en inglés, se encuentran al final de cada texto.

Archivos es una publicación del Programa de Historia del Movimiento Obrero y la Izquierda (PROHMOI).

La revista se encuentra indexada en el Catálogo de **Latindex** (Sistema Regional de Información en Línea para Revistas Científicas de América Latina, el Caribe, España y Portugal) y en **Clase** (Citas Latinoamericanas en Ciencias Sociales y Humanidades, de la UNAM).

Correo postal: Franklin 822, 2°, (1405) CABA - Argentina

En Internet: www.archivosrevista.com.ar

Correo electrónico: archivosrevistadehistoria@gmail.com

Impreso en Gráfica San Martín - Buenos Aires, Argentina

Diseño de tapa: Fernando Lendoiro

Director y Editor Responsable

Hernán Camarero (Universidad de Buenos Aires - Conicet)

Comité Editor

Cristian Aquino

Universidad de Buenos Aires

Alejandro Belkin

Universidad de Buenos Aires

Hernán Camarero

Universidad de Buenos Aires - Conicet

Laura Caruso

Universidad de Buenos Aires - Conicet

Universidad Nacional de San Martín

Natalia Casola

Universidad de Buenos Aires - Conicet

Diego Ceruso

Universidad de Buenos Aires - Conicet

Hernán Díaz

Universidad de Buenos Aires

Martín Mangiantini

ISP Joaquín V. González - UBA

Antonio Oliva

Universidad Nacional de Rosario

Leandro Molinaro

Universidad de Buenos Aires

Lucas Poy

Universidad de Buenos Aires - Conicet

Alicia Rojo

Universidad de Buenos Aires

Ludmila Scheinkman

Universidad de Buenos Aires - Conicet

Gabriela Scodeller

Universidad de Buenos Aires - Conicet

Paula Varela

Universidad de Buenos Aires - Conicet

Consejo Asesor

- **Marcel van der Linden** (IISH, Amsterdam) • **Bernhard H. Bayerlein** (Centre for Contemporary History Potsdam. *The International Newsletter of Communist Studies*, Alemania) • **Ricardo Melgar Bao** (INAH, México)
- **Daniel James** (Indiana University, Estados Unidos) • **Claudio H.M. Batalha** (Centro de História Social da Cultura, Unicamp, Brasil) • **Reiner Tosstorff** (Johannes Gutenberg. Universität Mainz, Alemania) • **David Mayer** (IISH, Amsterdam) • **Peter D. Thomas** (Brunel University, Londres. *Historical Materialism*, Inglaterra) • **Andréia Galvão** (Arquivo Edgard Leuenroth, Unicamp, Brasil) • **Massimo Modonesi** (Universidad Nacional Autónoma de México) • **Oswaldo Coggiola** (Universidade de São Paulo, Brasil) • **Sebastian Budgen** (*Historical Materialism*, Inglaterra) • **Rodolfo Porrini** (Universidad de la República, Uruguay) • **Olga Ulianova** (USACH. Revista *Izquierdas*, Chile) • **Victor Jefets** (Universidad Estatal de San Petersburgo, Rusia) • **Immanuel Ness** (City University of New York, EE.UU.)
- **Gilles Candar** (Société d'Études Jaurésiennes, Francia).
- **Nicolás Inigo Carrera** (UBA-Conicet. PIMSA) • **Pablo Pozzi** (UBA) • **Eduardo Grüner** (UBA) • **Omar Acha** (UBA-Conicet) • **Alejandro Schneider** (UBA, UN La Plata) • **Agustin Santella** (UBA-Conicet)

Archivos de historia del movimiento obrero y la izquierda
Buenos Aires - Año IV - N° 7 - Septiembre de 2015

Índice

Presentación 5

**Dossier: “Una aproximación desde los estudios de género
al análisis de los trabajadores, el movimiento obrero
y las izquierdas”**

Presentación del dossier
por *Débora d’Antonio y Ludmila Scheinkman* 9

“¿Dónde están los machos?” Sindicalización anarquista, masculina
y femenina, en la industria del dulce (Buenos Aires, 1920-1929)
por *Ludmila Scheinkman*..... 15

Vida sindical y sociabilidades masculinas: los trabajadores
ferroviarios en la Argentina de principios del siglo XX
por *Florencia D’Uva y Silvana A. Palermo* 37

Comunidad obrera, género y políticas asistenciales:
Comodoro Rivadavia, 1922-1932
por *Andrea Andújar* 59

Cocinando la revolución en la ciudad de La Paz, 1927-1946
por *Ivanna Margarucci* 79

Feminismo, diversidad sexual y relaciones sexo-afectivas disidentes.
Apuestas y tensiones en el PST, 1971-1975
por *Catalina Trebisacce y Martín Mangiantini* 101

Artículos

- Bajo la influencia de la Revolución Rusa. La Federación de Agrupaciones Sindicalistas Revolucionarias a través de *La Batalla Sindicalista*, 1920-1923
por *Cristian E. Aquino* 123
- “Vieja” y “nueva” clase obrera en la Patagonia Argentina: del ferrocarril a las industrias subsidiadas por el Estado
por *Gonzalo Pérez Álvarez* 143

Perfiles

- Alberto J. Pla (1926-2008)
El estudio y la divulgación de la historia del movimiento obrero en perspectiva latinoamericana
por *Hernán Camarero y Diego Ceruso* 163

Crítica de libros

- Por el camino del Che. Las guerrillas latinoamericanas 1959-1990* (de Pablo A. Pozzi y Claudio Pérez),
por *Ariel Eidelman* 181
- Historia de una desobediencia. Aborto y feminismo*
(de Mabel Bellucci), por *Antonella Delmonte Allasia* 184
- El POUM y el caso Nin. Una historia abierta* (de Pelai Pagès y Pepe Gutiérrez-Álvarez), por *Matías J. Rubio* 186
- Instrucciones para los autores** 190

Presentación

Tal como se anunciara en el anterior número, los días 11 y 12 de junio de 2015 realizamos las I Jornadas de historia del movimiento obrero y la izquierda. Queremos compartir con nuestros lectores que las mismas se desarrollaron con un gran éxito. El evento sesionó en el voluminoso salón del Centro Cultural Paco Urondo de la Facultad de Filosofía y Letras (FFyL) de la Universidad de Buenos Aires (UBA). Fue impulsado y organizado por la revista *Archivos* y el Programa de Historia del Movimiento Obrero y la Izquierda (PROHMOI). Contó con el aval académico del Consejo Directivo y el Departamento de Historia de la FFyL de la UBA y del Instituto de Historia Argentina y Americana “Dr. Emilio Ravignani” (UBA-Conicet). La actividad se estructuró en cuatro grandes mesas abocadas a una serie de problemáticas que nos parecen fundamentales en nuestro campo de estudios: “Balance sobre los estudios de la clase obrera y la izquierda en la primera mitad del siglo XX”, “Entre la fábrica y el barrio: clase obrera y sectores populares durante el kirchnerismo”, “Izquierda y clase obrera durante los años ’60 y ’70” y “Reflexiones historiográficas sobre la clase obrera y la izquierda en la Argentina”.

En cada uno de los paneles, todos los participantes invitados (profesores e investigadores del Conicet, de la UBA y de diversas universidades públicas del país), expusieron con una calidad y, a la vez, con una voluntad para el intercambio colectivo, que nos parece importante destacar. Intervinieron y se debatieron las ponencias de Andrea Andújar, Agustín Nieto, Lucas Poy, Silvana Palermo, Patricio Geli, Pablo Semán, Victoria Basualdo, Fernando Aizicson, Alberto Bonnet, Paula Varela, María Cristina Tortti, Gabriel Rot, Pablo Ghigliani, Mónica Gordillo, Omar Acha, Alejandro Schneider y Hernán Camarero. Las mesas fueron coordinadas por integrantes de nuestra revista: Laura Caruso, Leandro Molinaro, Martín Mangiantini, Hernán Díaz y Diego Ceruso. Con satisfacción evaluamos que logró reunirse a una parte significativa de los especialistas dedicados a las temáticas en cuestión. Y durante los dos días la asistencia de inscriptos a la actividad (colegas y miembros de la

comunidad académica, estudiantes, militantes) superó las expectativas de todos, acercándose a las 250 personas. El encuentro sirvió para desplegar discusiones centrales acerca de la historia del movimiento obrero y la izquierda, en sus dimensiones empíricas, teóricas, metodológicas y políticas. Esta valiosa experiencia nos impulsa a continuarla con la programación de otras mesas, presentaciones y actividades, así como con la preparación de las II Jornadas de historia del movimiento obrero y la izquierda, que proyectamos realizar en 2017.

En las páginas que siguen los lectores también encontrarán novedades y anuncios acerca de nuestra Colección Archivos. Estudios de historia del movimiento obrero y la izquierda. El plan de edición de libros avanza con nuevos títulos sobre los cuales seguiremos informando, tanto en la propia revista como en Facebook y en nuestra página web: www.archivosrevista.com.ar

Este séptimo número ofrece un dossier titulado “Una aproximación desde los estudios de género al análisis de los trabajadores, el movimiento obrero y las izquierdas”, que ha sido coordinado por una colega investigadora, Débora D’Antonio, de reconocida trayectoria en esta área disciplinar, junto a Ludmila Scheinkman (miembro de nuestro Comité Editor). Reúne cinco trabajos, que desde ángulos, enfoques y objetos de análisis bien diferenciados, ofrecen algunos de los nuevos avances alcanzados en la indagación del mundo de los trabajadores y trabajadoras, del movimiento obrero organizado y de la izquierda a partir de una mirada atenta a la perspectiva de género. En la Presentación redactada por las coordinadoras se contextualizan los aportes de los textos en un marco historiográfico más general. En los artículos libres se brinda un examen de dos problemáticas diferentes, que habían merecido escaso tratamiento hasta el momento: el de Cristian Aquino considera la influencia de la Revolución Rusa en el *sindicalismo revolucionario* de la Argentina durante los inicios de la década de 1920, abordando uno de los periódicos emblemáticos de esa corriente; el de Gonzalo Pérez Álvarez explora las transformaciones de la clase obrera y de las organizaciones gremiales en la Patagonia argentina entre los años 1950-1990. También se retoma la sección “Perfiles”, que Hernán Camarero y Diego Ceruso dedican a la figura del historiador argentino Alberto J. Pla. En el análisis de esta experiencia político-intelectual pueden encontrarse algunas pistas para auscultar la trayectoria de la historiografía obrera del último medio siglo en la Argentina.

DOSSIER:

**Una aproximación desde los
estudios de género al análisis de
los trabajadores, el movimiento
obrero y las izquierdas**

Presentación del dossier

Existe hoy en día en la Argentina una extensa tradición historiográfica abocada al estudio de la clase trabajadora. Si hasta los años 80 hubo contribuciones aisladas en los ámbitos académicos sobre esta temática, en las últimas cuatro décadas las investigaciones se incrementaron constituyendo un vigoroso campo de estudios articulado por nuevas preocupaciones teóricas e históricas. Entre algunas de ellas se destaca el haber llevado al centro del análisis a los sujetos sociales propiciando una revisión sobre las formas de indagar en las estructuras socioeconómicas y materiales. Este cambio, hacia una historia cada vez más social, se produjo en buena medida por la influencia de historiadores británicos como Eric Hobsbawm, Raphael Samuel o Edward P. Thompson, que dieron lugar en los años 60 a la *History from below* (“historia desde abajo”) preocupada por valorar aspectos de la vida de los trabajadores como la cotidianeidad extendida del ámbito laboral a los hogares, las formas de inclusión de estos sectores en la vida barrial o comunitaria, los modos de experimentar el tiempo libre o las distintas sociabilidades colectivas. Poner en foco en el análisis estas experiencias implicó dejar a un lado los relatos que recuperaban la historia de la clase trabajadora a través de sus líderes u obreros más destacados para sumergirse en el trajín de la vida diaria de distintos sujetos. Sin dejar de prestar atención a las formas de protesta y a los repertorios de enfrentamiento con las patronales y el Estado, la clase trabajadora comenzó a ser vista como parte de un proceso histórico en el que ella misma se constituía como tal.¹

1. Estas nuevas perspectivas, al vincularse con los objetos de análisis propios de nuestro contexto de producción, fueron sometidas a reinterpretaciones y pasadas por el tamiz imperfecto de la traducción. Una de estas operaciones intelectuales tuvo especial gravitación y dio lugar al concepto de “sectores populares”. Si bien este se proponía como más flexible, lo central era presentarlo en oposición al concepto de clase de cuño marxista, que tanto arraigo teórico y político había tenido tan solo unas décadas antes (Gutiérrez y Romero, 1995). Dicha perspectiva ha sido ampliamente cuestionada desde posiciones que recuperan la capacidad explicativa del concepto de clase, recepcionando también los planteos de la historia social de los trabajadores (ver, por ejemplo, Camarero, 2007).

En estas reformulaciones que se fueron sucediendo a lo largo del tiempo es donde las corrientes feministas hicieron pie y también aportaron y dinamizaron con nuevos interrogantes las formas de indagar en el pasado. Estos aportes provinieron de diferentes grupos, muchos de los cuales contaban con una fuerte raigambre de militancia política. Este aspecto es significativo porque el desarrollo de los estudios de género estuvo vinculado desde un comienzo con el devenir político y social del movimiento de mujeres que llevó a la confrontación de los saberes estatuidos dentro de los ámbitos universitarios. Fueron justamente las mujeres, que con su agencia social y política lucharon por la consecución de sus derechos, quienes empujaron a la legitimidad a estos estudios. Y a la vez fue desde estas experiencias académicas que en distintas oportunidades se impulsó la lucha por la ampliación de los derechos de las mujeres (Andújar y D'Antonio, 2008).

En una primera etapa estos nuevos encuadres dieron visibilidad a la "otra" parte de la historia, "la historia de las mujeres", y ofrecieron una perspectiva contributiva, al decir de Mary Nash (1991), que tuvo por propósito reconstruir y restituir la presencia y el accionar femenino en diferentes escenarios de la vida pública. Pero este punto de vista se tornó insuficiente, y en poco tiempo las feministas comenzaron a interesarse, más que en dar visibilidad a las mujeres, en el significado de los sexos y del género en el pasado y en la construcción histórica de los mismos (Bock, 1991; Kelly Gadol, 1992).

En términos conceptuales se cuestionaron las bases sexuales opresivas de las sociedades modernas, pensando más en una historia de carácter relacional entre los sexos y los géneros que solamente agregativa. Los nuevos enfoques llevaron al encuentro con nuevos repositorios documentales y sobre todo a la indagación de las fuentes históricas ya existentes pero ahora propulsadas por la lente de las nuevas preguntas. Se revisaron también las periodizaciones hasta allí utilizadas, ya que ellas no consideraban los modos conflictivos de integración de las mujeres a las distintas áreas de la vida social, política y cultural.

En el terreno de las investigaciones sobre la clase trabajadora, que aquí nos ocupa, los estudios de género indagaron primero desde una perspectiva sociológica las discordancias entre varones y mujeres en el ámbito laboral y luego la desigual distribución entre los sexos de los bienes culturales, simbólicos y materiales. Posteriormente otras feministas provenientes de áreas como la antropología, la filosofía o la economía cuestionaron por qué se debía subsumir la experiencia de las mujeres trabajadoras a la de sus compañeros varones, y propusieron analizar el lugar de trabajo de modo generizado, procurando revelar las especificidades que tienen las mujeres trabajadoras y junto a ello la singularidad de sus tareas laborales. Casi como una consecuencia,

esto llevó a darle un especial valor al trabajo doméstico, relacionándolo con el trabajo productivo (Lobato, 2008).

Desde una perspectiva más histórica se buscó estudiar la constitución de las culturas obreras en términos de las experiencias sexuales y de las relaciones de poder que definen a los géneros. Y fue en este marco que las feministas interpelaron también a los historiadores sociales del marxismo británico que, a pesar de hacer una “historia desde abajo”, se seguían mostrando más sensibles a la explotación de clases que a la opresión de género. Como se ha señalado recientemente, ya no sólo se trataba “de restituir a las mujeres a la historia sino de demostrar que las contradicciones de clase asumían formas diversas para mujeres y para varones y que, por tanto, la opresión capitalista no podía ser desmontada sin tener en cuenta estas diferencias y las desigualdades que emanaban de ellas” (Andújar, 2012: 97-98). Es así que los estudios de género fueron muy eficaces a la hora de poner en conexión las relaciones sociales de explotación (que incluían el proceso de formación de la clase trabajadora, las estrategias colectivas de resistencia y de protesta y las organizaciones desarrolladas por los trabajadores) con las identidades y las representaciones sexo-genéricas que de este vínculo emergen en cada contexto histórico. Una lectura que justamente llevó a repensar la mutua constitución generizada del ámbito público y el privado, mostrándolos mucho más conectados que escindidos, y a integrar la actividad creativa de las mujeres por fuera del orden doméstico tanto en las distintas formas que asumió la protesta como, en consecuencia, en la ampliación de sus propios derechos. Otro paso en la genealogía de estos estudios fue colocar en entredicho a las masculinidades obreras como unívocas, detectando tensiones y disputas en ellas y en sus representaciones.

En el escenario académico local, tras el desembarco de la historia de las mujeres al finalizar la última dictadura militar y con la decisiva incorporación, desde 1990, de la categoría de género,² se produjeron, desde nuestro punto de vista, hendiduras significativas en el conocimiento histórico en general y en la historia de la clase trabajadora en

2. Las primeras incursiones en torno a la Historia femenina en nuestro país fueron tributarias de dos vertientes: la crisis de la historia social, que resistiendo los embates del llamado posmodernismo adoptaba objetos propios de la historia cultural; y las proyecciones del feminismo y su vigorosa producción intelectual en las décadas de 1970 a 1990 (Barrancos, 2005). Bajo estos influjos, comenzó a abrirse paso una primera historia de las mujeres que buscó recuperar los perfiles de mujeres destacadas. La incorporación de la categoría de género, que con el influyente trabajo de Joan Scott de 1986 se estableció como un concepto útil para el análisis histórico en tanto “elemento constitutivo de las relaciones sociales basadas en las diferencias que distinguen los sexos” y “forma primaria de relaciones significantes de poder” (Scott, 1999), permitió complejizar los primeros abordajes (Halperin y Acha, 2000).

particular, al cuestionar una universalidad enfocada en las prácticas políticas, sociales y culturales de los varones. Se podría decir que la perspectiva de género, los análisis de la condición femenina y los exámenes acerca de la sexualidad poseen ya cierta legitimidad en las ciencias sociales. No obstante esto, sería un error afirmar que el género ha sido incorporado amplia y rotundamente en los análisis e interpretaciones académicos. La renovada historia social, por ejemplo, no se ha conmovido por la evidencia crítica de la utilización en el análisis de categorías asexuadas como las de trabajador, ciudadano o sectores populares ni por los mecanismos en los que el género no solo construye relaciones sociales desiguales y opresivas sino que legitima sus significados.

Esto es así a pesar de que, como ha señalado Dora Barrancos, la historiografía de las mujeres en la Argentina tiene una fuerte cobertura temporal, y si bien inicialmente se concentró en las últimas décadas del siglo XIX y comienzos del XX, hoy en día ha llevado adelante un repaso amplio de temas como la acción del movimiento de mujeres y del movimiento feminista, la figura de Eva Perón y de las mujeres peronistas, la prostitución y la condición femenina centrada en los temas de la salud, la familia y la educación. A lo que se suman las problemáticas vinculadas con la ciudadanía, la participación de las mujeres en la vida política de los años 60 y 70, y la cultura de los sectores populares y el mercado de trabajo en distintos momentos históricos (Pita, 1998; Barrancos, 2005).

Esto nos lleva a destacar el importante abordaje que desde los comienzos de estos estudios recibió el mundo laboral con sus mujeres trabajadoras (sobre todo las de ciertas ramas industriales y de servicios como textiles, frigoríficos, telefonía, industria pesquera y magisterio), el papel de las militantes de izquierdas y sus vínculos y tensiones con el feminismo. Y no sería desacertado afirmar que de conjunto el “mundo del trabajo” fue uno de los tópicos centrales de esta historiografía que lleva ya más de tres décadas de desarrollo. Vale señalar también que estrechos vínculos ligan a la historiografía feminista, de las mujeres y de género con las reflexiones sobre la izquierda y el movimiento obrero.

En un estado de la cuestión, Mirta Zaida Lobato señalaba que los estudios de mujeres, feministas y de género expandieron nuestro conocimiento sobre el mundo del trabajo, la organización de las empresas, las tecnologías, las calificaciones y los salarios, pero también de las organizaciones sindicales, los estereotipos culturales de empresarios y líderes sindicales y el papel del Estado a través de la legislación, las instituciones, la justicia y las ideas (Lobato, 2008).

Trazar un panorama del estado actual de la historiografía que, con un enfoque desde el género, aborda el movimiento obrero implica reconocer, entonces, por un lado, la presencia de trabajos que vuelven su mirada sobre tópicos tradicionales de la historiografía del movimiento obrero

tales como lugares de trabajo, conflictos, huelgas o sindicatos, pero con nuevas preguntas y objetivos. Es el caso en este dossier de los artículos que exploran la vida sindical y la de los partidos políticos, como el de Silvana Palermo y Florencia D'Uva sobre los trabajadores ferroviarios a comienzos del siglo XX, el de Ludmila Scheinkman sobre los anarquistas del gremio del dulce en la década del 20, o el de Catalina Trebisacce y Martín Mangiantini sobre el Partido Socialista de los Trabajadores entre los años 1971 y 1975, pensando ahora en las tensiones o confluencias de las identidades genéricas con las sindicales. Pero también las mujeres y sus luchas, que han sido tradicionalmente un objeto característico de indagación de esta historiografía, siguen presentes en los artículos de Ivanna Margarucci sobre la Federación Obrera Femenina de La Paz (Bolivia) entre 1927 y 1965 o en las reflexiones sobre la agencia de las trabajadoras del artículo de Andrea Andújar sobre la comunidad obrera de Yacimientos Petrolíferos Fiscales en Comodoro Rivadavia entre 1922 y 1932.

Algunos de estos artículos buscan explorar también en el ámbito "privado", el tiempo libre, las formas del ocio y la vida familiar, como para desde allí (desde la historia social y cultural) volver a reponer la historia sindical e incluso política de estos sectores. Esta última reaparece en el concepto de comunidades laborales revisado por Andrea Andújar o el de las sociabilidades analizadas por Silvana Palermo y Florencia D'Uva.

En este dossier hablar de género ya no equivale a hablar de mujeres, ni tan sólo de las relaciones de éstas con los varones: actualmente se indaga en las construcciones de la masculinidad, entendiendo que los varones también son sujetos generizados tal como aparecen en los artículos sobre los trabajadores ferroviarios, petroleros y del dulce ya mencionados. A su vez, han pisado fuerte en la disciplina los estudios "interseccionales", que articulan las subjetividades e identidades a la clase social y al género (presentes en todos estos artículos), con otras dimensiones como la nacionalidad, la raza o la etnicidad (Margarucci), las diferencias de cualificación (Scheinkman), la generación o grupo etario, y tímidamente, la sexualidad.

Hay, en este movimiento interseccional, que sale de las mujeres para mirar a los varones, la familia, la generación, la racialidad, un reconocimiento de que el género así como presenta un gran potencial explicativo debe enlazarse con otras dimensiones analíticas. Mientras que los trabajos desde el género buscan indagar en un mundo laboral dividido en clases sociales pero atravesado por concepciones de la masculinidad y la feminidad, otras dimensiones como la raza y la etnicidad, la sexualidad, las diferencias etarias, las cualificaciones o los vínculos sociales y comunitarios complejizan y profundizan nuestro conocimiento histórico de la clase trabajadora, del movimiento obrero y también de

las izquierdas. De conjunto en esta nueva etapa de esta historiografía, el mundo del trabajo aparece enmarañado en una arena de disputas, tensiones y solidaridades que lo vuelven más rico en el análisis.

Bibliografía

- Andújar, Andrea (2012), "El Género de la Historia: aportes y desafíos para el estudio del pasado", en Cristina Viano (ed.) *Miradas sobre la Historia. Fragmentos de un recorrido*, Rosario: Prohistoria ediciones, pp. 87-102.
- y Débora D'Antonio (2008), "Balances y desafíos de los estudios de género", en *Jornadas de Reflexión "Octubre un mes para pensar la historia"*, Filosofía y Letras, UBA, mimeo, pp. 1-9.
- Barrancos, Dora (2005), "Historia, historiografía y género: notas para la memoria de sus vínculos en la Argentina", *La Aljaba*, n° 9, pp. 49-72.
- Bock, Gisela, (1991), "La historia de las mujeres y la historia del género: aspectos de un debate internacional", *Historia Social*, n° 9, Valencia, UNED, pp. 55-78.
- Camarero, Hernán (2007), "Consideraciones sobre la historia social de la Argentina urbana en las décadas de 1920 y 1930: clase obrera y sectores populares", *Nuevo Topo*, n° 4, pp. 35-60.
- Gutiérrez, Leandro y Luis Alberto Romero (1995), *Sectores populares, cultura y política. Buenos Aires en la entreguerra*, Buenos Aires: Sudamericana.
- Halperin, Paula y Omar Acha (2000), "Prólogo: Historia de las mujeres e historia de género", en Paula Halperin y Omar Acha (comps.), *Cuerpos, géneros e identidades: estudios de historia de género en Argentina*, Buenos Aires: Ediciones del Signo, pp. 9-28.
- Kelly Gadol, Joan, (1992), "La relación social entre los sexos: implicaciones metodológicas de la historia de las mujeres", en Carmen Ramos Escandón (comp.), *Género e historia*. México, Universidad Nacional Autónoma de México, pp. 123-141.
- Lobato, Mirta Zaida (2008), "Trabajo, cultura y poder: dilemas historiográficos y estudios de género en la Argentina", en AA.VV., *Historias con mujeres: mujeres con historia*. Facultad de Filosofía y Letras, Universidad de Buenos Aires, CD-ROM.
- Nash, Mary (1991), "Dos décadas de historia de las mujeres: una reconsideración", *Historia Social*, N° 20, Valencia, UNED, pp.137-161.
- Pita, Valeria Silvina (1998), "Estudios de género e historia: situación y perspectivas", *Mora, Revista del Instituto Interdisciplinario de Estudios de Género*, n° 4, Buenos Aires, pp. 72-82.
- Scott, Joan W. (1999), "El género: una categoría útil para el análisis histórico", en Catherine R. Stimpson y Marysa Navarro (eds.), *Sexualidad, género y roles sexuales*, Buenos Aires: FCE, pp. 37-76.

Débora D'Antonio y Ludmila Scheinkman

“¿Dónde están los machos?”

Sindicalización anarquista, masculina y femenina, en la industria del dulce (Buenos Aires, 1920-1929)

Ludmila Scheinkman

IEEGE-UBA/Conicet
ludsch@gmail.com

“Es tanta la inconsciencia y la falta de hombría que se nota entre nuestras filas...”, se quejaba amargamente el militante ácrata Manuel Durán, al reconocer que en su gremio, la Sociedad Obreros en Dulce Unidos, faltaba “cohesión”, “energía”, “acción” y “firmeza” para exigir a los patrones condiciones de trabajo más humanas y una jornada laboral de ocho horas. Por eso no dudaba, el viril y comprometido anarquista, en blandir “el látigo de la crítica y repartir unos cuantos fustazos sobre las espaldas de los rémoras de hoy”, que “más que hombres conscientes” parecían “muertos que caminan”.¹

El activista sindical, en una peculiar elección de palabras, no dudaba en asociar la consciencia y el compromiso militante en el gremio con cualidades de hombría y virilidad propias del universo masculino. Y a la inversa, la falta de fuerzas, de compromiso y de consciencia de clase, con la pasividad y la falta de hombría, caracteres estos que se asocian a ese “otro” de la masculinidad, es decir, al universo femenino.

Sin embargo, estas afirmaciones –que se repitieron asiduamente en el periódico– se tornan más significativas si atendemos a algunas de las características de los oficios nucleados por la organización en cuestión. Las industrias comprendidas en la producción de dulces (fábricas de galletitas, chocolates, bombones, dulces y afines), incluidas en la rama alimenticia que ya tenía una alta participación femenina (Lobato, 2007: 37-57), se feminizaron fuertemente en la coyuntura crítica de fines de la década del 10 y tempranos años 20, al ritmo de la mecanización, llegando incluso, en la década del 30, a constituir la mayoría de la fuerza de trabajo. Del 7,3% de los trabajadores en 1904, al 9,6% en 1909, elevándose al 21,6% en 1914, entre esa fecha y 1935 las mujeres

1. Manuel Durán, “De actualidad”, *El Obrero en Dulce (EOD)*, n°5, septiembre de 1920.

llegaron a constituir el 50,3% de la fuerza de trabajo en estas fábricas (Scheinkman, 2013).

A la luz de estos datos cobra toda su relevancia que las referencias y los llamados a la unidad y la organización realizados por los militantes más comprometidos del gremio se construyeran casi sin solución de continuidad en un registro excluyentemente masculino. Este trabajo se propone dar cuenta de algunas de las tensiones en la construcción de las identidades militantes en clave de géneros, en el marco de una experiencia de sindicalización particular: la de las obreras y obreros del dulce durante la década del 20 en la ciudad de Buenos Aires, a partir del análisis de *El Obrero en Dulce*, el periódico de la organización gremial, inscrita dentro de la corriente del anarquismo.²

El período abordado por este artículo comienza luego del momento de máximo auge del gremio del dulce, en que numerosos conflictos huelguísticos estallaron en todas las casas del rubro (1918-1920). En febrero de 1919, como parte de este proceso, el Sindicato de Obreros en Dulce de tendencia ácrata, que se reorganizó y creció enormemente durante las grandes huelgas, se incorporó a la sociedad Unión Confiteros (UC) como una sección de la misma, aunque con organización y finanzas propias. En este periodo de conflictividad el gremio alcanzó su máxima expansión, llegando a contar en noviembre de 1919 con 1.086 cotizantes. De éstos, 973 pertenecían al sindicato del dulce, y 436 (44%) eran mujeres (agrupadas junto a un pequeño porcentaje de menores que no es posible discriminar). A comienzos de 1920 ambos sindicatos se fusionaron, y en asamblea el 16 de abril de 1920 adoptaron la denominación “Sociedad Obreros en Dulce Unidos”, lanzando el nuevo periódico, donde se manifestó la hegemonía ácrata, conquistada al calor de las grandes luchas del periodo anterior.

Entre 1920, en que los anarquistas asumieron la conducción, y 1929, último ejemplar disponible del periódico, el gremio experimentó un proceso de profundo retroceso plasmado en la salida irregular del periódico y en el descenso en la cantidad de socios. Este retroceso general en la afiliación fue mucho más agudo entre su componente femenino. Las mujeres, que se acercaron al gremio en el momento álgido de las huelgas, lo habían abandonado masivamente hacia 1922, cuando de las 436 (44%) iniciales, solo quedaban unas 90 (15%). En enero de 1926

2. Se han conservado 18 ejemplares del periódico, editado en Buenos Aires, gracias al celo coleccionista de Max Nettleau. Agradezco el acceso a este material, parte de la colección Latin American Anarchist and Labour Periodicals (1880-1940), del International Institute of Social History (IISH), Amsterdam, a Lady Giselle Heidenreich y al Archivo Edgard Leuenroth (Unicamp). Hay disponible una copia en el Cedinci.

(última fecha de la que disponemos balances detallados), sólo cotizaban 106 varones adultos.³

Son varios los factores que contribuyen a explicar el retroceso general del gremio ácrata en este periodo. Al contexto de reflujo en el movimiento obrero debemos sumar la situación particular del anarquismo, atravesado por profundos debates internos que impactaron en la política gremial, y particularmente a las decisiones en este terreno adoptadas por la FORA V, con la que se alinearon los anarquistas del dulce. Sin embargo, en este artículo nos concentraremos en uno de los aspectos de este retroceso, el de la abrumadora pérdida del componente femenino del gremio. Si bien las mujeres tuvieron gran participación en los movimientos huelguísticos y se sumaron al sindicato en momentos de conflictividad, cuando ésta decayó lo abandonaron. En ese sentido creemos que este éxodo femenino excede con mucho, por su agudeza, a la situación general de reflujo, y como tal obedece a causas específicas de la dinámica gremial interna. Por ello nos concentraremos en el análisis de su particular construcción identitaria, que redundó en una política reactiva hacia las mujeres.

Numerosos trabajos han explorado los posicionamientos ideológicos y doctrinarios del anarquismo sobre la “cuestión sexual” y femenina (Barrancos, 1990; Bellucci, 1990; Fernández Cordero, 2012; Ledesma Prietto, 2012). Estos han señalado las ambivalencias, tensiones y contradicciones en el discurso libertario sobre la mujer, la familia y la sexualidad: disruptivo al poner en discusión la sexualidad, la subsumió sin embargo a lo “natural”, a patrones de “normalidad”, patologización, condenando lo carnal y otorgando a la mujer un papel sexual pasivo. Del mismo modo, su “contrafeminismo” se construyó desde una óptica masculina y paternalista, que apelaba a las mujeres en tanto “mediadoras” o “acompañantes”.⁴ El aliento a la participación femenina en la lucha social (virtualmente ausente en *EOD*), se hizo negando la especificidad de la opresión femenina (Barrancos, 1990: 232-294). Los trabajos sobre las iniciativas políticas y periodísticas de las mujeres ácratas también han señalado que si ellas encontraron en el anarquismo el espacio para una voz propia, se toparon con resistencias y hubo ciertamente posiciones

3. Hemos reconstruido estos datos a partir de la información –siempre incompleta– de las cotizaciones, aparecida en *UC* (enero de 1920) y *EOD* (todos los ejemplares disponibles). La carta orgánica del sindicato de obreros en dulce establecía una cuota mensual de \$1 para los varones adultos, y de \$0,50 para las mujeres y los menores de 16 años. “Reglamento – Carta orgánica del Sindicato de obreros en dulce afiliado al sindicato”, *UC*, febrero de 1919.

4. Si bien adherían a la idea de una utopía igualitaria, mantenían concepciones conservadoras de las mujeres en términos de minoridad, atraso y cuasi esclavitud, resaltando su rol “natural” como madres.

contrarias y hostiles (Barrancos, 1996b; Ansolabehere, 2000; Lobato, 2000; Vasallo, 2007; Fernández Cordero, 2012; Norando y Scheinkman, 2012). Esto llevó a Dora Barrancos a afirmar que, hasta fines de la década del 20, “el feminismo anarquista parece localizarse «atrás» de la marcha emprendida por burgueses y reformistas” (1990: 294). Nuestro trabajo dialoga con esta bibliografía y se vincula también con el incipiente campo de trabajos sobre las masculinidades de los trabajadores (Archetti, 1998; Palermo, 2007; Gutiérrez, 2013; Klubock, 1992, 1998), y de modo general con aquellos autores que han atendido al papel de las mujeres en las organizaciones políticas de izquierda (Lobato, 2007; Nari, 2004; Valobra, 2015; entre otras).

Nos proponemos mostrar aquí que la identidad del obrero en dulce se construyó sobre bases masculinas, pero no vinculadas a la figura del varón proveedor, sino ligadas a la hembra, la virilidad, el “ser machos” y “hombres de verdad”, construyendo para ello en oposición la figura de los “impotentes”, los “eunucos” y los muertos que caminan. Una construcción que enraizaba en y reforzaba la norma heterosexual imperante, donde la masculinidad operó como lenguaje de la dominación, y la otredad de lo femenino funcionó como fantasma, invisibilizado. Nos interesa reconstruir las tensiones y conflictos entre la ideología libertaria masculina y la experiencia concreta de construcción gremial en espacios laborales en los que la presencia femenina se estaba tornando determinante; y los límites que dicha apelación, reactiva hacia las mujeres, planteó para la viabilidad del proyecto sindical en un contexto de profunda crisis del anarquismo forista (Anapios, 2011).

En primer lugar, trazaremos un breve recorrido por el desarrollo del gremio y los problemas que enfrentó, para luego introducirnos en la problemática construcción de la identidad gremial masculina. Por último, ahondaremos en el lugar de las mujeres, tanto en el periódico como en la construcción sindical. Basaremos nuestro trabajo en el análisis de *EOD*, el vocero con el que desde 1920 los militantes del sindicato se expresaron, comunicaron y emprendieron la labor gremial. El análisis de este documento nos permite indagar profundamente en los avatares de la construcción sindical que no encontraron un lugar en diarios como *La Protesta* o *La Vanguardia*.

La Sociedad Obreros en Dulce Unidos y los problemas de la unificación gremial

No fue una tarea sencilla para los militantes ácratas consolidar el sindicato del dulce. La Sociedad Obreros en Dulce Unidos se conformó en 1920 a partir de la unificación de las dos sociedades que nucleaban a los trabajadores del dulce: la sociedad de Confiteros, socialista y afiliada a

la FORA IX, y la Sociedad de Obreros en Dulce, de tendencia anarquista. Durante más de una década los militantes socialistas habían tratado de impulsar una unificación de los productores de dulces a partir del sindicato de confiteros, tratando de incluir también a los trabajadores fabriles. Pero la unificación recién logró fraguar al calor de las grandes huelgas que experimentaron las fábricas del rubro entre 1918 y 1920.

El sindicato se componía tanto de trabajadores de confiterías como de fábricas. A partir de las grandes huelgas de 1918 y 1919, se pobló de obreras fabriles, quienes tuvieron una importante participación en los conflictos. Estas llegaron a constituir, en el momento álgido de las huelgas (octubre y noviembre de 1919), el 44% de los afiliados del sindicato del dulce, junto a un pequeño porcentaje de menores que no es posible discriminar. Como vimos, el componente femenino del gremio decreció a un 15% en 1922, para desaparecer en 1926. Dicho año se mencionaba que la delegada y las “compañeritas” de la fábrica La Perfección habían rechazado en asamblea seguir cotizando al sindicato, y en 1929 el periódico aún lo lamentaba.⁵ El componente femenino del gremio aumentó en los momentos de conflictos, pero decreció en los momentos de calma, y no encontró un espacio institucional para expresarse ni en la conducción del mismo, ni en el periódico.

El primer número de la publicación del gremio, *EOD*, apareció el 1 de mayo de 1920 y levantaba las banderas del comunismo anárquico. Sin embargo, hasta 1922 el gremio no se afilió a ninguna federación obrera, una clara concesión de la militancia ácrata en favor de la unidad con sindicalistas y socialistas. La salida del periódico se propuso mensual, periodicidad que respetó en sus tres primeros años. En 1922 se incorporó a la FORA del V Congreso, y a partir de 1923 sufrió importantes modificaciones, profundizándose un lento declive en las afiliaciones, particularmente visible en el retroceso de la composición femenina en el gremio. Los congresos anarquistas de 1923 de la Federación Obrera Local Bonaerense y la Federación Obrera Provincial de Buenos Aires, en los que se combatió acerbamente la llamada “organización por industria”, y el IX Congreso de la FORA V, que rechazó la posibilidad constituir federaciones regionales de oficios, impactaron de forma negativa en la organización. A partir de 1924 la publicación se hizo efímera e irregular, con uno, dos o tres ejemplares al año, evidencia de la difícil situación organizacional y financiera que atravesó. Los últimos números, casi ilegibles, son de 1929; si bien el gremio continuó su dificultosa existencia, atravesó una profunda crisis, y desconocemos las derivas de la publicación.

5. “Nuestra vida gremial. En la fábrica La Progresista”, *EOD*, marzo de 1926; “Nuestro movimiento en la capital. La Progresista”, *EOD*, noviembre de 1929.

Como dijimos, la unificación de las sociedades en 1920 se había dado de forma tardía, luego de las grandes huelgas de 1918-1920. Con la excepción de este extraordinario momento de actividad y participación, en el que la presencia femenina en los conflictos fue central, no se trató de un gremio destacado por su magnitud, nivel de organización o actividad huelguística. Un sentimiento de “inferioridad” por “el estado desastroso del gremio”⁶ puede advertirse como un rasgo distintivo a lo largo de la prensa. Así se señalaba en sus páginas: “Los obreros en dulce, como revolucionarios, no somos, digamos, un gremio en el que valga la pena fijar la atención. Sus luchas no trascienden de su propio círculo. Y si alguna ha trascendido, no habrá sido más que para demostrar un pequeño entusiasmo”.⁷

En efecto, para propios y ajenos, no se trataba de una experiencia de sindicalización particularmente exitosa. Esta situación era la que se habían propuesto revertir los militantes del gremio por medio de la unificación. El trabajo de construir la organización sindical implicaba lograr aunar a los trabajadores en base a aquellos criterios que los unificaban en términos de intereses comunes como trabajadores del dulce y productores, frente a los “otros”, los patrones, “viles explotadores” que vivían de su trabajo.⁸ Por lo tanto las referencias y los llamados a la unidad fueron centrales en el periódico.

Entre los múltiples clivajes que dividieron a los trabajadores, las diferencias de cualificación y jerarquía fueron las más claramente percibidas y cuestionadas. Sin embargo, no fueron las únicas. La construcción de la identidad militante de estos obreros fue racializada, y la figura del militante consciente inmigrante o descendiente de inmigrantes blanco, se contrapuso a la de los “nativos” pasivos y oprimidos, caracterizados como “pobre gente”, a la que “desde niños ya les enseñan a ser esclavos”.⁹

Sin embargo, de entre los factores que atentaban contra la unidad, aquellos referidos a diferencias de oficio, “arte” y calificación fueron percibidos agudamente ya que el gremio reunía tanto a trabajadores artesanales de confiterías como a operarios de fábricas. Sobre todo en algunas grandes y afamadas confiterías como Las Violetas, El Molino o La Perla del Once, entraban en juego fuertemente las calificaciones de los “confiteros finos”, por debajo de los cuales existía toda una gama de trabajadores menos cualificados. La tensión entre estos y con los

6. EBRO, “Nuestro estado actual”, *EOD*, agosto de 1920.

7. “Nosotros. En Buenos Aires”, *EOD*, junio de 1922.

8. Las apelaciones a la unidad y la organización, así como la contraposición con los patrones fueron rasgos comunes en la prensa gremial de la época (Lobato, 2009: 111-117, 157-164).

9. “De tierra adentro. Un día libre”, *EOD*, julio de 1921.

obreros fabriles fue permanente. Como señalaban en la redacción del periódico, “el elemento más refractario a la marcha hacia el porvenir, es el de las confiterías”,¹⁰ y en ellas, los “confiteros «finos»”: los “maestros” percibían mejores salarios y se sentían más cercanos a las patronales. Según denunciaba el periódico, “los capataces y oficiales de las tres o cuatro confiterías que representan la flor y la nata de la industria” eran “krumiros” y carneros.¹¹

Las diferencias jerárquicas en los talleres o fábricas también tenían un papel. Por ejemplo, en la Productora Americana se denunciaba el “oportunismo” de capataces y oficiales, que habían firmado un acuerdo con el patrón tras un conflicto, traicionando a los obreros rasos.

Compañeros, qué gran bajeza habéis cometido en firmar ese indigno papelucho, habéis querido distinguiros en la clase obrera, privilegiándoos una fracción, y olvidando a los demás, que tienen los mismos derechos que vosotros, en la vida, no solamente los técnicos tienen estómagos que alimentar y hogares que mantener, también los peones, aprendices, ayudantes y medios oficiales.¹²

Algunos trabajadores proponían acercamientos o intentos de “ganar” a los capataces y confiteros finos al gremio.¹³ Pero el conflicto fue permanente.

Frente a la situación de debilidad del gremio y a las múltiples divisiones que lo aquejaron, los trabajadores organizados realizaron intensas apelaciones a la unidad. La unificación del sindicato fue un intento por superar las divisiones políticas que fraccionaron a los trabajadores del dulce. Pero también trataban de superar las diferencias de cualificación y jerarquía, y “todas estas divisiones de compañeros, que debido a su negligencia son los más explotados”, demostrando “con hechos prácticos, las ventajas que les puede reportar estar unidos”.¹⁴ Ahora bien, los llamados a la unidad se cimentaron sobre una construcción identitaria singular, anclada en la masculinidad, que pasaremos a explorar a continuación.

10. “Del ambiente nuestro. Confiteros finos”, *EOD*, julio de 1922.

11. “Notas breves. Nuestros héroes”, *EOD*, agosto de 1921.

12. “Productora Americana. Oportunismo”, *EOD*, julio de 1921.

13. Ver por ejemplo la nota de Gregorio Alvarez, “Mi modo de ver o pensar”, *EOD*, octubre de 1920.

14. Isidoro Ayala, “Nuestro deber”, *EOD*, agosto de 1920.

Nosotros y los otros: machos viriles y eunucos castrados

La clave sobre la que se apoyaron los llamados a los trabajadores a unificarse, sumarse y construir el gremio fue la construcción de una identidad eminentemente masculina y atravesada por una fuerte connotación sexual. No fue peculiar de este gremio que el ámbito sindical se constituyera como un espacio de varones, asociado a ciertos valores de “masculinidad” (Lobato, 2000; Palermo, 2007; Klubock, 1992, 1998). Pero los valores en juego y, sobre todo, el virulento componente “viril” y sexual que incorporaron los obreros del dulce fueron características distintivas del mismo.

El grueso de las notas del periódico fueron escritas por varones, y se dirigían hacia otros varones, quienes eran a su vez los destinatarios mayoritarios del mismo. Mirta Zaida Lobato ha señalado la importancia del nombre en los periódicos obreros para construir una identificación y afianzar la identidad del grupo (Lobato, 2009: 68-71), y el propio nombre del periódico recalca que le hablaban a *EL Obrero EN Dulce*: singular, masculino, varón. Fue sumamente frecuente en la época que las prensas gremiales se titularan en términos masculinos referidos a la profesión (Lobato, 2009: 209-243). Siendo la producción de alimentos una tarea atribuida a las mujeres por la división sexual del trabajo imperante (Nari, 2004; Lobato, 2007), y más aun tratándose de la producción de dulces, confites y chocolates, dirigidos fundamentalmente a mujeres y niños, estas industrias estaban fuertemente feminizadas (Scheinkman, 2013), pero ya desde el mismo nombre el periódico se construyó en oposición a dicha feminización.

No sólo las colaboraciones femeninas escaseaban, sino que a menudo se ponía en evidencia que cuando hablaban a “los obreros”, cuando los instaban a “ser hombres”, no estaban empleando un plural universal e inclusivo, ni “hombre” era sinónimo de “humanidad” toda. Por el contrario, ser obrero y ser hombre equivalía a ser varón. Esto puede apreciarse claramente en distintas expresiones que pueblan sus páginas, como la que transcribimos: “El obrero que habiendo despertado del letargo [...] ve la miseria que impera en el hogar, ve a su prole desnuda y raquítica, a su compañera decaída y anémica, él, cansado y reumático [...] pide un poco más de pan para su familia, y un poco de libertad para él”.¹⁵ Claramente, le hablaban a los varones. En este caso, al varón proveedor y padre de familia, que con su salario debía sostener a su mujer y a sus hijos, por los cuales luchaba y se organizaba.

Sin embargo, a diferencia de lo ocurrido con otros colectivos profesionales como los ferroviarios (Palermo, 2007), el rol proveedor no fue

15. Albino Diez, “¿Para qué estamos organizados?”, *EOD*, septiembre de 1920.

un eje unívoco ni central de construcción de la masculinidad en este gremio. Las masculinidades, múltiples y en pugna, fueron producidas y negociadas desde las páginas del periódico (Archetti, 1998: 292). Donde más notorias se hicieron las disidencias entre los distintos colaboradores fue en la representación del varón en la familia. Mientras que algunos argumentaban en torno a la figura del varón que trabajaba y luchaba por su compañera e hijos, otros señalaban por el contrario que era por culpa del matrimonio que los obreros tomaban los puestos mejor remunerados de capataces, dejaban la lucha y traicionaban al gremio;

Porque formó el hombre un matrimonio tan descompaginado, que tiene que dar gusto a su nueva señora, la cual es tan caprichosa, tan poco humanitaria y tan celosa que no lo deja un momento tranquilo; y este es el motivo que el compañero recién casado [...] se abandone de la sociedad.¹⁶

En un artículo el militante José Martínez García era más extremo aún en su denuncia al matrimonio, y a los compañeros que se valían de sus mujeres e hijos como excusas para evitar la lucha que podía poner en riesgo sus trabajos. “He observado que son muchos”, decía, “los que echan la pesada carga de sus culpas por traición, o abstención de la lucha, sobre los inocentes niños a quienes tanto dicen amar [...]. El resguardo entre faldas y pañales, es un argumento cómodo, pero que no me convence”. En lugar de emplear la defensa del hogar obrero y la figura del “varón proveedor” como argumento para la lucha por mejores condiciones de trabajo, este escritor destrozaba esa figura, y llamaba a los trabajadores a permanecer solteros, y a las mujeres, a la huelga de vientres.¹⁷

El hecho de que gran cantidad de los trabajadores de estas industrias fueran mujeres, debilitaba el potencial unificador de la figura del varón proveedor y padre de familia. El trabajo femenino desnudaba que los varones no eran los proveedores únicos de los hogares proletarios. La figura del varón proveedor no fue central, y las claves de la masculinidad se construyeron sobre otros valores vinculados a las masculinidades vigentes en la época, y a ideologías del anarquismo local. La “hombria”, la “energía”, la “fuerza”, la “potencia” y la “virilidad”, eran alternativamente características que debía adoptar el sindicato, y caracteres asociados a los obreros conscientes que lo construían. La consciencia, valor recuperado por el anarquismo (Barrancos, 1996a,

16. Gregorio Álvarez, “Mi modo de ver o pensar”, *EOD*, 10/1920.

17. José Martínez García, “El apego a la miseria. Los casados”, *EOD*, junio de 1922. Esto se vincula con los llamados anarquistas a la participación femenina, que buscaban evitar que ellas desviarán a los varones de la acción y la militancia.

1990; Suriano, 2001; Lobato, 2009: 45-52), se hallaba aquí vinculada a características masculinas. Para construir un gremio “fuerte y potente”, “tenemos los obreros el deber de ir con tesón y energía, capacitándonos inteligentemente para la lucha de clases. Los [...] más capacitados o conscientes”¹⁸ debían “ilustrar” y ganar a la lucha a sus compañeros. Para “ser hombres”, era necesario formarse e ilustrarse, “forjarse al calor de las ideas”. Así, la hombría se asociaba a la fuerza pero también a la ilustración, la razón y la consciencia, que caracterizaban a la “minoría de obreros conscientes” de los sindicatos.¹⁹

El rol educativo y pedagógico fue fundamental para el gremio, preocupado por instruir, iluminar y despertar a los trabajadores: un obrero consciente era aquel que iba a construir una organización viril y fuerte. No escaseaban en el periódico citas de William Shakespeare, Émile Zola u Oscar Wilde y referencias a clásicos de la literatura europea como el Quijote, divulgaciones científicas y referencias a figuras como Galileo Galilei, Giordano Bruno o Jan Hus. No faltaban tampoco homenajes a Francisco Ferrer y la Escuela Moderna. Se publicaban artículos teóricos y doctrinarios, poemas de Ghiraldo y en la sede del local social funcionaba una biblioteca. A su vez, realizaban conferencias y puestas en escena de obras teatrales como *Los muertos* (1905) de Florencio Sánchez.²⁰

Esta obra teatral fue de gran importancia: fue empleada para adoctrinar en el sentido de la masculinidad hegemónica, para ayudar a que los obreros se hicieran fuertes frente a los embates de la patronal. Es de relevancia tanto para el análisis que desarrollamos aquí, como para los mismos redactores y colaboradores del periódico, que la citaron profusamente. Lisandro, el personaje principal del montaje de Florencio Sánchez, era un “hombre sin carácter”, es decir, un “muerto que camina”, muerto en vida. Padre de familia entregado a la bebida y el vicio, había perdido su empleo, a su mujer (que lo abandonó por otro hombre), y a sus hijos. Es decir, era el fracaso de la masculinidad y la negación del varón proveedor, entregado a vicios y sin consciencia. Y es precisamente contra la figura arquetípica de los “muertos que caminan” que se construyó el ideal viril del obrero consciente. Los “pobres hombres”, muertos en vida, “bueyes corneta entre la majada”, eran los obreros sin consciencia, los carneros, los que sentían más afinidad por sus patrones que por sus hermanos proletarios, o simplemente los pasivos e indiferentes. En ese

18. Isidoro Ayala, “Nuestro deber”, *EOD*, agosto de 1920.

19. Albino Diez, “¿Para qué estamos organizados?”, *EOD*, septiembre de 1920.

20. “Gran función y conferencia”, *EOD*, octubre de 1920. Suriano ha denominado “intelectuales heterodoxos” a aquellos que, como Florencio Sánchez o Alberto Ghiraldo, comulgaban con el anarquismo pero eran más abiertos en sus posiciones respecto de la doctrina (2001: 76).

sentido, se retomaba la prédica anarquista constituida sobre la base de oposiciones binarias (moral/inmoral, ignorante/ilustrado, consciente/inconsciente) en las que se apelaba a la resistencia del individuo como sujeto transformador (Barrancos, 1990: 267; 1996b).

Pero en este caso, la construcción de estos “otros” fue mucho más allá. Se realizó en términos que se asociaban directamente a la homosexualidad, la debilidad y la pasividad.²¹ Aquellos contrarios al sindicato no sólo eran “muertos que caminan; [eran] eunucos sin comprensión”.²² Es decir, eran hombres castrados, que no poseían miembro viril, “seres desgraciados y de tan baja moral, que renegando a su hombría, se arrastran cual reptiles [...] hombres sin un átomo de virilidad de machos”.²³ Esta falta de hombría se expresaba no sólo en la metáfora de la castración, sino también en referencias a la homosexualidad y la sumisión, como la que se empleó para caracterizar a los confiteros finos, “los más distinguidos en el arte de *lamer lo que media entre ambas ancas*; [...] *al servicio ruin de la sin hueso*, les salen canas en la misma casa que entraron cuando aún no tenían barba, los confiteros finos... ¡*finos de cuernos!*”.²⁴ Aquellos que traicionaban a sus compañeros y estaban al servicio de sus patrones eran caracterizados con metáforas vinculadas a la homosexualidad, y a prácticas específicas, como lamer el ano del patrón, que podían entenderse como símbolos de sumisión, de falta de hombría. Además eran “cornudos”, traicioneros, pasivos y femeninos, como se quejaba Jacobo Carro, cuando señalaba que “aquí, por donde se dice que hay tantos machos, no se ha dignado a pasar. Se ve bien claro. Se nos sigue como siempre explotando, se nos ordeña como a vaca mansa”.²⁵

Por contraposición a los ataques sistemáticos y virulentos a los “muertos que caminan” es que cobra toda su fuerza la construcción relacional de la hombría realizada por estos trabajadores. Una construcción en diálogo, casi en espejo. Puesto que precisamente, se preguntaba José Martínez García, “con esa pasividad y esa débil actitud, ¿podrá llegar a ser fuerte el gremio?”.²⁶ Y la respuesta era clara. Lo que se necesitaba era el “espíritu sano y varonil de los trabajadores”²⁷ para “vigorizarse” y “engrandecerse”, puesto que “el verdadero rol de lucha se puede en-

21. Sobre el tema de la homosexualidad, véase Jorge Salessi, 1995; Acha y Ben, 2004-2005.

22. “Movimiento gremial”, *EOD*, abril de 1922.

23. E. Domingo, “Los pobres hombres”, *EOD*, septiembre de 1920.

24. “Del ambiente nuestro. Confiteros finos”, *EOD*, julio de 1922.

25. Jacobo Carro, “El pueblo”, *EOD*, septiembre de 1920.

26. José Martínez García, “No hay que esperar a los muertos”, *EOD*, octubre de 1920.

27. Juan Verdugo, “Sus secuaces”, *EOD*, junio de 1921.

tablar sólo viril y potente, cuando en la sociedad de un gremio hay una unión fuerte”.²⁸

La virilidad y la potencia masculina como valores pueden analizarse también para otros contextos, como el mundo del fútbol estudiado por Eduardo Archetti, donde en los “discursos” del estadio se jugaban evaluaciones masculinas de la autonomía, la dependencia, el control, la dignidad, la autoestima y la fidelidad a los compromisos (Archetti, 1998: 301). Así, las referencias ya mencionadas a los eunucos, los “muertos que caminan” y los impotentes sexuales, “presuponen la pérdida de autonomía de los adversarios y su incapacidad para actuar como verdaderos hombres” (idem: 303). La oposición entre el papel activo del militante consciente, y el pasivo de los “muertos en vida”, implicaba una degradación del papel de “machos” de unos, frente a la afirmación de los otros. Como ha indicado este mismo autor, “la afirmación de la propia masculinidad depende de privar al otro de la suya. El conquistado, el débil, el que no es un “hombre de veras” hace –o se sospecha que hace– cosas que atentan contra la naturaleza” (idem: 305). En claves (hétero)sexuales similares a las de los hinchas de fútbol –no tanto por su contenido explícito sino por el implícito–, los militantes del gremio del dulce construyeron su identidad y un mundo dividido entre “hombres de veras” e impostores: homosexuales, castrados, pasivos, femeninos.

Ahora bien, el presupuesto en el que se basó Archetti en su estudio para analizar el mundo del fútbol era que se trataba de un “mundo estrictamente masculino”. Sin embargo, esta premisa no es válida para los militantes del dulce. De ahí lo curioso, y el hecho que hay que explicar: ¿por qué se estructuró la identidad militante en términos de esta masculinidad homófoba, tratándose, el espacio de la fábrica, de un ambiente mixto casi en un 50%? Dicho de otro modo: ¿por qué se conformaron claves para interpretar y jerarquizar el lugar individual y social propio y ajeno, en términos de oposición entre varones, mediadas por la héteronorma?

El reforzamiento de la norma heterosexual y la necesidad de remarcar la hombría partían de una masculinidad en crisis, amenazada por la presencia femenina, que se retroalimentó y exacerbó en el contexto de crisis del gremio. Fue una forma de responder ante la crisis de identidad provocada por la feminización de la industria a partir de las transformaciones en el proceso de trabajo y la composición de la fuerza laboral (Scheinkman, 2014). Una feminización amenazante, puesto que estas mujeres desafiaban los roles genéricos dominantes de la domesticidad para ingresar en un espacio masculino como el fabril, tensionando la idea de “debilidad” y “pasividad” asociada a lo femenino y posicionán-

28. R. Costa, “Carta abierta”, *EOD*, septiembre de 1920.

dose como mujeres “libres”. En un contexto de creciente aislamiento del gremio, de quietismo en las fábricas en general y de pérdida de militantes (sobre todo femeninas), los anarquistas del dulce respondieron intensificando su cruzada contra aquellos que no se movilizaban. Y lo hicieron asiéndose de los discursos vigentes y los prejuicios morales de su tiempo, multiplicando improperios, acusaciones de cobardía y feminización; lo cual a su vez retroalimentó el alejamiento de las mujeres del gremio. La presencia femenina provocó una “desestabilización” en los términos identitarios construidos en las décadas anteriores, en las que había primado una composición laboral mayoritaria de varones, adultos y menores. Por ello la figura del varón proveedor perdió potencia, recalándose las imágenes de hombría, virilidad, el “ser machos” y “hombres de verdad”. Una construcción que, en oposición a los “impotentes”, los “eunucos” y los muertos que caminan, reforzaba la norma heterosexual imperante.

La masculinidad se construyó en términos de “poder”. Y el poder implica la “sumisión” del otro; necesita un “otro” sobre el que ejercerse (Foucault, 2006). “La afirmación de la propia masculinidad depende de privar al otro de la suya” (Archetti, 1998: 311), y en esos términos, la relación entre los hombres puede interpretarse parcialmente en función del dominio, el control y el poder. La identidad masculina en el gremio del dulce se construyó en clave de dominación/subordinación, lo cual en última instancia atentaba contra el mismo ideal libertario de la anarquía. A su vez, las relaciones patrón-obrero amenazaban esa construcción de la masculinidad, ya que los obreros eran los “dominados”, los “pasivos”, los explotados. De ahí la necesidad de recalcar el papel activo y consciente de los militantes. Pero cuando las fábricas se poblaron de mujeres, esta necesidad se intensificó. La masculinidad se constituyó como un lenguaje de dominación, en un contexto en el que los obreros eran los dominados. Por esto mismo, fue una construcción inestable, contradictoria y en tensión, donde no hubo posturas unívocas pero sí tendencias dominantes, que necesitaban reforzarse continuamente por medio de la repetición. En ese sentido, el periódico se constituyó como un dispositivo de producción de ideologías de género, que Teresa de Lauretis ha denominado “tecnologías de género” (1989). Lejos de articular una identidad inclusiva que incorporara a las mujeres al gremio, los varones organizados respondieron cerrándose, remarcando su masculinidad, e incluso cayendo en posiciones “misóginas” y expulsivas.

Las “otras” de los “otros”

Las construcciones arquetípicas del género que poblaron el periódico y estructuraron al “obrero consciente” por oposición a los “muertos vivos”

se operaron sobre el trasfondo de un borramiento o invisibilización del lugar femenino en las fábricas y en el gremio. Como señalamos al comienzo de este recorrido, las mujeres, inicialmente pocas, fueron cobrando relevancia en el sector industrial en la década del 20. Más aún, fue en la coyuntura crítica de fines de la década de 1910 y los tempranos años 20 cuando estas industrias se feminizaron fuertemente. No era así en las confiterías, que continuaron siendo ámbitos esencialmente masculinos. Pero su presencia se tornó un dato más que destacable en las fábricas, al punto que, hacia mediados de la década del 30, eran mayoría.

Es decir que en el período en que cobró mayor relevancia el empleo femenino en estas industrias, los obreros sindicalizados varones elaboraron una identidad anclada fuertemente en lo masculino y la virilidad sexual, a la vez que borran el lugar de lo femenino en el gremio, mostrando incluso en ocasiones una misoginia considerable. Como hemos apuntado, la participación femenina en el periódico fue sumamente limitada. Sólo 5 notas fueron firmadas por mujeres en los 18 ejemplares del periódico conservados, de 4 páginas cada uno. Aun así, la presencia femenina saltaba a la vista en las notas gremiales, donde no podía ocultarse, puesto que las mujeres fueron parte considerable de la fuerza de trabajo y participaron activamente en las huelgas. En la sección gremial se mencionaba, por ejemplo, que en la casa Trampolsky se había iniciado una huelga por el despido y posterior encarcelamiento de una compañera.²⁹ En la fábrica de dulces La Ciudad de Viena las compañeras habían hecho abandono del trabajo para lograr la reincorporación de la delegada despedida,³⁰ y también era una delegada quien centralizaba las cotizaciones de las “compañeritas” de la fábrica La Progresista.³¹

De todos modos, aun cuando mencionaban a las mujeres, lo hacían en términos masculinos. Así por ejemplo, en otro conflicto en La Ciudad de Viena en septiembre de 1920 se recalca “la acción viril entablada” por “las infatigables compañeras [...] siempre latentes, dispuestas a la acción”.³² Respecto del mismo conflicto se señalaba, un mes más tarde, que “el obrero en dulce en general parece que se va dando cuenta de lo que ha sido y lo que debe ser; ahí está el ejemplo de La Ciudad de Viena, los compañeros de ambos sexos, con altivez y hombría se hacen respetar”.³³ O se reclamaba “que ni un solo obrero u obrera deje de gozar de estas mejoras! Todos como un solo hombre, luchemos en la

29. “Última hora”, *EOD*, octubre de 1920.

30. “Movimiento gremial. En La Ciudad de Viena”, *EOD*, agosto de 1920.

31. “Nuestro movimiento en la capital. La Progresista”, *EOD*, noviembre de 1929.

32. “Movimiento gremial. En La Ciudad de Viena”, *EOD*, septiembre de 1920.

33. Albino Diez, “¿Para qué estamos organizados? (Conclusión)”, *EOD*, octubre de 1920.

organización”.³⁴ Es decir, cuando se las reconocía, se lo hacía subsu-
miéndolas a la identidad masculina dominante. Y cuando las mujeres
tomaban participación en los conflictos, adquirían características de
virilidad, fuerza y hombría propias de lo masculino.

Si bien las mujeres tuvieron un importante papel en las huelgas y
conflictos, las relaciones entre varones y mujeres en las fábricas fueron
tensas. En ocasiones primó la solidaridad, pero en otras el rechazo e
incluso el abuso. En la fábrica La Royal, un compañero que abusaba de
sus camaradas de trabajo había sido molido a golpes por dos compa-
ñeros varones en una asamblea.³⁵ En La Limeña, los compañeros eran
“unidos y fuertes” pero no agremiaban a las mujeres que trabajaban
en la fábrica. El periódico lo señalaba como un error, sin embargo los
llamados a la agremiación femenina estuvieron virtualmente ausentes.³⁶
Una de las pocas notas escritas por mujeres había sido firmada por
una trabajadora de la fábrica Introdutora Americana, dirigida “a sus
compañeras”. Allí las llamaba a participar de las asambleas convocadas
en la fábrica, dejando de lado sus miedos y prejuicios y haciendo frente
a los varones que las insultaban y agredían:

Olvidad ese fanatismo que tenéis algunas compañeras de
que en las asambleas vais a perder vuestro merecimiento; al
contrario, en las asambleas es donde podemos aprender a de-
fender nuestros intereses; en la asamblea es donde la mujer
explotada puede cultivar su mente; es nuestra escuela, por-
que otra no tenemos. No importa, compañeras, que algunos
compañeros indignos de serlo, que nos ultrajan en la fábrica
con sobrenombres groseros, para que dejéis de concurrir a las
asambleas: venid y os convenceréis de que en ellas la mayoría
de los compañeros observan la mayor fraternidad y respeto
para con nosotras.³⁷

Este relato muestra el grado de exclusión, maltrato y tensión que
podía llegar a vivirse en algunos espacios fabriles, a un punto tal que
algunas compañeras temían perder su “merecimiento” en las asambleas
del sindicato. Además eran objeto de insultos, maltratos y ultrajes por
sus compañeros. Esto se criticó desde las páginas del periódico, pero
poco se hizo por modificar esta situación. Las apelaciones a las mujeres
a organizarse, llamativamente escasas, no fueron parte de la agenda del

34. S. Ferro, “El despertar del gremio”, *EOD*, octubre de 1920.

35. “Movimiento gremial. La Royal”, *EOD*, julio de 1921.

36. “Movimiento gremial. La Limeña”, *EOD*, agosto de 1921.

37. M.E.A., “A las compañeras de la Introdutora Americana”, *EOD*, 1 de mayo de 1920.

gremio, contrastando con otros periódicos de gremios con gran participación femenina, como por ejemplo *El Obrero Textil*, en la década del 30 (Norando y Scheinkman, 2011).

Por otro lado, como en el campo libertario de la época, en este periódico hubo también artículos teóricos respecto de “la mujer”, el amor libre, el matrimonio y la familia. De la decena de notas dedicadas a la reflexión teórica sobre estos temas, todas con excepción de una fueron escritas por varones. Varias de estas tuvieron un fuerte contenido misógino, como una de Jacobo Carro donde se señalaba sobre la mujer que, “puesto que en ella no existe ese espíritu de lucha a que los hombres se han dado, hay que tratarla como es. Esclava, ignorante y, por lo tanto, engreída”.³⁸ Si bien las mujeres eran activas en las protestas y en la organización de base, difícilmente este tipo de apelaciones contribuyeran a favorecer su participación activa o dirigente en el sindicato o en el periódico. Sin embargo, la posición sobre las mujeres en el periódico fue polifónica (Fernández Cordero, 2013), y no hubo una posición homogénea sobre el tema. En el número siguiente, una nota tomaba una posición clásicamente tutelar sobre las mujeres, muy distinta de la anterior. Allí se llamaba a la “compañera”, señalando: “La Anarquía no te desprecia porque hayas sido engañada, porque vayas a ser madre, porque hayas disfrutado del amor sin cadenas. Ven con nosotros, no con sumisión ni con vergüenza: con la frente erguida”.³⁹

La única nota doctrinaria escrita por una mujer señalaba que ellas no eran menos que los varones: “Subleva sólo pensar que la sociedad actual nos tenga como inferiores”,⁴⁰ era la educación recibida la que castraba sus espíritus y su desarrollo intelectual. En el mismo ejemplar, otro artículo criticaba el aborto –el maternalismo extremo fue casi invariante en el anarquismo hasta los años 30– y destacaba el “instinto maternal” “natural” de las mujeres. Se trataba de un diálogo en el que un médico se negaba a practicarle un aborto a una jovencita embarazada, llena de vergüenza y angustia, que temía por su honra. El médico concluía triunfante que “se ha despertado en ella la maternidad, que duerme en todas las mujeres... Ya no teme la vergüenza, se siente orgullosa de ser madre [...]: «Bendita tú eres entre todas las mujeres»”,⁴¹ una llamativa referencia bíblica. A la par, notas más disruptivas llamaban a las mujeres a la “huelga de vientres” y a negarse a “seguir pariendo esclavos”.⁴² Había condenas a la prostitución, en que se culpaba a los viles explotadores

38. Jacobo Carro, “La mujer”, *EOD*, julio de 1921.

39. Isaac Jiménez, “A ti compañera”, *EOD*, agosto de 1921.

40. S.S., “Para la mujer”, *EOD*, noviembre de 1924.

41. Santiago Gaston, “Maternidad (Diálogo)”, *EOD*, noviembre de 1924.

42. José Martínez García, “El apego a la miseria. Los casados”, *EOD*, junio de 1922.

que “seduciendo a obreritas”⁴³ habían arrojado a “nuestra hermana, compañera e hijas” a la prostitución, “última escoria humana”,⁴⁴ y otras que la justificaban señalando que “todo el mundo es a la vez prostíbulo y cárcel para los pobres”.⁴⁵

Como vemos, las posiciones teóricas sobre las mujeres fueron variadas. Sin embargo, los intentos por sumar a las mujeres al gremio fueron llamativamente escasos. No es casual que una de las pocas voces femeninas en el periódico dejara entrever una profunda discriminación en muchos espacios laborales: como vimos, las mujeres temían “perder su merecimiento” en las asambleas, y eran “ultrajadas” por algunos varones con “sobrenombres groseros”, para que no concurrieran a las mismas. Este desinterés por la participación femenina contrasta con la política deliberada, y contrarrevolucionaria, de acción sobre las mujeres que llevó a cabo la Liga Patriótica Argentina, organización parapolicial de derechas que construyó “Escuelas para obreras” en casi todas las fábricas importantes de este rubro.⁴⁶ Iniciativas que buscaron educar y adoctrinar a las mujeres para alejarlas del anarquismo y del sindicato. Junto a la política de agremiación por oficios, y al retroceso general del anarquismo en la década, atravesado por profundos conflictos internos, es posible pensar que una de las razones del declive del gremio del dulce, que perdió a su militancia femenina, fue esta misma identidad masculina, que resultó expulsiva para las mujeres. La ausencia de una política sistemática para incorporarlas al gremio y sumar sus reclamos, se retroalimentó así con el naufragio de la prédica anarquista.

A modo de conclusión

Como hemos visto en estas páginas, la identidad gremial en el sindicato del dulce se ancló sobre una interpretación particular de la masculinidad elaborada por los militantes anarquistas vinculada a la “hombria”, la “virilidad” y la acción. Es decir, un lenguaje de “poder”, frente a la sumisión, la subordinación y la pasividad de los “otros”. En una rama industrial en la que las mujeres tenían un gran peso, la figura del varón proveedor no logró hacer pie. Sin embargo, en un contexto de retroceso general del gremio, lejos de conformar una identidad inclusiva que favoreciera la participación de las mujeres, los militantes

43. Isaac Jiménez, “A ti compañera”, *EOD*, agosto de 1921.

44. “El fantasma del verdugo”, *EOD*, octubre de 1920.

45. José Martínez García, “Todo el mundo es a la vez prostíbulo y cárcel para los pobres”, *EOD*, abril de 1922.

46. Por ejemplo, Liga Patriótica Argentina, Comisión de Señoritas, *Memoria de diez escuelas obreras, 1924 - Mayo - 1925*, Buenos Aires: Ventriglia.

del dulce recrudecieron un discurso cimentado en la superioridad de los hombres viriles y conscientes, frente a los muertos vivos, pasivos y sometidos. Esta construcción que buscaba interpelar a los trabajadores que abandonaban la organización en un contexto de crisis política y organizativa del anarquismo forista llevaba implícita la oposición dominación/subordinación, que en última instancia atentaba contra el ideal libertario anárquico, y terminó por profundizar la agonía del gremio. Si la necesidad de recalcar el papel activo y consciente de los militantes se conformó en buena medida como interpelación a sus compañeros y como desafío a la relación patrón-obrero, en la que los trabajadores eran los “dominados”, “pasivos” y explotados, cuando la presencia femenina “amenazó” la masculina en las fábricas, cuando la dirigencia sindical entró en crisis, la construcción masculina se intensificó. La masculinidad se alzó como lenguaje de la dominación, aún en un contexto en el que los obreros eran los dominados, y su construcción fue inestable, contradictoria.

En este marco de contradicciones, queremos destacar que la militancia anarquista en este período fue sumamente riesgosa y sacrificada. Perder el trabajo, pasar una temporada en prisión e incluso en algunos casos poner la vida en juego fueron riesgos que estos militantes asumieron. No obstante, creemos que el eje de articulación, que interpelaba a lo más “íntimo” de los obreros (su sexualidad y hombría) para tratar de sumarlos al gremio, mostró sus límites. Al construirse en estos términos, los obreros cavaron la fosa del proyecto de unificación, puesto que dejaron fuera, de hecho, al 50% de la fuerza de trabajo. Creemos que este factor debe ser ponderado a la hora de evaluar las dificultades organizacionales del gremio y el naufragio de la unificación, que no supo “ganar” a su causa a las mujeres, siendo, por el contrario, expulsivo para ellas.

Bibliografía

- Abad de Santillán, Diego (2005), *La FORA. Ideología y trayectoria del movimiento obrero revolucionario en la Argentina [1933]*, Buenos Aires: Libros de Anarres.
- Acha, Omar y Pablo Ben (2004-2005), “Amorales, patoteros, chongos y pitucos. La homosexualidad masculina durante el primer peronismo (Buenos Aires, 1943-1955)”, *Trabajos y Comunicaciones*, pp. 30-31.
- Anapios, Luciana (2011), *Debates y conflictos internos en el anarquismo argentino durante la entreguerras*, Tesis de maestría en Historia, IDAES, Universidad Nacional de San Martín.
- Ansolabehere, Pablo (2000), “La voz de la mujer anarquista”, *Mora*, n° 6, Buenos Aires, pp. 109-119.

- Archetti, Eduardo P. (1998), "Masculinidades múltiples. El mundo del tango y del fútbol en la Argentina", en Daniel Balderston y Donna Guy (comps.), *Sexo y sexualidades en América Latina*, Buenos Aires: Paidós, pp. 291-312.
- Barrancos, Dora (1990), *Anarquismo, educación y costumbres en la Argentina de principios de siglo*, Buenos Aires: Contrapunto.
- (1996a), *La escena iluminada: ciencias para trabajadores, 1890-1930*, Buenos Aires: Plus Ultra.
- (1996b), "Mujeres de nuestra tribuna: el difícil oficio de la diferencia", *Mora*, n° 2, Buenos Aires, pp. 125-143.
- Bellucci, Mabel (1990) "Anarquismo, sexualidad y emancipación femenina: Argentina alrededor del 900", *Revista Nueva Sociedad*, n° 109, pp. 148-157.
- De Lauretis, Teresa (1989), "La tecnología del género", disponible en: <http://www.caladona.org/grups/uploads/2012/01/tecnologias-del-genero-teresa-de-lauretis.pdf>. Tomado de Teresa De Lauretis, *Technologies of Gender. Essays on Theory, Film and Fiction*, Londres: Macmillan Press.
- Fernández Cordero, Laura (2012), "The Anarchist Wager of Sexual Emancipation in Argentina, 1900-1930", en Geoffroy De Laforcade y Kirwin Shaffer (eds.), *In Defiance of Boundaries: Anarchism in Latin American History*.
- (2013), "Para leer el concierto de la prensa anarquista: Un ejercicio inspirado en Mijail Bajtín", *Adversus*, n° 24, junio, pp. 68-91.
- Foucault, Michel (2006), *Vigilar y castigar* [1975], Buenos Aires: Siglo XXI.
- Gutiérrez, Florencia (2013), "Desigualdad social, masculinidad y cualificación en el sindicalismo azucarero. Tucumán, 1944-1949", *Anuario IEHS*, n° 28, Tandil, pp. 59-75.
- Klubock, Thomas (1992), "Sexualidad y proletarización en las minas de El Teniente", *Proposiciones*, n° 21, pp. 45-54.
- (1998), *Contested Communities: Class, Gender and Politics in Chile's El Teniente Copper Mine, 1904-1951*, Durham: Duke University Press.
- Ledesma Prietto, Nadia (2012), "Apuntes sobre la eugenesia y la libertad sexual en el discurso de dos médicos anarquistas: Argentina, 1930-1940", *Nomadías*, n° 16, pp. 75-97.
- Lobato, Mirta Zaida (2000), "Lenguaje laboral y de género. Primera mitad del siglo XX", en Fernanda Gil Lozano, Valeria Silvina Pita y María Gabriela Ini (dirs.), *Historia de las mujeres en la Argentina. Siglo XX*, vol. 2, Buenos Aires: Taurus, pp. 95-116.
- (2007), *Historia de las trabajadoras en la Argentina (1869-1960)*, Buenos Aires: Edhasa.
- (2009), *La prensa obrera*, Buenos Aires: Edhasa.
- Nari, Marcela María Alejandra (2004), *Políticas de maternidad y maternalismo político: Buenos Aires, 1890-1940*, Buenos Aires: Biblos.
- Norando, Verónica y Ludmila Scheinkman (2011), "La Huelga de los Conventillos, Nueva Pompeya, 1936: Un aporte a los estudios sobre género y clase", *A Contracorriente*, vol. 9, n° 1, otoño, pp. 1-37.

- (2012), “«Hastidadas de tanto y tanto llanto y miseria..., de ser el juguete, el objeto de los placeres de los infames explotadores». Visibilizando a las mujeres proletarias”, *Historia Regional*, año XXV, n° 30, pp. 167-190.
- Palermo, Silvana (2007), “¿Trabajo masculino, protesta femenina? La participación de la mujer en la gran huelga ferroviaria de 1917”, en María Celia Bravo, Fernanda Gil Lozano y Valeria Pita (comps.), *Historias de luchas, resistencias y representaciones: Mujeres en la Argentina, siglos XIX y XX*, Editorial de la Universidad Nacional de Tucumán, pp. 91-121.
- Salessi, Jorge (1995), *Médicos, maleantes y maricas: higiene, criminología y homosexualidad en la construcción de la nación argentina (Buenos Aires, 1871-1914)*, Rosario: Beatriz Viterbo.
- Scheinkman, Ludmila (2013), “Una infancia no tan dulce. Publicidades, consumo y trabajo infantil en las fábricas de dulces, galletitas y afines de la Buenos Aires de principios de siglo XX”, *Actas de las IV Jornadas Nacionales de Historia Social*, La Falda, Centro de Estudios Históricos “Prof. Carlos S.A. Segreti”.
- (2014), “Estrategias patronales de organización y gestión del trabajo y la producción en las fábricas de dulces, chocolates y galletitas de la Ciudad de Buenos Aires (1880-1930)”, en *Perspectivas sobre la industria: Documento de Trabajo 1*, Buenos Aires: Facultad de Ciencias Económicas, UBA.
- Suriano, Juan (2001), *Anarquistas: Cultura y política libertaria en Buenos Aires, 1890-1910*, Buenos Aires: Manantial.
- Valobra, Adriana M. (2015), “Formación de cuadros y frentes populares: las mujeres en el Partido Comunista de Argentina, 1935-1951”, *Izquierdas*, n° 23, pp. 127-156.
- Vasallo, Alejandra (2007), “Sin Dios y sin Jefe”, en María Celia Bravo, Fernanda Gil Lozano y Valeria Pita (comps.), *Historias de luchas, resistencias y representaciones: Mujeres en la Argentina, siglos XIX y XX*, Editorial de la Universidad Nacional de Tucumán, pp. 63-90.

* * *

Título: “Where are the *machos*?” Anarchist unionization experiences of male and female workers in Buenos Aires’s sweet industry (1920-1929)

Resumen: Este trabajo da cuenta de las tensiones en la construcción de identidades militantes en clave de géneros, en la experiencia de sindicalización de los obreros y obreras del dulce porteños durante la década del veinte, analizando *El Obrero en Dulce*, periódico de la organización gremial anarquista Sociedad Obreros en Dulce Unidos. En una rama industrial que se estaba feminizando, en un contexto de crisis del anarquismo, los activistas varones construyeron una identidad militante en clave excluyentemente masculina. Creemos que este factor debe ser ponderado a la hora de evaluar las dificultades organizacionales

del gremio, que no supo “ganar” a su causa a las mujeres, siendo, por el contrario, expulsivo para ellas.

Palabras clave: sindicalización, identidades políticas, identidades de género, masculinidades

Abstract: This paper intends to unravel gender tensions in the construction of militant identities, in the context of the unionization experience of male and female workers in the sweet industries, during the 1920's. We focus on Buenos Aires, analyzing *El Obrero en Dulce*, the journal of the anarchist union Sociedad Obreros en Dulce Unidos. We seek to show that one of the reasons for the limited success of the trade organization was the expulsive masculine militant identity constructed by male militants, and their inability to win women workers in a branch of industry where the proportion of the female labor force was increasing rapidly.

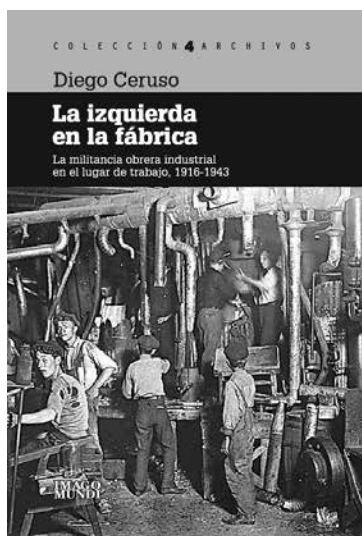
Key words: unionization, political identities, gender identities, masculinities

Recepción: 4 de abril de 2015. **Aprobación:** 20 de junio de 2015.

Diego Ceruso

La izquierda en la fábrica

**La militancia obrera industrial
en el lugar de trabajo, 1916-1943**



Este nuevo volumen de la colección “Archivos. Estudios de historia del movimiento obrero y la izquierda” reconstruye de manera meticulosa los caminos de la lucha y la organización del proletariado industrial en el lugar de trabajo. La originalidad y la especificidad de la obra es clara: elige para su examen la ciudad de Buenos Aires y sus alrededores, entre 1916 y 1943, seleccionando las ramas clave (metalúrgica, textil, gráfica, calzado, madera, carne, construcción). Sorteando todo objetivismo, demuestra que la militancia obrera se constituyó en las fábricas mediada por las corrientes políticas de izquierda: anarquistas, sindicalistas, socialistas y comunistas. Se trata de una de las contribuciones recientes más eficaces a la historia del movimiento obrero y sus vínculos con la izquierda en la Argentina de la primera mitad del siglo XX.

Vida sindical y sociabilidades masculinas: los trabajadores ferroviarios en la Argentina de principios del siglo XX¹

Florencia D'Uva – Silvana A. Palermo

IIEGE-UBA, Conicet / UNGS, Conicet
florduva@yahoo.com.ar / palermosilvi@gmail.com

Durante la década de 1910, los ferroviarios difícilmente podían hacer caso omiso de la actividad gremial. Las malas cosechas y el inicio de la Gran Guerra condujeron a las empresas ferroviarias a la racionalización y forzaron a los ferroviarios a un súbito deterioro de sus condiciones de trabajo y de vida. En el campo político, sin embargo, la aprobación de la ley electoral, que imponía a todos los varones nativos y naturalizados el sufragio obligatorio y secreto, revitalizó la vida pública, las contiendas electorales y abrió nuevas posibilidades para poner en discusión la llamada cuestión social. En este contexto, los ferroviarios redoblaron sus esfuerzos organizativos y expresaron sus demandas con resultados disímiles. Organizados en una de las entidades gremiales pioneras de Argentina, a comienzos de 1912 los maquinistas y foguistas representados por La Fraternidad (LF), emprendieron una huelga de 52 días que concluyó en un duro fracaso. Por su parte, el personal de tráfico, talleres y vía y obra retomaba sus intentos de organización, tras una breve pero intensa experiencia de sindicalización entre 1903 y 1907, la Confraternidad Ferroviaria. En efecto, en 1912, nacia la Federación Obrera Ferrocarrilera (FOF) que aspiraba a cobijar a ese numeroso segmento de hombres de oficios, calificaciones, edades y nacionalidades variadas, en un gremio que lideraría junto a LF el conflicto más sobresaliente de la historia de los ferroviarios hasta ese entonces: la huelga general de 1917.

1. Este estudio resulta de una investigación doctoral en curso de F. D'Uva sobre los trabajadores y sindicatos ferroviarios en Argentina de la primera mitad del siglo XX, bajo la dirección de Valeria S. Pita, y de las investigaciones de S. Palermo sobre la protesta laboral y la protección social para las familias ferroviarias en dicho periodo. Ambas integran el Grupo de Historia Social y Género del IIEGE, UBA.

Este redoblamiento de la actividad gremial implicó mayores exigencias para las cúpulas sindicales. Conllevó un acercamiento entre LF y la FOF, a pesar de las diferencias ideológicas y organizativas que los distanciaban. De estructura centralizada y liderada por dirigentes de orientación socialista, LF se acercó a la FOF, tras las amargas lecciones aprendidas en la huelga de 1912, consciente de que sólo un movimiento de todos los trabajadores ferroviarios podía presionar con éxito a esas grandes y poderosas empresas. La FOF, por su parte, más joven y heterogénea, con una estructura descentralizada y una dirigencia ideológicamente más diversa, aunque predominara el sindicalismo, respondió positivamente y, en 1916, ambos gremios firmaron un pacto de solidaridad. En la huelga de 1917 actuaron conjuntamente, pero los resultados para ambos fueron disímiles. Maquinistas y foguistas obtuvieron gran parte de las demandas reclamadas y el gremio se consolidó. Por el contrario, algunos de los reclamos de los trabajadores de talleres, tráfico y vía y obras quedaron postergados y las disidencias internas condujeron al fin de la FOF. Su sucesora a partir de 1922, la Unión Ferroviaria se dotaría de una organización similar a la de LF.

Esta historia del sindicalismo ferroviario es bien conocida. Existen importantes estudios sobre su organización interna, sus orientaciones político-ideológicas, las luchas llevadas a cabo, su relación con el Estado y las empresas (Thompson, 1978; Goldberg, 1979; Gordillo, 1988; Suriano, 1991; Monserrat, 2011). Menos explorado, en cambio, ha sido el terreno de la vida sindical, de las actividades y prácticas cotidianas que acontecían en las numerosas seccionales de LF y la FOF, ubicadas a lo largo y ancho del país. Estas tenían una existencia regular, atenta a cuestiones que aquejaban a los trabajadores del lugar, y constituida sobre la base de vínculos forjados en el día a día, relaciones personales, afinidades y tensiones propias del compartir cotidiano. Al proponer explorar la vida sindical más que la organización gremial, este artículo abre una serie de interrogantes. ¿Qué vínculos cotidianos estructuraban y, a su turno, fortalecían la actividad gremial? ¿En qué prácticas se asentaban esos valores de compañerismo, solidaridad, organización y acción colectiva que sostenían los militantes y la prensa gremial?

Para ensayar una respuesta, examinaremos las características que adquirió la sociabilidad de los trabajadores ferroviarios sindicalizados en la Argentina de las primeras décadas del siglo XX. Al problematizar este aspecto de la vida sindical, esperamos brindar una comprensión más acabada sobre la identificación de los trabajadores con sus organizaciones obreras, el modo en que concebían sus oficios e, inclusive, la forma en que conceptualizaban sus derechos. Entendemos que esas prácticas propias de la vida gremial estaban informadas por concepciones sobre la diferencia sexual, que llevaban implícitas ciertas nociones

de masculinidad y feminidad, que hablan de las obligaciones y también prerrogativas que los ferroviarios creían tener no sólo en tanto trabajadores sino en tanto varones, cuestiones distinguibles en el análisis pero inescindibles en la experiencia de los sujetos.

Nos interesa aquí, entonces, iluminar aspectos relacionados con las prácticas locales, cotidianas, en ocasiones más informales, que hacen a la sociabilidad de los ferroviarios. En tal sentido, retomamos una línea de indagación transitada por ciertas investigaciones del campo de la historia social, en particular de Argentina y otros países de América Latina, que han examinado la experiencia de los trabajadores no sólo en las instancias específicas de la explotación laboral sino también en el marco de sus redes familiares y comunitarias, sus asociaciones, tiempo libre, costumbres, vida cotidiana y relaciones de género (Klubock, 1992, 1998; Farnsworth-Alvear, 2000, Fontes, 2008; Lobato, 2000, 2001, 2011; Santos Souza, 2011). Mientras estos presupuestos han orientado varios estudios dedicados a la cultura de los trabajadores y su relación con las izquierdas (Barrancos 1990, 1992; Suriano 2001; Camarero 2007), estimamos que vale considerarlos a la hora de reflexionar sobre la vida gremial.

Indagar sociabilidades exige una referencia a los estudios pioneros de Maurice Agulhon para la Francia de mediados del siglo XIX, especialmente a aquellos dedicados a la clase obrera (Agulhon, 1992, 1994, 2009). Hace algunos años, Pilar González Bernaldo (2008) advirtió sobre el escaso impacto de su obra en la historiografía latinoamericana, la heterogeneidad implícita en el concepto de "sociabilidad" y la necesidad de reflexionar en torno a su utilidad como categoría para el análisis histórico. Aquí nos interesa estudiar los sindicatos ferroviarios desde una perspectiva innovadora, capaz de privilegiar la agencia de los trabajadores por sobre el examen de su estructura y organización institucional. Para ello, consideramos que las prácticas cotidianas y las formas de sociabilidad de las que participaban los ferroviarios agremiados constituyen un punto de mira privilegiado.

En suma, al poner el foco en las prácticas y discursos en torno a la sociabilidad, intentamos contribuir a la comprensión de aspectos poco conocidos de la vida gremial: la identidad de género de los ferroviarios organizados, su cultura obrera, sus instancias de formación, discusión y participación, y sus ideas sobre lo que implicaba integrar un gremio. Asimismo, nos interesa explorar hasta qué punto las familias de estos trabajadores formaron parte de esa sociabilidad gremial, o si por el contrario el sindicato actuó como un espacio de fraternidad predominantemente masculina. Al utilizar el concepto de género como categoría de análisis, buscamos recuperar la dimensión sexuada como constitutiva de la experiencia e identidad de los trabajadores organizados.

La materialidad de las seccionales

Al recorrer las páginas de los periódicos de LF y la FOF se experimenta la sensación de estar viajando por gran parte del territorio argentino. Si bien las asambleas más importantes y el funcionamiento de los consejos y comisiones directivas centrales tenían lugar en la ciudad de Buenos Aires, el transcurrir de los gremios ferroviarios acontecía desperdigado en las muchas localidades donde se encontraban las seccionales, de muy diversas dimensiones. Algunas se destacaban por ser sede de núcleos relativamente abigarrados y estables de ferroviarios, tal es el caso de ciertas ciudades importantes como la Sección Bahía Blanca de la FOF que a fines de 1912 contaba con alrededor de quinientos asociados del Ferrocarril Pacífico y del Sud.² Asimismo sobresalían por su peso numérico aquellas sedes de los grandes talleres de reparación del material ferroviario: Junín y Alianza en la provincia de Buenos Aires, Tañi Viejo en Tucumán, Rosario y Pérez en Santa Fe. Otras secciones contaban con un reducido número de socios, como señalaba LF al referirse a ciertos galpones y depósitos “lejanos” como Necochea o Lamadrid.³ Más allá de sus dimensiones, lo cierto es que todas las seccionales publicitaban con ahínco sus actividades en las páginas de la prensa gremial.

Sin desestimar la relevancia de la voluntad, el activismo requería de disponibilidad de recursos materiales. Que un grupo de afiliados contara con una sede, un espacio físico propio, no era un dato menor. Esto brindaba comodidad, cierta autonomía, grados de visibilidad y quizás de respetabilidad para nada desdeñables. Era un punto de encuentro para los trabajadores del lugar y también el ámbito que se ofrecía para los militantes de gira o para el paso de políticos ávidos de encontrar audiencias dispuestos a escucharlos. Pero una sede propia exigía dinero, energías y eventualmente solidaridad. De hecho, las actividades sindicales solían funcionar en lugares prestados o alquilados, práctica frecuente entre las organizaciones gremiales de la época. En uno de sus primeros números *El Obrero Ferroviario (EOF)* publicaba una noticia de Bahía Blanca, donde se había organizado una conferencia en el salón de la sociedad francesa “cedido gratuitamente para el acto”.⁴ Salones de otras asociaciones, teatros o cines locales podían convertirse en sede ocasional de los eventos gremiales. Tal fue el caso de los festejos organizados por la sección fraternal de Tucumán en el 27° aniversario de LF

2. “Bahía Blanca”, *El Obrero Ferroviario (EOF)*, n° 5, octubre 1912, año I, p. 4.

3. “De Lamadrid”, *La Fraternidad (LF)*, n° 104, año VII, 1 de julio de 1914, p. 8; “Necochea”, *LF*, n° 128, año VIII, 1 de julio de 1915, p. 10.

4. “Bahía Blanca”, *EOF*, n° 5, año I, octubre de 1912, p. 4.

en el Teatro Belgrano, cedido gratuitamente por las autoridades locales.⁵ Evidentemente había que adecuarse a las comodidades disponibles, que en ciertos casos no eran muchas. Al inaugurar la sección Victoria del Ferrocarril Central Argentino, la FOF organizó una conferencia sobre la que comentó: “En breve es probable que se realice otra conferencia en un local más amplio” porque el utilizado había resultado “muy pequeño”.⁶ A veces, las moradas de los trabajadores representaban el único lugar de reunión posible. Sobre la conferencia celebrada a mediados de 1915 por la sección de la FOF La Bajada, punto de intersección de varias líneas ferroviarias al sur de la provincia de Santa Fe, se informó que “el salón y el patio de la casa donde tenía lugar el acto, estaba completamente abarrotado de concurrentes”.⁷

Por lo general, las carencias edilicias caracterizaban a aquellas seccionales pequeñas o con poco tiempo de vida, como lo eran muchas de las seccionales de la FOF. Inclusive, durante los primeros años de existencia de este gremio, sus encuentros solían tener lugar en las sedes que LF le cedía solidariamente. Este dato revela la disímil situación en la que se encontraban LF y la FOF entre 1912 y 1917. Para entonces, la primera contaba con veinticinco años de trayectoria, numerosas secciones a lo largo del país y un periódico mensual que comenzaría a publicarse de manera quincenal tras el reacomodamiento posterior a la huelga de principios de 1912.⁸ Por el contrario, la recién conformada FOF enfrentaba el desafío de reclutar socios y constituir secciones. No sólo se trataba de un gremio en creación sino que, dada su corta existencia y el hecho de que en general sus socios contaran con salarios inferiores a los de LF, estaba dotada de menores recursos. Resulta revelador, en tal sentido, que mientras en 1913 LF inició una campaña para adquirir su casa propia, la FOF, por esos años, aún recibía el apoyo de los fraternales para organizar sus encuentros.⁹

La necesidad de contar con recursos para financiar los gastos administrativos, el mantenimiento y la realización de ciertas actividades también daba cuenta de los requerimientos de la vida gremial. Así, las rifas para juntar fondos representaban una alternativa a la que echaron mano tanto la FOF como LF. Con alcances modestos, la primera organizó

5. “De Tucumán”, *LF*, n° 105, año VII, 15 de julio de 1914, p. 5.

6. “Victoria: una nueva sección”, *EOF*, n° 9, febrero de 1913, p. 4.

7. “La Bajada”, *EOF*, n° 31, junio de 1915, p. 4.

8. Para LF, la aparición quincenal de la revista era una aspiración que desde hacía tiempo manifestaba el gremio así como una prueba de su “potencialidad” y reorganización tras el conflicto de enero de 1912 (“Aparición quincenal de la Revista”, *LF*, n° 58, 1 de agosto de 1912, p. 7).

9. “Comunicado”, *EOF*, n° 4, año I, septiembre de 1912, p. 1.

varias de ellas para sustentar la gira de los dirigentes más encumbrados por las distintas seccionales del país. A mediados de 1915, el comité organizador solicitaba que se le remitieran los importes recolectados y las boletas restantes para sortear una rifa, cuyos premios en orden de importancia eran: una biblioteca, la obra completa del anarquista Eliseo Reclus y un fonógrafo.¹⁰ En otras ocasiones, los objetivos de la recaudación eran muy puntuales, como cuando la seccional Alberdi puso en circulación una rifa con el fin de adquirir los útiles de la secretaria.¹¹

Por su parte, la holgura relativa de LF no la eximía de las estrecheces propias de tiempos difíciles. Algunas secciones de LF organizaron rifas para costear la apertura y los materiales para bibliotecas y escuelas técnicas.¹² La Comisión Directiva también apeló a una rifa para recaudar fondos para adquirir la casa propia, esfuerzo que se vio complicado por la coyuntura económica adversa. En efecto, a principios de 1916 debió postergar el sorteo hasta mayo de ese año, porque algunas secciones “han devuelto números no vendidos, por causas explicables y disculpables”.¹³ Un espacio propio, reiteramos, era fundamental para desarrollar las actividades gremiales más elementales: afiliación de socios, realización de asambleas y celebración de conferencias de propaganda. Un local disponible posibilitaba el diálogo con los dirigentes gremiales en gira, ya fueran miembros de las comisiones directivas o militantes de otras organizaciones con las que los gremios sostenían vínculos, como la FORA, para el caso de la FOF, o el Partido Socialista, más cercano a LF. Estos intercambios solían ir acompañados por conferencias que reunían a los ferroviarios para ilustrarse en torno a las ventajas de la organización, el desarrollo del movimiento obrero y algunas cuestiones de especial interés, como la ley de jubilación ferroviaria.

Todas estas actividades brindaban la ocasión para que aquellos vínculos tejidos por los trabajadores en encuentros informales dentro y fuera del trabajo cristalizaran en una asociación con reglas fijas de funcionamiento. Asociadas a un espacio concreto y visible, estas prácticas y actividades fueron formalizándose y, al regularizar su frecuencia, contribuían a que hombres de distintas edades, nacionalidades y oficios gradualmente se sintieran hermanados por aquello que experimentaban les era común: su trabajo en empresas consideradas de vanguardia en materia tecnológica, símbolos de civilidad y modernidad; su pertenencia

10. “La rifa”, *EOF*, n° 32, año IV, agosto de 1915, p. 4.

11. “Alberdi. Rifa en circulación”, *EOF*, n° 44, año V, enero de 1917, p. 3.

12. “Las bibliotecas”, *LF*, n° 136, año IX, 15 de marzo de 1916, p. 8; “Alianza, F.C.B.”, *LF*, n° 167 y 168, año X, 1 y 15 de agosto de 1917, p. 5.

13. “Rifa pro casa propia”, *LF*, n° 133, año IX, 15 de diciembre de 1915, p. 6.

al gremio de los fraternales o de ferrocarrileros y, en última instancia, su condición de obreros conscientes.

2. La cotidianeidad de las seccionales

Contar con una sede gremial era, sin duda, contar con un punto de encuentro. Una sede espaciosa posibilitaba organizar una biblioteca, un valorpreciado para sindicatos que hacían de la difusión de la cultura letrada un baluarte indiscutible. Además, las bibliotecas brindaban espacio para el funcionamiento de escuelas populares nocturnas y cursos de formación, que satisfacían las demandas educativas de la comunidad.¹⁴ Varias noticias publicadas en los periódicos de ambos gremios así lo documentan. En septiembre de 1916, LF invitaba a los socios y a sus hijos a concurrir al curso de dibujo lineal a dictarse en la biblioteca de Haedo.¹⁵ En agosto de 1916, en la inauguración de una biblioteca y sala de lectura de la seccional Santa Fe de la FOF, se anunció el dictado de clases de aritmética, geometría y gramática, tres días a la semana.¹⁶

Inaugurar una biblioteca constituía un hecho tanpreciado que ameritaba una celebración. LF solía realizar actos, en los que algunos oradores pronunciaban discursos alusivos al valor de la lectura y la elevación intelectual de los trabajadores.¹⁷ Numerosas noticias elogiaban la “buena obra” cumplida por las salas de lectura de las seccionales al poner al alcance de los trabajadores “libros que despierten su consciencia y aguzen (sic en el original) su inteligencia y lecciones que acrecienten sus conocimientos de la profesión”.¹⁸ En la apertura de la biblioteca de la sección Tucumán, que alcanzaba por entonces cien asociados de los distintos departamentos del Ferrocarril Central Norte, se informó que la empresa, propiedad del estado nacional, la subvencionaría con cincuen-

14. Ver por ejemplo “Biblioteca Florentino Ameghino”, *LF*, n° 100, año VII, 1 de mayo de 1914, p. 7.

15. “Biblioteca Ferroviaria”, *LF*, n° 145, año IX, 1 de septiembre de 1916, p. 12. En el número siguiente se publicaba una fotografía de la biblioteca de la sección Santa Fe (F.C. Central Argentino), en la que se apreciaba al presidente y secretario de la misma y a un niño con un manajo de ejemplares de *La Fraternidad* en su mano (“La Biblioteca Obrera”, *LF*, n° 146, año IX, 15 de septiembre de 1916, p. 8).

16. “Santa Fe”, *EOF*, n° 39, año V, agosto de 1916, p. 3.

17. “Biblioteca en Ayacucho”, *LF*, n° 115, año VIII, 15 de diciembre de 1914, p. 8; “Educación y cultura. Biblioteca de Las Flores (S.)”, *LF*, n° 125, año VIII, 15 de mayo de 1915, p. 5; “Inauguración de una biblioteca en Haedo (F.C.O.)”, *LF*, n° 129, año VIII, 15 de agosto de 1915, p. 5.

18. “Movimiento cultural. Bibliotecas y Escuelas Técnicas. Una buena obra”, *LF*, n° 113, año VIII, 15 de noviembre de 1914, p. 5.

ta pesos mensuales.¹⁹ Con frecuencia, se encomiaban las donaciones de diversas instituciones y autoridades, por ejemplo del Ministerio de Obras Públicas, por dotar a las bibliotecas de nuevas adquisiciones.²⁰

Varios de los oficios ferroviarios representados por LF requerían de ciertos conocimientos para el ingreso y la promoción en la escala ocupacional, que el propio gremio se ocupó de transmitir. Así, junto a las bibliotecas solían funcionar las escuelas técnicas, que florecieron en casi todas las secciones fraternales en la década de 1910.²¹ Estas perseguían diferentes fines: la instrucción de limpiamáquinas y de foguistas aspirantes a maquinistas, la capacitación del personal de conducción y, no menos importante, el fortalecimiento del “vínculo de compañerismo”.²² Asimismo, figuraban entre sus objetivos “la enseñanza del idioma, hablado y escrito”, “las nociones más esenciales de la aritmética y la geometría”, y los temas de carácter estrictamente profesional.²³ Preocupada por las carencias de las secciones más alejadas, LF tenía como máxima aspiración que existiera una escuela en cada sección. Por tanto, a principios de 1917 celebraba el incremento de los recursos en varias de sus escuelas y de su número de asistentes. Su funcionamiento era revelador del ideal de solidaridad compartido por sus integrantes: las clases solían dictarse de noche, por maquinistas “competentes” y “desinteresados”, conscientes del valor de la instrucción para todo ferroviario que aspirase a aprobar las pruebas de idoneidad.

Los espacios educativos y culturales también servían como alternativas de otras actividades consideradas nocivas para el desarrollo de la organización, tales como el juego, la práctica de determinados deportes considerados “patronales” y el consumo de alcohol. Este último era considerado –por casi todas las organizaciones obreras de la época– el primer enemigo de los obreros conscientes y su erradicación la meta para lograr hogares más armoniosos y trabajadores más fuertes y sanos.²⁴ Se instaba a los trabajadores “conscientes” a abandonar las tabernas, concurrir al local social y participar de las asambleas, uno de los deberes más elementales de todo buen afiliado.²⁵ Del mismo modo,

19. “Las Bibliotecas”, *LF*, n° 149, año X, 1 de noviembre de 1916, p. 5.

20. “Biblioteca Obrera La Fraternidad”, *LF*, n° 139, año IX, 1 de junio de 1916, p. 6; “La Biblioteca La Fraternidad”, *LF*, n° 150-153, año X, 1 de diciembre de 1916, p. 15.

21. “Escuela Técnica en Ingeniero White”, *LF*, n° 113, año VIII, 15 de noviembre de 1914, p. 5.

22. “Escuela Técnica”, *LF*, n° 75, año VI, 15 de abril de 1913, p. 8.

23. “Varias”, *LF*, n° 73, año VI, 15 de marzo de 1913, p. 7.

24. “Contra el alcoholismo”, *LF*, n° 73, año VI, 15 de marzo de 1913, p. 3; “Por qué se quitó Juan de la bebida”, *LF*, n° 100, año VII, 1 de mayo de 1914, p. 5.

25. “De Bahía Blanca. Federación Obrera Ferrocarrilera”, *EOF*, n° 6, año I, noviembre

algunas notas advertían sobre los clubes atléticos manejados por ciertos superiores, que buscaban crear una “corriente de amistad y simpatía” entre jefes y personal, al tiempo que alejaban a los trabajadores de las asambleas y de la solidaridad gremial.²⁶

Las bibliotecas, las escuelas técnicas, los cursos y escuelas nocturnas hacían que la vida en las seccionales desbordara los límites de las actividades gremiales propiamente dichas, restringidas a las cuestiones organizativas y de propaganda, para alcanzar a toda la comunidad. Lo que allí acontecía pasaba a incumbirle a un arco más amplio y diverso de personas y los motivos para relacionarse con las seccionales se diversificaban. Si para sostener la vida gremial, las relaciones personales y las afinidades locales contribuían tanto como la comunión ideológica y la propaganda de quienes estaban más comprometidos –militantes y líderes gremiales–, lo cierto es que el hecho es que las seccionales ofrecieran el “bienestar concreto del hogar colectivo”, en palabras de M. Agulhon, hacía que éstas fortalecieran su presencia en la trama de la cotidianeidad, fruto de la acción de esos usos sociales tan diversos.²⁷

Que la acción gremial se nutriera de esas relaciones personales y convirtiera en porosa la frontera entre la vida de las seccionales y la familiar lo prueba el hecho de que sus salones fueran utilizados para servicios fúnebres. Velar a los compañeros parecía una costumbre arraigada y practicada con asiduidad. Cuando un ferroviario fallecía, como en el caso del repentino deceso de Jesús Farías cumpliendo su labor en un galpón, el velatorio podía tener lugar en su domicilio.²⁸ Esto no eximía, según ilustra el velatorio de Antonio González, que su ataúd pudiera llevarse primero al local social para luego ser velado en su casa.²⁹ Las razones que sustentaban esta práctica pueden haber sido varias: las carencias materiales de las familias obreras que hacían

de 1912, p. 3; “Las asambleas”, *LF*, n° 71-72, año VI, 15 de febrero y 1 de marzo de 1913, p. 3; “El viejo mal”, *LF*, n° 80, año VI, 1 de julio de 1913, p. 1; “Las asambleas seccionales”, *LF*, n° 153, año X, 1 de enero de 1917, p. 3; “Los problemas de la organización”, *LF*, n° 163, año X, 1 de junio de 1917, p. 2.

26. “De Huinca Renancó”, *LF*, n° 102, año VII, 1 de junio de 1914, p. 7; “De Justo Daract, F.C.P.”, *LF*, n° 147, año X, 1 de octubre de 1916, p. 7. Sobre las prácticas deportivas promovidas por la empresa Ferrocarril Central Argentino, cf. Laura Badaloni (2010).

27. Al explicar el tránsito de la cofradía de oficio al sindicalismo profesional, pasando por el auge de los círculos en la Francia de 1830 y 1840, dicho autor señala que “éste es para esa época, la fórmula moderna que añade a los beneficios de la fraternidad el bienestar concreto del hogar colectivo que la asociación puede procurar y que el café daría menos cómoda y convenientemente” (1992), p. 161.

28. “Jesús Farías”, *LF*, n° 136, año IX, 15 de marzo de 1916, p. 7.

29. “Antonio González”, *LF*, n° 161, año X, 1 de mayo de 1917, pp. 7-8.

que las seccionales se mostraran solidarias a la hora de ofrecer una despedida digna para el trabajador, o el hecho de que se tratara de individuos con una trayectoria reconocida en el sindicato y se buscara así honrar a los socios más antiguos y/o militantes más comprometidos. Igualmente importante era el hecho de que el fallecimiento hubiera ocurrido como resultado de un accidente trágico, una circunstancia por demás común y cuya publicidad dejaba a las claras los peligros del trabajo en el ferrocarril. Los accidentes, y más aún cuando provocaban víctimas fatales, suscitaban denuncias y reclamos, mediante los cuales las familias trabajadoras exponían sus concepciones sobre la protección social y la necesidad de contar con garantías y compensaciones que los protegieran de los eventuales infortunios que podían sufrir los ferroviarios en el cumplimiento de su trabajo.³⁰

Cualquiera fuera el desencadenante de la muerte del trabajador, lo cierto es que los servicios fúnebres dejaban de pertenecer al terreno de lo privado y se convertían en rituales públicos, similares a los protagonizados por el anarquismo u otros gremios (Suriano, 2001; Lobato y Palermo, 2011). Una sucesión de eventos que se iniciaba en el velorio, generalmente en la sede social, y concluía en el cementerio, con los discursos de los dirigentes y compañeros más encumbrados o inclusive con la colocación de una placa o recordatorio en la tumba del fallecido. Estos rituales, brindaban una ocasión privilegiada para someter a juicio de la opinión pública la ética de las autoridades frente a estas circunstancias dolorosas, una evaluación de la que éstas usualmente no salían airoosas.

Vale detenerse en algunos ejemplos. Tras el accidente fatal de Constantino Marino, militante de LF y trabajador del Ferrocarril Argentino del Norte, en abril de 1912, el velatorio tuvo lugar en el local social de la sección San Juan y concurren al entierro más de ciento cincuenta compañeros.³¹ Por su parte, los restos de Gelimer Agüero, fallecido tras una enfermedad, fueron velados en el local social de LF, en Tucumán, en donde varios compañeros pronunciaron discursos, por tratarse de un antiguo asociado de dicha sección.³² Al enterarse de la muerte por enfermedad de Juan Figueroa, fraternal de la seccional Mechita y jefe de familia con cinco criaturas, la sección se reunió para honrar al compañero y adoptar medidas para asistir a la viuda y sus hijos. Se destacó la buena predisposición de la superioridad, que había arreglado los servicios para que el mayor número de compañeros pudiera asistir

30. "Necrológica", *EOF*, n° 13, año I, agosto de 1913, p. 2. Sobre las denuncias y reclamos de los ferroviarios y otros trabajadores en torno a los accidentes de trabajo, ver D'Uva, 2014 y 2015.

31. "Constantino Marino", *EOF*, n° 20, año IV, mayo de 1914, p. 2.

32. "Gelimer Agüero", *LF*, n° 126, año VIII, 1 de junio de 1915, p. 8

al sepelio.³³ En otros casos, la vergonzosa actitud de las administraciones ferroviarias merecía una abierta condena. En Santos Lugares, por ejemplo, murió a causa de un accidente en julio de 1916 Juan Tuni, un compañero muy querido a punto tal que ochocientos obreros acompañaron sus restos al cementerio. Además de destacar este dato, la noticia denunció la “actitud odiosa, inhumana e incomprensible de los jefes y encargados del taller de Santos Lugares”, quienes se negaron a dar franco al personal y ejercieron presión para minimizar tan importante acto.³⁴

Pero por sobre todo, cualquiera fuera la actitud de las gerencias, lo que importaba resaltar era que la función protectora del gremio no tenía parangón ni competencia. Así lo dejaba trascender el relato sobre el sepelio de Luis Sartelli, un ferroviario de Haedo, fallecido a los dos días de sufrir un accidente estando de servicio. El Ferrocarril Oeste, su empleador, facilitó un furgón de manera gratuita para el traslado de sus restos de Haedo a Flores y se hizo representar en el sepelio por varios jefes. Según informó *LF*, el acto en el cementerio fue imponente. Entre los oradores gremiales se destacó el redactor del periódico, Américo J. Baliño, quien aludiendo a la situación de los deudos, afirmó que *LF* “obrará en grande y noble misión, velando como madre tutelar sobre la gran familia”.³⁵ Seguramente para el auditorio, sus palabras no sonaban a retórica vacía, a la luz de las experiencias compartidas por los varones ferroviarios y sus familias en la cotidianeidad gremial. Su mensaje remitía a vivencias muy concretas, a redes de amistad, solidaridad, afinidades culturales no tan sólo ideológicas y a esa serie de prácticas compartidas en el día a día de la acción sindical.

En resumen, participar de la vida de los gremios ferroviarios aseguraba contar con un espacio físico de encuentro, un ámbito de pertenencia, donde se podía conocer a dirigentes y militantes de otros lugares, pasar un tiempo leyendo, haciendo un curso, asistiendo a una conferencia, sabiendo que en ese marco podía disfrutarse del valor del compañerismo, dignidad, respetabilidad y eventualmente de una asistencia solidaria para la propia familia en un trance de dificultad.³⁶ No menos cierto, como se verá en la sección siguiente, ese marco brindaba oportunidades para la concientización gremial y política combinada con el esparcimiento.

33. “Juan Figueroa”, *LF*, n° 129, año VIII, 15 de agosto de 1915, p. 6.

34. “Juan Tuni”, *LF*, n° 144, año IX, 15 de agosto de 1916, p. 8.

35. “Luis Sartelli”, *LF*, n° 118 y 119, año VIII, 1 y 15 de febrero de 1915, p. 6.

36. Sobre el sindicato, la defensa del honor y la construcción de una fraternidad masculina, cf. Palermo (2009a).

3. Festejos ferroviarios: ¿una prerrogativa masculina?

Aunque por definición los festejos son eventos extraordinarios, para los ferroviarios y sus familias, varias ocasiones eran buenas “para hacer un brindis”. Como veremos, las celebraciones eran nutridas y diversas, parte constitutiva de las experiencias del mundo del trabajo y de las actividades promovidas por los propios gremios para la participación de sus afiliados y sus familias.

Algunos de estos festejos debían mucho a las propias características del trabajo ferroviario y puede que, de manera más general, a una sociedad de inmigración. Mientras las empresas ferroviarias ofrecían a sus trabajadores posibilidades de ascenso ocupacional, muchos de ellos por las características de su trabajo –en estaciones, como personal de tráfico o conductores de trenes– enfrentaban un traslado o, inclusive, varios. Para una comunidad abigarrada, con miembros que contaban con muchos años de antigüedad, también el retiro merecía celebrarse con quienes se había compartido tiempo, saberes del oficio, esfuerzos, sinsabores y alegrías. Estas eran fiestas de varones, momentos para la demostración del afecto generado en la cotidianeidad laboral, expresión acabada del valor que los hombres otorgaban no ya a la solidaridad de oficio ni de clase sino al compañerismo. De hecho, muchas de las noticias sobre esas despedidas se titulaban “fiestas del compañerismo”. Así se presentaba el festejo de la partida a Inglaterra de un asociado de LF, que “fue siempre muy querido en la Sección Tolosa, con muchos amigos y de mucho corazón”, por lo cual al conocerse su alejamiento se planeó despedirlo “dignamente”.³⁷ También se celebraba el regreso de los asociados, sobre todo el de aquellos con largas trayectorias, como el maquinista Alfredo Tanner, quien a fines de 1913 retornó de un viaje a Europa a la sección Burzaco. Allí, cincuenta compañeros le dieron una “cordial y entusiasta recepción” con un lunch y varios socios dirigieron la palabra, a quienes Tanner respondió “emocionadísimo”.³⁸ Las celebraciones se publicitaban en detalle si los homenajeados eran hombres comprometidos con la labor gremial. En estos casos, las noticias se titulaban “fiestas fraternales”, como la celebrada por la sección de LF en Mar del Plata. El motivo de festejo era doble: la inauguración del escudo seccional y el obsequio a los compañeros J. Malvazzio y P. Bombelli por su laboriosa y acertada gestión sindical, la que dimitían para tomarse un “merecido descanso”.³⁹

37. “Una fiesta del compañerismo”, *LF*, n° 136, año IX, 15 de marzo de 1916, p. 4.

38. “Una fiesta de fraternidad”, *LF*, n° 90, año VII, 1 de diciembre de 1913, p. 3.

39. “Fiestas fraternales. En Mar del Plata (S.)”, *LF*, n° 131, año VIII, 15 de octubre de 1915, p. 7.

Honrar al gremio suponía celebrar a sus militantes y también recordar sus luchas. La conmemoración de las huelgas, independientemente de sus resultados, servía para enfatizar el valor de la acción mancomunada (Palermo, 2009b). LF, por ejemplo, no cesó de conmemorar la huelga de enero de 1912. En su primer aniversario, todas las secciones realizaron asambleas de propaganda y solidaridad en las que se discutieron los pasos conducentes a la reorganización de las filas, lo que demostraba –según afirmaba el periódico– la firmeza de los ideales y la capacidad de reivindicación del gremio.⁴⁰ En los años subsiguientes, varias secciones rememoraron la fecha con reuniones, brindis y picnics, de los que participaban todos aquellos que podían asistir, en especial quienes estaban de franco.⁴¹

Pero la fiesta gremial por excelencia era la celebración del aniversario de la fundación de estas organizaciones. LF la conmemoraba los días 20 de junio, mientras que la FOF lo hacía cada 5 de enero. Las características de estos festejos eran variadas. Una de las principales diferencias radicaba en el peso institucional (no sólo de recursos) de LF, fundada en 1887, frente a la recién nacida FOF. Hacia 1912, los festejos representaban una tradición para las seccionales de LF, en tanto que la FOF estaba iniciando esta práctica. En efecto, la información sobre su primer aniversario fue magra. En una breve reflexión, el periódico señaló que ese primer año había sido “el más difícil y penoso si se tienen en cuenta las dificultades del terreno a explorar.” No obstante, prevalecía el optimismo pues se avizoraba que la FOF gradualmente se convertía en una organización “cuyos contornos bien dibujados pueden observarse en toda la extensión del país”.⁴² Su segundo aniversario, en 1914, adquirió mayor nitidez. Se indicó que los festejos habían incluido acuñación de medallas, actos de propaganda y fiestas familiares.⁴³ Para 1917, la FOF parecía haber alcanzado la madurez en términos de festejos de sus aniversarios. A raíz del pacto de solidaridad sellado entre ambos gremios unos meses antes, ese año muchas secciones festejaron conjuntamente.

Por supuesto, en el terreno de la sociabilidad cotidiana, así como en el menos habitual de los festejos, las jerarquías del mundo laboral, las tensiones propias de las diferencias de edades u orígenes nacionales no desaparecían. Como es obvio, tampoco ese terreno permanecía

40. “El primer aniversario de las jornadas de enero-febrero 1912”, *LF*, n° 69-70, año VI, 1 de febrero de 1913, p. 6.

41. “Fiestas fraternales”, *LF*, n° 93, año VII, 15 de enero de 1914, p. 5; “6 de Enero de 1912. 3er Aniversario”, *LF*, n° 116, año VIII, 1 de enero de 1915, p. 4; “De Libertad”, *LF*, n° 135, año IX, 15 de febrero de 1916, p. 6.

42. “Reflexiones”, *EOF*, n° 9, año I, febrero de 1913, p. 2.

43. “Nuestro segundo aniversario”, *EOF*, n° 17, año II, febrero de 1914, p. 1.

indemne a las disputas ideológicas en las que se involucraban no sólo los militantes sino todos los trabajadores ferroviarios. Pero el desafío interpretativo de la historia social de los trabajadores no consiste tan sólo en dilucidar los motivos que los distancian, sino que exige además explicar cómo se construyen lazos, vínculos –ideológicos pero también culturales y afectivos– que sustentan la creación de un colectivo con una identidad común. Esto último persigue este artículo al ahondar en la sociabilidad gremial. En primer lugar, por tanto, vale subrayar aquí que fue precisamente en ese terreno de costumbres compartidas, en la distensión de un festejo –como también en el compartir la biblioteca, las clases nocturnas, o inclusive un sepelio– que esas diferencias, sin necesariamente diluirse, podían ponerse entre paréntesis. En un festejo conjunto de dos gremios por entonces aliados, un trabajador de vía y obras y un maquinista podían convivir, un nativo y un extranjero podían intentar comunicarse, un anarquista o sindicalista podían llegar a tolerar, seguramente a desgano, la perorata de un invitado socialista, o viceversa. Lo que hacía posible que personas tan diversas compartieran un festejo era la afinidad nacida del compartir la experiencia de explotación, la conciencia de vivenciar diariamente que su suerte se ataba a la fortaleza de vínculos solidarios y no a la aventura individual. Quizás por esa razón hombres tan diversos podían disfrutar de un festejo, sin mayor exigencia de homogeneidad y, en tanto tales, celebrar su condición de ferroviarios agremiados.

En segundo lugar, explorar la sociabilidad de los ferroviarios y, en particular, los festejos, nos permite traer a la luz los sentidos y las tensiones que el ejercicio de la masculinidad acarrea en la práctica. Priorizamos aquí las disrupciones que se hacen visibles al tomar en cuenta la dimensión sexuada de la experiencia de los trabajadores. ¿La celebración del aniversario gremial era una ocasión para que sólo los varones festejaran y discurrieran sobre la organización obrera o era, en cambio, un evento familiar, dedicado a la reflexión, el entretenimiento, o a ambos a la vez? Esta cuestión suponía una concepción de lo público y lo privado que, como recuerda la teoría feminista, está estructurada por la diferencia de género. Los festejos, como esperan demostrar los casos analizados debajo, documentan la participación pública no ya de los trabajadores varones sino de sus familiares mujeres, e inclusive de sus hijos e hijas. Y, debe notarse, estas prácticas ponían en tensión la prerrogativa masculina de su predominio en la esfera pública, en tanto el papel de ciudadano, productor y proveedor correspondían al varón, mientras que la domesticidad se asociaba inexorablemente a la femineidad.

Por ejemplo, en 1917, el festejo por el aniversario de la FOF, realizado en el local fraternal de Ayacucho, contó con numerosos afiliados de

ambos gremios, acompañados de sus familias. La cena de fiesta incluyó la lectura de discursos, la palabra del secretario del centro socialista local y dejó tiempo para el esparcimiento familiar pues “hubo banda de música y una orquesta improvisada por grupo de obreros socios del centro recreativo «la lira de oro»”.⁴⁴ De igual manera, en el festejo de Ing. White, realizado en un salón por la noche, se entonaron el himno “Hijos del Pueblo”, “La Internacional”, una niña recitó una poesía titulada “La Obrera” y se presentaron cuadros dramáticos. Dirigió la palabra el diputado socialista Domingo Bessaso y un compañero de LF, quien apeló a la mujer “a quien pidió que fuera la mayor cooperadora del obrero en las luchas de reivindicación social”. Todo terminó con un animado baile, que se prolongó hasta la madrugada.⁴⁵ Por su parte, la celebración de la sección Talleres del Ferrocarril Sud en 1915 también comprendió diferentes momentos. Consistió en una conferencia con oradores invitados, entre ellos el diputado socialista Francisco Cúneo, y hacia la noche tuvo lugar una fiesta familiar con buffet en la que invitados especiales pronunciaron discursos, una niña recitó poesía, se representaron cuadros dramáticos y se bailó hasta la madrugada.⁴⁶

En las grandes ciudades, capitales de provincia, y en aquellas localidades importantes, sede de grandes talleres de reparación, el festejo se integraba y a la vez expresaba la modernidad del paisaje urbano. Las celebraciones se desarrollaban en los locales sociales o en algún salón especialmente reservado para la ocasión como teatros, cines, hoteles o restaurantes. Incluían varios divertimentos para las familias: juegos, rifas y repartos de juguetes. Tocaban orquestas, algunas formadas por los mismos ferroviarios, se representaban cuadros dramáticos y se proyectaban cintas en cinematógrafos. Usualmente, estas actividades se combinaban entre sí, como lo hizo en 1913 la sección de LF en Corral de Bustos, al organizar una conferencia en el local social, un almuerzo criollo en la casa de un compañero, juegos atléticos y un baile familiar.⁴⁷

Ciertamente, los aniversarios de los gremios constituían un momento de especial solidaridad, una instancia propicia para el encuentro, en el que los trabajadores y sus familias reforzaban los vínculos de solidaridad y camaradería mediante la realización de actividades que incluían a hombres y mujeres de distintas edades, contribuyendo a redefinir los contornos de la familia ferroviaria.⁴⁸ Como se ha visto, mujeres y

44. *EOF*, febrero de 1917, p. 2 y “Las fiestas gremiales”, *LF*, n° 155, año X, 1 de febrero de 1917, p. 8.

45. “De Ingeniero White, F.C.S.”, *LF*, n° 155, año X, 1 de febrero de 1917, p. 8.

46. “Los Talleres”, *LF*, n° 128, año VIII, 1 de julio de 1915, p. 7.

47. “De Corral de Bustos”, *LF*, n° 81, año VI, 15 de julio de 1913, p. 5.

48. Sobre la redefinición de la familia ferroviaria en contextos de protesta, los ideales

niños participaban activamente llevando a cabo tareas específicas que contribuían al éxito de las jornadas. Siguiendo la tradición de proselitismo infantil propia de las vanguardias obreras que ha señalado Dora Barrancos (1987), hijos e hijas de los compañeros recitaban poesías, entonaban canciones y/o representaban cuadros dramáticos y monólogos. A su vez, las mujeres se encargaban de variadas tareas, como la decoración de los locales para la ocasión, participación que solía destacarse en las crónicas de los festejos. Asimismo, en varias oportunidades se subrayó la directa apelación que se le hacía a las mujeres como cuando en 1915 el secretario de la sección Junín de LF exhortó a las madres, esposas, hermanas e hijas de los compañeros a aportar su “valioso concurso moral” a la obra de la organización.⁴⁹ Más importante aún, algunas mujeres encontraron en estos festejos una oportunidad para ejercer sin reparos sus libertades públicas, y en algunas ocasiones tomaron la palabra, como sucedió en la sección fraternal de Mechita en 1916. En ese festejo participaron más de ciento cincuenta personas, entre ellas cuarenta y cinco mujeres y cuarenta niños. Al momento de los discursos, una señorita hizo uso de la palabra.⁵⁰ Ese mismo año, la sección Talleres de LF invitó a la celebración a la militante socialista Juana María Begino, quien dedicó parte de su disertación a demostrar “especialmente a la enorme concurrencia femenina” las falsedades de la religión. Asimismo aconsejó a las mujeres dedicarse a actividades como la educación de sus hijos, “para que también ellos luchen mañana por la causa de nuestra emancipación”.⁵¹

Como se ha visto, en ocasión de los festejos, la vida sindical favorecía una oportunidad de sociabilidad para hombres, mujeres, niñas y niños. Y si bien esos eventos contribuían a exaltar la figura del trabajador agremiado y el valor de la organización, no coadyuvaban a conceptualizar lo público y la política como esferas exclusivamente masculinas. Al menos en la década de 1910, por razones complejas que es imposible desbrozar en el marco de este artículo, ciertas prácticas de aquellas organizaciones gremiales integradas principalmente por hombres daban espacio no ya a la diversión sino a la politización de las familias obreras, en especial de las mujeres trabajadoras.

Quizás la prerrogativa masculina que los sindicatos ferroviarios defendían sin fisuras y que hacía al poder del trabajador varón era el derecho y el deber de mantener su hogar. Desde la óptica gremial,

de masculinidad y feminidad puestos en juego en el conflicto y los debates en torno a la respetabilidad de las familias obreras, ver Palermo (2013).

49. “Junín”, *LF*, n° 128, año VIII, 1 de julio de 1915, p. 11.

50. “Mechita”, *LF*, n° 141, año IX, 1 de julio de 1916, p. 4.

51. “Talleres”, *LF*, n° 141, año IX, 1 de julio de 1916, p. 4.

el trabajador ferroviario debía ser responsable de su familia, esto es, ser un varón proveedor. Por supuesto que, en la práctica, las magras remuneraciones de la mayoría de los ferroviarios exigían que los otros miembros del hogar trabajaran para poder afrontar el presupuesto familiar. Pero en la teoría, este principio era firmemente sostenido por los gremios y no se ponía en duda. Al respecto, resulta reveladora la celebración realizada en Ceres a propósito del aniversario de LF en 1914. El festejo tuvo lugar en la casa especialmente construida por los compañeros de esa y otras secciones del Central Argentino para la viuda y los seis hijos del maquinista Lorenzo Soto, fallecido pocos meses antes.⁵² Esta casa representaba a la perfección el ideal de solidaridad y fraternidad esgrimido por el gremio, del que se esperaba incluso que protegiera a la familia en los casos en que el trabajador ya no podía garantizar el bienestar de los suyos. Desaparecido el varón proveedor, el gremio había tomado su lugar, ocupándose del porvenir de los deudos que continuaban en una relación estrecha con quienes fueran los compañeros del extinto jefe de familia.

En síntesis, teñidos por la algarabía u opacados por la cercanía de pérdidas irreparables, los aniversarios gremiales nunca dejaban de celebrarse. El compañerismo, la solidaridad, la consciencia, la educación societaria y el respeto por la profesión eran algunos de los valores que se exaltaban durante estas fechas. Y fuera en un clima distendido o de congoja, el mensaje que trasuntaban esas prácticas (y no simplemente los discursos asociados a los festejos) era el mismo: estos gremios simbolizaban la unión de hombres de oficio, de obreros conscientes, de varones dignos capaces de cumplir incondicionalmente con el mandato de su género: ser buenos padres de familia y referentes confiables en sus comunidades.

4. Palabras finales

En este artículo hemos optado por privilegiar una dimensión analítica que siguiendo a M. Agulhon puede denominarse “cultural, a falta de un adjetivo más apropiado,” en palabras del autor. Hace ya tiempo, en uno de sus escritos señalaba:

Nuestra posición es que la conciencia y la organización del mundo del trabajo no son solamente tributarios de lo que ocurre en la esfera *económica* y en la esfera *política*, sino un poco también de la evolución de las *costumbres*: costumbres

52. “De Ceres”, LF, n° 106, año VII, 1 de agosto de 1914, p. 5.

de los mismos obreros, o costumbres de los burgueses y pequeño-burgueses. (Agulhon, 1999: 166)

Años antes aclaraba también “hemos querido señalar aquí una línea de investigación y de reflexión, sin estar seguros de que sea la más importante; *nuestra única certeza es que no se debería negligir* aún cuando sea considerada como menor” (Agulhon, 1992: 165).

Esta pesquisa ha buceado en esta dirección. Absorbidos por un trabajo demandante, muchas veces riesgoso, pero a la vez imbuido del prestigio que otorgaba el ferrocarril como símbolo de modernidad, esos varones trabajadores encontraban en la pertenencia a sus gremios motivos para enorgullecerse y, podríamos decir, una fuente de respetabilidad. Como hemos visto, esos sindicatos ferroviarios se nutrían de una vida seccional relativamente activa, sustentada en vínculos personales, en prácticas cotidianas que, en muchos casos, involucraban no sólo a los ferroviarios sino también a sus familias. Por supuesto, la acción gremial suponía afiliarse, asistir y tomar decisiones en las asambleas y congresos, debatir estrategias de organización y de lucha. Pero implicaba también otras actividades, sobre las que hemos insistido aquí, que no pueden desestimarse. Ellas eran fundamentales, como señalara acertadamente J. Horowitz (1985), para crear una identificación con el gremio y fomentar el sentido de pertenencia a una elite obrera. Contribuyen a explicar la fortaleza de esa acción gremial, construida a partir de vínculos de camaradería masculina, afectos y tiempos compartidos, confianza en que las seccionales cobijaban el estudio, el acompañamiento en tiempos de dolor, el espacio para la discusión gremial y política pero también para la recreación. Hemos demostrado que esas prácticas no eran neutrales en términos de género, sino que revelaban prescripciones bien definidas sobre la masculinidad. Esto es, la dignidad del trabajador se manifestaba y reforzaba en la identificación con un trabajo prestigioso, con oficios calificados y modernos; en la pertenencia a gremios fuertes y solidarios pero también en el desempeño del papel de protector de su familia, del garante de su bienestar. Así, la reconstrucción de la sociabilidad de los ferroviarios agremiados ilumina sobre aspectos menos indagados de la vida sindical, ofreciendo pistas para explicar su arraigo y fortaleza, para comprender el modo que las seccionales adquirieron presencia y devinieron en referentes en sus diferentes localidades.

Para explorar estas cuestiones hemos dependido de la prensa gremial que, como se ha visto, provee información generosa sobre las seccionales. Sin embargo, es imposible desconocer sus sesgos. Las noticias allí publicadas reflejan sólo la vida de un grupo limitado de ferroviarios, aquellos más involucrados en la cotidianeidad sindical. Sus relatos tienden a traducir una visión idílica, ejemplificadora de la

acción gremial y de aquellos que la practicaban. Pero bien miradas, las páginas de estos periódicos también sugieren indicios sobre la distancia que mediaba entre los ideales y las experiencias vividas, las tensiones que afloraban en las brechas existentes entre ciertas costumbres y las demandas de la militancia.

Hace ya varias décadas que buena parte de la renovación en la historia social de los trabajadores se debe a las contribuciones de la historia de las mujeres obreras. Esta historiografía ha puesto en primer plano el modo en que el cumplimiento de las prescripciones genéricas respecto a la femineidad, en especial el ideal de domesticidad, afectó la agencia de las mujeres en su participación en el trabajo, las organizaciones obreras y la protesta así como sus concepciones de derechos en tanto trabajadoras, lo cual era inseparable de su condición de mujeres. Aquí se ha tratado de avanzar en la misma dirección para poner de relevancia que el recuperar la dimensión genérica de la experiencia de clase de trabajadores varones puede contribuir en mucho a comprender sus modos de vivir y pensar sus actividades gremiales, y el lugar y la función que en la vida de ellos mismos y de sus familias desempeñaban esas organizaciones obreras. En teoría, a nivel discursivo, un ferroviario consciente, activo en el gremio era, en tanto tal, un buen padre de familia, o al menos podía llegar a serlo. Según la prédica de los periódicos gremiales, su participación en la organización le permitía legar a sus descendientes la mejor herencia: el valor de la solidaridad. Pero lo que se conciliaba en el discurso no siempre se traducía a la práctica y esa convergencia entre un buen agremiado y un buen padre de familia no siempre resultaba necesaria, ni posible. Puede que un buen ferroviario, esforzado, anhelara pasar sus horas libres descansando o haciendo algunos arreglos hogareños, de los que solían ocuparse los varones de la casa. Podría pensarse que existía también, a riesgo de exagerar, una “domesticidad masculina”, dominguera, de días no laborales. Así lo deja entrever una noticia publicada por *LF* en 1916, que llamaba la atención a los “semi-socios” que se excusaban de asistir a las reuniones alegando que estaban enfermos, o que tenían enfermos en su casa o que debían “arreglar las patas de la silla”.⁵³ Esas eran maneras de ejercer una paternidad responsable, hábitos que hablaban del ejercicio de una masculinidad digna y respetable por parte de los ferroviarios pero que no se conciliaban con las prácticas que se asociaban al comportamiento de un obrero consciente, de un buen agremiado de *LF* o de la *FOF*. Y si bien se predicaba que la pertenencia al gremio contribuía a hacer de los ferroviarios hombres respetables, buenos padres de familia, lo cierto es que ambas cosas podían entrar en tensión. En consecuencia,

53. “De Justo Daract, F.C.P.”, *LF*, n° 147, año X, 1 de octubre de 1916, p. 7.

más allá de las ventajas que por entonces suponía el ser varón, y de los modos en que los gremios mediante sus discursos y prácticas reforzaban dichas prerrogativas, los ferroviarios pudieron, en ocasiones, haberse enfrentado al dilema al que los exponía el cumplimiento simultáneo de las prescripciones del género y del ideal gremial.

Bibliografía

- Agulhon, Maurice (1992), "Clase obrera y sociabilidad antes de 1848", *Historia Social*, n° 12, invierno, pp. 141-166.
- (1994), *Historia vagabunda. Etnología y política en la Francia contemporánea*, México: Instituto Mora.
- (2009), *El círculo burgués. La sociabilidad en Francia, 1810-1848* [1977], Buenos Aires: Siglo XXI.
- Badaloni, Laura (2010), "La familia ferroviaria a principios del siglo XX: bienestar y lealtades de hierro en el Ferrocarril Central Argentino", en Daniel Dicósimo y Silvia Simonassi (comps.), *Trabajadores y empresarios en la Argentina del siglo XX: indagaciones desde la historia social*, Rosario: Prohistoria.
- Barrancos, Dora (1987), "Los niños proselitistas de las vanguardias obreras", *Documentos de Trabajo*, n° 24, Buenos Aires: CEIL.
- (1990), *Cultura, educación y trabajadores, 1890-1930*, Buenos Aires: CEAL.
- (1992), *Anarquismo, educación y costumbres en la Argentina de principios de siglo*, Buenos Aires: Contrapunto.
- Camarero, Hernán (2007), *A la conquista de la clase obrera. Los comunistas y el mundo del trabajo en la Argentina, 1920-1935*, Buenos Aires: Siglo XXI.
- D'Uva, Florencia (2014), "En reclamo de un resarcimiento: trabajadores y accidentes de trabajo en Buenos Aires (1900-1915)", *Páginas*, Rosario, año 6, n° 12, pp. 7-26.
- (2015), "Los trabajadores ferroviarios y los accidentes de trabajo. Argentina, 1907-1915", *Actas de las V Jornadas Nacionales de Historia Social*, La Falda, Córdoba.
- Farnsworth-Alvear, Ann (2000), *Dulcinea in the Factory: Myths, Morals, Men and Women in Colombia's Industrial Experiment, 1905-1960*, Durham, Duke University Press.
- Fontes, Paulo (2008), *Um Nordeste em São Paulo. Trabalhadores migrantes em São Miguel Paulista (1945-1966)*, Rio de Janeiro: Editora FGV.
- Goldberg, Heidi (1979), "Railroad Unionization in Argentina, 1912-1929. The Limitations of a Working class Alliance", Yale University.
- González Bernaldo, Pilar (2008), "La «sociabilidad» y la historia política", *Nuevo Mundo Nuevos Mundos* [en línea], Biblioteca de Autores del Centro, puesto en línea el 17 febrero 2008.
- Gordillo, Mónica (1988), *El movimiento obrero ferroviario desde el interior del país (1916-1922)*, Buenos Aires: CEAL.

- Horowitz, Joel (1985), "Los trabajadores ferroviarios en la Argentina (1920-1943). La formación de una elite obrera", *Desarrollo Económico*, vol. 25, n° 99, octubre-diciembre.
- Iñigo Carrera, Nicolás (2013), "Aproximación al análisis del Centenario como hito en la historia de la confrontación social argentina", *PIMSA. Documentos y comunicaciones*, 2011-2012, n°14, edición digital, pp. 69-116.
- Klubbock, Thomas (1992), "Sexualidad y proletarización en las minas de El Teniente", *Proposiciones*, n° 21.
- (1998), *Contested Communities. Class, Gender, and Politics in Chile's El Teniente Copper Mine, 1904-1951*, Duke University Press.
- Lobato, Mirta Zaida (2000), "Los trabajadores en la era del «progreso»", en Mirta Lobato (dir.), *Nueva historia argentina*, tomo V, Buenos Aires: Sudamericana.
- (2001), *La vida en las fábricas. Trabajo, protesta y política en una comunidad obrera, Berisso (1904-1970)*, Buenos Aires: Prometeo.
- (2009), *La prensa obrera*, Buenos Aires: Edhasa.
- y Silvana Palermo (2011), "Del trabajo a las calles: dignidad, respeto y derechos para los y las trabajadoras", en Mirta Lobato (ed.), *Manifestaciones, fiestas y rituales en el siglo XX*, Buenos Aires: Biblos.
- Montserrat, María Alejandra (2011), "Los trabajadores ferroviarios: sus luchas y organizaciones sindicales en el contexto de la Argentina gobernada por el radicalismo (1916-1930)", en *Cuadernos del Ciesal*, año 8, n° 10, Rosario, pp. 97-118.
- Palermo, Silvana (2007), "¿Trabajo masculino, protesta femenina? La participación de la mujer en la gran huelga ferroviaria de 1917", en María Celia Bravo, Fernanda Gil Lozano y Valeria Pita (comps.), *Historias de luchas, resistencias y representaciones. Mujeres en la Argentina, siglos XIX y XX*, Editorial de la Universidad Nacional de Tucumán.
- (2009a), "Masculinidad, conflictos y solidaridades en el mundo del trabajo ferroviario en Argentina (1912-1917)", *Revista Mundos do Trabalho. Publicação Eletrônica Semestral do GT Mundos do Trabalho*, vol. 1, n° 2, julio-diciembre, pp. 94-123.
- (2009b), "Fiestas y celebraciones públicas desde una perspectiva histórica: los festejos tras la gran huelga ferroviaria de 1917", en AA.VV., *Lo celebratorio y lo festivo: 1810/1910/2010. La construcción de la nación a través de lo ritual*, Buenos Aires: Comisión para la Preservación del Patrimonio Histórico Cultural de la Ciudad de Buenos Aires.
- (2013), "En nombre del hogar proletario: Engendering the 1917 Great Railroad Strike in Argentina", *Hispanic American Historical Review*, vol. 93, n° 4, noviembre, pp. 585-620.
- Santos Souza, Robério (2011), "*Tudo pelo trabalho livre!*", *Trabalhadores e conflitos no pós-abolição (Bahia, 1892-1909)*, Salvador: EDUFBA-FAPESP.
- Suriano, Juan (1991), "Estado y conflicto social: el caso de la huelga de maquinistas ferroviarios de 1912", en *Boletín del Instituto de Historia Argentina y Americana, Dr. E. Ravignani*, n° 4, 2° semestre, pp. 91-115.

– (2001), *Anarquistas, cultura y política libertaria en Buenos Aires, 1880-1910*, Buenos Aires: Manantial.

Thompson, Ruth (1978), “Organized Labor in Argentina: The Railway Unions to 1922”, tesis doctoral, Oxford University.

* * *

Título: Masculine union life and sociability: the railroad workers in Argentina in the early twentieth century

Resumen: Este artículo analiza la sociabilidad de los trabajadores, tomando como casos de estudio dos gremios ferroviarios: La Fraternidad, compuesta por maquinistas y foguistas, y la Federación Obrera Ferrocarrilera, integrada por trabajadores de tráfico, talleres y vía y obras. Explora qué actividades realizaban los trabajadores en sus seccionales –más allá de aquellas propias del funcionamiento interno del gremio– y quiénes participaban en ellas. Para ello examina los periódicos *La Fraternidad* y *El Obrero Ferroviario* entre 1912 y 1917, un quinquenio enmarcado por la primera huelga general de maquinistas y la primera huelga general respectivamente. Centrado en las sociabilidades más que en las representaciones, persigue arrojar luz sobre la vida sindical privilegiando el examen de la agencia de los trabajadores por sobre el de la organización institucional y, al tomar el concepto de género como categoría de análisis, recupera la dimensión sexuada como constitutiva de la experiencia de los trabajadores.

Palabras clave: ferroviarios – sociabilidad – género – sindicalismo

Abstract: This article analyzes the sociability of the working class, taking as case studies two railroad trade unions: La Fraternidad, made up of enginemen and firemen and the Federación Obrera Ferrocarrilera, comprised by traffic personnel, shop men and track laborers. It explores the activities that workers engaged into in their local unions –beyond those strictly related to the internal organization– and who participated in them. To do so, this study is based on the information provided by the union journals, *La Fraternidad* and *El Obrero Ferroviario*, between 1912 and 1917, a five year period encompassed by the first general strike of the enginemen and the first national strike. It concentrates on workers’ sociability more than cultural representations. By examining workers’ agency instead of trade unions’ institutional organization, and taking gender as a useful category of analysis, this article seeks to shed light on trade union life and highlight the sexual dimension of workers’ experiences.

Keywords: railroad workers – sociability – gender – labor unions

Recepción: 6 de mayo de 2015. **Aprobación:** 25 de julio de 2015.

Comunidad obrera, género y políticas asistenciales: Comodoro Rivadavia, 1922-1932

Andrea Andújar

CONICET/IIEGE-UBA/UNPSJB

Introducción

El 5 de noviembre de 1926 Carmen Fernández, una española que rondaba los 30 años de edad, comenzó a trabajar como encargada de uno de los baños públicos construidos por la empresa Yacimientos Petrolíferos Fiscales (YPF) en su campamento de Comodoro Rivadavia. El jornal diario que percibía por mantener limpio el lugar y atenderlo cotidianamente era de \$3,50, dos pesos menos que lo ganado por un obrero petrolero no calificado. Aunque no era demasiado, ese dinero la ayudaba para mantenerse a sí misma y a su pequeño hijo pues constituía el único ingreso con el que contaba desde la muerte de su marido, Julio Montoya, un trabajador petrolero con quien había vivido en una de las moradas construidas y destinadas por la empresa para los obreros que tenían familia. Si lograba conservar su nuevo empleo, no se vería obligada a abandonar la vivienda. Pero además, tendría la oportunidad de que su hijo, cuando alcanzara la edad suficiente, pudiera asistir a la Escuela n° 2, edificada por la empresa para brindar educación primaria a los niños y niñas de las familias proletarias.

Situaciones como las de Carmen no constituyeron una rareza en esos tiempos. Era usual que YPF empleara a mujeres que como ella habían enviudado y tenían hijos e hijas, para atender los baños públicos para mujeres y para varones con duchas de agua fría y caliente montados en los barrios obreros del yacimiento. Otras podían desempeñarse como sirvientas en las casas del personal jerárquico o como enfermeras y parteras del hospital Alvear, construido por la petrolera estatal e inaugurado en 1924. Tal fue el caso de Josefa Ezcurra de Ciafardini, otra española llegada de Buenos Aires que consiguió trabajo en dicho hospital en abril de 1928 bajo condiciones mejores que las de Carmen.

Josefa no sólo estaba mensualizada sino que cobraba \$200 por mes, casi el doble de lo que percibía la encargada del baño. Otras, como la húngara Bárbara Danesa, eran contratadas para ocuparse de la limpieza de oficinas administrativas o las gamelas, comedores colectivos para los trabajadores.¹

Esta breve reseña sobre cómo ciertas mujeres se ganaban la vida en el campamento de la compañía estatal permite divisar algunas de las medidas asistenciales desplegadas por la gerencia empresarial en favor de los obreros y sus familias. Asimismo, posibilita interrogar de qué manera esa política de beneficios que comprendía la construcción de viviendas y baños públicos, la atención de la educación elemental o de la salud para niños y niñas, que se sostuvo parcialmente en el trabajo de las mujeres, apeló a ciertas nociones de masculinidad y feminidad que reproducían, tanto por el tipo de labor como por el salario ganado, una división jerárquica entre las trabajadoras y los trabajadores petroleros.

En la actualidad, existen diversos estudios que se han preocupado por reconstruir esta política asistencial deteniéndose en el diseño, contenido y los propósitos que le imprimiera quien fuera considerado uno de sus principales impulsores, el coronel Enrique Mosconi. Al examinar su puesta en práctica entre los años 1922 y 1930, período en el que este ingeniero militar estuvo al frente de la Dirección General de la compañía, tales trabajos advirtieron la multiplicidad de aspectos de la vida cotidiana laboral y social abarcadas por estas medidas asistenciales (Cabral Marques, 2011, 2013; Cabral Marques y Crespo, 2006; Márquez, 1995; H. Palermo, 2012). En vínculo con ello, indagaron la incidencia de esta política asistencial en la edificación de la comunidad laboral petrolera y, de tal modo, en la modelación de las percepciones y sentidos compartidos entre las trabajadoras y los trabajadores que la habitaban, en la cultura y en la identidad proletaria. Ciertos trabajos se interesaron además por explorar las nociones de género que permearon el desarrollo de esta actividad extractiva y cómo las mismas delinearon roles diferenciados y jerárquicos entre mujeres y varones (Ciselli, 2001, 2002; Crespo, 2005; H. Palermo, 2014). Algunos recurrieron a diversas nociones conceptuales para interpretar los orígenes y alcances de esta política de beneficios. Así, su decurso bajo el liderazgo de Mosconi fue interpretado como un modelo de profundo disciplinamiento social, pedagogía de la dominación o hegemonía empresarial, calibrándose sus logros a partir de cuestiones tales como la progresiva desactivación de huelgas y organizaciones sindicales mientras este coronel estuvo al

1. La reconstrucción de las labores de estas mujeres se basó en los datos proporcionados por las fichas de personal de YPF. *Fichas del personal de YPF*, archivo personal de Susana Torres. Agradezco a la historiadora Viviana Bórquez la posibilidad de acceder a este acervo documental.

frente de la petrolera estatal, la aceptación de unas nociones de género que obraban en pos de la inferiorización de las mujeres, la conversión del campamento de YPF en una “institución total” y la gestación de una identidad de clase que posteriormente cristalizaría en una particular manera de autopercebirse y denominarse: ser un “ypefeano”, esto es, parte de una comunidad cuyos intereses se amalgamaban bajo definición de la empresa (Cabral Marques, 2013; Capogrossi, 2014; Ciselli, 2001; Márquez, 1995; H. Palermo, 2012).

Estas investigaciones, al enfocarse en la reconstrucción de esta política asistencial examinando las diversas instancias vitales que atendía y las finalidades profesadas por su principal cultor, generaron un conocimiento más profuso de la historia del mundo del trabajo petrolero de YPF en las primeras décadas del siglo XX. Sin embargo, el énfasis otorgado al afán disciplinador de la dirigencia empresarial y, consecuentemente, a su capacidad de controlar y moldear todos los aspectos de la vida laboral y social y de la identidad y la cultura proletarias, dificulta dimensionar la participación activa de los trabajadores en la gestación de esas medidas. Es para explorar tal intervención que este trabajo, acercamiento preliminar fruto de una investigación en progreso, vuelve sobre esa política asistencial situándose en su implementación en el yacimiento de YPF de Comodoro Rivadavia durante los años 1922 y 1932. Específicamente, busca reconocer cómo en el trazado de esa política de beneficios, en sus límites y alcances, incidieron demandas por derechos labradas por esos trabajadores y trabajadoras en base a sus propias expectativas y maneras de experimentar las condiciones de explotación, en lo que consideraron justo para sus vidas y en las negociaciones y confrontaciones que visible o solapadamente libraron contra sus patrones para hacerlos valer. Al interrogarse por esa experiencia histórica, este análisis se propone en definitiva resituar tales medidas como parte de un proceso dinámico y conflictivo que, enmarcado bajo específicas relaciones de dominación, habría tenido tanto de tensiones y negociaciones como de abiertos y velados enfrentamientos de clase.

A su vez, tal punto de mira invita a reflexionar sobre la arquitectura de la comunidad laboral en cuya trama se forjó esa política pues el protagonismo asignado a la dirigencia empresarial en su formulación también ha resultado en concluir que dicha comunidad fue moldeada a imagen y semejanza del diagrama de la gerencia de YPF. Nuevamente entonces, la agencia de trabajadores y trabajadoras, los sentidos que construyeron y asignaron a ese lugar donde ganaron su sustento, habitaron, se casaron, criaron a sus hijos e hijas, batallaron y negociaron quedan o bien desdibujados o bien estabilizados como reflejo de las voluntades patronales.

Inscripto en la perspectiva de la historia social y los estudios de

género, y elaborado en base a la revisión de un acervo documental compuesto por circulares y notas de la empresa petrolera, informes de funcionarios del Estado nacional, registros de la comisaría que funcionaba dentro del campamento central de YPF, la prensa local, periódicos de organizaciones de izquierda y de sindicatos que intervinieron en ese escenario, entre otras fuentes, este trabajo despliega su propuesta en dos apartados. El primero se enfoca en la historia del yacimiento estatal desde sus inicios hasta la creación de YPF. El segundo se interna en la política asistencial de la empresa bajo el liderazgo de Enrique Mosconi, indexando a su análisis interrogantes relativos a la construcción de la comunidad laboral petrolera.

Avatares de los primeros años del yacimiento estatal

Tanto la fundación de YPF como la formación de una comunidad petrolera aledaña a sus yacimientos fue parte de un proceso gradual y complejo, atravesado por variadas dificultades. Su origen se remonta a diciembre de 1907, con el hallazgo del primer pozo petrolero de la Argentina en Comodoro Rivadavia. El hecho de que su localización estuviera en tierras fiscales y que las mismas integraran el Territorio Nacional de Chubut proporcionó al Estado nacional la oportunidad de participar activamente en la actividad extractiva. Fue en ese marco como dispuso en 1910 la creación de la Dirección General de Explotación de Petróleo de Comodoro Rivadavia (DGEP), organismo dependiente del Ministerio de Agricultura de la Nación y encargado de organizar la explotación del yacimiento, su administración y la regulación de las relaciones laborales en su interior.

Sin embargo, las divergentes visiones entre los sectores políticos dirigentes sobre la conveniencia de la intervención estatal en la extracción de petróleo y la cantidad de recursos que debían destinarse a la actividad obstaculizaron inicialmente la expansión sostenida de la explotación fiscal. Esas discrepancias giraban en parte en torno a la trascendencia de este combustible para el funcionamiento de una economía que, sustentada en la exportación de productos primarios agrícolas y ganaderos para consumo del mercado británico, tenía en el carbón su fuerza motriz preponderante. Aunque importado desde los yacimientos carboníferos del sur de Gales, su bajo costo colaboraba en mermar el interés por contar con una fuente alternativa de energía. De hecho, para 1913, en vísperas de la Primera Guerra Mundial, el petróleo constituía tan sólo el 5% del combustible utilizado en la Argentina (Solberg, 1986). Fue justamente el devenir del conflicto bélico el que abonó una perspectiva más favorable entre los círculos dirigentes sobre las potenciales ventajas de la producción estatal de petróleo. De todos modos, hasta los primeros

años de la posguerra, el respaldo financiero brindado por el gobierno nacional a la explotación patagónica fue exiguo, motivo por el cual la DGEP de Comodoro Rivadavia se mantuvo con un escaso presupuesto, solventándose centralmente con las utilidades de la venta de combustible a los ferrocarriles estatales y la Marina (Solberg, 1986).

Otro obstáculo decisivo para el desarrollo del yacimiento estatal radicaba en la escasez de mano de obra. La baja densidad poblacional de la región dificultaba inicialmente el hallazgo de suficientes brazos dispuestos a establecerse en las inmediaciones del yacimiento.² Tampoco resultaban un incentivo los salarios ofrecidos. Para 1917, por ejemplo, el dinero obtenido mensualmente por un obrero petrolero no calificado a cambio de 12 horas diarias de trabajo de lunes a sábado y 6 horas los domingos, oscilaba entre \$80 y \$100 mensuales. El alquiler de una habitación en la pequeña ciudad de Comodoro Rivadavia, situada a 3 km al sur del yacimiento, consumía el 10% de lo ganado, a lo cual se agregaba el gasto en alimentos –cuyos precios eran onerosos pues buena parte de lo que se consumía llegaba en buque desde Buenos Aires, situada a alrededor de 1.800 km de distancia–, en agua –también encarecida por su escasez– y en vestimenta.³ Por su parte, si el trabajador optaba por vivir dentro de los confines del yacimiento y evitar así recorrer diariamente de ida y de vuelta la distancia que separaba la ciudad del lugar de trabajo, las penurias no eran menores. Carpas de lona o galpones con piso de tierra, paredes de madera y techos de zinc divididos en pequeñas habitaciones donde se alojaban no menos de cuatro personas eran los tipos de albergue habitualmente existentes (Ezpeleta, 1957). El hacinamiento, la falta de higiene, de calefacción y de agua potable primaban en las condiciones de vida en una región que ofrecía pocos alicientes para habitar en ella, además, con sus severos inviernos, la falta de vegetación y de fuentes de agua dulce. A su vez, el costo de los artículos de primera necesidad era aún más gravoso que en el pueblo, dados los sobrepuestos que cobraban los proveedores particulares habi-

2. Para 1914, la población del Territorio Nacional del Chubut arribaba a 23.065 personas –14.522 varones y 8.543 mujeres– (*Tercer Censo Nacional de Población*, junio de 1914, p. 180). Según otros cálculos, hacia 1917 la región de Comodoro Rivadavia contaba con 3.232 habitantes, de los cuales 1.562 residían en el yacimiento fiscal (Armesto, Córdoba y Figueroa, 2001).

3. Algunos datos sobre precios permiten advertir la carestía del costo de vida en ese entonces en la localidad patagónica. Para 1916, por ejemplo, en Comodoro Rivadavia 1/2 kg. de azúcar costaba \$1,50 y 1 docena de huevos \$3, mientras que en Buenos Aires rondaban \$0,60 y \$0,59 respectivamente. El salario promedio de un trabajador no calificado, por su parte, en la ciudad capital del país alcanzaba los \$78 mensuales en tanto que en Comodoro Rivadavia no superaba los \$100. Ver *Boletín del Departamento Nacional del Trabajo (BDNT)* n° 36, enero de 1918 y *BDNT Anuario Estadístico 1917*, n° 42, marzo de 1919; Solberg, 1986: 68; Armesto, Córdoba y Figueroa, 2001.

litados para vender sus mercaderías dentro del campamento. También la atención de la salud, que revestía suma importancia tanto por las condiciones climáticas como por los riesgos de accidentes de trabajo, era deficitaria pues solo se podía recurrir a una pequeña enfermería ubicada a 2 km. de distancia del yacimiento, con capacidad para cuatro camas y una carreta tirada por caballos para trasladar a enfermos y accidentados (Ezpeleta, 1957).

A pesar de todo, el campamento fue experimentando un paulatino crecimiento. De unas pocas decenas de varones que trabajaban y vivían allí hacia 1911, seis años más tarde contaba con 1.400 obreros y empleados. Alrededor del 80% era de origen europeo, primando entre ellos españoles, portugueses, búlgaros e italianos, seguidos por alemanes, rusos, austriacos, griegos y rumanos, en su mayoría solteros (Castiñeira Castro y García, 1999). Si bien esta preponderancia de población extranjera no era extraña en un país que desde 1880 hasta 1914 había recibido a millones de inmigrantes del viejo continente, las razones del incremento poblacional del yacimiento habrían estado ligadas a la crisis económica desatada con la Primera Guerra Mundial, y específicamente, a sus efectos negativos sobre el nivel de empleo industrial fundamentalmente en los dos centros urbanos más importantes en esos momentos, la ciudad de Buenos Aires y la de Rosario.⁴ Como ya se ha señalado (Cabral Marques y Crespo, 2006), el intento de probar suerte en ese sur lejano, estimulado por informaciones de familiares y amigos residentes allí sobre las posibilidades de hallar trabajo en un ámbito en el que además ciertas habilidades en el manejo de maquinarias o en la construcción podían ser valoradas, habría alentando a muchos trabajadores a migrar en dirección a Comodoro Rivadavia y, si todo salía bien, llevar luego a sus familias.

De todos modos, la distancia entre las expectativas y la realidad de las condiciones de vida y laborales en el yacimiento petrolero, sumado a la posible experiencia que en términos de organización y acción colectiva muchos de esos obreros podían portar, ayudaron al estallido de una huelga durante el segundo semestre de 1917. Iniciado el 29 de septiembre, el conflicto involucró a “945 obreros de los 1.054 que revisitan como tales”⁵ y se sostuvo durante un mes y medio. En los mítines y manifestaciones por las calles de la ciudad organizadas para publicitar el conflicto y sumar adherentes entre los trabajadores del pueblo, podían escucharse cánticos como el que sigue:

4. Acorde con un censo realizado para Capital Federal, el 7,5% de los 312.997 trabajadores ocupados en agosto de 1915 había perdido su empleo para agosto del año siguiente (*BDNT*, n° 36, enero de 1918).

5. *BDNT*, n° 42, marzo de 1919, pág. 213.

Reclamamos ocho horas / Y el aumento de jornal / Ay,
ay, ay! / Y el aumento de jornal. / El señor cura del pueblo
/ ha entendido la razón / y el que no la ha comprendido / es
el burro de Sol / Ay, ay, ay! / Es el burro de Sol. (Citado por
Torres, 1995)

A las exigencias de la reducción de la jornada laboral y el incremento de los jornales explicitadas en el estribillo, se agregaba el reclamo de un “trato con mayor respeto” por parte de la dirigencia empresarial,⁶ representada fundamentalmente por el ingeniero Leopoldo Sol, máxima autoridad de la Comisión Administradora de la DGEP de Comodoro Rivadavia y a quien se aludía en la canción. El paro fue levantado el 14 de noviembre, luego de que el gobierno nacional, a pesar de las objeciones elevadas por Sol, fallara a favor de la mayoría de las demandas obreras. Así, se obtuvo un 20% de aumento en jornales inferiores a \$4 diarios, 10% para los que superaran tal monto, 30% de bonificaciones por horas extraordinarias, el reconocimiento de las 8 horas de trabajo y la promesa de mejora de las viviendas y de la creación de una cooperativa de consumo para abaratar los costos de alimentos y vestimenta.⁷ Mas los resultados del conflicto excedieron la satisfacción de los reclamos de los trabajadores. Por un lado, se produjo un recambio en la gerencia del yacimiento que comprendió su parcial militarización. Ante la renuncia de Sol motivada por el adverso resultado del conflicto a sus pretensiones, el Poder Ejecutivo nacional nombró a Enrique Fliess, un capitán del Ejército enviado desde Buenos Aires al mando de 150 marinos para intervenir en el curso de la protesta. A partir de entonces, la dirigencia empresarial contaría entre sus integrantes con oficiales reclutados entre las Fuerzas Armadas. Posiblemente en esa resolución gubernamental gravitara la mayor importancia estratégica que algunos integrantes de la clase dirigente comenzaban a otorgar a la explotación del oro negro en ese mundo en guerra (H. Palermo, 2012; Solberg, 1986). Pero también puede suponerse que fue el fruto de un ensayo político orientado a contener a una clase obrera que expresaba sus intereses en una acción colectiva de protesta. El paro había demostrado cómo esos trabajadores, a pesar de sus diversos orígenes nacionales, de las distintas lenguas en las que hablaban, de los variados puestos que ocupaban dentro de la empresa, habían conseguido edificar lazos entre sí y, además, con los de la localidad, pues la huelga había suscitado el apoyo de ciertos trabajadores y comerciantes de la pequeña ciudad. Esos lazos habrían surgido en una cotidianeidad que comprendía tanto el lugar de trabajo

6. *La Protesta*, 5 de octubre de 1917, y *La Prensa*, 1° de noviembre de 1917.

7. *BDNT*, n° 42, marzo de 1919.

como los bares y prostíbulos del pueblo –pues en el campamento estos últimos estaban prohibidos–, las viviendas del yacimiento y las improvisadas canchas de fútbol en las que jugaba el Club Recreativo de Km. 3, un equipo formado por los obreros y empleados del yacimiento que el año anterior había disputado su primer encuentro con otro equipo de la ciudad (Carrizo, 2006). Esos vínculos tejidos en tales espacios habrían colaborado en el intercambio de opiniones sobre la vida y el trabajo, sobre qué hacer frente a ello, cuándo y cómo; en definitiva, habría sido a través de ellos como se planificó y decidió la huelga.

Asimismo, esa experiencia compartida y condensada en el conflicto motivó una segunda deriva del mismo: la formación de la Federación Obrera Petrolífera (FOP). Creada a fines de noviembre de 1917, esta organización sindical de corte anarco-sindicalista, organizada en seccionales fiscalizadas por un Comité Central, editaba *El Obrero Petrolífero*, un periódico dedicado a la difusión de su ideario así como de aquellas cuestiones relativas a los problemas y la organización obrera petrolera local.⁸ Ello abonó el crecimiento de la FOP que, desde entonces, dinamizó distintas confrontaciones con la empresa, con resultados dispares no por la cantidad de obreros involucrados sino en materia de reivindicaciones obtenidas. En varias ocasiones, como en el caso de los conflictos de noviembre y diciembre de 1918, o los subsiguientes de agosto y diciembre de 1919 en reclamo de cuestiones tales como mejoras salariales, la reducción de la jornada laboral a 8 horas –reivindicación que solo había sido satisfecha formalmente luego del paro de 1917– o la mejoría de las condiciones habitacionales y de higiene en el campamento, la respuesta de la dirigencia estatal fue la represión. Así, se acudió al ejercicio de la fuerza mediante el uso de batallones del Ejército traídos desde Buenos Aires, a la expulsión de los considerados “agitadores” a través de la aplicación de la Ley de Residencia o la conformación de “listas negras” que eran compartidas con las gerencias de las restantes firmas petroleras para evitar la contratación de aquellos sospechados de ser anarquistas o bolcheviques. Esta política se reforzaba además con los intentos por controlar la vida de los obreros mediante el espionaje de apuntadores, personal contratado por la empresa y habilitado a irrumpir en el trabajo y en las viviendas por sorpresa. Empero, también se acudió a la implementación de un conjunto de medidas destinadas a satisfacer ciertas demandas y modificar algunas condiciones de la vida cotidiana que generaban el descontento. Si bien algunas de ellas comenzaron a ponerse en práctica bajo la administración de Fliess,

8. Debe señalarse que a comienzos de noviembre de ese año y también como resultado de la huelga se fundó otra organización sindical, la Sociedad de Jefes de Sondeo y Aspirantes, que reunía mayoritariamente a trabajadores austriacos y alemanes (Torres, 1995).

su ejecutor protagónico sería Enrique Mosconi, un militar vinculado con el partido gobernante desde 1916, la Unión Cívica Radical (UCR), y nombrado Director General de YPF en octubre de 1922, la empresa estatal creada en junio de ese año por decreto presidencial en base a la reorganización de la DGEP de Comodoro Rivadavia.

Entre el obrero soñado por el patrón y la pesadilla proletaria: vida, conflicto y asistencia en YPF

En el inicio del cuarto capítulo de su libro *Obras*, escrito seis años más tarde de su alejamiento de la conducción de YPF, el coronel Enrique Mosconi aseveraba:

Al encarar la organización del personal del YPF lo hicimos con criterio humano, social y práctico, en bien de los intereses generales y del progreso de la Nación. Nos proponíamos formar, y esto se logró, un personal de hombres fuertes, sanos de cuerpo y espíritu (...) La Dirección General se proponía velar y subvenir en la forma más completa posible al bienestar general del personal de la organización, en forma tal que el jefe de familia no sintiera disminuidas su energía y su capacidad de trabajo por preocupaciones inherentes a las necesidades del hogar. En cambio, exigimos del personal, conducido con estricta equidad y justicia, una disciplina inflexible y una rigidez absoluta en el cumplimiento de deberes y obligaciones (Mosconi, 1984: 71).

Estas afirmaciones prologaban la reseña de las medidas asistenciales puestas en práctica bajo su gestión en pos de los trabajadores petroleros y sus familias. Entre ellas se contaban bonificaciones extra-salariales (como asignaciones familiares por paternidad y por maternidad, bonos por antigüedad, gratificaciones anuales extraordinarias o premios a la puntualidad), la provisión de viviendas (cuya disposición espacial y dimensiones respondían tanto al estado civil de los trabajadores y la composición numérica de la familia como a las jerarquías laborales), la atención de la salud (mediante la provisión de servicio médico gratuito a domicilio, la inauguración del Hospital Alvear y descuentos en medicamentos), la educación formal y la capacitación de los obreros (a través de la construcción de escuelas con ciclo elemental para los hijos y las hijas de las familias proletarias, de una escuela nocturna para adultos analfabetos y semi-analfabetos, y la firma de un acuerdo con la congregación salesiana para la construcción de una escuela orientada a brindar estudios de especialización técnica exclusivamente para los

varones que concluyeran el ciclo elemental), la instalación de comedores con precios módicos para obreros y empleados, y de baños públicos en los barrios del campamento (Mosconi, 1984).

La puesta en práctica de estos beneficios, con su pretensión de liberar al “jefe de familia” de las inquietudes de la subsistencia del hogar, apostaba no sólo a fomentar el incremento de la capacidad de trabajo del obrero petrolero sino también de su lealtad hacia la empresa. A tales fines se sumaba el impulso de variadas actividades recreativas. Algunas comprendían la organización de orquestas y veladas musicales, de bailes y reuniones para caridad, y de campeonatos deportivos de fútbol o de básquet –prácticas que retomaban en parte usos del tiempo de ocio realizados por los trabajadores con antelación-. Otras remitían al festejo conmemorativo de ciertos hitos del proceso independentista mediante la realización de desfiles militares acompañados por actos organizados por las escuelas de niños y niñas del campamento. Tales festividades concitaban especial empeño por parte de la gerencia de la empresa pues eran la ocasión para estimular la circulación y adhesión a valores vinculados con la defensa de la Nación y su soberanía, sobre todo en materia de sus recursos hidrocarburíferos. A su vez, Mosconi reforzaba tal convicción nacionalista, explicitada en sus controversias sobre la participación extranjera en la explotación del petróleo local,⁹ con otras iniciativas dirigidas hacia la clase trabajadora de la petrolera estatal. Específicamente, hacia aquella expresión política que ponía en tela de juicio la existencia de la nación y del propio sistema burgués. En ese sentido, la pretensión de promover la unicidad de intereses de obreros, empleados y patronos tras el nacionalismo petrolero se enlazaba con el de poner término a una conflictividad laboral que portaba el signo del anarquismo. Fue así como se prohibió toda actividad sindical ampliando la práctica de la confección de listas negras y la expulsión de los “agitadores” fundamentalmente a partir del intento de la FOP de convocar a una huelga hacia fines de 1922. Pero como esta adscripción político-ideológica era anexada al origen europeo de la mayoría de los trabajadores, Mosconi procuró enfrentarla acudiendo también a la “argentinización” de la mano de obra, es decir, al reemplazo de los obreros extranjeros mediante la contratación de trabajadores provenientes de áreas rurales de las provincias del norte argentino –sobre todo Catamarca-, vistos como más dóciles en base a una supuesta ausencia de experiencia fabril y sindical (Mosconi, 1984).

Por otra parte, esta política asistencial descansaba en nociones de

9. En referencia a las confrontaciones de Mosconi con las empresas extranjeras –fundamentalmente con la firma Standard Oil de New Jersey– y sus ecos en las políticas del gobierno de la UCR, véase Solberg (1986) y Gadano (2006).

masculinidad y feminidad obreras que, si bien no eran exclusivamente profesadas por la dirigencia de YPF, reforzaban una división sexual del trabajo que ponderaba de manera desigual a varones y mujeres.¹⁰ De tal modo, los primeros eran preconizados como proveedores del hogar proletario; pero además, como seres idóneos para cumplir con los requerimientos de fuerza física del trabajo petrolero y depositarios de ciertos valores asociados a ello tales como valentía, cuidado y disciplina, nociones que debían ser inculcadas no sólo en el trabajo sino también a través de la educación y de la práctica de deportes.¹¹ En contrapunto, las mujeres eran situadas como responsables del cuidado y la reproducción familiar, educables en labores como la costura y la preparación de alimentos, y subordinadas a los varones en tanto madres y esposas (Crespo, 2005). Esa marca genérica, asimismo, patentaba las tareas remuneradas que la empresa les ofrecía ya que ocuparse de los enfermos en el Hospital, de la enseñanza en la escuela, de la limpieza de los baños públicos, las oficinas y las gamelas eran labores concomitantes a su rol hogareño. Más aún, según un estudio, la contratación de las viudas habría buscado mantenerlas radicadas en el campamento a fin de garantizar que sus hijos se volvieran obreros petroleros una vez alcanzada la edad de trabajar (Ciselli, 2001). En suma, bajo el auspicio de Mosconi se pusieron en marcha una vasta cantidad de beneficios que, solidificando jerarquías de clase y de género, buscaron fomentar trabajadores y trabajadoras leales a la empresa.

Ahora bien, como se explicitó en el inicio de este trabajo, algunos estudios que se ocuparon de examinar estas medidas interpretaron sus sentidos y alcances acudiendo a distintas categorías. Así, se las vio como un modelo de profundo disciplinamiento social que hizo de YPF una institución total (Cabral Marques, 2011), como parte de una pedagogía de la dominación (Capogrossi, 2014) o como un modelo de hegemonía empresaria (H. Palermo, 2012). Aún cuando responden a marcos teóricos distintos pues la primera se nutre de los postulados del sociólogo canadiense Erving Goffman mientras que las restantes lo hacen de las conceptualizaciones del teórico marxista italiano Antonio Gramsci, estas lecturas coinciden en concluir el éxito de la política de Mosconi a la hora de obtener un obrero obediente a los intereses em-

10. Estudios relativos a la vigencia de estas nociones en otras ramas productivas y comunidades laborales tanto dentro como fuera de la Argentina pueden verse en Klubock (1995), Lobato (2000, 2007), Nari (2004) y S. Palermo (2007).

11. Según algunos trabajos, las coincidencias sobre tipo de valores habrían propiciado los acuerdos entre Mosconi y la congregación salesiana para colocar bajo tutela de esta última la formación de los hijos de los trabajadores en la escuela de artes y oficios comenzada a construir en el campamento en 1929 y concluida en 1937. Véase Carrizo (2009).

presariales. De tal modo, ese obrero habría pasado a integrarse como engranaje armónico de una singular comunidad laboral en la cual el antagonismo entre capital y trabajo quedaba diluido en la pertenencia a una “gran familia”, la de YPF. A su vez, el proceso formativo de esa comunidad y, por tanto, el entramado en que se inscribieron esas medidas fue examinado a la luz de dos nociones fundamentalmente: la de Sistema de Fábrica con Villa Obrera (SFVO) y la de *Company Towns*.

La primera, formulada por el antropólogo social brasileño José Sergio Leite Lopes (1979, 1988), refiere a una comunidad cuyo entramado, dispuesto a partir de una actividad productiva específica y radicada en zonas desprovistas de un mercado de trabajo previo a su creación, concentra en un mismo espacio la esfera de la producción y la de la reproducción de los trabajadores. Tal concentración, que desde el punto de vista de la vida cotidiana tiende a borrar las diferencias entre los momentos de trabajo y los de ocio, da lugar a que la empresa ejerza su poder en todas las esferas de las actividades de los obreros y habitantes de la villa. La pieza clave de esta intromisión está en la provisión de la vivienda y en diversas prácticas de paternalismo empresarial, desplegadas por una institución que es central, el Departamento de Personal. Así, el SFVO gesta un obrero modelado por la empresa, muy distinto al que compone la imagen clásica del “proletario libre” pues tiene una dependencia completa del capital dando lugar a una paradójica servidumbre burguesa (Leite Lopes, 1979, 1988).

Por otro lado, en un libro de Susana Torres y Marcelo Borges (2012), esta definición de SFVO es absorbida por la categoría de *Company Towns*, una modalidad de asentamiento de la mano de obra rastreable en Europa y Estados Unidos de la revolución industrial. Nuevamente, la clave de su definición se encuentra en la reunión dentro de un mismo espacio geográfico del lugar del trabajo y de vivienda, y la preocupación por atraer mano de obra, fijarla y disciplinarla, lo cual conduce a extender el poder patronal desde el ámbito del trabajo hacia la vida cotidiana fuera de la fábrica, proveyendo servicios y bienes de consumo para los trabajadores, y organizando el uso del tiempo libre.

Las divergencias en el empleo de una y otra categoría en el caso que aquí se trata redundarían más bien en matices. En tal sentido, quienes acuden a la primera parecieran estar más atentos a las grietas que ciertas prácticas obreras abren en el ejercicio de ese poder empresarial, mientras que quienes recurren a la segunda otorgan mayor relevancia a la comprensión del encastre entre las necesidades productivas y el asistencialismo paternalista empresarial fundamentalmente en lo que hace a la voluntad de controlar el tiempo libre. Mas en una y en otra, el protagonismo respecto a la fundación y desarrollo de las comunidades se sitúa en la iniciativa, las prácticas, ideas y concepciones de la patronal.

Es ese énfasis analítico el que comulga con las evaluaciones sobre el diseño y el resultado de la política asistencial de Mosconi, encerrando distintos problemas para abordar las comunidades como la que examina este trabajo. El mayor de esos inconvenientes radica en la omnipotencia asignada a las patronales empresariales para el ejercicio del control y de la intervención en la cotidianeidad del obrero y su familia, un poder que se presenta como escasamente permeable a fisuras desde abajo a excepción de que las mismas aparezcan como parte de una acción colectiva y organizada. La literatura con la que dialoga este estudio no elude atribuir un papel a los trabajadores en los prolegómenos de la política asistencial pues denota la elevada presencia de anarquistas entre las filas obreras y la intensidad de los conflictos impulsados por la FOP para torcer las severas condiciones laborales y de vida que regían en el yacimiento estatal. Sin embargo, al centrarse exclusivamente en este tipo de acciones colectivas de protesta y formas de organización, la medición del logro de la “domesticación” obrera se asoció a su erradicación. Así, si las huelgas se desactivaron al igual que las organizaciones sindicales, si los trabajadores se radicaban en el lugar, se casaban, llevaban el sustento a su hogar mientras las mujeres velaban por ellos y sus hijos e hijas, si no formaban ningún tipo de asociación autónoma de clase, se capacitaban y jugaban al fútbol, se tornaba evidente que habían aceptado su lugar subordinado dentro de la comunidad, definiendo un sentido compartido de pertenencia que, basado en lo laboral, no era otro que el diseñado por la empresa y Mosconi.

En efecto, las huelgas que poblaron la escena de los campamentos de YPF en 1917, 1918, 1919 y 1920 –si bien hubo dos en 1924 y una en 1927– no volvieron a aparecer siquiera durante el año 1932, cuando dos conflictos iniciados en las compañías privadas se convirtieron en paros generales que convulsionaron a esa región de la Patagonia (Andújar, 2014). Por su parte, los registros sobre deportaciones masivas de anarquistas, la desarticulación de la FOP y la ausencia de una organización sindical que la reemplazara hasta la aparición de la Unión General de Obreros Petroleros, un sindicato de filiación comunista fundado a mediados de 1931, así como la efectiva disminución de la proporción de extranjeros entre los trabajadores,¹² reforzaron la convicción sobre la desactivación de una clase obrera conciente y organizada en defensa de sus intereses.

Mas estas conclusiones pueden ser revisadas bajo otras considera-

12. Igualmente, Mosconi (1984) exageraba el éxito de su política de argentinización de la mano de obra al señalar que al momento de su renuncia, en 1930, el 80% de los trabajadores de YPF eran argentinos. Un trabajo basado en el relevamiento de las fichas de personal demuestra que la fuerza laboral nativa para ese entonces representaba el 43,4% del total (Castiñeira Castro y García, 1999).

ciones. La primera requiere sopesar las capacidades de resistencia y organización por fuera de aquellas formas y acciones que son claramente visibles a los ojos del dominador como las huelgas, ya que enfocarse sólo en estas últimas obtura la posibilidad de interpretar otros indicios. En ocasiones, esos indicios aparecen en actitudes individuales contrarias a la disciplina laboral que buscaba imponer la empresa. Así, la revisión de las fichas del personal de YPF comprendidas entre los años 1926 y 1929 hizo posible detectar reproches a los obreros por conductas tales como dormirse en horas de labor, ausentarse sin aviso, asistir al trabajo en estado de ebriedad, realizar lecturas en voz alta en medio de la jornada laboral, lanzar piedras y palas a las cintas del equipo de perforación, contestar de manera insolente al personal jerárquico, desacatar sus órdenes o, como hizo la partera Josefa Ezcurra de Ciafardini, utilizar el automóvil del Hospital Alvear para trasladar a sus amigas a una fiesta. Todos estos comportamientos ameritaban suspensiones que podían durar de uno a cinco días y también pérdida de bonificaciones (lo cual impactaba fuertemente en el salario obrero) cuando no el despido.

Otros indicios son rastreables en los momentos de las huelgas que, aún cuando no comprometieran las instalaciones de YPF, revelaban que no todos sus trabajadores se mantenían al margen. Si se siguen los nombres de los huelguistas apresados por la policía del campamento de YPF en las dos protestas de 1932, por ejemplo, es posible observar que entre los arrojados a las “mazmorras de YPF” (como definía uno de los encarcelados a la comisaría que desde 1916 funcionaba dentro de este campamento), se encontraban algunos obreros de la empresa estatal, sorprendidos en reuniones en las gamelas de los campamentos de la Compañía Ferrocarrilera de Petróleo o de Manantial Rosales (dos de las empresas que fueron epicentro de tales protestas).¹³ Entre los detenidos, además, estaba Alfredo Raffo, integrante de un equipo de fútbol fundado a instancias de la dirección de YPF.¹⁴ Otros trabajadores figuraban en las listas de los deportados al comienzo de la primera de las dos huelgas de ese año. Por su parte, las crónicas periodísticas que día a día se ocupaban de informar si el conflicto afectaba o no las instalaciones de YPF, al igual que las memorias de Rufino Gómez, un

13. Tal fue el caso de Jacinto Ozán e Ignacio González, dos trabajadores oriundos de Buenos Aires que habían ingresado en YPF a fines de 1928. Ambos fueron deportados con motivo de la primera huelga de 1932 el 19 de marzo de ese año (*Libro de partes diarios de la Policía de YPF*, parte del 19 de marzo de 1932, tomo 1931-1932, folio 181). Sobre el calificativo dado a las celdas de la comisaría de YPF, véanse las cartas de Jacinto Ozán publicadas en ediciones del diario *El Chubut* del 4, 5 y 8 de marzo de 1932.

14. *Libro de partes diarios de la Policía de YPF*, partes del 9 y 10 de marzo, tomo 1931-1932, folios 172 y 173.

activista comunista llegado a la región patagónica a comienzos del año 1930, referían la presencia de columnas de obreros de esa empresa en las movilizaciones y mitines realizados durante esas protestas.¹⁵ Más aún, puede presumirse que estas huelgas habrían estimulado a la dirigencia de YPF a satisfacer ciertos reclamos sobre las condiciones de vida y de trabajo, tales como los referidos a las extensas travesías que muchos trabajadores debían recorrer para llegar desde sus moradas dentro del campamento hasta los pozos de perforación. Según explicitaba en agosto de 1932 *El Obrero Petrolero*, un periódico sindical comunista de Comodoro Rivadavia, entre “las herejías que se cometen” contra los obreros en YPF se encontraba la de tener que levantarse a las 5:30 hs de la mañana para “ir a pie 7, 9 hasta 10 kilómetros a trabajar bajo la lluvia, nieves, vientos y fríos por dentro de las matas”.¹⁶ En apariencia, la dirigencia empresarial habría tomado nota de la denuncia y se determinó que la distancia entre la residencia de los trabajadores y el pozo donde laboraban no podía exceder los 2 km,¹⁷ disponiéndose en caso contrario “el traslado del personal a nuevos alojamientos”.¹⁸

Igualmente, no es conveniente caer en una sobrevaloración de estos indicios para oponer a las lecturas del omnímodo poder de los patrones una omnímoda capacidad de resistencia de la clase obrera. Pero tomar en cuenta esas prácticas a partir de una perspectiva que se interroge por la agencia de las trabajadoras y los trabajadores, que no exima el conflicto en la dominación ni desestime las tensiones o reformulaciones permanentes a las que son sometidas desde abajo las instancias de dominación, permite repensar la forma en que fueron edificadas estas comunidades y cómo tal proceso fue parte de la arena de la conflictividad de clases. También colabora en reponer para la reconstrucción de ese pasado cómo los obreros y las obreras desde sus propias experiencias significaron tales políticas y sus alcances. Un ejemplo de ello puede encontrarse en la experiencia de Carmen, la viuda de Julio Montoya. Ciertamente el tipo de trabajo que realizaba para la empresa da cuenta de las jerarquías de género que ésta incentivaba y posibilita suponer que con la atención de los baños públicos ella aceptaba cumplir con lo esperado de su sexo. Pero podemos preguntarnos hasta qué punto esa

15. *El Chubut*, ediciones de marzo y abril de 1932; Gómez (1973).

16. *El Obrero Petrolero*, 3 de agosto de 1932, “Carta del Comité Sindical del YPF”, p. 3.

17. Expediente DG n° 32, Ministerio de Agricultura. Administración de los Yacimientos Petrolíferos Fiscales. Nota dirigida al Administrador de YPF Ing. Roberto Raventos, 1932, folio A n° 3, Museo del Petróleo, Comodoro Rivadavia.

18. Nota del Ingeniero Roberto Raventos al Jefe de Sondeo y Producción de YPF-Comodoro Rivadavia, 5 de noviembre de 1932. Folio A 3 5, Museo del Petróleo, Comodoro Rivadavia.

aceptación no permitía mantener otros márgenes de autonomía pues, de no contar con ese trabajo remunerado, Carmen tal vez se habría visto obligada a retornar con su hijo a Buenos Aires, ese lugar cosmopolita del cual había salido hacía muchos años, buscar y encontrar un trabajo, preocuparse por la educación del niño sin contar con la garantía que le ofrecía YPF con sus escuelas, o resignarse a vivir bajo tutela de un pariente si las cosas se ponían más complicadas. Por tanto, al consentir cuidar y limpiar del baño, ella quizás también sopesó sus posibilidades y resolvió quedarse en el lugar que conocía, donde contaba con relaciones y espacios que servían a sus necesidades y a las formas en que pensaba el mundo en el que le tocó vivir. Otro tanto puede decirse de cuestiones como el proceso de argentinización y la identificación obrera con las banderas del nacionalismo petrolero que redundaban en la existencia de esa comunidad. No es del todo claro aún cómo vivieron los catamarqueños que fueron contratados por YPF, cómo se relacionaron con los restantes obreros, de qué manera tejieron solidaridades y conflictos con españoles, portugueses o alemanes, cuáles eran sus nociones de familia, sus esperanzas, sus visiones políticas de la realidad circundante. Menos aún se conoce qué componentes tuvo la idea de nacionalismo para ellos, para los restantes trabajadores y trabajadoras o, incluso, cuántas definiciones de nacionalismo petrolero circulaban entre ellos.

A modo de cierre

Aquello que sí se sabe, como ya lo marcó E.P. Thompson (1989), es que la batalla final por la disciplina industrial la ganó el capital. Y podría decirse, parafraseándolo, que la batalla final por el sentido de comunidad la ganó YPF si se tiene en cuenta que varios años más tarde los obreros petroleros comenzaron a autoidentificarse como ypefeanos, subsumiendo otras pertenencias a las correspondientes a su papel en la comunidad laboral. Pero como también señala el historiador británico, ello no exige invalidar la entidad de las “escaramuzas” que se libraron en medio de esa batalla para quedarse tan solo con lo que arroja el final del camino. No obsta preguntar cuánto tejían los obreros de carne y hueso su participación política cuando se juntaban a jugar al fútbol, qué visiones y emprendimientos compartían cuando asistían a las veladas musicales organizadas por YPF, cuánto intervinieron en su propia disciplina y códigos de conducta las prédicas de los anarquistas contra la ebriedad, por ejemplo, o qué estarían leyendo en voz alta a sus compañeros en horas de trabajo. Es más, hasta podría pensarse cómo interpretar incluso la dificultad de encontrar mayor cantidad de rastros de ese tipo: ¿obra de escasa existencia o importante capacidad de ocultamiento de las prácticas obreras a los registros del patrón? James

Scott (2000) ha proporcionado un iluminador análisis para atisbar esa infrapolítica de los oprimidos, esas estratagemas de veladas y discretas oposiciones tendientes a limitar el poder de los dominadores, puestas en escena cuando un “ataque frontal” es percibido como imposible. Por su parte, Florencia Mallon (2003) ha propuesto hace tiempo repensar la hegemonía no sólo como un resultado sino como un proceso en el cual se legitiman, redefinen y disputan poderes y significados identitarios en todos los niveles de la sociedad. Perder de vista ese proceso conlleva el riesgo de cegarse a las demandas y los términos de los trabajadores y las trabajadoras porque estos quedan sumergidos y reorganizados en otros modos al momento del resultado. En tal sentido, el respeto a su dignidad como obrero, a ganar un salario que permitiera reproducir el hogar proletario, a contar con vivienda y cobertura de salud, a determinar su tiempo de trabajo y su tiempo libre, a exigir el acortamiento de distancias entre la morada y el pozo petrolero, constituyeron demandas por derechos edificadas en base a la manera en que esos trabajadores y trabajadoras experimentaron sus condiciones de explotación. De tal modo, esas reivindicaciones configuraron y se reconfiguraron desde una práctica política y social que enmarcó el terreno de la lucha de clases “desde abajo”, aún cuando en sus resultados predomine fundamentalmente la firma de Mosconi y la afirmación de su complacencia por haber logrado formar a ese “personal de hombres fuertes, sanos de cuerpo y espíritu”.

Este trabajo buscó resituar ese proceso, interrogándose por las experiencias de trabajadores y trabajadoras, a fin de hallar la pátina de sus estrategias abiertas y solapadas, individuales y colectivas, y de sus expectativas y percepciones en la formulación de los beneficios de que fueron objeto bajo la dirigencia de Mosconi. También procuró reflexionar sobre la formación de esa comunidad laboral examinándola no como la resultante obvia de las necesidades del capital y las voluntades patronales, sino como el fruto de una construcción activa, relacional e histórica –y por tanto conflictiva–, una edificación a ser examinada no por la apariencia de su puerto de llegada sino a la luz de lo que hicieron, idearon y comprendieron todos los sujetos que formaron parte de ella.

Bibliografía de referencia

- Andújar, Andrea (2014), “En demanda de lo justo: conflictos por derechos en la Patagonia petrolera. Comodoro Rivadavia, 1932”, *Páginas. Revista Digital de la Escuela de Historia*, año 6, n° 12, Universidad Nacional de Rosario. Disponible en línea.
- Armesto, Stella, Elvira Córdoba y Raúl Figueroa (2001), *Comodoro Rivadavia, crónicas del centenario, 1901-2001*, Comodoro Rivadavia: Diario Crónica.

- Cabral Marques, Daniel (2010), "La constitución de una «gran familia»: trabajadores e identidades sociolaborales en las empresas extractivas estatales de la Patagonia Austral", en *1° Workshop sobre conflictividad y consentimiento en las relaciones laborales. Prácticas obreras y empresarias en la Argentina del siglo XX*, Tandil.
- (2011), "La expansión de los yacimientos estatales en la Patagonia austral y la consolidación de un modelo de regulación sociolaboral bajo la égida de YPF: 1930-1946", en Enrique Mases (comp.), *Trabajadores y trabajadoras en la Argentina. Aportes para una historia social*, Neuquén: Universidad Nacional del Comahue.
 - (2013), "Mundos del trabajo y formas de organización sindical en la Cuenca del Golfo de San Jorge durante la primera mitad del siglo XX: entre la radicalización obrera, el planteo reivindicativo y la articulación con el Estado", en *Avances del Cesor*, año X, n° 10, Rosario: ISHIR-Conicet-UNR.
- Cabral Marques, Daniel y Edda Lía Crespo (2006), "Entre el petróleo y el carbón: empresas estatales, trabajadores e identidades sociolaborales en la Patagonia austral durante el período territorialiano (1907-1955)", en Susana Bandieri, Graciela Blanco y Gladis Varela (dirs.), *Hecho en Patagonia. La historia en perspectiva regional*, Neuquén: CEHIR-EDUCO, Universidad Nacional del Comahue.
- Capogrossi, Lorena (2014), "Disciplinamiento y nacionalización de la fuerza de trabajo en los campamentos petroleros argentinos", en *Nuevo Mundo Mundos Nuevos* (en línea).
- Castiñeira Castro, Victor Manuel y Alfredo Martín García (1999), "Aproximación a la emigración española a la provincia del Chubut: los yacimientos petrolíferos fiscales (1915-1933)", en *Anuario de Estudios Americanos*, vol. 56, n° 2.
- Carrizo, Gabriel (2006), "Los trabajadores y su tiempo libre. El fútbol en las comunidades obreras de Comodoro Rivadavia durante las primeras décadas del siglo XX", *Segundas Jornadas de Historia de la Patagonia* Universidad Nacional del Comahue, 2, 3 y 4 de noviembre.
- (2009), "Educación y masculinidad en un colegio técnico de la Patagonia argentina: el caso de los salesianos en Comodoro Rivadavia durante la primera mitad del siglo XX", *Revista de Investigación Educativa*, n° 9, julio-diciembre, Xalapa: Universidad Veracruzana.
- Ciselli, Graciela (2001), "La mujer italiana en la industria petrolera del sur Patagónico", *Gazeta de Antropología*, n° 21.
- (2002), "Trabajo femenino en la industria petrolera de Chubut (1919-1962)", *Andes*, n° 13. En <http://redalyc.unamex.mx>.
- Crespo, Edda Lía (2001), "De Germinal a Florentino Ameghino. Memoria, política y asociacionismo en Comodoro Rivadavia (1919-1923)", *Entre-pasados*, año X, n° 20-21.
- (2005), "Madres, esposas, reinas... Petróleo, mujeres y nacionalismo en Comodoro Rivadavia durante los años del primer peronismo", en Mirta

- Lobato (ed.), *Cuando las mujeres reinaban. Belleza, virtud y poder en la Argentina del siglo XX*, Buenos Aires: Biblos.
- Ezpeleta, Justo (dir.) (1957), *Medio siglo de petróleo argentino. 1907-13 de diciembre-1957*, Comodoro Rivadavia: El Rivadavia.
- Gadano, Nicolás (2006), *Historia del petróleo en Argentina, 1907-1955: desde los inicios hasta la caída de Perón*, Buenos Aires: Edhasa.
- Gómez, Rufino (1973), *La gran huelga petrolera en Comodoro Rivadavia (1931-32). En el recuerdo de un militante obrero y comunista*, Buenos Aires: Ediciones Centro de Estudios.
- Klubock, Thomas (1995), "Hombres y mujeres en El Teniente: la construcción de género y clase en la minería chilena del cobre, 1904-1951", en Lorena Godoy (ed.), *Disciplina y desacato: construcción de identidad en Chile. Siglos XIX y XX*, Santiago de Chile: CEDEM.
- Leite Lopes, José Sergio (1979), "Fabrica e Vila Operaria. Considerações sobre uma forma de servidão burguesa", *Mudança social no Nordeste*, Rio de Janeiro: Paz e Terra.
- (1988), *A Tecelagem dos conflitos de classe na cidade das chaminés*, São Paulo: MCT/CNPq.
- Lobato, Mirta Z. (2000), "Lenguaje laboral y de género en el trabajo industrial", en F. Gil Lozano, V. Pita y M.G. Ini (dirs.), *Historia de las mujeres en la Argentina. Siglo XX*, tomo 2, Buenos Aires: Taurus.
- (2007), *Historia de las trabajadoras en la Argentina (1869-1960)*, Buenos Aires: Edhasa.
- Mallon, Florencia (2003), *Campesino y nación: la construcción de México y Perú postcoloniales*, México: Historias.
- Márquez, Daniel (1995), "Conflicto e intervención estatal en los orígenes de la actividad petrolera en Comodoro Rivadavia", en Daniel Márquez y Mario Palma Godoy, *Distinguir y comprender. Aportes para pensar la sociedad y la cultura en Patagonia*, Comodoro Rivadavia: Proyección Patagónica.
- Mosconi, Enrique (1984), *Obras*, Buenos Aires: YPF.
- Nari, Marcela (2004), *Políticas de maternidad y maternalismo político*, Buenos Aires: Biblos.
- Palermo, Hernán (2012), *Cadenas de oro negro en el esplendor y ocaso de YPF*, Buenos Aires: Antropofagia.
- (2014), "Machos que se la bancan: masculinidad y disciplina fabril en la industria petrolera argentina", *Desacatos. Revista de Antropología Social*, n° 47, enero-abril. Disponible en línea.
- Palermo, Silvana (2007), "¿Trabajo masculino y protesta femenina? La participación de las mujeres en la gran huelga ferroviaria de 1917", en M.C. Bravo, F. Gil Lozano y V. Pita (comps.), *Historia de luchas, resistencias y representaciones. Mujeres en la Argentina, siglos XIX y XX*, Tucumán: EDUNT.
- Scott, James (2000), *Los dominados y el arte de la resistencia*, México: Era.
- Solberg, Carl (1986), *Petróleo y nacionalismo en la Argentina*, Buenos Aires: Hyspamérica.

Thompson, E.P. (1989), *La formación de la clase obrera en Inglaterra*, Barcelona: Crítica.

Torres, Susana (1995), “Huelgas petroleras en Patagonia: inmigrantes europeos, clase y etnicidad (1917-1933)”, en *V Jornadas sobre Colectividades*, IDES, Buenos Aires, 26 y 27 de octubre.

Torres, Susana y Marcelo Borges (2012), *Company Towns: Labor, space and power relations across time and continents*, Nueva York: Palgrave Macmillan.

* * *

Título: Working-class community, gender and welfare policies: a historical approach, Comodoro Rivadavia, 1922-1932

Resumen: Este artículo explora el problema histórico de las comunidades obreras y las políticas asistenciales desplegadas por el empresariado a favor de los trabajadores y sus familias a partir de un caso específico: Yacimientos Petrolíferos Fiscales (YPF) en Comodoro Rivadavia entre 1922 y 1932. Inscrito en la historia social con perspectiva de género, se interroga por la política asistencial de la empresa y por la manera en que los trabajadores petroleros gravitaron en la edificación de esa comunidad.

Palabras clave: comunidad obrera – género – política asistencial – Comodoro Rivadavia.

Abstract: This article explores the historical problem of working-class communities and the welfare policies undertaken by employers towards workers and their families in a specific case: the Yacimientos Petrolíferos Fiscales (YPF) in Comodoro Rivadavia between 1922 and 1932. It combines a social history approach with a gender perspective in order to examine the welfare policy in the company and how petroleum workers affected the building of that community.

Keywords: working-class community – gender – welfare policy – Comodoro Rivadavia.

Recepción: 10 de junio de 2015. **Aprobación:** 11 de julio de 2015

Cocinando la revolución en la ciudad de La Paz, 1927-1946

Ivanna Margarucci

UBA
ivannita77@hotmail.com

Introducción

El movimiento anarquista tuvo un gran desarrollo durante la primera mitad del siglo XX en Bolivia. Parte de éste se debió al activismo de las mujeres nucleadas en la Federación Obrera Femenina (FOF) de La Paz, sobre cuya experiencia organizativa y de lucha nos centraremos en este artículo.

Tradicionalmente, estos temas fueron trabajados por la historiografía del movimiento obrero boliviano de forma parcial e incompleta (Lora, 1969-1970), incurriendo en ocasiones en deliberadas distorsiones motivadas por la afinidad político-ideológica de los autores hacia tendencias rivales del anarquismo. Recién en la década de 1980 esta situación comenzó a ser revertida por una serie de investigaciones, a cuya cabeza estuvo el Taller de Historia Oral Andina (Lehm y Rivera Cusicanqui, 1988), que, junto a otros trabajos elaborados a partir del 2000 (Rodríguez García, 2010a), han logrado reconstruir, aun de forma inconclusa, la historia del anarquismo en Bolivia. Fue también en los 80 cuando se desarrollaron los primeros estudios específicos sobre las cholas anarquistas (Dibbits *et al.*, 1989; Wadsworth y Dibbits, 1989), realizando las investigadoras del Taller de Historia y Participación de la Mujer (Tahipamu) entrevistas individuales y colectivas a las longevas libertarias, un valioso material luego utilizado para analizar la trayectoria de la FOF y sus sindicatos.

Estas entrevistas, así como una serie de documentos escritos –publicaciones de origen boliviano (manifiestos y prensa anarquista y comercial) y prensa anarquista de otros puntos del continente relativa al movimiento libertario en Bolivia– constituyen el repertorio de fuentes usadas en el presente trabajo.

En esos documentos aparecen mencionadas por igual, las ideas y las acciones de la FOF, de sus sindicatos y de sus miembros, de lo cual

surge la primera precaución metodológica que tendremos en cuenta: la estrecha relación existente entre el discurso y la praxis, lo cual nos lleva a plantear la necesidad de analizar a estos elementos como un conjunto inescindible.

La pretensión de dar cuenta del fenómeno en su real complejidad, no se agota en lo anterior.

Últimamente, los estudios latinoamericanos y de la región andina han propuesto la utilidad de aproximarse a los sujetos sociales a partir de la articulación de dos categorías –clase-etnia (Melgar Bao, 1990) o etnia-género (Stephenson, 1994 y 1997)– o de todas ellas (Rivera Cusicanqui, 2010), sin acordar, no obstante, en “la” contradicción fundamental de la sociedad abordada y “la” categoría central de análisis.

En esa dirección, las fuentes,¹ así como algunos aspectos que plantearemos sobre la FOF, nos remiten al uso articulado de las categorías de “clase, etnia y género”, al constituir estos los principales clivajes del caso que nos ocupa. Asimismo, la explotación económica, la discriminación étnica y la dominación patriarcal fueron tres modalidades “opresivas” que convergieron en sus miembros, teniendo la primera de ellas un rol estructurante en la intersección e interacción de esas múltiples identidades. El nombre y el carácter dados a su federación así como sus manifiestos enfatizan la identidad obrera y proletaria del sujeto, destacándola por sobre su condición étnica y genérica (aun cuando las tres aparecen relacionadas).

Así, sostendremos como hipótesis que la triple condición categórica y opresiva (clasista, étnica y de género) que se amalgamó en las mujeres de la FOF posibilitó el fuerte arraigo y la orientación de su lucha a partir de las ideas del anarquismo, al constituir un grupo social “oprimido” tal como fuera concebido por la teoría anarquista (Margarucci, 2010).²

1. *La Antorcha* (10 de julio de 1929) se refiere a sus miembros como “las [...] mujeres proletarias, «cholas», educadas en la lección única y sin posibles alegrías del trágico dolor de su raza castigada y ofendida”.

2. Para Bakunin la “triada explotadora y opresora”, integrada por el Estado, la Iglesia y el capital, ejercía la explotación económica, pero también la dominación y opresión política, cultural y moral. El obrero explotado era al mismo tiempo un oprimido en todos esos aspectos. De aquí se derivaban dos cuestiones. Primero, la consideración de un sujeto social amplio –integrado por los trabajadores del campo, de las fábricas (proletarios) y de las ciudades (artesanos) (Bakunin, 1978: 267)– y flexible, ya que el mismo podía (debía) variar en función del medio social particular y concreto de inserción del anarquismo. El carácter integral de la dominación y, por ende, la amplitud y flexibilidad del oprimido lo eran con un sentido netamente clasista. Segundo, la militancia planteada por los ácratas, así como la revolución imaginada por ellos, era total: la puesta en acto de la liberación de las distintas cadenas que ataban al pueblo.

La tensión entre el cambio y la continuidad

No es posible pensar la bonanza minera que vivió Bolivia a fines del siglo XIX con el esquema de la economía del enclave. La monoproducción de estaño destinada a los centros del mercado mundial produjo importantes cambios a nivel interno: el mejoramiento de la infraestructura y, principalmente, el crecimiento en tamaño y población de ciudades como La Paz, Oruro y Cochabamba. Crecimiento que se tradujo en el desarrollo, tímido, de algunas industrias urbanas, no obstante lo cual, el sector secundario continuó estando dominando por la pequeña producción artesanal. Esta, junto al comercio minorista de productos primarios y otras actividades informales, aumentaron proporcionalmente a la expansión de la demanda urbana (Margarucci, 2009).

Sin embargo, tampoco debemos exagerar el carácter novedoso de la estructura económica, social y política de Bolivia durante la primera mitad del siglo XX. Ya que, desde finales del XIX, el país atravesó un proceso de modernización contradictoria, en virtud del cual su formación económico-social combinó ciertos rasgos capitalistas con otros precapitalistas, subordinados y funcionalizados por los primeros.

Así, aquellas actividades mineras y urbanas, además de las rurales,³ hundían sus raíces en la colonia. Del mismo modo, el sistema social y jurídico-político boliviano se caracterizó por la jerarquía, el racismo y la exclusión. Barragán (2004 y 2005) señala que, pese a la impronta liberal de la joven república, persistió en la Constitución de 1826 y la legislación civil y penal la noción medieval de “patria potestad”: “El poder investido en el patriarca”, que establecía la autoridad del señor sobre sus siervos, del rey sobre sus súbditos, del padre sobre sus hijos y del esposo sobre su mujer. De origen colonial, el principio reapareció en la era republicana como forma de refuncionalizar los antiguos clivajes sociales, al ser capaz de articular “las relaciones jerárquicas de género, edad, etnia y clase y legitimar el uso de la violencia” (Barragán, 2005: 31) en las esferas pública y privada. La centralidad del concepto para el andamiaje sociopolítico y jurídico de Bolivia fue tal, que recién logró ser deconstruido, parcialmente, tras la revolución de 1952.

La “clase-estamento” y la etnia dieron forma, articuladamente, a la piramidal estructura social boliviana. La clase dominante, constituida por una oligarquía minera y latifundista (apodada “La Rosca”), criolla, blanca o “blanqueada”, ocupaba la cúspide. La base la integró un in-

3. Bolivia fue durante la primera mitad del siglo XX un país predominantemente rural. Las actividades agrarias –como en la colonia– se desarrollaban en extensos latifundios, constituidos a partir del avance de la oligarquía sobre las tierras y recursos de las comunidades indígenas y explotados con su trabajo no remunerado, mediante instituciones también coloniales como el colonato, pongueaje y mitanaje.

cipiente proletariado (minero y, de a poco, industrial) junto a la masa campesina mayoritaria, de raíces indígenas aymaras y quechuas. De entre las grietas de esos estratos, emergió el mundo mestizo o cholo de los artesanos y de las comerciantes.

Algunos aspectos de este ordenamiento social colonial fueron reajustados a las necesidades del naciente capitalismo. Por ejemplo, el fuerte disciplinamiento en el espacio público y en la esfera privada (de la familia, la moral, la sexualidad, la higiene y la alimentación), promovido por la elite en el pasaje de los siglos XIX a XX a fin de convertir a los discolos sectores subalternos en trabajadores dóciles (Larson, 2007).

En la misma línea, la superestructura estatal (liberal y republicana en teoría, conservadora en la práctica) se distinguió por la restricción de la participación electoral y política. Hasta 1952, la no subordinación y la alfabetización (asociada a la inteligencia) definieron al ciudadano: todo hombre mayor a 21 años o casado, alfabetizado y con profesión distinta a la de sirviente doméstico. Menores, mujeres e indígenas bolivianos, poseían ciertos derechos civiles, pero no así derechos políticos habilitantes para votar o ser votados. Esta restricción legal complementada con el fraude y el clientelismo garantizaron el monopolio del Estado a la oligarquía.

Mujer(es) en la Bolivia prerrevolucionaria

La verticalidad de las relaciones de género fue un elemento central en la articulación entre e intra los distintos grupos sociales bolivianos, por lo menos de acuerdo a la lógica jerárquica de la patria potestad –vigente, como dijimos, hasta después de la revolución de 1952–. Por ella, la mujer estaba sujeta durante toda su vida a la autoridad de un hombre: su padre primero y su marido después. Así como recibía su protección, debía al *pater familias* la más absoluta obediencia, lo que iba desde comportarse de forma respetuosa hasta requerir permiso para, por ejemplo, dejar el hogar o vender y comprar propiedades. La desobediencia era pasible de ser punida con la violencia verbal y física (“pequeños castigos” habilitados por ley) y con sanciones judiciales. La sujeción femenina, junto a su incapacidad intelectual innata, determinaron la proscripción de su participación electoral, política y judicial. Patria potestad mediante, se levantó una “frontera esencial o natural entre el espacio público oficial donde regía el hombre de los sectores dominantes [...] y la esfera privada o doméstica” (Stephenson, 1994: 17) reservada a las mujeres.

Sin embargo, no todas las mujeres eran iguales: ni para la ley, ni para la sociedad y el discurso hegemónico en ella.

La anterior legislación planteaba una distinción de acuerdo a la

honradez asignada socialmente (entre la mujer honrada, de “reputación desconocida” y de “mala reputación” –la “mujer pública” o prostituta–) y establecía derechos, obligaciones y sanciones diferenciales para cada una. De ésta, se derivaba una segunda diferenciación relativa al estatus legal y derecho al apellido y a la herencia paterna de los hijos de esas “clases” de mujeres, los cuales podían ser “legítimos” (reconocidos, nacidos en matrimonio), “naturales” (reconocidos, nacidos en condiciones en que sus padres podían haberse casado libremente) o “ilegítimos” (no reconocidos, nacidos en el marco de relaciones pre o extramaritales). Todo esto, con una consecuencia fundamental: aquella mujer que tuviera hermanos varones, fuera hija natural o ilegítima o madre de hijos de esa condición, no podía recibir herencia, lo cual complicó y condenó económicamente al género femenino en su conjunto.

Estas distinciones y prescripciones legales se sustentaron en lo que Stephenson (1994 y 1997) define como la “ideología dominante de la feminidad”, la cual, además de gobernar las pautas de comportamiento del género, estableció los parámetros (funcionales, sociales y étnicos) para determinar la propia pertenencia a él de algunos grupos en detrimento de otros. ¿Quién era mujer? La “señora”, mujer-madre de clase alta, confinada al ámbito doméstico y definida por sus funciones corporales (pero distanciada de los placeres de la carne) y morales (el afecto y el sentimiento). La “chola”, trabajadora urbana vestida de pollera, representaba una categoría límite y peligrosa de la feminidad: no era “señora” aunque sí “mujer”, laboral y sexualmente activa. Finalmente, la “no-mujer” sería “la indígena”, definida a partir de un epíteto anclado, no en la biología o el género, sino en la raza.

Sin embargo, no fueron las originarias las más afectadas por el orden erigido en base a la patria potestad y reajustado por el disciplinamiento. “Fueron precisamente las mujeres de las clases populares urbanas y de las clases medias las que más sufrieron [sus] consecuencias” (Barragán: 2004: 123). Fueron también ellas las que padecieron la nueva legislación que regulaba el acceso al espacio público; las que vieron sus cuerpos regimentados por los modelos médicos y biológicos y normalizados con la educación; y las que fueron “hambreadas” con fines domesticadores (Stephenson, 1997: 171). Y no por casualidad, fueron aquellas, las cholitas, las que de entre esa diversidad de lo femenino, lograron construirse de forma más autónoma.

Mercados y cocinas para preparar la revolución

En verdad, la autonomía de las cholitas fue la resultante de un proceso de construcción: comenzó siendo económica, para ser más tarde política.

Tanto el comercio minorista de productos primarios en el único

mercado cubierto y calles de La Paz, así como otras actividades informales (el servicio doméstico culinario, por ejemplo) fue desde la colonia dominio casi exclusivo de mujeres mestizas e indígenas. Estos rubros se vieron incrementados, primero a fines de siglo con la expansión de la demanda urbana y después durante la Guerra del Chaco (1932-1935) con el envío de los hombres al frente y la conversión de las mujeres en sostén de hogar.

De este modo, los mercados y las cocinas de las casas de la oligarquía de La Paz se constituyeron como espacios primordialmente femeninos, integrados por quienes allí trabajaban y por quienes recurrían a ellos para satisfacer sus necesidades de bienes y servicios: las mujeres compradoras y las “señoras” empleadoras del servicio.

En esos espacios, las cholitas tuvieron un rol estratégico: económico, vinculado al abastecimiento de bienes de primera necesidad a precios populares y la provisión de servicios tan suntuosos como necesarios (la cocina) para la élite; y social, merced a la función de “bisagra” que por su condición mestiza desempeñaban entre la cúspide y la base de la sociedad boliviana (Rodríguez García, 2010b: 13).

Las cholitas, con esas profesiones en el mercado informal de trabajo, intentaban escapar de la pobreza y subordinación social que el orden político y jurídico intentaba imponerles. Un objetivo que consiguieron parcialmente. La “recoveras” o “qhateras” no eran más que vendedoras cuentapropistas de escasos bienes, equivalentes a un “miserable capital de 50, 100 o hasta 100 [bolivianos] máximo al día, que por un milagro gana[n] para subsanar las necesidades de su hogar y el sostén de sus hijos”. Las culinarias, por su parte, las “que soportan más, las insolencias de [...] la alta sociedad [...] que por el hecho de pagar un miserable salario, creen que la empleada está en la obligación de permanecer junto a la cocina todo el día y toda la noche, como una esclava” (Manifiesto de la FOF, septiembre 1946). Así pues, la relevancia del lugar ocupado contrasta con la situación económica y social de la gran mayoría de ellas. Esta situación fue la que las catapultó hacia la construcción de su autonomía política.

Praxis y discurso de las “agitadoras de buen gusto” y las “polleras libertarias”

“En la ciudad de La Paz, a los 29 días del mes de abril de 1927, con la suficiente concurrencia de varias delegadas de los diferentes mercados, se acordó formar una Federación Obrera Femenina, con fines de protección mutua y solidaridad, cooperación y beneficencia” (Lora, 1970: 72). La FOF o el Sindicato Femenino de Oficios Varios (SFOV) –nombre que durante este primer periodo utilizó indistintamente– nació así, con

una finalidad más cercana a la de las sociedades de socorros mutuos, dominantes en el sindicalismo boliviano hasta la primera década del siglo XX, que a la combativa agrupación en la que más tarde se convertiría. Un episodio sin parangón, “contrastante con la situación de los demás países” de América Latina, dirá la prensa anarquista argentina (*La Antorcha*, 4 de marzo de 1930). Aquejaban a estas mujeres, vendedoras de frutas y floristas algunas cuestiones puntuales que buscaban resolver con la organización: la construcción de mercados seccionales y el fin de una oprobiosa institución colonial, el “maestro mayorazgo” (Dibbits *et al.*, 1989: 15).⁴

Las reyertas entre socialistas y anarquistas por orientar a las cholitas agremiadas colmaron sus primeras asambleas (Lora, 1970: 72-74). Precisamente en este momento toda una tradición de convivencia entre fuerzas de ese signo (plasmada en la Federación Obrera Internacional [1912] y en la primera Federación Obrera del Trabajo [1918], ambas de La Paz) era puesta en jaque, debido a la mayor influencia desarrollada por el socialismo y, principalmente, el anarquismo en el mundo obrero-artesanal.

De mayor peso que las palabras habrían sido los vínculos familiares y sentimentales mantenidos por las cholitas con algunos artesanos y activistas libertarios (*La Antorcha*, 10 de julio de 1929), en principio, responsables por la adhesión de la FOF a la Federación Obrera Local (FOL) (fundada en agosto de 1927, a partir de la reunión de cuatro sindicatos libertarios masculinos) y su progresiva inclinación hacia el anarquismo. Una ideología devenida movimiento que, por lo menos hasta 1932, tuvo un carácter masivo en el medio urbano y un influjo para nada desdeñable en el agro entre los indígenas.

Si bien la autonomía de las mujeres con respecto a la FOL se veía limitada, el crecimiento del gremio así como las acciones que emprendió revirtieron esa situación inicial, volviéndose más horizontal su relacionamiento. Entre 1928 y 1930, el sindicato se convirtió en uno verdadero de “oficios varios”, al extender su campo de acción y nuclear además a culinarias, lavanderas y lecheras.⁵ El mismo, de a poco, intervino en diversas clases de actividades.

4. Las “maestras mayores” o “cholitas potentadas” eran la autoridad máxima de los mercados. Su función era cuidar los precios y el orden, regular el comportamiento de las recoveras y hacer las veces de intermediarias entre estas y las autoridades estatales (comisarios, intendentes y alcaldes). Los abusos y perjuicios hacia las qhateras y la connivencia con los funcionarios, buscando favorecer la situación propia y de ellos, fue moneda corriente, por lo menos, hasta la aparición de los sindicatos femeninos (Rodríguez García, 2010a: 189).

5. No hay datos concluyentes acerca del tamaño de la primera FOF. La bibliografía sólo menciona los nombres de unas pocas militantes, lo que haría pensar que se trató de

En mayo de 1929, participó en la Primera Convención Nacional de Mujeres organizada por el Ateneo Femenino.⁶ Allí presentaron una ponencia titulada “La ignorancia es la madre de la esclavitud”, en la que denunciaban la particular situación de la mujer proletaria. Su lectura fue interrumpida por el debate que la irreverente crítica causó entre las “damas linajudas y pseudo-aristocráticas”. Este hecho motivó el abandono del congreso por parte de las sindicalistas (*La Antorcha*, 10 de julio de 1929). Días después, realizaron una manifestación apoyada por la FOL, en donde expresaron en discursos en aymara su descontento contra el elitismo de la Convención (Lehm y Rivera Cusicanqui, 1988: 37; Rodríguez García, 2010a: 74).

El mes siguiente, Luis Cusicanqui, figura central del anarquismo boliviano, fue detenido. Por segunda vez en un lustro iba a ser confinado a lejanas regiones, debido a la redacción de un manifiesto donde denunciaba las injusticias padecidas por los indígenas y los convocaba a la lucha (Margarucci, 2014). Inmediatamente, la FOL y la FOF realizaron una manifestación pública frente al Palacio de Gobierno, exigiendo su no confinamiento y libertad. La misma fue salvajemente reprimida. La policía dispersó la concentración –compuesta en su mayoría por las mujeres del SFOV– a “caballazos y a sablazos”, deteniendo a “los manifestantes, sin distinción de sexo [...] La forma como trasladaron a los detenidos [...] fue por demás cruel [...] se los conducía de los cabellos propinándoles golpes por la espalda. Fue también conducida presa una mujer que llevaba una criatura cargada a la espalda [...] arrebatada por los carabineros” (*La Protesta*, 7 de julio de 1929). ¿El saldo? “Un centenar de compañeras afiliadas al sindicato femenino” presas y muchas más “convalecientes en el hospital” (*La Continental Obrera*, septiembre de 1929).

Así, desde el comienzo, las cholos anarquistas movilizadas por rei-

un grupo relativamente pequeño. Según *La Continental Obrera* (septiembre de 1929) habría superado la centena de militantes. No obstante, ello no fue en desmedro de su gran capacidad de movilización y efectividad para una fecha tan temprana como 1930: “Contra este sistema [el carnet de identidad pago], las mujeres de La Paz, orientadas por el sindicato femenino, opusieron gran resistencia. Uno de los actos [...] fue la grandiosa manifestación que congregó más de 10.000 mujeres, que hicieron el fracasar el intento del tirano Siles” (*La Antorcha*, 4 de marzo de 1930).

6. Las cholos no fueron las únicas que se organizaron en las primeras décadas del siglo XX, siendo esta “una coyuntura de suma importancia en la historia de las organizaciones de mujeres en Bolivia”. Las “señoras”, partiendo de la ideología de la feminidad (no negándola), formaron grupos culturales y revistas femeninas (el Ateneo Femenino, la Sociedad Femenina Pro-Cultura, la Asociación Cristiana y la Legión Femenina de Educación Popular) para dar los primeros pasos en la “emancipación femenina”: derecho al voto, educación y trabajo fuera de casa (Stephenson, 1994: 18-19; Dibbits *et al.*, 1989: 75).

vindicaciones corporativas y ajenas experimentaron en carne propia los escarmientos con que el Estado contestaba la rebeldía plebeya. Continuarían padeciéndolos, sin importar sus consecuencias, durante las décadas siguientes.

La represión estatal –iniciada bajo la presidencia de Siles (1926-1930) y continuada por sus sucesores, Blanco Galindo (1930-1931) y Salamanca (1931-1934)– logró a corto plazo su objetivo: las agrupaciones anarquistas en auge debieron pasar a la clandestinidad (como la FOL) o interrumpir sus actividades (como la FOF), sufriendo descalabros organizativos y la virtual paralización de sus actividades. Sin embargo, el Estado boliviano no logró desarticular definitivamente al movimiento. De hecho, el caso de estas aguerridas mujeres demuestra que el contexto reaccionario, enmascarado tras la Guerra del Chaco, no hizo más que potenciar su organización y su lucha.

El fin del conflicto bélico abrió un nuevo capítulo en la historia del movimiento anarquista boliviano. Una parte importante del mismo lo escribieron las cholitas, quienes en 1940 refundaron la FOF, a partir de la reunión de los sindicatos femeninos libertarios organizados en los años precedentes: el Sindicato de Culinarias (SC) en 1935, la Unión Femenina de Floristas (UFF) en 1936, los sindicatos de recoveras (entre 1938 y 1940)⁷ y el Sindicato de Viajeras al Altiplano (SVA)⁸ en 1940. Durante más de una década, la importante experiencia de la FOF⁹ constituiría el puntal de la FOL.

El contexto de crisis política y económica de la inmediata posguerra y su forma de resolución explican tanto la retracción de los sindicatos masculinos como la hegemonía conquistada por las mujeres dentro del movimiento anarquista.

Los cambios introducidos en la matriz liberal del Estado boliviano con la experiencia del Socialismo Militar (1936-1939) y el impacto que estos tuvieron en la reestructuración del movimiento obrero, a partir de la promoción de un sindicalismo de cuño estatal (creación del Ministerio de Trabajo dirigido por el obrero gráfico Waldo Álvarez y “decreto de sindicalización obligatoria” mediante) y la consecuente ilegalización del

7. “Sindicatos específicos por gremio, como el de Trabajadoras en Vianda (Comideras), Fruteras Minoristas, Lecheras y Comerciantes Minoristas; por otro lado, con la creación de nuevos mercados se organizaron sindicatos en cada uno de estos [...] como los del Mercado Camacho y Sopocachi” (Dibbits et al., 1989: 21).

8. Bajo este simpático nombre se reunieron mujeres que compraban y vendían productos en la frontera entre Bolivia y Perú (léase contrabandistas a pequeña escala).

9. Durante la década del 40 llegó a reunir entre doce y trece sindicatos de mujeres (Petronila Infantes, en Wadsworth y Dibbits, 1989: 130; *La Calle*, 8 de agosto de 1945), manteniendo asimismo el masivo apoyo popular del período precedente (“5 mil mujeres del pueblo pidieron ayuda al Parlamento”, en *Inti*, 13 de diciembre de 1940).

anarquismo y comunismo, tuvieron consecuencias irreversibles en el devenir de la FOL. Sus sindicatos se debatieron entre el pragmatismo y la participación de las iniciativas estatales y las nuevas estructuras sindicales (el “Primer” Congreso Obrero de 1936 y su “hija”: la Confederación Sindical de Trabajadores de Bolivia) y el principismo y la radicalización sintetizada en la defensa de la autonomía, del apoliticismo y del antiestatismo. Al divisionismo, le siguió la deserción de algunos gremios y “las idas y vueltas” entre ambas matrices sindicales de otros (Margarucci, 2009 y 2014).

Lehm y Rivera Cusicanqui (1988: 69) señalan dos causas por las que este contexto fue favorable para el reposicionamiento de las mujeres y sus sindicatos. En primer lugar, la crisis inflacionaria y el desabastecimiento de posguerra las encontraron con una sólida posición en el mercado de trabajo, a partir de la cual se autoorganizaron y organizaron a otras. En segundo lugar, el carácter cotidiano de sus demandas las habrían colocado al margen de los debates y divisiones doctrinarias, desarrolladas sí entre los hombres.

En verdad, la última afirmación de las autoras debe ser matizada, puesto que las cholas sí se involucraron en las discusiones de posguerra, manteniendo una postura anarquista firme y consecuente, intransigente respecto del “desviacionismo” manifestado por algunos militantes y sindicatos masculinos.

Las mujeres como la Rosa [Rodríguez de Calderón, culinaria, fundadora del SC], la Cata [Catalina Mendoza, florista, fundadora de la UFF], la Peta [Petronila Infantes, culinaria, “dirigente” del SC] se han mantenido como una raíz... enraizada en la tierra, que no han podido torcer jamás. (Lisandro Rodas, en Lehm y Rivera Cusicanqui, 1988: 158)

Esta radicalización no les impidió “aprovechar”, con cautela, las nuevas posibilidades ofrecidas por un Estado dispuesto a hacer algo más por el movimiento obrero que tan sólo reprimirlo. En esa clave debe ser leída la postura del SC, favorable a participar en el Congreso Obrero de 1936, en tanto instancia pertinente donde hacer oír sus demandas gremiales, o lo que señala Alicia Infantes (hija de Petronila) sobre el aumento de la agremiación, promovida desde las esferas estatales durante el Socialismo Militar (Wadsworth y Dibbits, 1989: 79). De igual modo, el antiestatismo característico del discurso y de la praxis de las cholas de la FOF no fue contrario, sino que se articuló –de forma contradictoria– con el reclamo por y el apoyo a determinadas leyes emanadas del mismo Estado con el que querían acabar.

Demandas de clase y dignidad del trabajo femenino

Como vimos, estas mujeres trabajadoras estuvieron ocupadas en la provisión de algunos servicios: el comercio minorista por cuenta propia en la vía pública (recoveras o qhateras, floristas, contrabandistas) o el trabajo doméstico (culinarias). ¿De qué formas expresaron su identidad clasista, constituyente de la contradicción principal a partir de la cual estructuraron su lucha?

En primer lugar, a partir de las demandas concretas, que como en el período anterior, motivaron en este la fundación de sus sindicatos y fueron el eje de sus reivindicaciones.

En algunos casos, no obstante, el carácter económico de las mismas (si a éste se lo equipara tan sólo con la dimensión salarial) se nos pierde de vista. En 1935, el SC se constituyó tras la prohibición municipal que impedía a las cholas cocineras utilizar el transporte público, causada por la queja de las “señoras” de “que al subir [...] les rasgábamos las medias y les incomodábamos con las canastas” (Petronila Infantes, en Lehm y Rivera Cusicanqui, 1988: 173), lo cual no era absolutamente cierto, ya que ni siquiera compartían los vagones de los tranvías, divididos en primera y segunda clase (*El Diario*, 31 de julio de 1935). Del mismo modo, la UFF se fundó al año siguiente y otros sindicatos de qhateras lo hicieron entre 1938 y 1940, para reclamar a las autoridades municipales por la construcción de nuevos mercados. Finalmente, en 1940, las integrantes del SVA se agremiaron para acabar con los abusos de las autoridades aduaneras (Margarucci, 2009 y 2010).

A pesar de la diversidad de razones que motivaron la organización de las cholas, su “conciencia clasista” las llevó a hacerlo en sindicatos y federaciones obreras, y no en otro tipo de estructuras desprovistas de esa connotación (como las damas de la oligarquía). Así lo afirmaban las propias protagonistas: “Nosotras hemos dicho que [...] no vamos a ser Sociedad Mutual, vamos a ser Sindicato” (Petronila Infantes, en Wadsworth y Dibbits, 1989: 71). La necesidad planteada de “evolucionar” del mutualismo al sindicalismo representa además un salto ideológico importante respecto de los móviles ligados a la fundación del SFOV allá por 1927.

Asimismo, esos sindicatos sostuvieron una gran cantidad de demandas y reivindicaciones que apuntaban a mejorar la situación material y las condiciones de trabajo. Demandas que beneficiaban a cada gremio, como en el caso de las culinarias –que reclamaron por la jornada laboral de ocho horas (conquistada por los trabajadores varones en 1930) e incrementos salariales acordes a la ley (*La Calle*, 16 de octubre de 1936; *Inti*, 20 y 23 de marzo de 1941) o contra el encarecimiento del pasaje del tren– o en el de las “viajeras”, que aún en la más absoluta informalidad

pidieron mejores condiciones de trabajo (mejores caminos) ¡y el pago de una suerte de aguinaldo!¹⁰

Pero también fue notable la actuación de las recoversas, que desde ese lugar estratégico protagonizaron en la década del 40 manifestaciones de grandes dimensiones contra el sobreprecio de los artículos de primera necesidad –llegando a “tomar” el Palacio de Gobierno y entrevistar-se dos veces con el propio presidente Peñaranda! (Rodríguez García, 2010a: 186-190)–, hecho que, como explicitaban, afectaba al conjunto del “pueblo consumidor” del que se sabían parte integrante (*Inti*, 20 de marzo de 1941).

El interlocutor principal de las cholas, como leitmotiv de fundación de los gremios y como sujeto de reclamo en la articulación de sus demandas, fue el Estado en sus distintos niveles. Emerge aquí el “otro” frente al cual constituyeron el “nosotras”.

Un Estado que en pocas ocasiones intervino en su favor, otorgando a los gremios lo que reclamaban (el uso y el precio del tren, la construcción de mercados). Pero que en la mayoría de ellas fue prescindente, desconociendo las demandas y desoyendo las soluciones de las sindicalistas (por ejemplo, la falta de la capacidad de los nuevos mercados construidos [Manifiesto de la FOL, 28 de agosto de 1938] o el control de precios de los bienes de primera necesidad).

Una pasividad contrastante con el rol activo, reaccionario en esencia, que desplegó regularmente el Estado hacia estas mujeres “del pueblo”. Dicha actitud se cristalizó en un amplio repertorio, un “continuum” represivo, que fue desde la violencia más “microfísica” –los abusos diarios en los mercados a manos de la policía o de las maestras mayores–, hasta la represión abierta –violencia, encarcelamiento y muerte– (Manifiesto de la FOL, 28 de agosto de 1938).

Así, una parte importante de su actividad consistió en enfrentar esta diversidad de atropellos estatales. Las conclusiones de la lucha fueron tan concluyentes como insistentes sus denuncias: “Las autoridades encargadas de amparar y de hacer cumplir las leyes, [están] de lado de los «patrones», enemigos de los «obreros»” (*El Pueblo*, 31 de julio de 1948). El carácter de clase de la maquinaria estatal se revelaba en cada una de sus arbitrariedades y, a partir de esa revelación, las mujeres se posicionaban a un tiempo contra el Estado y contra quienes apañaba: los “patrones”, “los señoritos y damitas de alta sociedad [...] los propietarios de las fincas [...] la burguesía urbana [y] los comerciantes intermediarios” (Manifiesto de la FOF, septiembre de 1946).

10. “Ya cuando llegaba la Navidad, les decía [a los aduaneros]: «Mire, dénos un día para que pasemos nuestras cositas, así como aguinaldo». [...] Las autoridades nos concedían. Porque nosotras dábamos entrada al Estado, de las pólizas, de todo lo que se trae, lo que no produce el país” (María Mejía, en Dibbits *et al.*, 1989: 47).

El padecer su condición de clase como mujeres “proletarias”, “obreras”, “explotadas” y “humildes” (como las referencia la prensa) parece no haber sido contradictorio con la “predica dignificadora del trabajo de la mujer” (Lehm y Rivera Cusicanqui, 1988: 70) que manifestaron de diversas maneras. Reivindicando la calidad de su trabajo y su producto, en tanto fruto de la creación artesanal y artística libre (como se advierte en los discursos de las culinarias¹¹ y floristas) o exaltando el rol “social” cumplido por sus oficios y reclamos (como plantearon las viajeras y recoveras).

“Bolivia es de cholos...”

Desde los inicios de la federación, sus integrantes se valieron de la reivindicación de su identidad chola para articular la formulación de esas demandas concretas y emprender luego la lucha: “La mujer de hoy día, en especial la chola boliviana, conoce sus derechos, por eso reclama con todo el valor y con toda convicción, cara a cara: ¡No más atropellos, no más injusticias!” (*El Hombre*, 10 de agosto de 1929).

¿Pero qué era ser cholo? ¿Y chola?

Tras la conquista y colonización española del espacio andino, tempranamente, apareció el mestizo: sujeto liminar que, habitando la ciudad colonial y manteniendo lazos (étnicos, sociales y principalmente culturales) con su pasado y comunidad de origen, unía las dos repúblicas –de españoles y de indios– que jurídicamente se querían separadas (Barragán, 1992: 92; Rodríguez García, 2010b: 40-43).

Durante el período republicano, la variabilidad y la imprecisión de los rasgos culturales que definían al cholo masculino contrastaba con aquellos asumidos como parte de la “identidad tácita” de la chola femenina: la pollera de varias capas, larga o corta, con tablas y cintas de colores –tomada de las mujeres españolas durante el siglo XVIII, como forma de distanciamiento de la sociedad indígena–, a lo que se añadía una particular actitud, forma de hablar y de comportarse (Barragán, 1992: 101-108; Rodríguez García, 2010b: 39). Se distinguía además entre ambos el ocultamiento, valoración negativa o aceptación resignada que el cholo hacía de tal identidad y la autoafirmación positiva realizada por la chola.

Antes que una particular condición étnica, ser cholo o chola era y es aún hoy una forma de identificación relativa y fluida.

Como bien señala Rodríguez García (2010b: 49) la sindicalización y

11. Algunas demandas que llevaron al Congreso de 1936 dan la pauta de este “doble discurso”, clasista y dignificador: la jornada de ocho horas y el descanso dominical conjuntamente con el reconocimiento del *arte culinario* como profesión.

adscripción al anarquismo de las mujeres fue un factor determinante, entre otros, para la emergencia de tal prédica valorativa.

Los sindicatos de la FOF contestaron el “culto del antimestizaje” desarrollado por la “blanca” oligarquía para justificar tanto la dominación y explotación, cuanto la discriminación y los abusos hacia los grupos mestizos (Larson, 2007).

“La gente rica nos ultrajaba mucho a nosotras: siempre nos trataba de india, de chola [...] No podíamos ni entrar al cine, porque decían que somos de pollera [...] Nos acercábamos a una heladería [...] y nos decían que no había servicio para nosotras. Esas ricas no permitían que una niña de gente humilde entre a un colegio particular. Si [...] en las casas, una manejando una taza la rompía, de eso le descontaban”. (Exaltación Miranda, en Wadsworth y Dibbits, 1989: 60)

La ideología dominante, como las mismas cholas, ponía en estrecha relación a la raza y al vestido. Pero además, su pollera constituía el “símbolo hegemónico” de un cuerpo desordenado y contaminado, en alusión a la pretendida falta de higiene y patologías que portaban (Stephenson, 1997: 27). Tales, de hecho, fueron los argumentos para prohibir el uso de los trenes a las culinarias (*El Diario*, 31 de julio de 1935) o para intentar imponerles un carnet de sanidad, expedido por la Policía de Higiene (encargada también del control médico de las prostitutas).

Este entramado discursivo, articulado con la patria potestad, determinó que los mestizos fueran tenidos por ciudadanos de segunda, “extranjeros en país propio”: “Las oradoras [de una movilización de recoveras] hablaron en aymara, quechua y castellano, diciendo: «Qué somos nosotras, chinas o turcas? No somos bolivianas?» (...) ¿Es una vergüenza para la ciudad que vendan en las calles las pobres?” (*La Calle*, 10 de agosto de 1938).

Si con el paso del tiempo la pollera se convirtió en un elemento definitorio de la identidad chola y en un pilar de la apología xenófoba de la elite, las activistas de la FOF se reapropiaron de ella convirtiéndola en un emblema de sus reivindicaciones de clase, de etnia y de género y en un símbolo de “resistencia y negación a adaptarse completamente a la cultura hegemónica de la nación imaginada por las elites” (Stephenson, 1994: 31) ¿Cómo fue que lo hicieron?

En primer lugar, poniéndole freno a la discriminación y abusos de los hombres y “señoras” de la élite –con quienes se topaban a diario en sus espacios de trabajo–. Ciertamente, el intento de modificar sus arbitrarios malos tratos fue exitoso. Como señala Exaltación Miranda (en Wadsworth y Dibbits, 1989: 60): “Las mismas señoras de ahora

dicen: «ay, no hay como las empleadas de antes», acostumbradas, en comparación a las actuales, al silencio y a la sumisión.

En segundo lugar, la mayoría de sus reclamos fueron en simultáneo demandas por ampliar, por hacer más inclusiva aquella ciudadanía en el derecho y en los hechos restringida (Lehm y Rivera Cusicanqui, 1988: 38). “Siguen odiándonos pero, ¿qué haremos? Yo les digo: «país de cholas es pues éste, no es de extranjeros: si es extranjero, váyase pues usted a su país. Bolivia es de cholas...»” (Natividad Veramendi, en Wadsworth y Dibbits, 1989: 57).

Igualdad de género, derechos familiares y laborales

Las diferencias entre el cholo y la chola y la importancia de la pollera ilustran cómo la identidad étnica convergió con la de género. Asimismo esta se articuló con la adscripción clasista:

Por el hecho de ser mujer se nos paga menos que al hombre y se nos hace trabajar más [...] La existencia de la mujer oscila en el campo mezquino de su destino, cuyas fronteras se pierden en la negrura de la fatiga y el hambre o en las tinieblas del matrimonio y la prostitución. (Petronila Infantes, citada en Wadsworth y Dibbits, 1989).

Clase y género se “retroalimentaban”: a la mujer se la explotaba más que al hombre, lo que la conducía a aceptar infamantes instituciones y prácticas patriarcales en tanto únicas alternativas disponibles.

El “feminismo” plebeyo y cholo tuvo también un correlato organizativo: la federación y sus sindicatos fueron excluyentemente femeninos. Cuando en 1936 los “culinarios y garzones” quisieron ingresar al SC, no fueron admitidos e invitados a “formar otro sindicato aparte” (Petronila Infantes, en Wadsworth y Dibbits, 1989: 74). Sin embargo, el principio federativo, la afinidad ideológica y la complementariedad de la lucha –además de los lazos personales–, fueron la base de una vinculación siempre estrecha con los gremios masculinos de la FOL.

La histórica condición laboral de las cholas constituyó un lugar de privilegio para el desarrollo de la lucha. Al no estar confinadas al ámbito privado de sus hogares, existió desde el vamos una reversión de las pautas tradicionales de división social del espacio y sexual del trabajo y una concomitante autonomía personal y económica, que se proyectó como independencia política. Sin embargo, no estuvieron exentas de otras prácticas opresivas, físicas y simbólicas: la violencia doméstica (legalizada por la patria potestad) o ser responsables por una prole numerosa, vivenciando así la maternidad como “otra fuente de repre-

sión” y no como algo deseable y natural (de acuerdo a la ideología de la feminidad) (Stephenson, 1994: 30).

Como el resto de las demandas, sus reivindicaciones femeninas apuntaron a resolver el día a día, teniendo un carácter puntual y práctico.

Así, a partir de una insistente prédica sobre el principio de igualdad entre el hombre y la mujer (que desafiaba la esencia de la patria potestad), las cholas revirtieron y previnieron episodios de maltrato masculino: “Todos tenemos que ser como somos, que no haya discriminación; por eso nos respetábamos el uno al otro, tanto entre compañeros como entre compañeras. Los mismos compañeros con sus esposas bien, ni siquiera se peleaban como en otras partes” (Petronila Infantes, en Wadsworth y Dibbits 1989: 164).

También dirigieron su atención a las reformas legales vinculadas a los derechos de familia. “En 1945 se discutió en el Congreso que el concubinato sea reconocido como matrimonio y ellas apoyaron la medida” (Peredo, s/f: 22). Anteriormente, en 1939, en un gesto de avanzada, las cholas se habían pronunciado por la eliminación de las distinciones legales que existían entre los hijos legítimos y naturales. Todo ello, en abierta oposición a las “damas copetudas” de la oligarquía.

En verdad, la cuestión de la maternidad fue una preocupación central de su accionar sindical. Así en 1941 consiguieron la construcción de guarderías estatales, en donde dejar sus “wawas” mientras ellas trabajaban y ¿por qué no? desarrollaban su militancia (Rodríguez García, 2010a: 190).

Del socialismo libertario al “sincretismo religioso”

Las demandas concretas, económicas y contra los abusos de las autoridades estatales estuvieron lejos de quedarse en el reformismo; se entroncaron con un planteo revolucionario, anticapitalista y antiestatista. Asimismo, la reivindicación de igualdad ciudadana no apuntó, como otras corrientes del feminismo, a conquistar el voto femenino, calificado por la FOF como “una trampa [...] que al igual que el masculino, tenderá a que los pobres elijamos a los pastores de siempre, gobernantes al fin, que legislarán y ordenarán para conservar las cadenas que hoy nos aplastan” (FOL, 1 de mayo de 1947). ¿Para qué querer votar, si el Estado, y con él las jerarquías sociales, debían ser destruidos? Ahora bien, ¿qué proponían en su reemplazo?

El socialismo libertario [...] es la única doctrina que garantiza la libertad individual y colectiva con la solidaridad y el apoyo mutuo de los productores dentro del sistema federalista, en oposición contra toda doctrina que tenga por base la autoridad

dictatorial que intente asirse de las riendas del poder Estatal.
(Manifiesto de la FOF, septiembre de 1946)

Estas eran las nociones que actuaron como “máximas” para estas mujeres, de funcionamiento de sus organismos gremiales y de la sociedad que aspiraban a construir: la autonomía, la libertad y la solidaridad, apuntaladas por el federalismo, la horizontalidad y la autogestión.

Por su parte, el anarcofeminismo orientó a las cholitas en su crítica cotidiana de la opresión masculina, promoviendo en algunas una impugnación profunda y radical de las bases (religiosas y jurídicas) de la dominación patriarcal. Petronila Infantes, por ejemplo, desarrolló un anticlericalismo militante, que le permitió cuestionar: “¿Por qué siempre una se iba a casar? El matrimonio es un negocio para el cura y para el notario” (en Wadsworth y Dibbits, 1989: 140) y optar por el “amor libre”: el concubinato.

No obstante, la religión tuvo un gran peso en la sociedad boliviana, sobre todo entre las mujeres. Así se explica el sincretismo religioso de otras miembros de la FOF, gracias al cual integraron de forma tan contradictoria como original la fe y ritos católicos con las conmemoraciones del martirologio anarquista. Natividad Veramendi relata que en las veladas culturales realizadas tras las marchas por el primero de mayo (actividades donde las cholitas tuvieron un rol protagónico, organizativo y participativo),¹² “sabíamos rezar, orar por las almas, la salvación de los compañeros caídos en Chicago [...] que han sufrido junto a nosotros” (en Wadsworth y Dibbits, 1989: 145 y 162).

Se trataba de ciertas prácticas religiosas enraizadas en la cultura colonial, convergentes con un anticlericalismo centrado en la oposición a la Iglesia en cuanto institución aliada a la casta dominante criolla (Rodríguez García, 2010a: 323).

Así, un abismo ideológico, a la vez económico y étnico, separó a las cholitas de las distintas expresiones del feminismo boliviano de la primera mitad de siglo. Esta brecha no les impidió participar de los congresos de mujeres, como la Primera Convención de Mujeres de 1929 o la Semana de la Cultura Femenina de 1944; sí construir una base de acuerdos y una agenda común que les permitiera trabajar en conjunto.

12. “Una velada proletaria organizada por la FOL”, incluía en 1936 varios números preparados por mujeres, como ser: “Pequeña reseña histórica de la FOL, por la compañera Luz Llanque; una recitación por Lucha Arrueta; un número de charleston por otra compañera y las intervenciones de tres representantes de sindicatos femeninos” (Dibbits *et al.*, 1989: 74).

Epílogo

La activa participación de las mujeres de la FOF en el levantamiento del 21 de julio de 1946, que acabó de manera trágica con la vida y el gobierno del presidente Villarroel (1943-1946), constituyó también el fin de un ciclo para las libertarias bolivianas. Si hasta entonces su lucha se había caracterizado por ser fundamentalmente ofensiva, de aquí en más sus movimientos serían defensivos. Frente a la fuerte represión padecida por el anarquismo durante el sexenio (1946-1952) –a la que ellas denunciaron (FOL, 1 de mayo de 1948) y trataron de combatir, infructuosamente– y las transformaciones del mundo sindical acaecidas con la revolución nacional de 1952, solo pudieron aferrarse e intentar preservar las conquistas sociales y los desarrollos organizativos alcanzados previamente.

En 1955, por su composición, la FOF debió afiliarse a la Confederación Sindical de Trabajadores Gremiales, dependiente de la reciente Central Obrera Boliviana (COB). En ella, sus sindicatos y sus miembros fueron relegados a posiciones marginales, además de ser objeto de una encarnizada persecución ideológica anticomunista. Sindicalistas hombres, sin experiencia e identificados con el movimentismo nacionalista, “políticos”, reemplazaron a las cholos qhateras –férreas defensoras aún de los principios del antiestatismo y el apoliticismo– en la ahora menguada lucha de los mercados de La Paz. Así, las viejas luchadoras, una a una, fueron alejándose de la federación. Y con su distanciamiento, los sindicatos quedaron como una cáscara vacía. El golpe de Estado de Barrientos en 1964, con su ofensiva antisindical de 1965, puso un paréntesis a la existencia de la COB y con ello propinó el tiro de gracia que liquidó a la agonizante FOF (Dibbits *et al.*, 1989: 81-86; Rodríguez García, 2010a: 243-266).

Conclusión

La explotación y opresión sufrida a manos de la oligarquía y de las autoridades estatales por ser trabajadoras y mestizas, del mismo modo que las constricciones sociales, jurídicas y morales padecidas en virtud de ser mujeres, convirtieron a estas cholos en un sujeto potencialmente receptivo y particularmente afín a las ideas libertarias, promoviendo en ellas el desarrollo de una militancia y la emergencia de un contradiscurso caracterizados por su temperamento autoafirmativo, contestatario y de resistencia.

Una experiencia tan importante y trascendente (en términos de la intensa actividad desplegada) como exitosa. Gracias a ella, las mujeres lograron una mejora concreta de su calidad de vida. Los sindicatos las

educaron en la rebeldía, promoviendo el empoderamiento del que se valieron para autodefenderse y luchar contra cualquier clase de ultraje, proviniera de quien proviniera (la oligarquía, el Estado, su familia, etc.). En esta lucha, pusieron coto a los aspectos más opresivos de la sociedad boliviana, antiguos y modernos: la patria potestad, el disciplinamiento público y privado, la ideología de la feminidad. La elite, acostumbrada a ver a las cholas como vendedoras y sirvientas, ante tal situación, comenzó a debatirse entre el asombro, el respeto, el miedo... Y la resignación de que algo había cambiado.

Esto permite entender el papel hegemónico, de motor y de vanguardia, desempeñado por la FOF dentro de la retraída FOL de posguerra. “Ellas iban por delante y nosotros por detrás” enfatiza Lisandro Rodas (en Lehm y Rivera Cusicanqui, 1988: 159), sugiriendo que, a la inversa que antes, la FOL vio recortada su autonomía por el despliegue de aquella. De hecho, la reorganización de la FOF en 1940 se enmarcó dentro del intento más general por reestructurar a la debilitada FOL, en cuyo proceso le cupo un papel protagónico al SC y a Petronila Infantes, elegida como su secretaria de actas cinco años consecutivos (Rodríguez García, 2010a: 164-166).

¿Por qué, entonces, el anarquismo “calzó como anillo al dedo” en las cholas de la FOF?

Esta ideología tenía una mirada amplia e integral respecto de varias cuestiones relacionadas: del carácter de la dominación en el sistema capitalista; del sujeto revolucionario “oprimido” –definición en la que ellas cabían–; de las características del activismo libertario (tal como lo desarrollaron, orientado en múltiples direcciones a partir de diferentes actividades) y de la futura revolución social.

Así, la inclinación hacia el anarquismo de las cholas paceñas no tuvo que ver ni exclusiva, ni principalmente, con los lazos afectivos o familiares mantenidos con los varones de la FOL, sino con su particular situación, objetiva y subjetiva, y cómo esta se “ajustó” a dicho corpus doctrinario, en cuanto forma apropiada, coherente y eficaz de resolverla. No obstante, este no se mantuvo “intacto”, sino que algunas ideas, al hacerse carne, al ser asimiladas y llevadas a la práctica, fueron adaptadas a la realidad en la que se manifestaron y acabaron por ser resignificadas por ellas, las polleras libertarias.

Bibliografía

- Bakunin, Mijail (1978), “Tres conferencias dadas a los obreros del Valle de Saint-Imier” [1871], en *La revolución social en Francia*, Madrid: Júcar, pp. 235-271.
- Barragán, Rosanna (1992), “Entre polleras, lliqllas y ñañacas. Los mestizos

- y la emergencia de la tercera república”, en Silvia Arze y Laura Escobari (comps.), *Etnicidad, economía y simbolismo en los Andes*, La Paz: Hisbol-Ifea, pp. 86-123.
- (2004), “Dónde están las mujeres. Legislación y prácticas legales en Bolivia en el siglo XIX”, en Norma Fuller (ed.), *Jerarquías en jaque: estudios de género en el área andina*, Lima: Red para el Desarrollo de las Ciencias Sociales en el Perú-CLACSO, pp. 105-142.
 - (2005), “Absent Equality: Infamy, Patria Potestad, Legitimized Violence and its Continuities in Twentieth Century, Bolivia”, en Willem Assies, Marco Calderón y Ton Salman (eds.), *Citizenship, Political Cultures and State Transformation in Latin America*, Amsterdam: Dutch University Press, pp. 31-46.
- Dibbits, Ineke, Elizabeth Peredo, Ruth Volgger y Cecilia Wadsworth (1989), *Polleras libertarias. Federación Obrera Femenina (1927-1965)*, La Paz: Tahipamu/Hisbol.
- Larson, Brooke (2007), “Indios redimidos, cholos barbarizados: la creación de la modernidad neocolonial en la Bolivia liberal (1900-1910)”, en Cristóbal Aljovín y Nils Jacobsen (ed.), *Cultura política en los Andes (1750-1950)*, Lima: Ifea-UNMSM, pp. 347-373.
- Lehm, Zulema y Silvia Rivera Cusicanqui (1988), *Los artesanos libertarios y la ética del trabajo*, La Paz: Taller de Historia Oral Andina.
- Lora, Guillermo (1970), *Historia del movimiento obrero boliviano*, tomo I y II, La Paz: Los Amigos del Libro.
- Margarucci, Ivanna (2009), “La experiencia anarquista en el movimiento obrero boliviano”, *Deconstruir*, n° 1, Buenos Aires, pp. 38-45.
- (2010), “De cholas, artesanos e indígenas: las ideas anarquistas en Bolivia”, *Ni Calco Ni Copia. Revista del Taller de Problemas de América Latina*, n° 3, pp. 141-162.
 - (2014), “De la trayectoria individual a la historia social. Luis Cusicanqui Durán y la experiencia del anarquismo boliviano durante las décadas de 1920 y 1940”, ponencia en las IV Jornadas Internacionais de Problemas Latinoamericanos, Foz do Iguaçu, Brasil, 27-29 de noviembre.
- Melgar Bao, Ricardo (1990), *El movimiento obrero latinoamericano I. Historia de una clase subalterna*, México: Alianza Editorial Mexicana.
- Peredo, Elizabeth (s/f), *La Unión Sindical Femenina de Floristas (Historia del primer sindicato de floristas en la ciudad de La Paz)*, La Paz: Fundación Solón.
- Rivera Cusicanqui, Silvia (2010), *Violencias (re)encubiertas en Bolivia*, La Paz: La Mirada Salvaje-Piedra Rota.
- Rodríguez García, Huáscar (2010a), *La choledad antiestatal. El anarcosindicalismo en el movimiento obrero boliviano (1912-1965)*, Buenos Aires: Libros de Anarres.
- (2010b), “Género, mestizaje y estereotipos culturales. El caso de las cholas bolivianas”, *Maguaré*, n° 24, pp. 37-67.

Stephenson, Marcia (1994), "Hunger as discipline in La Paz, Bolivia 1900-1952", *Dispositio*, vol. 19, n° 46, pp. 165-178.

– (1997), "Faldas y polleras: las ideologías de la feminidad y la conquista de nuevos espacios públicos en Bolivia (1920-1950)", *Chasqui*, vol. 26, n° 1, pp. 17-33.

Wadsworth, Ana Cecilia e Ineke Dibbits (1989), *Agitadoras de buen gusto. Historia del Sindicato de Culinarias. 1935-1958*, La Paz: Tahipamu/Hisbol.

* * *

Título: Cooking the revolution in La Paz city, 1927-1946

Resumen: En el presente artículo nos proponemos abordar la experiencia de la Federación Obrera Femenina (FOF) de La Paz, Bolivia, entre 1927 y 1946. Analizaremos la forma en que las "cholas" comerciantes y cocineras, definidas y "oprimidas" por la clase, la etnia y el género, articularon su lucha en esos tres frentes con el marco político e ideológico provisto por el anarquismo.

Palabras clave: Anarquismo – Feminismo – Bolivia – Cholas

Abstract: In this article we aim to address the experience of the Federación Obrera Femenina (FOF) of La Paz, Bolivia, between 1927 and 1946. We will analyze how the "cholas" merchants and cooks, defined and "oppressed" by the class, ethnicity and gender, articulated their struggle in these three fronts with the political and ideological framework provided by the anarchism.

Keywords: Anarchism – Feminism – Bolivia – Cholas

Recepción: 31 de mayo de 2015. **Aprobación:** 11 de julio de 2015

Colección Archivos

COLECCIÓN ARCHIVOS

Paula Varela

La disputa por la dignidad obrera

Sindicalismo de base fabril en la zona norte del Conurbano bonaerense 2003-2014



Paula Varela

La disputa por la dignidad obrera

Sindicalismo de base fabril en la zona norte del Conurbano bonaerense, 2003-2014

Natalia Casola

El PC argentino y la dictadura militar

Militancia, estrategia política y represión estatal



Natalia Casola

El PC argentino y la dictadura militar

Militancia, estrategia política y represión estatal

COLECCIÓN ARCHIVOS

Lucas Poy

Los orígenes de la clase obrera argentina

Huelgas, sociedades de resistencia y militancia política en Buenos Aires, 1888-1896



Lucas Poy

Los orígenes de la clase obrera argentina

Huelgas, sociedades de resistencia y militancia política en Buenos Aires, 1888-1896

Feminismo, diversidad sexual y relaciones sexo-afectivas disidentes. Apuestas y tensiones en el PST, 1971-1975

Catalina Trebisacce y Martín Mangiantini

IIEGE-FFyL-UBA, Conicet / ISP Joaquín V. González - UBA
catalinaptrebisacce@gmail.com / martinmangiantini@gmail.com

El presente trabajo tiene como objetivo abordar la dinámica de una organización revolucionaria trotskista, el Partido Socialista de los Trabajadores (en adelante, PST), entre 1971 y 1975, en lo pertinente a tres temáticas entrelazadas: la militancia feminista sostenida durante esos años, las concepciones esgrimidas con relación a la homosexualidad y la problematización en torno a las relaciones sexo-afectivas y familiares dentro de la dinámica partidaria.

El período de análisis se inscribe en el contexto de las postrimerías del Cordobazo en un escenario de radicalización política y de proliferación de organizaciones militantes, tanto de estructuras partidarias de diversa extracción ideológica como de nuevos movimientos sociales. En el marco de un profundo cuestionamiento a la estructura económica, política y social de la Argentina, surgieron fenómenos como el clasismo en el movimiento obrero, una juventud radicalizada y antiimperialista y el giro a la izquierda de colectivos intelectuales. En coincidencia con este clima de agitación social, se conformaron grupos de militancia feminista y gay que se focalizaron especialmente en dar una batalla cultural contra los discursos en boga en torno a la sexualidad y al rol de la mujer. En apariencia, la izquierda orgánica no manifestó mayor interés por intervenir en estos campos, sin embargo el PST fue una de las excepciones. El presente artículo pretende exponer las características que tuvo la política desarrollada por este partido alrededor de las problemáticas mencionadas, sosteniendo que las mismas se constituyeron en un signo identitario que lo diferenció del conjunto de las organizaciones revolucionarias existentes.

El PST fue la continuidad como partido político de una corriente trotskista iniciada en la Argentina en los años 40 encabezada por la figura

de Nahuel Moreno con la creación del Grupo Obrero Marxista (luego Partido Obrero Revolucionario) impulsado por un puñado de jóvenes que pugnaron insertarse en la clase obrera porteña y bonaerense. En su derrotero, se integró al Partido Socialista de la Revolución Nacional (un desprendimiento del viejo socialismo) y, tras el golpe de Estado que derribó al gobierno peronista en 1955, su principal acción se desarrolló dentro del movimiento obrero que resistió a la dictadura a través de la práctica del *entrismo* en el peronismo. En estos años, la corriente adoptó el nombre de Palabra Obrera, que utilizó hasta 1965 cuando, tras unirse al FRIP de los hermanos Santucho, conformó el Partido Revolucionario de los Trabajadores (PRT) cuya corta existencia se extendió hasta 1968 al producirse la ruptura de la organización siendo el ala de Moreno la que dinamizaría el PRT La Verdad (PRT-LV). A finales de 1971, este partido inició un proceso de transformación que concluyó en la unión con el Partido Socialista Argentino dirigido por Juan Carlos Coral, fusión de la que surgió el PST.

La elección del período 1971-1975 responde tanto a la coyuntura argentina como a la dinámica de esta corriente. En 1971 se inició el proceso de transición del PRT-LV al PST, que significó un crecimiento cuantitativo, la búsqueda de inserción de la organización a nivel nacional y la transformación de la herramienta revolucionaria en una variante también electoral acorde al proceso de democratización que se abría paulatinamente con la crisis definitiva del proyecto castrense iniciado en 1966. De hecho, en los años abordados en este artículo, esta corriente pasó de poseer entre 300 y 400 militantes a cifras cercanas a los dos mil. Fue justamente en este proceso cuando profundizó el sostenimiento de nuevas temáticas.

El artículo se estructura en cuatro secciones. La primera repasa los rasgos identitarios del PST lo que, en parte, explica el interés por las temáticas que seguirán a continuación. El segundo apartado trabaja sobre el desarrollo de su militancia feminista. El tercero se ocupa de las concepciones que se elaboraron (aunque no siempre se hicieron públicas) en torno a la homosexualidad y, finalmente, se presentan las experiencias de relaciones sexo-afectivas disidentes con las que algunos militantes del PST se comprometieron.

Los rasgos identitarios del PST

Una de las características más relevantes del período abordado recae en la existencia de una proliferación de organizaciones políticas autodefinidas como revolucionarias. Se trató del surgimiento de agrupamientos de izquierda críticos del Partido Socialista y del Comunista, como lo fueron Política Obrera, Vanguardia Comunista o el Partido Comunista

Revolucionario. Al mismo tiempo, se produjo el desarrollo de organizaciones revolucionarias simultáneamente políticas y militares, como el PRT-ERP, la Organización Comunista Poder Obrero y las Fuerzas Argentinas de Liberación, entre otras. Este abanico de organizaciones se complementó con aquellas corrientes que trataban de conjugar la posibilidad del socialismo con el peronismo tales como las Fuerzas Armadas Peronistas y, principalmente, Montoneros. Ante tal multiplicación de organizaciones, resulta imperiosa la pregunta sobre las características específicas del PST: qué significado le daba su militancia al hecho de formar parte de esta corriente y qué aspectos propios de su estructura eran percibidos como una marca de identidad para sus miembros en contraposición a las características del conjunto de organizaciones existentes en la misma época.

Toda construcción identitaria es resultado del movimiento simultáneo de afirmación y negación y supone el establecimiento de definiciones, posicionamientos, y hasta elecciones estéticas, que conllevan necesariamente distanciamientos y oposiciones respecto de otros. Por ello la identidad que construyó este partido supuso la adopción de determinados valores, ideas y conductas en detrimento de otras posibles. En diversas oportunidades, los valores defendidos por la militancia del PST se identificaban por la negativa, es decir, por la decisión de no sostener prácticas ponderadas como nocivas para el ideal del militante revolucionario que sí eran costumbre en otras estructuras.

En el período abordado pueden identificarse, por lo menos, cuatro rasgos identitarios de peso al interior de esta organización sostenidos como premisas de relieve no sólo por sus organismos de dirección sino también, de distinta manera, por el conjunto de su militancia en la cotidianeidad. En primer lugar, la defensa de una concepción obrerista, antiburocrática e insurreccional. Como se analizó en trabajos previos (González, 2006; Pozzi y Schneider, 2000; Werner y Aguirre, 2007), esta corriente definió al proletariado industrial como el sujeto social revolucionario por excelencia y, por ende, su objetivo consistió en lograr una inserción en este sector, específicamente en organismos de lucha tales como las comisiones internas y los cuerpos de delegados a partir de la disputa de su dirección a las conducciones existentes. Desde ya, sostener una política de militancia en el seno de la clase obrera no fue patrimonio exclusivo del PST. Su particularidad consistió en el énfasis puesto, en primer lugar, en una concepción antiburocrática en torno a las formas organizativas y a las metodologías de participación político-sindical de esta clase y, por otro lado, en la apuesta al insurreccionalismo como perspectiva estratégica. Este rasgo asimiló a esta corriente al fenómeno del clasismo, al tiempo que le permitió diferenciarse de aquellas dirigencias sindicales peronistas transformadas en conduc-

ciones burocratizadas. Por su parte, la retórica insurreccional con el respectivo papel otorgado a las masas en la visualización de un proceso revolucionario la distinguió de aquellas concepciones foquistas y guerrilleras (Mangiantini, 2014a). La materialización de esta concepción se vislumbró especialmente en el fenómeno de la proletarianización de su militancia, lo que supuso un vuelco masivo a la actividad fabril de una importante cantidad de sus miembros provenientes de otros sectores como el estudiantado (Mangiantini, 2014b).

El segundo rasgo identitario lo compuso su concepción internacionalista. Acorde a un bagaje trotskista, la dirección del PST pugnó por la construcción de una tendencia internacional que disputara la dirección de la IV Internacional. Ésta, desde finales de los años 60, sostuvo mayoritariamente un apoyo a las vertientes guerrilleras o foquistas como estrategia para el derrotero de la lucha de clases en Latinoamérica. En esta línea, la profundización de los vínculos con el Socialist Workers Party (SWP) de Estados Unidos, los frecuentes viajes a diversos países latinoamericanos para el establecimiento de relaciones políticas, la edición de una publicación internacional (*Revista de América*), la participación de militantes de otros países en las instancias de formación política y escuelas de cuadros en Argentina, o bien la constante discusión (en el marco de cada organismo partidario) de diversas problemáticas pertinentes a distintos procesos políticos mundiales fueron algunos de los ejemplos de la puesta en práctica de esta concepción internacional de la militancia.¹ De hecho, el PST y el SWP de Estados Unidos, desde 1972, impulsaron una corriente minoritaria en el seno de la IV Internacional que fue trascendental para la adopción del partido argentino de las temáticas y reivindicaciones analizadas en este trabajo (Bensaïd, 2008: 114). Esta idiosincrasia implicó una delimitación teórico-conceptual en el seno del movimiento de masas tanto del bagaje nacionalista sostenido por el peronismo como así también del PC que comulgaba con la concepción en torno a la posibilidad de un sostenimiento exitoso del socialismo en un solo país.

Una tercera característica identitaria se relacionó con la actitud esbozada por la militancia del PST hacia la clase obrera peronista. Esta corriente provocó una ruptura dentro de una izquierda argentina históricamente caracterizada por un antiperonismo acérrimo que incluso

1. "Proyecto de resoluciones", VI Congreso Nacional del PRT-LV, septiembre de 1971, pp. 2-3; "Informe sobre viaje a L.A. - Boletín Interno de agosto de 1971"; VI Congreso Nacional del PRT, septiembre de 1971, pp. 1-4; "Orden del día del C.E.", Comité Ejecutivo del PRT-LV, 21 de enero de 1970, p. 2; "Memorándum sobre la revista", Comité Ejecutivo del PRT-LV, 1970, p. 1; "Informe de actividades", Comité Central del PRT-LV, 1970, p. 3; "Orden del día del CC", Comité Central del PRT-LV, 17 de abril de 1971, pp. 4-5.

la llevó a confluir con organizaciones patronales o conservadoras como modo de oposición. Diferenciándose del movimiento peronista y de aquellas características que lo representaban tales como el verticalismo, el policlasismo, el paternalismo o la metodología de sus cúpulas sindicales, buscó desarrollar una actitud de acercamiento y comprensión hacia la enorme cantidad de obreros que se identificaban con esta propuesta. En el marco de la resistencia obrera al golpe militar de 1955, la acción más notoria practicada como corriente consistió en llevar a cabo la táctica del *entrismo* en el movimiento peronista, específicamente en sus estructuras sindicales, lo que implicaba el ingreso de los militantes a una organización con una ideología diferente a la propia pero con profundo arraigo en los sectores trabajadores con el fin de provocar un viraje ideológico de sus adherentes hacia la izquierda. Con esta orientación, editó el periódico *Palabra Obrera*, utilizado como herramienta para relacionarse con distintos sectores fabriles (Camarero, 1997). Independientemente de su éxito, esta estrategia generó la concepción de que, desde una militancia trotskista, podría producirse un diálogo hacia una clase obrera peronista.

Un último rasgo identitario, eje del presente trabajo, recae en la apertura de esta organización a la recepción e inclusión de nuevos ideas mayormente ajenos a la cotidianeidad de la izquierda argentina de entonces. Su amplitud temática excedió a las consignas estrictamente economicistas y, como ejemplo de ello, se destacan reivindicaciones tales como la preocupación por la “liberación de la mujer”, cierta defensa a la homosexualidad y el interés por forjar relaciones de género antagónicas a aquellas cotidianas en el derrotero de la cultura hegemónica. No obstante, como se verá, ninguna de estas problemáticas atravesó al PST sin tensiones ni contradicciones.

Las militancias del PST en torno a la liberación de la mujer

Una temática que este partido comenzó a ponderar hasta convertirse en un rasgo identitario de fortaleza consistió en la reivindicación en torno a la liberación de la mujer, problemática en ningún modo unívoca pero que aún así interesó a la organización. Este tópico no constituyó un terreno claro en objetivos, motivos ni estrategias. De hecho, fue un asunto predilecto de la prensa masiva que lo retrató de múltiples y contradictorias formas, la más de las veces de modo despolitizado y como sinónimo de las frívolas transformaciones sociales, culturales y económicas vividas por las mujeres de la burguesía desde mediados del siglo XX; cuando no lo construyó como objeto de burla. De modo que abrazar una militancia bajo este nombre supuso el desafío como par-

tido de conseguir estabilizar algunos sentidos y desterrar otros lo que, además, debe ponerse en valor si se considera el rechazo que ante esta problemática manifestaron diversas expresiones de la izquierda tales como el PC o diferentes estructuras político-militares.

La militancia en favor de la liberación de la mujer se tornó parte de una militancia activa en los momentos de transición entre la disolución del PRT-LV y los inicios del PST, entre 1971 y 1972. La principal explicación en torno a su profundización se encuentra en la influencia que sobre la organización argentina ejerció el SWP de Estados Unidos, cuyo programa político abordaba reivindicaciones pertinentes a estas temáticas.² A partir del rechazo conjunto a la estrategia militarista adoptada por una mayoría de la IV Internacional, el SWP y la corriente argentina estrecharon lazos que trajeron consigo frecuentes viajes e intercambio de experiencias. Así, el PST adoptó temáticas antes secundarias tales como la importancia del papel de una juventud radicalizada con una retórica antiimperialista y antibélica o el carácter combativo que podrían jugar las minorías étnicas. No obstante, la problemática en torno a la liberación de la mujer fue, sin dudas, la reivindicación que mayor impacto generó.³ A su vez, puede encontrarse otra explicación de esta iniciativa dada la emergencia en el mundo occidental de un ascendente movimiento feminista paulatinamente reflejado en publicaciones y medios de comunicación de importante recepción (Trebisacce, 2014).

Cabe señalar que, en este periodo, diversas organizaciones forjaron sus propias entidades femeninas como, por ejemplo, en estructuras político-militares tales como el Partido Revolucionario de los Trabajadores y el Ejército Revolucionario del Pueblo (PRT-ERP) con la creación del Frente de Mujeres, o en Montoneros con la Agrupación Evita. No obstante, una característica coincidente de ambas experiencias recayó en que estos frentes fueron creados con el objeto de formación política de sus mujeres pero no para el desarrollo una militancia específica o feminista. Se trató de agrupaciones femeninas que, al mismo tiempo, se declaraban antifeministas (Grammático, 2011; Martínez, 2009). En este punto radica la diferencia central que esgrimió el PST al abordar esta problemática y por ello la importancia de su análisis para el campo de estudio.

2. El feminismo socialista aseveraba que las categorías del marxismo resultaban insuficientes para la comprensión de las particularidades de la opresión de la mujer pero, al mismo tiempo, rechazaba aquellas reivindicaciones propias de la mujer desligadas de una denuncia al modo de producción capitalista. De ello se desprendía la necesidad de una teoría que contemplara el método histórico y materialista del marxismo combinado con el análisis de las relaciones patriarcales del feminismo radical.

3. "Orden del día del CC", Comité Central del PRT-LV, 17 de abril de 1971, e "Informe internacional", Comité Central del PST, 1972.

Respecto a la experiencia de este partido, la militancia en torno a la liberación de las mujeres no estuvo ausente de tensiones ni contradicciones. Puede afirmarse que, entre 1971 y 1975, ella atravesó tres momentos diferenciados que supusieron distintas lecturas respecto de cuáles eran las problemáticas específicas de las mujeres y cuáles debían ser las estrategias o políticas de militancia (Trebisacce, 2012, 2013). El primero de ellos, se ubica desde finales de 1971 hasta mediados de 1972 en coincidencia con el proceso formativo del PST. La aparición de *Avanzada Socialista* como su órgano de difusión semanal incluyó un tratamiento prácticamente constante de la lucha por la “liberación de la mujer”. Las primeras referencias se orientaron a analizar la situación de las mujeres en un sentido amplio y no restringido a aquellas comprometidas con la lucha política, sindical o estudiantil. La publicación expresa interés por visibilizar la situación de doble explotación que padecían las mujeres en tanto trabajadoras y amas de casa, pero simultánea y enfáticamente procura analizar y denunciar el papel jugado por los medios de comunicación, la publicidad, la familia y la escuela en la reproducción de un estereotipo femenino pasivo y objeto del placer masculino.⁴ De modo que la novedad teórico-política de estos planteos consistió en producir reivindicaciones en torno a la situación de las mujeres que excedían el bagaje materialista clásico y ponían el acento en elementos subjetivos o en relaciones interpersonales, dentro de un plano no necesariamente económico, que garantizaban la situación desfavorable de las mujeres independientemente de la existencia del capitalismo como sistema. Así, se alertaba sobre la presencia de pautas culturales y familiares, y sobre el rol de los medios de comunicación y la publicidad, como garantes de esta doble opresión.⁵

Se desprende de esta particular perspectiva la influencia que sobre la corriente argentina ejerció el feminismo socialista norteamericano de finales de los 60 y los debates contemporáneos del feminismo local que identificaban la opresión femenina como consecuencia de su sexo y no sólo como efecto de su situación con respecto a las relaciones de producción, lo que redundaba en un antagonismo de clases sexuales (el patriarcado) paralelo al de clases sociales.⁶ Por ello, las feministas radicales denunciaban el trabajo doméstico no sólo como reproducción del

4. “Mujeres en lucha”, en *Avanzada Socialista* (AS), año 1, n° 3, 15 de marzo de 1972, p. 10.

5. “Antes nos vendaban los pies, ahora nos lavan el cerebro”, AS, año 1, n° 10, 3 de mayo de 1972.

6. Esta perspectiva era sostenida por agrupaciones feministas como la Unión Feminista Argentina (UFA) y el Movimiento de Liberación Feminista (MLF) con quienes algunas militantes del PST entraron en contacto.

capital sino también en tanto esclavización de las mujeres por parte de sus propios maridos (Molina Petit, 2007). La aceptación de dos sistemas paralelos de opresión, el capitalismo y el patriarcado, le permitió al PST caracterizar positivamente la aparición de organizaciones feministas que luchaban contra la opresión de las mujeres aunque no se implicaran en una militancia anticapitalista. No obstante esta apertura, la línea partidaria sostenía que la liberación femenina no podría ser total sin la liberación del pueblo entero del sistema de explotación capitalista.

Como parte de la puesta en práctica de la política por la liberación de la mujer, el PST desarrolló diversas actividades como, en 1972, la invitación al país a Linda Jenness, candidata a presidente en Estados Unidos por el SWP y militante feminista, quien brindó una serie de charlas y participó de diversos actos.⁷ Con su visita, las luchas de las mujeres ocuparon la primera plana de *Avanzada Socialista* que comenzó a utilizar abiertamente el término feminismo. Las actividades con esta dirigente permitieron una mayor visualización de la militancia feminista realizada pero, al mismo tiempo, dejaron al descubierto ciertas tensiones que persistían. Así fue como en un reportaje a la candidata se le consultó si entendía que eran viables los movimientos feministas como organizaciones de lucha en sí mismas o si, por el contrario, las mujeres debían pelear en sus respectivos ámbitos laborales por aquellas reivindicaciones comunes a sus sectores.⁸ El interrogante reflejaba una tensión existente al interior del partido sobre la posibilidad de transformar las reivindicaciones de las mujeres en una política autónoma de las restantes luchas.

Por fuera de la visita de la candidata norteamericana, el signo más claro de la existencia de una militancia feminista al interior del PST lo brindó la conformación de un grupo, *Muchacha*, que produjo una publicación homónima y participó de actividades con otros colectivos de mujeres. No obstante, es necesario advertir que dicha publicación no contó en sus páginas ni en sus acciones con una declaración abierta de relación o pertenencia para con la estructura partidaria. De hecho, en *Avanzada Socialista* se referenció a *Muchacha* en tercera persona, desmarcándose cualquier vinculación directa con el partido. Asimismo, y como otro signo ambiguo en torno a la apropiación que hacía el PST de su militancia feminista, las integrantes de *Muchacha* no utilizaban los locales partidarios para sus actividades sino que recurrían a los de otras agrupaciones feministas. Es factible que ello respondiera al intento partidario de respetar la independencia de su militancia femi-

7. "Linda levanta cuatro banderas", AS, año 1, n° 13, 24 de mayo de 1972, p. 6.

8. "Linda Jenness habla para *Avanzada Socialista*", AS, año 1, n° 13, 24 de mayo de 1972, p. 7.

nista evitando convertirse en obstáculo para el acercamiento de mujeres que quisieran desarrollar esta actividad específica sin comprometerse con una organización revolucionaria. También es probable que fuera resultado de un posicionamiento tímido por parte del partido, en lo que respecta a la enunciación pública, en torno a una militancia que resultaba controvertida en el espectro de las izquierdas. No obstante, vale destacar que esta estrategia fue desplegada por el PST también a nivel obrero (con la conformación de agrupaciones sindicales no integradas exclusivamente por militantes partidarios) y a nivel juvenil con la creación de la Juventud Socialista de Avanzada en la que los jóvenes podían militar sin ser aún considerados parte orgánica de la estructura.

Por otra parte, para la caracterización global de este período merece mención el hecho de que entre la militancia circularan textos actualizados en torno a la sexualidad, incluso entre quienes no se interesaban en participar directamente de las actividades feministas. Se compartían, por ejemplo, el Informe Hite (una investigación de la escritora y sexóloga Shere Hite que hacía hincapié en la sexualidad y el placer femenino); los estudios sobre las técnicas sexuales de William Masters y Virginia Johnson; *La mujer: ¿esclava de la historia o historia de la esclava?*, de Nancy Hollander; la producción de Simone de Beauvoir y escritos de militantes feministas de Estados Unidos, como *Problemas de la liberación de la mujer* de Evelyn Reed (que el PST editó en Argentina). Esto permite inferir un interés generalizado en torno a las tendencias que bregaban por una (relativa) mejor situación para las mujeres, como era el caso en los discursos en boga sobre la sexualidad. También, según revelan algunas entrevistadas, merecieron charlas entre compañeros asuntos como el amor libre y las contradicciones de la monogamia, a pesar de no constituirse como temas a tratar en las reuniones partidarias.

Un segundo momento puede señalarse entre finales de 1972 y los últimos meses de 1974. En este período *Avanzada Socialista* refleja que la preocupación en torno a la militancia de las mujeres quedó circunscripta a las noticias sobre las campañas electorales acaecidas en 1973, particularmente en la primera en la que Nora Ciapponi fue candidata a la vicepresidencia por el PST. Su inclusión en la fórmula dio lugar a una denuncia pública de la situación desfavorable de las mujeres.⁹ Simultáneamente, la plataforma electoral incluyó un bloque de reivindicaciones pertinente a la lucha por su liberación con el sostenimiento de consignas tales como la legalización y gratuidad del aborto, la venta libre de remedios anticonceptivos, la protección estatal de la madre soltera y la supresión de las diferencias jurídicas entre los hijos

9. "Nora Ciapponi habla de la mujer", AS, año 1, n° 45, 18 de enero de 1973; "Nora Ciapponi defiende a la mujer", AS, año 1, n° 50, 22 de febrero de 1973.

legítimos y los naturales, la igualdad de derechos de la familia legítima y la naturalmente constituida, la apertura de guarderías infantiles durante todo el día, la igualdad salarial entre hombres y mujeres ante las mismas tareas, la participación obligatoria de las mujeres en todos los organismos sindicales en proporción a las labores femeninas en las ramas de producción y la supresión de toda legislación discriminatoria entre hombres y mujeres.¹⁰ Determinadas consignas como la igualdad salarial o la apertura de guarderías en las fábricas eran medianamente habituales dentro del repertorio de las organizaciones revolucionarias, pero el sostenimiento de reclamos como el derecho al aborto o la gratuidad de las pastillas anticonceptivas (en un contexto de recelo y discusión en torno a este método) fueron paradigmáticas como un rasgo distintivo (Bellucci, 2012). Tras la campaña electoral, estas temáticas quedaron más opacadas hasta que en 1974 el PST tomó como reclamo la oposición al decreto de prohibición de venta de anticonceptivos lanzado por el gobierno de María Estela Martínez de Perón.¹¹

Finalmente, se identifica un último momento desde fines de 1974 hasta los últimos meses de 1975, en el que se ve al PST experimentar una disputa y redefinir el sentido de su militancia feminista. En este período, *Avanzada Socialista* inauguró la sección “Mujer” en la que pueden verse operar las renegociaciones de sentidos. En las primeras notas mencionaba la existencia de grupos feministas que rechazaban la militancia de izquierda, como la Unión Feminista Argentina y el Movimiento de Liberación Feminista, a quienes se les reconocía su trabajo en la concientización de las mujeres aunque se advertía sobre las “exageraciones cometidas”. Coincidiendo con este período, en febrero de 1975, una minuta interna del partido titulada *Minuta sobre la campaña de liberación de la mujer* recuperaba no sólo los antecedentes del movimiento feminista en el mundo y en Argentina sino que orientaba el foco de sus críticas a los discursos emanados por los medios masivos de comunicación en torno a la mujer, especialmente dirigidos a la población de clase media (Trebisacce, 2013). Asimismo, se sostenía que la lucha feminista era útil y no un impedimento o una distracción para el combate partidario contra el capitalismo. Aquí aparece un rasgo distintivo del PST en comparación con otras organizaciones como el PRT-ERP o Montoneros, que caracterizaron al feminismo como una

10. “Los comités ejecutivos del Partido Socialista Argentino y del PRT (La Verdad) afirman”, Comité Ejecutivo del PRT-LV, 1972, pp. 5-6.

11. “Más hijos ¿Quién los alimenta? No al decreto contra los anticonceptivos”, AS, año 2, n° 96, 20 al 27 de marzo de 1974, p. 6; “«La ley de los anticonceptivos es una medida más de tipo represivo» nos dijo Cipe Linkovsky”, AS, año 2, n° 97, 28 de marzo al 5 de abril de 1974, p. 4.

expresión de la burguesía y no como una herramienta válida para la lucha contra el capital.

Ahora bien, desde principios de 1975, la sección adoptó otro perfil y comenzó a representar exclusivamente la realidad de las mujeres inscriptas en luchas sindicales o estudiantiles. Se trató de un redefinición rotunda respecto de lo que entendería el partido como militancia específica de las mujeres, que supuso la clausura de la relación con los feminismos no alineados en una lucha anticapitalista y una depuración de cierta militancia feminista interna del partido. Por ejemplo, aparecieron en la sección “Mujer” notas que celebraban la participación de las mujeres y esposas en el conflicto de Villa Constitución, en el que el PST participó de su comisión de mujeres, o en la huelga general lanzada contra la política de ajuste conocida como el Rodrigazo.¹² La sección se convirtió en un llamado a las mujeres a participar de la lucha sindical o partidaria. Se publicaron especialmente testimonios de mujeres participantes de gremios o agrupaciones estudiantiles que daban cuenta de las dificultades que tenían por su condición de mujeres para emprender la militancia.¹³ En ocasiones, se reproducían informes históricos sobre las experiencias de militantes mujeres en otros lugares del mundo como Vietnam o China.¹⁴

En julio de 1975, en un documento interno, se sostuvo que “el trabajo de la mujer pasa esencialmente alrededor de la lucha de clases, en forma combinada y no como movimiento paralelo e independiente”.¹⁵ En otras palabras, el PST redefinió cuáles eran los problemas específicos de las mujeres y los vinculó directamente a las reivindicaciones sindicales o las problemáticas de cada gremio en particular, tales como los malos tratos, la discriminación, los problemas con las guarderías en los trabajos, entre otros. En este sentido, esbozó consignas como el reclamo para que se decrete la obligación de las patronales de contratar un 50% de personal femenino, o bien la necesidad de conformar comisiones femininas por fábrica para controlar el cumplimiento de los derechos de las mujeres dentro de cada ámbito laboral. A su vez, denunció la política de protección familiar sostenida por el gobierno peronista que prohibía los

12. “Así participamos en las luchas obreras. «Mujeres son las nuestras...»”, AS, año 4, n° 141, 5 de abril de 1975; “Las mujeres con la CGT”, AS, año 4, n° 152, 5 de julio de 1975.

13. “Elecciones sindicales. Incorporaremos mujeres a las listas, levantemos un programa para la mujer”, AS, año 4, n° 156, 1 de agosto de 1975.

14. “La mujer en el mundo. Vietnam”, AS, año 4, n° 172, 21 de noviembre de 1975; “La mujer en el mundo. China”, AS, año 4, n° 174, 5 de diciembre de 1975.

15. “Minuta sobre el trabajo de la mujer”, Comité Central del PST, 18 de julio de 1975, pp. 5-6.

anticonceptivos y el aborto dado que, según el análisis de esta corriente, ambas esferas daban cuenta de un proyecto que pretendía reconvertir el papel de la mujer en ama de casa y cuidadora de los hijos.¹⁶

En coincidencia con esta línea, se trató del período con una mayor cantidad de actividades relacionadas con la temática de la mujer tanto hacia el afuera como para la propia estructura partidaria. Los balances dan cuenta de la realización de un notorio número de cursos dentro de las instancias de formación militante del partido; el sostenimiento de una sección permanente en el periódico, artículos en diversas revistas sindicales; la formación de un equipo partidario dedicado a este tópico; la organización de un archivo partidario sobre el tema; edición de volantes, folletos y libros; organización de mesas redondas; e intento de constitución de la Agrupación de Mujeres Socialistas.¹⁷

La vuelta del peronismo al poder y el retorno al sistema electoral en 1973 no cerrarían las profundas contradicciones político-sociales ni la crisis abierta años atrás. El giro a la derecha del gobierno peronista con la conformación de grupos paramilitares que, al amparo del poder estatal, emprendieron una encarnizada persecución contra el activismo partidario, sindical y juvenil complejizó este convulsionado contexto. Esta antesala del terrorismo de Estado por venir fue un quiebre para la militancia del PST alrededor de estas temáticas dado que su accionar político pasó a desarrollarse casi íntegramente de modo clandestino y a resguardo de la represión, por lo que las campañas públicas de esta índole dejaron lugar a otro tipo de metodologías mayormente subterráneas.

Las concepciones alrededor de la homosexualidad

Por aquellos años la homosexualidad se convirtió en un tema medianamente destacado, no tanto por una militancia homosexual que no conseguía ser muy numerosa, sino porque en el contexto cultural de la denominada “revolución sexual” era caracterizada “como una patología que requería intervención” (Trebisacce, 2015). Esta revolución, habitualmente asociada y circunscripta a la aparición de la píldora anticonceptiva, fue en realidad un proceso más complejo que consistió en la circulación masiva de discursos pseudocientíficos en torno a la sexualidad placentera y no reproductiva. Se difundieron en libros, notas de diarios, artículos y charlas, explicaciones científicas sobre la importancia del placer femenino en la vida sexual en pareja (heterosexual) y, simultáneamente, se sostuvieron argumentos que recrudescían la pato-

16. “Minuta sobre la campaña de liberación de la mujer”, Comité Central del PST, 11 de febrero de 1975, pp. 7-8.

17. “Minuta sobre el trabajo de la mujer”, ob. cit., pp. 1-2.

logización de las prácticas homosexuales (Cosse, 2009 y 2010; Felitti, 2012; Trebisacce, 2015).

Desde el campo más acotado de las izquierdas, el rechazo a la homosexualidad tenía otras motivaciones. En los regímenes del socialismo real, la homosexualidad no fue admitida sino considerada un peligro social bajo el argumento de ser caracterizada como un producto de contenido burgués y fascista (García Valdés, 1981: 107). En este marco, los partidos comunistas y sus pares maoístas sostuvieron internacionalmente una posición crítica y de rechazo a estos reclamos esbozando caracterizaciones que identificaron la homosexualidad con diversos tipos de desviaciones ajenas a la vida cotidiana del proletariado.

En Argentina, la condena a la homosexualidad al interior de organizaciones partidarias y político-militares fue un fenómeno extendido. Sin embargo, una excepción la constituyó la estructura política encabezada por Moreno, que sostuvo su rechazo a la discriminación y opresión por orientación sexual. Aunque es necesario aclarar que, a diferencia de la problemática en torno a la liberación de la mujer, la defensa a las orientaciones sexuales disidentes fue más bien una actitud y un posicionamiento sostenido internamente como corriente que un programa político defendido públicamente.

A nivel orgánico la temática se desarrolló de un modo laxo e inconstante. Su principal expresión fue la relación forjada entre esta corriente y el Frente de Liberación Homosexual (FLH), organización surgida en 1968, conducida por Héctor Anabitarte, un militante expulsado del Partido Comunista justamente por su orientación sexual (Bilbao, 2012: 23-32). La vinculación entre el FLH y la corriente dirigida por Moreno se produjo por diversas vías. Una de ellas fue a través de la participación de algunos militantes en ambas estructuras, como fue el caso de Néstor Perlongher quien, a partir de su militancia en el FLH, se vinculó luego con el PST. Otra forma de relación se produjo a partir de la realización de campañas conjuntas por diversas temáticas particulares tales como, por ejemplo, la derogación del decreto que prohibía la información y difusión de métodos anticonceptivos. El retorno del peronismo profundizó el lazo entre el PST y el FLH, dado que parte de la militancia homosexual aspiraba a que la llegada de Cámpora al poder significara un viraje en la política represiva hacia ellos. Sin embargo, la continuidad de una legislación persecutoria por parte del gobierno peronista y el rechazo de otras fuerzas de izquierda a sostener sus reivindicaciones hizo que el PST fuera uno de los pocos apoyos orgánicos en este período (Benisz y Castells, 2009: 117; Bellucci, 2010).

Independientemente de estas puntuales relaciones y de las declaraciones de aceptación, esta temática no se profundizó. Ello redundó en ciertas tensiones acerca de cómo dinamizar este tipo de reivindicaciones.

Más adelante, la dirigencia de esta corriente señalará que brindarle al homosexual una entidad particular dentro de la organización era una política errónea para la defensa de sus derechos porque se produciría una segregación dentro de la misma estructura partidaria. Esta concepción se puede analizar de un reportaje realizado a Moreno:

–Yo considero a la homosexualidad algo tan normal que me opongo a hacer propaganda. [...] [Daniel] Guérin alerta a los homosexuales contra su tendencia a hacer de su liberación un fin en sí mismo, y que el gran problema que debe plantearse todo militante es la transformación de la sociedad. Un compañero homosexual, dirigente del partido brasileño, quería hacer una corriente dentro del partido a favor de la homosexualidad. Yo me opuse, justamente porque considero a la homosexualidad tan normal como la heterosexualidad. Supongamos que se crea una corriente así dentro del partido, con derechos de fracción. Quiere decir que en los locales habría salitas, cada una con su cartel: “Hombres con Mujeres”, “Hombres con Hombres”, “Mujeres con Mujeres”, y cada fracción tendría su boletín.

–Pero los homosexuales son reprimidos, los heterosexuales no.

–Ah, no, eso es completamente distinto. Dentro de la sociedad luchamos a muerte contra la opresión de los homosexuales y todo tipo de opresión: nacional, racial, etcétera. Yo me refería a que me opongo a hacer ese tipo de actividad hacia el interior del partido. Hacia afuera sí combatimos la opresión de los homosexuales, que para mí es una colateral de la opresión de la mujer (S/A, 1986: 124-125).

Este modo de concebir la relación entre la homosexualidad, su militancia y el activismo revolucionario no siempre fue compartido por aquellos que encabezaban las luchas por tales reivindicaciones para quienes estas posturas suponían una minimización o relego de dichas problemáticas. Pese a lo innovador y arriesgado que era para un partido revolucionario abrazar una militancia de ese tenor en ese contexto, la aceptación que la organización profesaba sobre la homosexualidad se producía junto y simultáneamente a la (clásica) invisibilización de la misma, lo que se manifestó en una cierta y temerosa prudencia al respecto. Ello se vuelve más evidente si se contraponen con la experiencia de la militancia feminista. La posición en torno a la lucha de los homosexuales no se transformó en una militancia activa ni se exteriorizó en su bagaje programático, lo que expresa determinadas contradicciones que el PST no consiguió saldar.

Familia(s), partido y relaciones sexo-afectivas disidentes

El último aspecto que se abordará en este trabajo pretende explorar las tensiones desarrolladas entre la estructura partidaria y las familias de sus militantes, por un lado, y, por otro, las relaciones sexo-afectivas no tradicionales practicadas entre los miembros de la organización.

Un primer aspecto a resaltar fue la frecuente tensión entre la militancia revolucionaria y las estructuras familiares. Para algunas organizaciones se trató de una cuestión pragmática dado el problema de la seguridad, producto de la represión, que volvía innecesarias otras argumentaciones para el distanciamiento y la ruptura con formas familiares tradicionales caracterizadas de pequeño burguesas. En el caso de PST estas explicaciones ocuparon un lugar central, probablemente porque las experiencias de clandestinidad fueron más tardías. Si bien, a diferencia de otras organizaciones, esta corriente tuvo una política de menor intromisión en la dinámica doméstica de sus militantes, la presencia de un entorno familiar (ajeno a la misma organización) fue percibida, de todos modos, como factible de conflictos. Un documento que sirve como ejemplo relacionaba las deficiencias de un dirigente de un equipo partidario con las características de su entorno familiar.

Estos aspectos negativos de ambos compañeros se encuentran firmemente cristalizados, debido a la organización de su vida: concretamente su estructura matrimonial que, en vez de ser un trampolín para la actividad y la elevación política, es un ordenamiento cerrado [...] y determina la forma de militar y de sentir la militancia de los compañeros. Debemos caracterizar esa estructura como pequeño-burguesa, siempre que aclaremos que la definimos por su dinámica. Es decir, no es materia de crítica ni el nivel de vida, ni la cantidad de artefactos, ni el número de habitaciones de la casa, ni mucho menos, su derecho a la vida privada ni a la intimidad personal, sino al rol conservador y antirrevolucionario –sólo por eso pequeño burgués– de esa estructura personal.¹⁸

Según este análisis, una estructura familiar marcada por la rutina y la pasividad era perjudicial para un dirigente porque trasladaba tales características a su actividad militante. Simultáneamente, el núcleo familiar era percibido como un obstáculo para la posibilidad de captación del proletariado y para el desarrollo férreo de una práctica política. Cuando se ponían en práctica las estrategias de inserción entre los trabajadores, el acercamiento a la estructura familiar (con actividades

18. "Balance de Capital 1970", Comité Ejecutivo del PRT-LV, febrero de 1971, pp. 3-5.

que incluían al entorno del obrero) era un elemento ponderado dado que el ingreso a una organización revolucionaria por parte del trabajador conllevaba una alteración de su dinámica doméstica que, a partir de estas prácticas, se buscaba minimizar en su impacto.

Esta característica puede transformarse en una explicación acerca de por qué, al interior de esta corriente, eran bien consideradas las relaciones de pareja entre los propios militantes. Se argumentaba que la pareja integrada por un militante con alguien externo se convertía en una relación factible de contradicciones y conflictos mientras que, por el contrario, la unión de dos militantes podía redundar en un equilibrio de tipo “biológico”, sentimental, intelectual, personal y político partidario.¹⁹

En estos años se experimentó un cambio de paradigma en torno a las relaciones de parejas dado que el modelo de pareja tradicional, organizado bajo la autoridad del hombre y la domesticidad de la mujer, era reemplazado por uno más moderno, resultado del amor, el compañerismo, la paridad y la complementariedad del varón y la mujer (Cosse, 2006). Este modelo fue el que tuvo mayor presencia entre aquellos militantes que impugnaron las experiencias de los matrimonios autoritarios experimentados por sus padres. Ahora bien, ello suponía no sólo parejas heterosexuales sino también parejas unidas por amor en un vínculo verdadero que no podía ser otra cosa que monogámico.

En relación con ello, aparecen en el PST experiencias poco extendidas en otras organizaciones. Desde sus propias prácticas algunos militantes del partido cuestionaron, no sin contradicciones, los imperativos monogámicos que pesaban sobre las parejas en general y las parejas militantes en particular. Así, se extendió una revisión de la idea de pareja y una recepción a la diversidad de las relaciones humanas con el consecuente cuestionamiento a la monogamia como un valor en sí mismo. Estas experiencias inéditas se tensionaban con otras reivindicaciones que sostenía el partido en torno a lo positivo de las relaciones duraderas y estables, dado que se asociaba la ausencia de una pareja concreta y la proliferación de relaciones por parte del militante con una práctica propia de un consumismo capitalista trasladada al terreno sexual. Según Moreno, la “liberación sexual” en el marco de una sociedad capitalista y no socialista se transformaría finalmente en otro fenómeno del consumo (S/A, 1986). Sin embargo, entre las filas de la militancia del PST tuvieron lugar ensayos de otros modos de relaciones sexo-afectivas que eran pequeñas revoluciones para aquellos años. Estas experiencias, al igual que las concepciones en torno a la homosexualidad, no se convirtieron en consignas programáticas pero sí merecen mención porque fueron posibles dentro de este partido, probablemente como efecto de

19. “Moral bolche o espontaneísta” [Documento de Nahuel Moreno], 1969.

la capacidad, evidenciada en aquellos años, de dar lugar a experiencias no necesariamente bien recibidas en el campo de la militancia.

Conclusiones

El PST entre los años 1971 y 1975 fue escenario de una serie de militancias (feministas), posicionamientos (respecto de la homosexualidad) y experiencias de relaciones sexo-afectivas disidentes (en relación a la monogamia) que fueron prácticamente inéditas en la militancia de entonces, fuertemente marcada por la aceptación de valores positivos en la equidad y armonía en las parejas, la monogamia y la heterosexualidad. Ello se convirtió en un componente identitario y en un rasgo excepcional, si se realiza un estudio comparativo con la militancia revolucionaria del mismo período. Aunque, si bien es cierto que la apertura a ciertas temáticas como “la liberación de la mujer”, el reconocimiento de la diversidad sexual o los intentos de diferenciarse de la estructura familiar y social existente no se produjeron sin tensiones ni contradicciones, es importante resaltar que esta experiencia se convirtió en un antecedente de relieve para las luchas que, sobre estas problemáticas, se desarrollarían desde los años 80 dinamizándose con mayor fluidez que en esta coyuntura.

Al mismo tiempo, el reflejo de esta experiencia es prueba de la existencia, aunque de forma embrionaria, de la relación forjada en estos años entre la izquierda orgánica y diversos tipos de movimientos de luchas específicas (como en este caso, los colectivos de mujeres o los nacientes movimientos de homosexuales) que, a diferencia de lo esgrimido por buena parte de la bibliografía pertinente, no tuvieron una dinámica de absoluta separación entre ambas instancias sino que es posible visualizar la existencia de una incipiente y molecular retroalimentación entre los diversos actores. La presencia de estos relacionamientos merece una profundización aún pendiente.

Por último, se desprende de este análisis una reflexión abierta. Los estudios sobre los años 60 y 70 fueron atravesados por diversos intentos de conceptualizar a sus actores radicalizados. Determinados abordajes sobre la militancia revolucionaria utilizaron el criterio de identificación y subdivisión entre una “izquierda tradicional” (IT), representada por aquellos partidos políticos de tradición y estructura marxista-leninista, y la presencia de una “nueva izquierda” (NI), marcada por la aparición de flamantes actores, especialmente las organizaciones político-militares (Hilb y Lutzky, 1984; Zolov, 2012). En ocasiones, se afirmó que aquellas estructuras pertenecientes a la NI presentaron una mayor democracia interna y una praxis más horizontal que los partidos tradicionales. En otras producciones, se identificó a la IT como una corriente refor-

mista, pacifista y electoralista, mientras que la NI produjo un nuevo significado y valorización del uso de la violencia. La apelación a una NI también remitió a aquellas estructuras que pugnarón por la fusión de un ideario marxista con otras tradiciones políticas como el peronismo, o bien a las organizaciones que, si bien no asumieron la lucha armada, no desdeñaron el papel de la violencia como modo de alcanzar la transformación socialista (Terán, 1991; Tortti, 1999). En relación con ello, el abordaje conceptual de una estructura como el PST supone la presencia de interrogantes. Posicionada, teórica y estratégicamente, a la izquierda del comunismo y el socialismo vernáculo, se trató de una organización que puso en práctica un bagaje organizativo propio de la tradicional izquierda marxista-leninista con la consecuente aplicación de los preceptos del centralismo democrático. Al mismo tiempo, se trató de una corriente que rechazó la conformación de organizaciones simultáneamente políticas y militares negando el uso de la violencia política por fuera de los organismos creados por el propio activismo. No obstante ello, y paralelamente, el presente artículo dio cuenta de una estructura que sostuvo reivindicaciones hasta entonces no abordadas por el conjunto de la izquierda argentina tradicional y que, de hecho, fueron asimiladas al contenido propio de la NI, lo que permitiría sostener la existencia de un interrogante sobre la utilización de estas categorías para realizar una tipología apropiada sobre la enorme diversidad de actores que coexistieron en esta convulsionada coyuntura.

Bibliografía

- Bellucci, Mabel (2010), *Orgullo. Carlos Jáuregui, una biografía política*, Buenos Aires: Emece.
- (2012), “Revolución social y revolución sexual”, *Herramienta. Revista de debate y crítica marxista*, año XVI, n° 50.
- Benisz, Carla y Mario Castells (2009), “Néstor Perlongher, poesía y militancia. Intervenciones políticas en el barroso estuario de la polis”, *Actas I Jornadas de Historia de la Crítica en la Argentina*, FFyL (UBA).
- Bensaïd, Daniel (2008), *Trotskismos*, Portugal: Combate.
- Bilbao, Bárbara Soledad (2012), “Frente de Liberación Homosexual (1971-1976): Prácticas comunicacionales de resistencia y resignificaciones en la historia reciente”, *Questión*, vol. 1, n° 33, pp. 23-32.
- Camarero, Hernán (1997), “Una experiencia de la izquierda en el movimiento obrero. El trotskismo frente a la crisis del peronismo y la resistencia de los trabajadores (1954-1957)”, *Razón y Revolución*, n° 3.
- Cosse, Isabella (2006), “Cultura y sexualidad en la Argentina de los sesenta: usos y resignificaciones de la experiencia transnacional”, *Estudios Interdisciplinarios de América Latina y el Caribe*, vol. 17, n° 1.
- (2009), “Los nuevos estereotipos femeninos en los años 60 y 70: de la

- mujer doméstica a la joven liberada”, en A. Andújar, *De minifaldas, militancias y revoluciones. Exploraciones sobre los 70 en la Argentina*, Buenos Aires: Luxemburg.
- (2010), *Pareja, sexualidad y familia en los años sesenta, una revolución discreta en Buenos Aires*, Buenos Aires: Siglo XXI.
- Felitti, Karina (2012), *La revolución de la píldora. Sexualidad y política en los setenta*, Buenos Aires: Edhasa.
- García Valdés, Alberto (1981), *Historia y presente de la homosexualidad*, Madrid: Akal.
- González, Ernesto (coord.) (2006), *El trotskismo obrero e internacionalista en la Argentina*, tomo 4: *El PRT La Verdad ante el Cordobazo y el clasismo. Volumen 1 (1969-1971)*, Buenos Aires: Fundación Pluma.
- Grammático, Karin (2011), *Mujeres montoneras. Una historia de la Agrupación Evita, 1973-1974*, Buenos Aires: Luxemburg.
- Hilb, Claudia y Daniel Lutzky (1984), *La nueva izquierda argentina: 1960-1980 (Política y violencia)*, Buenos Aires: CEAL.
- Mangiantini, Martín (2014a), *El trotskismo y el debate en torno a la lucha armada. Moreno, Santucho y la ruptura del PRT*, Buenos Aires: El Topo Blindado.
- Mangiantini, Martín (2014b), “Clase y partido. Surgimiento, proletarización y militancia fabril del PRT – La Verdad (1968-1972)”, *Archivos de Historia del Movimiento Obrero y la Izquierda*, año 2, n° 4, pp. 31-52.
- Martínez, Paola (2009), *Género, política y revolución en los años setenta. Las mujeres del PRT-ERP*, Buenos Aires: Imago Mundi.
- Molina Petit, Cristina (2007), “El feminismo socialista estadounidense desde la «nueva izquierda». Las teorías del sistema dual (capitalismo + patriarcado)”, en Celia Amorós y Ana de Miguel, *Teoría feminista: de la Ilustración a la globalización. Del feminismo liberal a la posmodernidad*, Madrid: Minerva, pp. 147-187.
- Pozzi, Pablo y Alejandro Schneider (2000), *Los setentistas. Izquierda y clase obrera: 1969-1976*, Buenos Aires: Eudeba.
- S/A (1986), *Conversaciones con Nahuel Moreno*, Buenos Aires: Antídoto.
- Terán, Oscar (1991), *Nuestros años sesentas: la formación de la nueva izquierda intelectual en la Argentina, 1955-1966*, Buenos Aires: Punto Sur.
- Tortti, María Cristina (1999), “Protesta social y «Nueva Izquierda» en la Argentina del Gran Acuerdo Nacional”, en Alfredo Pucciarelli, *La primacía de la política. Lanusse, Perón y la Nueva Izquierda en tiempos del GAN*, Buenos Aires: Eudeba.
- Trebisacce, Catalina (2012), “Aunque algunos se rían de nosotr(o)s... Crónica de las exploraciones en la militancia feminista del Partido Socialista de los Trabajadores (1972-1975)”, *Temas de Mujeres. Revista del CEHIM*, año 8, n° 8, pp. 100-126.
- (2013), “Encuentros y desencuentros entre la militancia de izquierda y el feminismo en la Argentina”, *Revista Estudios Feministas*, vol. 21, n° 2, pp. 439-462.

- (2014) “Revoluciones simbólicas y de militancia en las feministas porteñas de los setenta”, en Mónica Tarducci (comp.), *Feminismo, lesbianismo y maternidad*, Buenos Aires: Feminaria, pp. 7-35.
 - (2015) “Una batalla sexual en los setenta: las feministas y los militantes homosexuales apostando a otra economía de los placeres”, en Débora D’Antonio (comp.), *Deseo y represión. Sexualidad, género y Estado en la historia argentina reciente*, Buenos Aires: Imago Mundi.
- Werner, Ruth y Facundo Aguirre (2007), *Insurgencia obrera en la Argentina. Clasismo, coordinadoras interfabriles y estrategias de la izquierda*, Buenos Aires: Ediciones IPS.
- Zolov, Eric (2012), “Expandiendo nuestros horizontes conceptuales: el pasaje de una «vieja» a una «nueva izquierda» en América Latina en los años sesenta”, *Revista Aletheia*, vol. 2, n° 4.

* * *

Título: Feminism, sexual diversity and gender relations affective dissidents. Stakes and tensions in the Socialist Workers Party (PST) between 1971 and 1975

Resumen: El presente trabajo tiene como objetivo abordar la dinámica de una organización revolucionaria trotskista, el Partido Socialista de los Trabajadores (PST), entre 1971 y 1975, en lo pertinente a tres temáticas entrelazadas: la militancia feminista sostenida, las concepciones esgrimidas con relación a la homosexualidad y los lazos sexo-afectivos desarrollados dentro de la dinámica partidaria. Se sostiene que el abordaje de dichas problemáticas por parte de esta organización fue un rasgo particular e identitario en la convulsionada coyuntura argentina de los años 70 que la diferenció de otras expresiones revolucionarias.

Palabras clave: trotskismo – liberación de la mujer – diversidad sexual – relaciones de género

Abstract: This paper aims to address the dynamics of a revolutionary Trotskyist organization, the Socialist Workers Party (PST), between 1971 and 1975, as appropriate three interwoven themes: feminist militancy sustained, the concepts put forward in relation to homosexuality and sex-affective ties developed within the party dynamics. It is argued that addressing these issues by this organization and identity was a particular feature in the troubled Argentina seventies situation that differed from other revolutionary expressions.

Keywords: Trotskyism – feminism – sexual diversity – gender relations

Recepción: 2 de marzo de 2015. **Aprobación:** 11 de julio de 2015

ARTÍCULOS

Bajo la influencia de la Revolución Rusa. La Federación de Agrupaciones Sindicalistas Revolucionarias a través de *La Batalla Sindicalista*, 1920-1923

Cristian E. Aquino

UBA
ceaquino@gmail.com

En el presente artículo investigamos el sindicalismo revolucionario focalizando en su ala autoproclamada revolucionaria a partir de sus propias representaciones, prácticas y tensiones doctrinales en el contexto de los primeros años de la década de 1920. Para este período la influencia de la Revolución Rusa fue fundamental, ya que reestructuró a la totalidad del movimiento obrero y la izquierda, mediante el surgimiento o fortalecimiento de fracciones revolucionarias. Esta temática apenas fue considerada para el *sindicalismo*, en comparación a la atención suscitada para el socialismo y el anarquismo,¹ que también quedó expuesto a una particular reconfiguración interna que proponemos identificar, describir y analizar. Así saldamos un descuido recurrente en los estudios sobre esta expresión del movimiento obrero argentino, relegado notoriamente de ciertas problemáticas historiográficas por considerarlo replegado en posturas antiintelectuales que obturaban cualquier desarrollo teórico propio. El sentido común historiográfico consideró que en el *sindicalismo* el debate interno de ideas era poco relevante y las fórmulas doctrinales una simple búsqueda de justificaciones para sustentar discursivamente una temprana burocracia sindical.

Por caso, Sebastián Marotta (1970: 40), dirigente *sindicalista* y su único historiador oficial, apenas menciona la relevancia del sector intelectual y político en la etapa formativa de la corriente. Posteriormente, historiadores como Tulio Halperín Donghi (2000: 150), Hugo del Campo (2005: 27-52) y David Rock (1992: 60-65) atribuían a las concepciones *sindicalistas*, una función justificadora de prácticas que gradualmente avanzaban hacia el reformismo como consecuencia del desarrollo de

1. Entre la profusa bibliografía sobre el socialismo consultar Corbière (1984), Camarero (2007), Camarero y Schneider (1991), Campione (2005), Iscaro (1958) y Odonne (1949). Para el caso anarquista: Abad de Santillán (2005), Anapios (2007), Doeswijk (2013), López Trujillo (1997), Pittaluga (2002) y Suriano (2009).

organizaciones volcadas a una cerrada defensa corporativa de sus logros. Por el contrario, autores como Ricardo Falcón y Alejandra Monserrat (2000: 156) y Edgardo Bilsky (1987) reconocieron una mayor influencia de los debates de carácter doctrinal que dividían aguas en esta tendencia y cierta impronta anticapitalista nunca del todo abandonada. El primer autor afirma que, periódicamente y en coyunturas puntuales, reaparecía la tradición revolucionaria como en las huelgas generales de la década del 20. Según Bilsky (1984: 36; 1987: 154), entre sus filas se habrían conformado dos sectores: uno reformista, con dirigentes como Sebastián Marotta y Francisco García, que además de aceptar la intermediación del presidente radical Hipólito Yrigoyen enrolaron tempranamente a la Federación Obrera Región Argentina del IX Congreso (FORA IX) en la Federación Sindical Internacional (FSI) y en la Organización Internacional del Trabajo (OIT), y otro, surgido al calor de la Revolución Rusa, que creó la Federación de Agrupaciones Sindicalistas Revolucionarias (FASR) para retornar a la tradición revolucionaria y bregar por el ingreso a la Internacional Sindical Roja (ISR). Una vez identificados estos sectores internos Bilsky no avanza más allá de una escueta descripción, como así tampoco desarrolla sus diferencias o disputas.

Otro nudo problemático está centrado en los cambios sufridos por los postulados del *sindicalismo* argentino. Nuevamente encontramos a Bilsky y a Maricel Bertolo (1993: 12-40) que destacan cierta adaptación de esta doctrina de factura europea al medio local para responder a las peculiaridades de la política argentina y a la competencia en el medio obrero con los socialistas y anarquistas. En los últimos años Alejandro Belkin (2007 y 2013) destacó las concepciones ideológicas en los años formativos de esta corriente y frente a la Ley Sáenz Peña, mostrando el refinamiento intelectual desplegado para develar lo que consideraban los peligros e ilusiones de la integración obrera en la democracia representativa.

Bajo el influjo soviético, los *sindicalistas* se delimitaron entre revolucionarios y reformistas. Los primeros plantearon la renovación de sus ideas y prácticas acompañando los avatares rusos e insistiendo en la concreción del socialismo. Los segundos persistieron en la estrategia centrada en el excluyente desarrollo gradual del sindicato, que reemplazaría el dominio burgués en un futuro lejano e indeterminado. La fracción reformista logró su máxima influencia en el movimiento obrero mientras dirigía la FORA IX. La llegada en 1916 a la presidencia del radical H. Yrigoyen inauguró un nuevo trato del estado hacia las organizaciones obreras favoreciendo exclusivamente a los *sindicalistas*. Simultáneamente la dirigencia forista aisló, fragmentó y condenó a la derrota a todos los conflictos que escapaban a su estrategia. Cerró su experiencia con gravosas derrotas, la más agria confrontación interna y

la caída abrupta de la nómina de afiliados de 70.000 a escasos 20.000 (Falcón y Monserrat, 2000: 177).

Para sobrellevar este resultado adverso se decidió llamar a un nuevo congreso de unidad que en 1922 creó la Unión Sindical Argentina (USA), la cual en un primer momento estuvo bajo el control de sectores *sindicalistas* influidos por los sucesos rusos. Consideramos importante avanzar en la delimitación de esta fracción revolucionaria que logró organizar la FASR, la publicación de folletos de autores tanto argentinos como de los clásicos europeos y el periódico *La Batalla Sindicalista* (en adelante, *LBS*). Este nuevo centro de irradiación doctrinal y organizativo plantea siguiendo el debate historiográfico precedente, el interrogante sobre un retorno a la tradición sindicalista revolucionaria, o bien lo que podríamos denominar su actualización para aprehender el triunfo de la Revolución Rusa.

En esta pesquisa sostendremos una hipótesis alternativa, afirmando que en este proceso un pequeño núcleo de *sindicalistas* hizo propias no pocas ideas y prácticas de los “maximalistas rusos”. Aceptaron así la lucha por el poder político, por considerar la lucha económica insuficiente, y sostuvieron la implantación transitoria de la dictadura del proletariado en tensión con la teoría del sindicato como “embrión” del socialismo. Impulsaron desde entonces la creación de núcleos compactos de militancia más allá del obrerismo, lo que indicaba su afinidad con la teoría de la vanguardia. Por todo esto, lejos del retorno a un pasado revolucionario estaríamos ante su bolchevización. Simultáneamente, otro sector sin resignar su adhesión a la Revolución Rusa conservó la centralidad del sindicato para impulsar una inminente revolución que tuvo su desarrollo ejemplar en el “Bienio Rojo” italiano de 1919 y 1920. Por sobre sus diferencias, unos más cercanos al ideario bolchevique y otros aferrados a la excluyente centralidad del territorio fabril, enfatizaron acuerdos coyunturales sin generar agrias polémicas en *LBS*, lo cual evitó la escisión organizativa. Ambas fracciones pueden ser agrupadas bajo el nombre de “sindicalistas rojos” ya que la teoría del sindicato como embrión del socialismo fue reconsiderada, parcialmente cuestionada o circunstancialmente menoscabada, pero jamás desechada.

Nuestra principal fuente será el vocero de la FASR, el periódico *LBS* ámbito de reelaboración doctrinal e identificación de sus objetivos prácticos, a la luz de las novedades aportadas por los avatares rusos. Desde sus páginas se propusieron, con variable éxito, defender la revolución de Octubre, atacar al reformismo al interior de su corriente, impulsar el ingreso a la ISR de la FORA IX y especialmente a su sucesora la USA, y recobrar el *sindicalismo* para lo que consideraban el estallido inminente de la revolución.

La Batalla Sindicalista: sus desarrollos organizativos

El periódico se identificó durante el año 1920 con la Agrupación de Propaganda Sindicalista, la que desde fines de 1921 hasta mediados de 1922 se presentó como la Agrupación Sindicalista Revolucionaria. En septiembre de 1922 se denominó periódico de la Federación de Agrupaciones Sindicalistas, para cambiar hacia 1923 como Federación Sindicalista. Su redacción y administración tuvieron sucesivamente como domicilios Sáenz Peña 1222, Méjico 2070 y Rincón 369. La publicación pasó por una periodicidad quincenal y mensual, que además se dividió en dos épocas. La primera abarca los años 1920 hasta fines de 1921. La segunda hasta 1923 para dejar de publicarse sin mayores noticias.

Los responsables de la redacción y administración hasta la publicación de agosto de 1920 fueron dos destacados fundadores del *sindicalismo*: Emilio Troise como redactor y Julio A. Árraga como redactor y miembro de la comisión administrativa. Cuando presentaron su renuncia en una asamblea de la Agrupación Sindicalista fue elegido como director interino el dirigente marítimo Fortunato Marinelli.

LBS fue un tabloide de apenas unas cuatro páginas, con inmensas dificultades para mantener su periodicidad de publicación, como era común en la prensa obrera y militante, se financiaba mediante aportes en dinero, listas de suscripciones trimestrales, rifas y eventos artísticos. Los cambios en su subtítulo señalaban los vaivenes del núcleo militante que se proyectaba como eje de reagrupamiento doctrinal y organizativo.

Un aspecto relevante a considerar es la difusión en sus páginas de folletos que circulaban, algunos de ellos desde los orígenes del *sindicalismo* argentino, bajo las firmas de Bartolomé Bossio, Julio Árraga, Víctor Griffuelhes, Emilio Troise y el más contemporáneo de Luis Lotito.² También encontramos reseñas de libros como *El estado y la revolución* de Lenin o *La FORA* de Alfredo Palacios, entre otros, que denotan un claro interés por la reflexión teórica y el debate sobre la actualidad.

Combinando la información ofrecida en *LBS* por las listas de suscriptores y la identificación de los articulistas como representantes de las Agrupaciones Sindicalistas (AS) precisamos su distribución y presencia geográfica. Constatamos que hacia finales de 1922 en las siguientes ciudades y localidades su presencia adquiere cierta permanencia: Capital Federal, Zárate, Rosario, Balcarce, Tandil, Río Cuarto, Salto Oriental (Uruguay), Posadas, Puerto Bermejo, Santa María, Baradero,

2. Los folletos de referencia son *El sindicalismo revolucionario*, de Víctor Griffuelhes; *Socialismo político y socialismo obrero*, de Bartolomé Bossio; *Capítulos sobre sindicalismo* y *El sindicato, los partidos políticos y las sectas*, ambos de Julio Árraga, y *Los trabajadores del Chaco, Formosa y Misiones*, de Luis Lotito.

en vías de formación en Ibicuy e intentos en las provincias de Tucumán y Corrientes. Sin especificar mayor información dicen haber formado agrupaciones en Mendoza, Concordia, Concepción del Uruguay, Chivilcoy, Gualeguaychú, Santiago del Estero y Paraná. Este despliegue territorial resultaba de la aceptación a que se sumaran a la Federación gremios, agrupaciones sindicales e individuos de todas las categorías socioprofesionales, favoreciendo más la circulación del periódico antes que la cristalización efectiva de nuevas filiales. Entre los sindicatos solamente surgen agrupaciones en el sindicato de Obreros del Calzado, Letristas y Gráficos (*LBS*, 20 de mayo de 1922).

Las principales AS se concentraban en la Capital Federal, sede del Comité Central de la Federación y de la redacción de *LBS*, desde la cual se impulsaban los intentos de federar a las demás agrupaciones.

Debemos señalar que recién entre fines de 1920 y 1921 cristalizaron los esfuerzos por reorganizar y clarificar doctrinalmente al *sindicalismo*. Efectivamente, en los primeros periódicos consultados, los artículos son firmados por exponentes teóricos y organizadores como J. Arraga, E. Troise, B. Bossio, S. Marotta, entre otros. Más adelante, estos últimos, con excepción de Bossio, dejaron lugar a militantes que adquirieron renovada influencia como Augusto Pellegrini y Luis Lotito, entre otros. Consideramos, a modo de hipótesis, que el desplazamiento del primer equipo editor, mediante una asamblea, fue el resultado de desavenencias entre ambos grupos. El desempeño de esta organización, cuyo recorrido se inició con la perspectiva de reafirmar los objetivos finalistas del sindicalismo revolucionario, derivó en 1922 en la unificación a escala nacional de las AS en la FASR.

Los sindicalistas ante la revolución bolchevique

La Revolución Rusa representó uno de los mayores desafíos para todas las organizaciones político-gremiales por las características de un proceso revolucionario que no se adecuaba a sus cánones. Los *sindicalistas* debieron entablar un diálogo crítico donde, al menos en los primeros años, las simpatías superaban las prevenciones y desconfianzas con una revolución difícil de aprehender en su originalidad. Pretendieron apropiarse del sentido de una transformación radical que se anunciaba como la destructora y superadora de la sociedad burguesa a escala mundial.

El *sindicalismo* local había transitado y persistía en una senda de acuerdos no institucionalizados ni exentos de conflictos con el gobierno radical de Yrigoyen. Así tensaba indefectiblemente su ideario anticapitalista con una práctica proclive al reconocimiento y diálogo con instituciones burguesas a las que discursivamente proclamaban enfrentar

de manera total e irreconciliable.³ La adhesión a la Revolución Rusa indefectiblemente cuestionó una práctica gremial tendencialmente conciliadora y presionó hacia la perentoria recuperación de su contenido antisistémico. *LBS* exhibió en sus páginas este esfuerzo de reelaboración doctrinal que, en movimientos discontinuos y con oscilaciones, planteó tanto el regreso a los ímpetus revolucionarios que condujo en 1905 a la ruptura con el PS, como a reformular parcialmente sus bases doctrinales.

El mayor desafío interpretativo consistió en el rol desempeñado por los gremios rusos, que no fueron decisivos ni fundamentales para el desarrollo y desenlace de la revolución. Los sindicatos debían haber sido la institución obrera central ya que era donde el obrero se capacitaba gradualmente para el dominio de la fábrica en sus aspectos técnicos y donde cristalizaba una nueva moral que suplantaría a la sociedad y al estado burgués en todas sus funciones. En su lugar, surgieron los soviets, ante los cuales se imponía el dilema de imitarlos, o bien considerar que el sindicato era complementado por ellos. Para *LBS*, el sindicalismo revolucionario ya “ha formado prácticamente la organización que en cada localidad o región agrupan a los sindicatos obreros para la obra de conjunto y como órganos directivos de la producción, de circulación y del consumo. Son las Uniones Locales o Bolsas de Trabajo” (*LBS*, 15 de mayo de 1920). En otras palabras, el movimiento obrero ya había creado mucho antes, con los sindicatos, las instituciones específicamente obreras, convirtiendo al soviet en una de las excepcionalidades surgidas en Rusia. Donde ya estaban desarrollados y consolidados los primeros, cuando estos lograban crearse y expandirse, los soviets perdían su razón de ser.

Entonces, ¿por qué los sindicatos no cumplieron su rol histórico que consistía en la progresiva captura del taller propiamente dicho mediante la capacitación, producto de la lucha de clases centrada en la esfera económica? Los obreros revolucionarios rusos habían hecho algo inesperado como pasar por alto la lenta y gradual preparación en su ámbito. Unánime fue responsabilizar y explicar esta anomalía en el decurso considerado normal de la historia obrera a la guerra interimperialista. La guerra no solamente “obstaculizó la labor de capacitación de los trabajadores” sino que además “apresuró en Rusia la descomposición del Estado llevando entre el proletariado la idea de revuelta” (*LBS*, 20 de mayo de 1922). Este reconocimiento tanto de la ausencia de sindicatos como de la escasa preparación del proletariado ruso condujo a no pocos *sindicalistas* a plantearse los límites de su apoyo. Bossio, reconocido por su vasta experiencia militante, atacó a estos últimos por dogmáti-

3. Para el análisis de los vínculos entre *sindicalismo* y radicalismo consultar Rock (1992), Del Campo (2005) y Caruso (2009).

cos y a sus argumentos por considerarlos un error de interpretación. La clave residía en que durante “una época revolucionaria, se debe dar todas las energías para que se establezca otro orden de cosas, un nuevo organismo económico-político, que se perfeccionará a medida de su propia existencia y en contacto con la realidad” (ídem). Finalmente invitaba a dirigir los esfuerzos en la especulación teórica afirmando que “los trabajadores revolucionarios y la masa desorganizada hicieron lo que determinó las circunstancias externas al movimiento sindical y lo que permitió su capacidad social. En eso vale la pena teorizar” (ídem).

La revolución social exigía el respaldo de los *sindicalistas* porque en Rusia los revolucionarios “...han realizado la tarea gigantesca de la creación de un nuevo orden social: el sovietismo. Y este sistema es de clase, porque es la clase trabajadora la que maneja la producción y la sociedad” (ídem). Pero no llamaba a la copia del sistema soviético sino imitar a los “revolucionarios de Rusia en su entusiasmo, en su admirable tenacidad de combatiente” (ídem).

Una vez argumentada la defensa de la Rusia Soviética, no dejaba de incomodar la presencia de un pequeño partido como artífice de la revolución. La lucha política, la destrucción del estado burgués y su reemplazo por un nuevo estado consolidado en la dictadura y el terror abrían nuevas y mayores brechas para la concepción *sindicalista* casi a contracara de sus propuestas. No había sido un movimiento gremial extenso, maduro y capacitado el que paulatinamente, mediante la lucha económica, vaciaban de contenido a la burguesía y a su estado lo que lideró exitosamente la revolución social. Por el contrario, el Partido Bolchevique, pero fundamentalmente la primacía de la acción política sobre la acción sindical, cuestionaba y contradecía al *sindicalismo*.

Un militante sobresaliente de prosapia anarquista, pero no menos convencido sindicalista revolucionario desde 1915, como Pellegrini, fue quien ensayó algunas respuestas. Tajante afirmaba: “La Revolución obrera rusa no ha sido la expresión de ninguna necesidad «política» y ningún partido ni el llamado «bolsheviki» ha podido ser un propulsor ni aún menos su elemento director” (*LBS*, 20 de julio de 1920). Solamente la guerra, al haber llevado a la “descomposición de su Estado”, había inoculado en el proletariado “la idea de revuelta”. La clase obrera rusa, tras el derrocamiento del zar y luego el derrumbe de la democracia burguesa, “conquistó algo que le era necesario a su propia satisfacción de sus intereses y necesidades de clase: la dictadura” (ídem). No solamente niega la importancia de los partidos políticos y de la política en la revolución sino que entiende al proceso revolucionario como el resultado necesario del devenir histórico del cual no nos da mayores precisiones. Además, considera a los bolcheviques como meros “intérpretes” del sentimiento proletario al que no dirigen. Por eso es que la revolución

obrero rusa puede aparecer ante “los ojos del mundo” no como producto de una fatal necesidad sino siendo “promovida y dirigida por un partido político” (idem). Profundizando esta concepción busca inevitablemente su símil local, que lo encuentra sin mayores sorpresas en la FORA IX, ya que ambas “han logrado en todo momento de comprender las necesidades de las masas productoras, de ahí la confianza” (idem). El enaltecimiento de la FORA IX rápidamente se trocará en desdén cuando el acercamiento a las posturas bolcheviques se profundice.

Para Pellegrini, el movimiento gremial ruso era el verdadero poder y alma de la revolución, el que lograba la adhesión de los trabajadores anulando la centralidad del partido y las instituciones políticas ya de por sí desahuciadas por la dictadura del proletariado. Por ello escribe: “Los sindicatos obreros cuentan en Rusia sus adherentes por decenas de millones. Si ellos no hicieran falta, si el partido fuera el regulador de la vida económica, los proletarios rusos no tendrían sino que afiliarse al partido bolchevique; pero una vez más y en los hechos, el sindicalismo afianza su poderosa razón de ser” (idem).

A su argumento agrega la distinción entre revuelta y revolución, a las que otorga un carácter destructivo y constructivo respectivamente lo que le permite, a su vez, otorgar roles distintivos a los “maximalistas” de los “sindicatos”: “La revuelta de Octubre pudo tal vez ser maximalista. La revolución de hoy es esencialmente obrera, aun cuando Trostcej, Lenin etc. sean maximalistas”, pero “los sindicatos obreros pueden solo ellos realizar la revolución aun cuando no hagan la revuelta” (idem). Los maximalistas ayudaron a derribar al estado burgués ya debilitado por la guerra pero el destino de la revolución, de ahora en más, estaba en manos de los trabajadores en sus gremios. En definitiva, no solamente se disputaban la interpretación de los acontecimientos rusos sino que, al mismo tiempo, comenzaban a esbozar un programa de acción netamente *sindicalista*.

El ejercicio efectivo del poder en Rusia fue la dictadura del proletariado. Los *sindicalistas* aceptaban que la dictadura, con el ejercicio del terror, resguardaba la revolución frente a los enemigos externos e internos y garantizaba los objetivos conscientes del poder proletario. Las diferencias surgían sobre quién debía ejercer tal concentración excepcional de poder político. De acuerdo al contexto reconocían el derecho a ejercer la dictadura. Por ello aceptaban a los comunistas rusos el derecho a dirigir el estado revolucionario, empero “allí donde exista un fuerte movimiento sindicalista revolucionario, Francia por ejemplo [...] ¿podemos creer que el Partido Comunista constituya la vanguardia del proletariado? [...] Evidentemente no” (LBS, noviembre de 1922).

LBS a través de sus artículos intentaba interpretar los ecos o retazos de una revolución que parecía abierta a los más diversos futuros. Uno

posible era el futuro *sindicalista* de la Rusia Soviética mediante la “Tercera Revolución”. Esta última debía, gracias al progresivo crecimiento de los sindicatos, heredar el sistema soviético y presenciar la indolora salida de escena de los partidos políticos o bien, con mayor realismo político, enfrentar a los bolcheviques mediante la acción conjunta de los sindicatos con los anarquistas, sindicalistas y comunistas de extrema izquierda (*LBS*, 1923). El sector abiertamente pro-bolchevique de Pellegrini que exigía la ruptura revolucionaria en el seno de la sociedad burguesa aceptaba la paciente tarea de la evolución hacia la organización propuesta por su corriente para la sociedad de los soviets. Notablemente el dilema entre la lectura gradualista o revolucionaria retornaba pero desplazado del escenario histórico del capitalismo al socialista.

Sindicalistas revolucionarios y sindicalistas reformistas

Las AS plantearon la existencia de dos sectores en conflicto que pretendían definir la expresión auténtica de su corriente. El resultado fue la diferenciación e identificación entre quienes se orientaban por su finalidad revolucionaria y aquellos que habrían evolucionado hacia el denostado gremialismo.

El debate interno involucraba sin nombrarlos a los fundadores de esta corriente que llegaron a hegemonizar la FORA IX, “los que desde 1906 hasta 1915 pensaron exactamente como pensamos hoy nosotros” (*LBS*, 6 de marzo de 1922). Abiertamente fueron acusados de deformar un supuesto auténtico *sindicalismo*.

Mientras los gremios obreros se desarrollaron vigorosamente desde 1916, paradójicamente, para la reformulada concepción, perdían en fuerza moral. Para escándalo de los articulistas de *LBS*, se señalaba que “las fuerzas organizadas crecieron y se multiplicaron por diez, mientras las fuerzas morales sufrieron un quebranto igual o mayor, asunto inverosímil, pues la mayor fuerza material correspondería mayor fuerza moral” (*LBS*, 6 de marzo de 1922). Además fue considerado un contrasentido que el crecimiento numérico y la complejidad organizacional no aparejaran mayor capacitación entre los proletarios. Para mayor sorpresa, los grandes gremios de la capital no se lanzaban a luchas decisivas, ni apoyaban eficazmente a las organizaciones del interior que sufrían violentas derrotas como en Santa Cruz. Categóricamente se denunciaba que “la acción ha fallado en la capital, donde hay más energía, de donde se esperaba la salvación y en la cual solo se encuentra achatamiento, la inacción, encabezada por líderes que no reaccionaban [...] en medio de la tranquilidad y el acuerdo con los enemigos de ayer” (ídem).

La responsabilidad se adjudicó a la burocratización de las mayores organizaciones gremiales de su espacio. Para los *sindicalistas* críticos

era resultado de un proceso donde, analizado en clave sociológica sin apelar a la corrupción moral individual o la venalidad de los grupos dirigentes, convergían tres factores decisivos. En primer lugar, muchos de sus líderes se habían apoltronado en la dirección de sus organizaciones modificando su modo de vida aunque, agregamos, sin ningún tipo de garantías legales para una actividad cuyos peligros aún exigían una fuerte vocación. Pero indefectiblemente remarcaban que “han estado ocupando cargos estipendiados en las organizaciones obreras y que por ello, han estado totalmente alejados de las luchas diarias en las cuales no han tenido sino una indirecta participación”. En segundo lugar, la organización pasaba a tener un valor en sí mismo, debilitando el sindicato como medio de lucha e imponiendo que “la acción sindical... se concreta a tener registros de socios escrupulosamente llevados a reunir la mayor cantidad posible de cotizantes, a presentar los balances que arrojen saldos de muchos pesos, a tener, en fin una administración capaz de competir con cualquier institución burguesa”. La defensa corporativa y la oferta incipiente de servicios despuntaban como objetivos deseables que hallaban en los ferroviarios su modelo. Por último, fue cuestionado el acercamiento a las instituciones burguesas con la consiguiente actitud “responsable”, es decir más sensible al reconocimiento del poder de la burguesía y su estado, concluyendo que “han renegado de la acción revolucionaria” y “reconocen que el actual gobierno nacional ha observado una actitud «expectante» y «prescindente» frente al movimiento obrero” (*LBS*, 6 de marzo de 1922).

Coherentemente, *LBS* realizaba un balance imposterizable que repudiaba todo el accionar de Yrigoyen, al cual consideraban que jamás habría colaborado en la resolución favorable de los conflictos, haciendo hincapié en las masacres de la Semana Trágica y las huelgas patagónicas y en permitir el accionar represivo de la Liga Patriótica: “Nunca como bajo el actual gobierno los obreros fueron maltratados y asesinados... Ha simulado defender a los obreros, en cambio defendió siempre a los capitalistas, de la manera más solapada” (*LBS*, 6 de marzo de 1922)

De esta forma, delimitaron su espacio entre “sindicalistas propiamente dicho y «sindicalistas» reformistas o amsterdarnianos”. La enumeración del sector denostado por reformista incluía a parte de la dirigencia más activa y beneficiada por la estrategia que aceptó el novedoso trato con el radicalismo, a saber: “Los elementos que ejercen hegemonía en el actual C. F.O.R.A. y su órgano oficial, en el Sindicato de Ebanistas, en el consejo de la F.O. Local, en la Confraternidad Ferroviaria, en la F.O. Marítima y algunas otras organizaciones” (*LBS*, 6 de marzo de 1922). La corriente en sí misma parecía totalmente desvirtuada, desde la misma FORA IX, no pocas veces ensalzada en la *LBS* como futura dirección revolucionaria, hasta los estratégicos sindicatos marítimos y

ferroviarios creados por colaboradores del periódico. Categóricamente eran señalados como reformistas producto de la burocratización de sus principales dirigentes y por sostener a la FSI. Es decir, en la práctica demostraban “ser simples reformistas”.

Los “sindicalistas rojos”: entre Rusia e Italia

La admiración por la realización efectiva de la revolución impuso como tarea impostergable a todas las corrientes de izquierda traducir y/o rever sus conceptos y prácticas a la luz del ejemplo soviético. La revolución socialista además de deseable era factible. Pero su concreción no conllevó unanimidad a las filas revolucionarias. Así hallamos entre los *sindicalistas* la coexistencia de dos sectores que bregaban por la defensa del novel estado obrero y que además consideraban abierta una coyuntura local e internacional que planteaba la inmediata transformación socialista. Ambos colaboraron explicitando sus diferencias en *LBS*, elaboraron la Carta Orgánica de la Federación de las AS, defendieron a la URSS, propugnaron la adhesión a la ISR de la FORA IX y la USA y confrontaron al reformismo al interior de su corriente, por lo cual los englobamos bajo el rótulo de *sindicalistas rojos*. Con distintos énfasis y matices coincidieron en la aplicación transitoria de la dictadura de clase, la necesidad de una “tercera revolución” que superara la estructura bolchevique y el rol de los sindicatos en el proceso revolucionario. Unos fueron aproximándose a posturas crecientemente pro-bolcheviques, siendo su principal referente Pellegrini, dirigente del pequeño sindicato de letristas. El otro grupo era liderado por el trabajador gráfico Lotito que, con celo ortodoxo, preservó la centralidad del sindicato para la estrategia revolucionaria.

Para el agrupamiento pro-bolchevique de Pellegrini la revolución estaría por desencadenarse. Así escribe: “La labor lenta de capacitación de los productores asalariados, a que estaban entregadas con afán, deberá ser postergada, para atender, por ser más apremiante, la preparación de la fuerza social revolucionaria. Esta no tiene por objeto inmediato la toma de los instrumentos de producción, sino que deberá destruir previamente al poder político de la clase capitalista, es decir, colocar a ésta en condiciones de que permita a los productores organizar la producción bajo otros principios” (*LBS*, 1 de septiembre de 1920). La mentada capacitación a la cual esta corriente en su lucha cotidiana dirigía sus esfuerzos debía ceder lugar a la preparación de una fuerza social revolucionaria que convocaba, en lo que denominaban una “nueva actitud”, a todos los revolucionarios más allá de su actividad económica superando los márgenes de su clásica concepción obrerista (ídem). Además, la lucha por el poder político tomaba una relevancia justificada

por la cercanía de la revolución que reclamaba la destrucción del poder político como tarea anterior y fundamental para una posterior conquista de la esfera económica.

El hincapié en la unidad de la clase se redefinía con la exigencia impostergable de la prioritaria unidad entre sus filas de los revolucionarios para dirigir los sindicatos y, por ende, la clase. Ante lo que denunciaban como la defección en sus propias filas llamaban a la concentración de fuerzas auténticamente sindicalistas revolucionarias: “Hoy no basta la unidad general de la clase, la cual es preciso que sea completada con la unión y organización de sus partes componentes, principalmente la de los sindicalistas revolucionarios” (*LBS*, octubre de 1922).

La relectura de aspectos centrales del *sindicalismo* alcanzó a la misma concepción de la huelga. Considerada hecho eminente de la acción directa contra la patronal como contra el estado, pasaba de estar circunscripta a la esfera económica, o como “mito movilizador”, a reconocer su impacto como hecho de “alto alcance político social”. Finalmente, rechazaban la acusación de “movimiento mejorista” reiterada por sus críticos para afirmarse como “movimiento político”. Planteaban de manera desafiante si “acaso querer transformar la estructura del régimen actual, por otra en que la dirección de la vida económica y social de la humanidad esté en manos de los sindicatos obreros ¿no es un objetivo político?” (*LBS*, 6 de marzo de 1922).

El *sindicalismo* se había presentado esgrimiendo una perspectiva de abierta desconfianza hacia los intelectuales al punto de erigir la acción por sobre la teoría con la consecuencia de denostar toda codificación programática. Sin embargo, bajo el influjo maximalista pasaban a afirmar que tenían “un programa completo de propaganda y acción en el país y el concierto internacional de las fuerzas revolucionarias, y con vinculaciones que nos imponen deberes y derechos” (*LBS*, 1922). La exigencia de la conquista del poder político local y la adhesión a la ISR redefinía con inédita precisión los medios y los fines.

El intento por recuperar el *sindicalismo* local para la lucha revolucionaria exigió tanto introducir novedades como reafirmar algunos de sus conceptos y prácticas aún bajo el riesgo de incurrir en contradicciones y modificaciones que finalmente sobrepasaron la tradición de esta corriente del movimiento obrero.

El sector del *sindicalismo rojo* que respondía a Lotito, aunque defensor de la Rusia de los soviets, consideraba el “Bienio Rojo” italiano en desarrollo su revolución deseable. Los sindicatos y los trabajadores industriales italianos eran “la corroboración más categórica del método sindicalista que venimos propagando desde el Congreso de Junín” (*LBS*, 16 de septiembre de 1920) es decir el momento fundacional de su corriente en 1906. La experiencia de las ocupaciones fabriles bajo

control obrero de la producción les permitía sostener que la conquista gradual del taller por el sindicato ratificaba que “ya han sido educados en el sindicato”. Más categóricamente afirmaba que “las mejoras [...] eran verdaderas expropiaciones parciales, que le conducían lógicamente, a tomar la dirección del taller y la producción” (ídem). En claro contraste con el sector pro-bolchevique sostenía que “el poder económico precede al poder político y lo domina”, por ello la toma de las fábricas “es la terminación del proceso de continuas mejoras”. Más aún, lejos de un instrumento insurreccional, la creación de las guardias rojas como “organización militar revolucionaria” se limitaba a la defensa del territorio fabril bajo control sindical. Una vez alcanzado el triunfo, “el nuevo estado serían los sindicatos obreros [...] que trazarian los planes de trabajo y distribución de la riqueza” (ídem).

Las recurrentes objeciones del bolchevismo al *sindicalismo*⁴ por dejar la política en manos de la burguesía, la imposibilidad de la huelga general aún con toma de fábricas de quebrar el capitalismo y la necesidad de la insurrección armada con el fin de destruir el estado de clase llamativamente no fueron esgrimidas en la *LBS* por el sector de Pellegrini.

A estas inconsecuencias conceptuales o programáticas nunca saldadas podemos adjudicar las contradicciones o limitaciones en el desarrollo del *sindicalismo rojo* plasmadas en la Carta Orgánica de la FASR. Los objetivos se sintetizaron en seis puntos: difusión de sus principios, la reafirmación de la organización sindical como la única verdaderamente revolucionaria, rechazo a los partidos políticos y las “sectas”, insistencia en la lucha de clases como la verdadera capacitación de los trabajadores y la huelga general revolucionaria como primer gran acto espontáneo de la revolución por parte de los trabajadores organizados (*LBS*, 30 de diciembre de 1921). Los debates que en su despliegue redefinían la identidad de este sector del movimiento obrero y la izquierda no se plasmaron en la codificación programática del nuevo agrupamiento.

El principal objetivo consistió en defender la Revolución Rusa mediante la adhesión de la USA a la ISR. Escribieron: “La F. de A.S. es, en la Argentina, el organismo de los sindicalistas revolucionarios que aplauden la Revolución Rusa, con el mismo entusiasmo y con igual concepto que los sindicalistas revolucionarios de Europa, partidarios de la Internacional Sindical Roja en la forma condicional que precisa la Confederación General del Trabajo Unitaria de Francia” (*LBS*, octubre de 1922).

4. Para una de las críticas más demoleadoras del *sindicalismo* ver Gramsci (1990)

El primer *sindicalista* argentino en la URSS

La FASR durante 1922 intentó infructuosamente que la USA enviara un representante a Rusia para que estudiara in situ la situación social, las instituciones creadas por la revolución y las condiciones y propuestas de la ISR en su segundo congreso y, de ser posible, informarse en Berlín de la situación de la anarco sindicalista Asociación Internacional del Trabajo. Así decidió enviar a Pellegrini⁵ como representación informativa y sin voto gracias al apoyo económico de la FASR y el sindicato de Letristas al cual pertenecía. Su misión debía orientarse por un extenso cuestionario resultado de la elaboración del colectivo militante del sindicalismo rojo que dejaba en evidencia su peculiar interpretación, expectativas y temores sobre el curso de la revolución rusa. Interrogantes sobre el rol y perspectivas de los gremios rusos, la participación en los mismo de sus correligionarios rusos, los resultados de la NEP, la terrible duda sobre los resultados de la represión y encarcelamiento de ácratas y *sindicalistas*, los resultados del voluntarismo férreamente centralizador y exclusivista del partido comunista, y por último se interrogaban sobre la esperada “tercera revolución”. Todo indica que jamás lo cumplimentó. En cambio, aportó a *LBS* notas con meras transcripciones de la información oportunamente suministrada por el estado obrero. Su mayor contribución consistió en legarnos impresiones, descripciones y los puntos ciegos de la militancia revolucionaria de entonces que justificaba, pasaba por alto o abiertamente ignoraba aquello que contradecía la defensa incondicional a la revolución en curso. En el derrotero digno de una novela de aventuras nos encontramos ante un viajero que ofrece testimonio de las terribles consecuencias humanas y materiales de la destructiva guerra civil. Pero también señalaba promisorias condiciones para el proletariado afirmando que “todo en Rusia es libertad, derecho, justicia y hasta privilegio para los productores”. No logró presenciar el congreso de la ISR por llegar un día tarde, debió ingresar subrepticamente en el Kremlin y en el Hotel Lux al habersele negado el carnet de representante obrero que le restringió el acceso a los ámbitos oficiales. Quizá por su condición de militante *sindicalista*, como se preguntó con lucidez (Doeswijk, 2013). Pero experimentó el optimismo que sostenía a las masas rusas que lograban acercarlo fraternalmente entre tragos y juegos de cartas con los comunistas argentinos José F. Penelón y Juan Greco, sus acérrimos oponentes.

5. Para uno relato pormenorizado del viaje, ver Doeswijk (2013).

La Internacional Sindical Roja

La adhesión a la Revolución Rusa por parte de quienes animaban LBS los expuso no solamente a reelaborar la escasamente articulada concepción sindicalista sino que también debieron comenzar a decidir cómo hacer efectivo su apoyo.

La negativa a sumarse a la Internacional Comunista (IC) era fácilmente decidida, ya que contradecía su tradicional rechazo a toda tutela partidaria. Sin embargo, la invitación a ingresar a la ISR tensionaba la noción de autonomía en la medida en que la defensa de la revolución triunfante parecía exigir alguna forma de colaboración institucionalizada. Los comunistas rusos pensaban la ISR como un apéndice de la IC, aunque no dejaban de reconocer la necesidad de sumar a los *sindicalistas*, considerados leales defensores de Rusia y auténticos revolucionarios que habían negado su respaldo a los esfuerzos bélicos en la reciente Gran Guerra.⁶

El acercamiento entre los líderes bolcheviques y los dirigentes *sindicalistas* reclamaba ceder en la rigidez de los planteos más doctrinales. Para unos, colaborar con la revolución no debía implicar sacrificar la autonomía sindical a los partidos. Para los otros, el partido de la revolución mundial no debía enajenarse el apoyo de probos revolucionarios a los cuales debía hacerse concesiones para ganar su adhesión. A pesar de los malos entendidos en ciernes, lo cierto es que durante los primeros años de la revolución rusa, los *sindicalistas* bregaron por incorporar condicionalmente sus organizaciones a la ISR. La Central General del Trabajo (CGT) Francesa impulsó esta propuesta que los argentinos de la FASR hicieron propia. Infructuosamente intentaron convertir a la USA en miembro de la ISR, entendida como punto de concentración de las fuerzas del proletariado revolucionario. Así, en un artículo firmado por Lotito a fines de 1920, se afirmaba: “La clase obrera está en la internacional y con la internacional estamos todos pero la internacional ha de estar con la revolución y Rusia está con la revolución” (LBS, septiembre de 1922).

El mayor punto de discordia estaba en el rechazo a la *Circular Zinoviev*, que explicitaba la primacía de los partidos comunistas como guías de las fuerzas sindicales en razón de una concepción que hacía prevalecer la acción política sobre la acción gremial. La principal condición propuesta por los *sindicalistas* para integrar la ISR consistía en que esta última no exigiera la pérdida de autonomía de las organizaciones

6. Para una perspectiva internacional de los acuerdos, conflictos y ruptura entre bolcheviques y *sindicalistas* ver Tosstorff (2009), Van der Linden y Thorpe (1990) y Thorpe (1989).

que la formaran. Nuevamente Lotito reclamaba: “Si la Sindical Roja de Moscú sirviese para ello, en buena hora. Si no fuese así, constituiremos la Federación Internacional Revolucionaria” (*LBS*, septiembre de 1922), reafirmando este planteo con la explícita referencia a una asamblea de las AS en apoyo de la propuesta.

La estrategia a llevar con el ingreso a la ISR queda al descubierto al reconocer en ésta “la única organización mundial de marcado carácter revolucionario”, a la cual se debía modificar para así alcanzar su autonomía, que “se conseguirá fácilmente si los sindicalistas concurren a ella y desde adentro le comunican un nuevo carácter y una definición precisa”. Profundizando esta perspectiva proponían “dejar de lado el estrecho concepto autonomista”, ya que “antes que la autonomía preferimos la adhesión a Ámsterdam y antes que con Ámsterdam nos quedamos con Moscú, aun cuando la ISR no nos satisfaga en absoluto” (*LBS*, septiembre de 1922). La prioridad era ingresar y así modificar desde adentro la ISR, aun al precio de revelar contradicciones doctrinales o flexibilizar, sin mayores precisiones, la exigencia de autonomía. Evidentemente, cierto grado de incoherencia argumentativa no era obstáculo para alcanzar sus objetivos. Las disquisiciones en torno a la unidad y la autonomía obrera se saldaron con las propuestas realizadas por la señora CGT francesa atendidas parcialmente por la ISR. En consonancia con otras organizaciones del mismo espacio, rechazaban todo intento de crear una nueva internacional. Aceptaban el ingreso mientras respetaran su autonomía y fijaran la sede de la organización fuera de Rusia.

Una vez celebrado el Segundo Congreso de la ISR en Moscú a fines de 1922, parecían finalmente alcanzados los objetivos trazados por el *sindicalismo* a nivel internacional. Las resoluciones acordadas fueron presentadas por *LBS* como un verdadero logro, ya que el artículo 4 planteó un rechazo a vincular la ISR a la Internacional Comunista y a favor de un frente único, y el artículo 5 explícitamente mencionaba que los comunistas les tendían su mano para todo esfuerzo defensivo u ofensivo en pos del objetivo revolucionario.

Exultantes escribieron en su periódico que “la autonomía es pues un hecho cumplido, y ahora callarán los que gritaban por la ligazón de la ISR con la IC se darán por satisfechos y honesta y sinceramente, trabajarán con nosotros, porque la central de los trabajadores del país adhieran en su primer congreso a la ISR” (*LBS*, 16 de febrero de 1923).

Las mociones de adhesión a la ISR nunca lograron mayoría en la USA, donde fueron derrotadas sucesivamente. El vínculo entre la ISR y las organizaciones de observancia sindicalista revolucionaria finalmente se rompió y se retiraron de sus filas ante una IC dispuesta a subordinar su brazo gremial. Uno de los principales objetivos de la FASR sufría una grave derrota.

Conclusiones

En el heterogéneo *sindicalismo* argentino, un sector minoritario pretendió recuperar y “actualizar” su declinante talante anticapitalista deslumbrado con el auge revolucionario de la inmediata posguerra iniciado en Rusia. En este desarrollo, se aproximaron e incorporaron elementos considerados por entonces parte central del ideario bolchevique.

En las páginas de *LBS* encontramos debates que no se detenían ante el cuestionamiento de los pilares doctrinales del *sindicalismo*. La competencia entre líneas interpretativas derivó durante 1921 en la ruptura del Comité Editor, que desplazó a notorios dirigentes, a la vez que fraguaba la decisión de concentrar a las AS en la FASR, que aspiraba a la dirección del conjunto de esta corriente.

Para no quedar aislados de la supuesta revolución en ciernes, la noción de unidad de la clase debía reafirmarse con la creación de AS para captar los gremios reformistas de su espacio. La FASR denunció a la dirección histórica de su corriente que controlaba la FORA IX y a sus gremios insignia como los artifices de un *sindicalismo* que abandonando sus principios habría devenido en reformista, burocratizado, corporativista y, por ende, adherente a la “amarilla” FSI.

Simultáneamente a otros segmentos político-ideológicos del movimiento obrero, una fracción del *sindicalismo* se modificó en un juego de convergencia y traducción de la experiencia soviética a sus propios conceptos. Este proceso cristalizó en lo que hemos denominado *sindicalistas rojos* que comprendían un sector más proclive al entendimiento con los bolcheviques acaudillado por Pellegrini y otro más reacio a renunciar a su identidad de origen encabezado por Lotito.

En el seno de sus elaboraciones se intentó restar importancia al soviét a favor del sindicato, este último constituido por trabajadores capacitados que cumplirían las mismas funciones de regulación de la economía y la sociedad que la institución obrera rusa.

La figura del partido en su versión bolchevique habría ganado su lugar gracias a saber interpretar y unificar a las masas trabajadoras que encontraban en las la FORA IX y la USA su adaptación en clave *sindicalista*. De la misma forma, la vanguardia revolucionaria podía encontrar su parangón en las “minorías activas y capacitadas” que se constituían en la lucha de clases pero incorporando la novedad de que podían provenir de otras fracciones de clase. Sintomáticamente, la propia FASR debió rechazar la acusación de sus detractores de actuar como un partido de vanguardia.

Tanto las huelgas como el concepto de autonomía encontraban modificaciones en el nuevo contexto, a la luz de lo que se consideraba el ingreso a una fase de lucha definitiva contra el capital. Las huelgas

pasaban de ser mito movilizador, capacitación o expropiaciones parciales, como una forma más de la lucha de clases circunscripta a la lucha económica, a considerarse acciones de contenido político social haciendo del *sindicalismo* un movimiento político. La neutralidad que debían profesar los sindicatos perdía su rigidez a la hora de exigir la colaboración con Rusia para su defensa incondicional. Denunciaban que en nombre de la neutralidad se defendía la internacional de Ámsterdam contra la de Moscú.

Con el modelo soviético también había determinadas divergencias que los esfuerzos de traducción al propio canon volvían imposible de asimilar. Los sindicatos nunca perdieron su condición de embrión del socialismo y en Rusia la obra de reconstrucción pondría de manera definitiva en sus manos el proceso revolucionario. La expectativa de una “tercera revolución” daba cuenta de esta concepción. Otro punto de desacuerdo, aunque parcial, se centraba en el ejercicio de la dictadura del proletariado inevitable para enfrentar a los enemigos de la revolución y que debía estar en manos de los sindicatos y no del Partido Comunista, salvo momentáneamente en Rusia. Para los *sindicalistas* la fase destructiva del orden capitalista era obra de una rebelión acaudillada por los bolcheviques con la suma de las más diversas fuerzas sociales. Ahora bien, la reconstrucción de la sociedad en su forma socialista exigía el desempeño eficiente de las actividades productivas solamente garantizado por los sindicatos en manos de obreros capacitados. El futuro del socialismo era responsabilidad de los sindicalistas revolucionarios.

La actividad desarrollada por la FASR obtuvo logros parciales. Salvo entre los gráficos, ebanistas y letristas no tuvieron mayor inserción orgánica en otros gremios. Declararon no haber participado en la creación de la USA aunque fueron activos en los debates del congreso de fusión e incorporaron a su dirección a Lotito y Pellegrini. El intento de enrolar a las centrales obreras a la ISR fracasó sin más pero fue reconocida su vocación revolucionaria internacionalista. Ofrecieron análisis creativos y reformulaciones audaces para dilucidar el complejo proceso revolucionario que desde Rusia se extendió al resto del mundo con la finalidad de revalidar su comprensión de la revolución y el socialismo en un nuevo contexto.

Bibliografía

- Abad de Santillán, Diego (2005), *La FORA. Ideología y trayectoria del movimiento obrero revolucionario en la Argentina*, Buenos Aires: Anarres.
- Anapios, Luciana (2007), “Compañeros, adversarios y enemigos. Conflictos internos en el anarquismo argentino en la década del 20”, *Entrepasados*, n° 32, pp. 27-4.

- Belkin, Alejandro (2007), *Sobre los orígenes del sindicalismo revolucionario en Argentina*, Buenos Aires: Ediciones CCC.
- (2013), “La crítica del sindicalismo revolucionario argentino al parlamentarismo (1905-1912)”, *Archivos de historia del movimiento obrero y la izquierda*, año II, n° 3, septiembre, Buenos Aires, pp. 81-106.
- Bertolo, Maricel (1993), *Una propuesta gremial alternativa: el sindicalismo revolucionario (1904-1916)*, Buenos Aires: CEAL.
- Bilsky, Edgardo (1984), *La Semana Trágica*, Buenos Aires: CEAL.
- (1987), *Esbozo de historia del movimiento obrero argentino: desde sus orígenes hasta el advenimiento del peronismo*, Buenos Aires: Simón Rodríguez-Biblos.
- Camarero, Hernán (2007), *A la conquista de la clase obrera. Los comunistas y el mundo del trabajo en la Argentina, 1920-1935*, Buenos Aires: Siglo XXI.
- y Alejandro Schneider (1991), *La polémica Panelón-Marotta (marxismo y sindicalismo soreliano, 1912-1918)*, Buenos Aires: CEAL.
- Campione, Daniel (2005), *El comunismo en la Argentina. Sus primeros pasos*, Buenos Aires: Ediciones CCC.
- Caruso, Laura (2009), *Obreros y armadores en el Río de la Plata. Proceso de trabajo, organización laboral y conflictividad a bordo (1890-1920)*, Buenos Aires: Tesis de Maestría IDAES-UNSAM.
- Corbière, Emilio (1984), *Orígenes del comunismo argentino. El Partido Socialista Internacional*, Buenos Aires: CEAL.
- Del Campo, Hugo (2005), *Sindicalismo y peronismo. Los comienzos de un vínculo perdurable*, Buenos Aires: Siglo XXI.
- Di Tella, Torcuato S. (2003), *Perón y los sindicatos. El inicio de una relación conflictiva*, Buenos Aires: Ariel.
- Doeswijk, Andreas L. (2013), *Los anarco-bolcheviques rioplatenses*, Buenos Aires: Cedinci.
- Falcón, Ricardo y Alejandra Monserrat (2000), “Estado, empresas, trabajadores y sindicatos”, en Ricardo Falcón, *Democracia, conflicto social y renovación de ideas 1916-1939*, Buenos Aires: Sudamericana.
- Gramsci, Antonio (1990), *Escritos políticos (1917-1933)*, México: Siglo XXI.
- Halperin Donghi, Tulio (2000). *Vida y muerte de la república verdadera (1910-1930)*, Buenos Aires: Paidós.
- Iscaro, Rubens (1958), *Origen y desarrollo del movimiento sindical argentino*, Buenos Aires: Anteo.
- López Trujillo, Fernando (1997), *La utopía del clasismo. El movimiento obrero argentino en los años 20*, Tesis de licenciatura en Historia.
- Marotta, Sebastián (1970), *El movimiento sindical argentino, su génesis y desarrollo*, Buenos Aires: Calomino.
- Odonne, Jacinto (1949), *Gremialismo proletario argentino*, Buenos Aires: La Vanguardia.
- Pittaluga, Roberto (2002), “Lecturas anarquistas de la revolución rusa”, *Prismas. Revista de Historia Intelectual*, n° 6, pp. 179-188.
- Rock, David (1992), *El radicalismo argentino*, Buenos Aires: Amorrortu.

Suriano, Juan (2009), *Auge y caída del anarquismo. Argentina, 1880-1930*, Buenos Aires: Capital Intelectual.

Thorpe, Wayne (1989), *The workers themselves: revolutionary syndicalism and international labor, 1913-1923*, Amsterdam: IISH.

Tosstorff, Reiner (2009), "The syndicalism encounter with Bolshevism", *Anarchist Studies*, vol. 17, n° 2, pp. 12-28.

Van der Linden, Marcel y Wayne Thorpe (1990), *Revolutionary syndicalism an international perspective*, England: Scolar Press.

* * *

Título: Under de influence of the Russian Revolution. The Federación de Agrupaciones Sindicalistas Revolucionarias through *La Batalla Sindicalista*, 1920-1923

Resumen: Este artículo pretende dar cuenta de un tema inexplorado por la producción historiográfica. El impacto de la Revolución Rusa en el sindicalismo revolucionario, que llevó a la creación del periódico *La Batalla Sindicalista* de la Federación de Agrupaciones Sindicalistas Revolucionarias. Focaliza en los intentos de interpretación para aprehender una revolución a la cual adherían pero que contradecía sus pilares ideológicos. Identifica y describe los sectores en los cuales queda fragmentado el *sindicalismo*. Por último, indaga los argumentos para incorporar la FORA IX y la USA a la Internacional Sindical Roja.

Palabras clave: sindicalismo revolucionario – Revolución Rusa – Federación de Agrupaciones Sindicalistas Revolucionarias – movimiento obrero

Abstract: This article seeks to explain a topic unexplored by the historiographical production. The impact of the Russian Revolution in revolutionary syndicalism, which led to the creation around the newspaper *La Batalla Sindicalista* of the Federación de Agrupaciones Sindicalistas Revolucionarias. Focuses on interpretation attempts to apprehend a revolution which adhere but contradicted his ideological pillars. Identify and describe the sectors in which unionism is fragmented. Finally, explores the arguments for incorporating the FORA IX and the USA to the International Red Union.

Keywords: Revolutionary Syndicalism – Russian Revolution – Federación de Agrupaciones Sindicalistas Revolucionarias – labor movement

Recepción: 23 de febrero de 2015. **Aprobación:** 11 de julio de 2015

“Vieja” y “nueva” clase obrera en la Patagonia Argentina: del ferrocarril a las industrias subsidiadas por el Estado

Gonzalo Pérez Álvarez

Instituto de Investigaciones Históricas y Sociales - UNP - Conicet
gperezalvarez@gmail.com; gonzaloperezalvarez@yahoo.com

1. Introducción

Desde 1956 el Estado argentino promovió la instalación de industrias en la región patagónica, buscando asegurar el control del territorio nacional a través del poblamiento de esta extensa región. Para ello la dictadura de Aramburu (que un año antes, en septiembre de 1955, había derrocado al gobierno constitucional de Juan Domingo Perón) eximió de impuestos a las importaciones hacia el sur del paralelo 42 (límite norte de la provincia de Chubut) como forma de “propender al desarrollo de la Patagonia”.¹ Las inversiones de los empresarios se concentraron en la región más cercana al límite norte, en lo que definimos como “noreste de Chubut” (donde se ubican las ciudades de Trelew, Rawson y Puerto Madryn), expresando la lógica intención de los empresarios privados de conseguir ganancias a corto plazo, y dejando sin aportes de relevancia el sur de Chubut, y Santa Cruz y Tierra del Fuego.

Las industrias se comenzaron a instalar, y esa región vio transformada su estructura económica y social, hasta allí orientada a la producción ganadera (lana y carne) y la actividad mercantil. Su tradicional eje articulador era el ferrocarril, que desde inicios del siglo XX conectaba Alto Las Plumas (en la meseta central de Chubut) con Puerto Madryn, constituyéndose como centro del circuito comercial la ciudad de Trelew. En 1961 el gobierno de Frondizi pondría punto final a la vida de este ferrocarril, al tiempo que continuaba el proyecto de instalación del modelo de “polos de desarrollo”.²

Hemos formulado la hipótesis de que en esta región se construyó una

1. Texto del Decreto 10.991/56, citado en Gatica (1998).

2. Proyectos que proponen, ante la supuesta imposibilidad de un desarrollo homogéneo de las regiones atrasadas, generar desde el estado “polos” que irradiarían el

nueva clase obrera a partir de la industrialización. Esta clase obrera se constituyó integrando diversos núcleos migrantes, que se instalaron en estas ciudades al abrigo de los puestos de trabajo en expansión. Así se habría conformado una clase obrera “joven”, que comenzó a desarrollar sus primeras articulaciones y experiencias en común en el marco de la industrialización subsidiada, en un período de la historia argentina caracterizado por la sucesión de gobiernos autoritarios.

En este trabajo profundizamos la indagación sobre esta hipótesis, intentando problematizar resultados previos, a partir de la incorporación de nuevas fuentes y de centrar nuestra atención en el desarrollo y actividad de la clase y el movimiento obrero en los años anteriores, buscando hacer hincapié en el momento de transformación, donde se entretienen el cierre del ferrocarril (base de la “vieja” clase obrera regional) y el nacimiento de las primeras fábricas textiles al amparo de la promoción industrial (ejes de la “nueva” clase obrera). Buscamos, específicamente, encontrar las principales líneas de cambio y continuidad que se hacen observables entre las experiencias y formas de organización de estos “viejos” y “nuevos” núcleos obreros.

2. Afluentes de la historia: fuentes y métodos

Observamos este momento de quiebre recobrando diversos insumos documentales, analizando la destrucción y/o conformación de organizaciones obreras, el desarrollo de nuevos grupos de trabajadores y los vínculos con las experiencias y tradiciones de los antiguos núcleos.

Para ello incorporamos el registro del Archivo Histórico Provincial de Chubut y de publicaciones periodísticas de la provincia. También trabajamos en la producción y recuperación de fuentes orales. Agregamos una fuente hasta el momento inédita: un conjunto de entrevistas a ex trabajadores ferroviarios realizadas a fines de la década del 80 en el marco de un proyecto del Estado nacional para un libro conmemorativo por los cien años del comienzo de la actividad ferroviaria en la región.³

Se trata de once entrevistas a trabajadores, cuyos testimonios hoy son imposibles de relevar por haber fallecido. Sus aportes sobre las características de aquella clase obrera, sus formas de organización, sus luchas y fracasos, se constituyeron en un insumo central para este artículo. Utilizar fuentes orales producidas por otros investigadores nos obligó a

crecimiento a través del encadenamiento de actividades económicas. Ver Perroux (1955) y Rougier (2007).

3. Una pequeña parte de las entrevistas fueron incorporadas en Accorinti (1989). Susana López, reconocida historiadora de nuestra región, que coordinó esas entrevistas, nos facilitó la totalidad de las grabaciones.

profundizar los recaudos metodológicos para su tratamiento, porque en varios casos se carecía de información precisa sobre el testimoniante, las características de la entrevista, el lugar de realización, etc. También hemos incorporado nuestra propia producción de fuentes orales, con entrevistas a otros trabajadores e hijos de aquellos ferroviarios.

3. Una mirada general del proceso histórico de la región

En 1865 llegaron al actual noreste de Chubut inmigrantes galeses, que comenzaron a desarrollar tareas agrícolas y comerciales. Hasta allí la región era habitada únicamente por pueblos mapuche-tehuelches. Tras la ocupación por parte del ejército argentino, a través de la conquista militar, comenzó a instalarse el poder del Estado. Esta imposición generó algunos problemas con la colonia galesa (L. Jones, 1966; M. Jones, 1981), acostumbrada a una mayor autonomía, pero los colonos rápidamente se adaptaron al proceso. Ya hacia 1874 lograron una cosecha de trigo abundante, que generaba la posibilidad de comercializarlo en el mercado nacional, siendo el transporte la principal dificultad a resolver.

Se comenzaron a formular proyectos que permitiesen esa comercialización. Con la ocupación de las tierras del sur por ovinos (Bandieri, 2005), esta necesidad fue compartida por los propietarios de las estancias que comenzaban a erigirse en Patagonia. Puertos, vías férreas y caminos se hacían necesarios para asegurar la conexión de las tierras recientemente ocupadas con el mercado central del país.

Se configuró una estructura económica organizada en torno a las actividades agrícolas y ganaderas, y un conjunto de empresas locales cuyos productos cubrían la región y parte de la Patagonia sur, merced al efecto "protector" que generaba el alto costo del transporte de los bienes procedentes de la zona metropolitana.

Hacia 1940 esto comenzó a cambiar. La baja de los costos del transporte agravó la competencia con los productos agrícolas del norte, de menor precio por las diferencias de clima. Otras producciones de la región, como su fábrica de cerveza, los molinos harineros o los tambos, tampoco lograron competir con las grandes empresas nacionales. La producción ganadera ovina será la actividad primordial (y casi única) de la región hasta la instalación de los "polos de desarrollo".

El impacto de esta política se concentró en el noreste de Chubut, que también reunió la mayoría de los puestos de trabajo generados por el Estado provincial en formación.⁴ Al tiempo que se impulsaba este

4. Ya que Rawson fue designada como capital de Chubut, tras su provincialización

proceso, el Estado nacional decidía, en 1961, clausurar el ferrocarril patagónico. En 1971 se creó el Parque Industrial de Trelew y se adjudicó a la empresa Aluar (Aluminio Argentino S.A.) el proyecto de una fábrica de aluminio primario a instalarse en Puerto Madryn. El proyecto de “polos de desarrollo” tendría sus décadas de auge en los 70 y 80, y fue desarticulado durante los 90, generando nuevas transformaciones sociales en la Patagonia argentina (Pérez Álvarez, 2013).

4. La primera formación de la clase obrera: el ferrocarril

Hemos sostenido que durante los primeros años de la industrialización subsidiada (desde fines de la década del 50) se empezó a formar una nueva clase obrera, producto del arribo de diversos contingentes migrantes. Esta clase, heterogénea y que en muchos casos no traía experiencia (Thompson, 1989) de trabajo fabril o vida urbana, se encontró con un contexto que le posibilitaba ir mejorando sus condiciones de vida en el marco del proceso de industrialización.

Consideramos que esta nueva clase no estableció vínculos fuertes con las experiencias y tradiciones previas; esto no implica que hasta allí no existieran conflictos u organización obrera,⁵ pero sí que la clase que se conformó no parecía haber construido lazos relevantes con la historia de organización de los trabajadores durante la primera mitad del siglo XX. Por ello el rasgo central de esta joven clase sería el de su heterogeneidad, su ausencia de tradiciones en común y su escasa experiencia colectiva en el terreno político y sindical. Estos rasgos, junto al contexto de una industrialización dependiente de subsidios estatales, serían factores explicativos claves de dos elementos que observamos como característicos de la clase: una conflictividad moderada en lo laboral y lo político (especialmente en comparación con lo que acontecía en otras regiones del país durante el mismo periodo), y la identificación de intereses entre estos trabajadores y los grupos dominantes del polo de desarrollo (Pérez Álvarez, 2013).

En este artículo complejizamos esa mirada, desde el aporte de los testimonios de once trabajadores ferroviarios.⁶ El primer dato evidente es que casi todos los entrevistados habían sido, antes del ingreso al fe-

en 1957.

5. Hay conflictos relevados ya en el inicio del siglo XX (Gatica y Pérez Álvarez, 2012: 187-214).

6. Son: Cayetano Siciliano (italiano), Edgar Calderón (de La Pampa), Federico Thomas (de la colonia galesa), Gilberto Hughes (de la colonia galesa), Antonio Maliqueo (de origen mapuche), Raúl Krotevich (origen ruso y alemán), Roberto Roberts (de la

rrocarril, trabajadores rurales o hijos de pequeños propietarios de tierras en la zona del Valle. Se expresa así un proceso concreto de proletarización y urbanización. Esa vieja clase también tenía diversos afluentes y presentaba asimismo distintas experiencias y tradiciones en su seno.

En sus testimonios aparecen dos momentos de crisis y dos de bienestar. Sobre los primeros nos cuentan que "en 1914 hay una gran crisis en Puerto Madryn, los desocupados se juntan en la plaza y piden comida al municipio" (Accorinti, 1989: 43, testimonio de Cayetano Siciliano) y, especialmente, hacia 1930, cuando con el gobierno de Justo se ingresó a una etapa muy difícil: "En el 33 todo era una miseria" (ídem: 45; mismo testimonio). Juan Federico Thomas dice que "el 34 y el 35 fueron años muy crudos" (ídem: 100).

Los momentos positivos fueron el primer gobierno de Yrigoyen y, especialmente, el periodo inicial de Perón. Es allí donde, según sus memorias, los derechos de los trabajadores tuvieron un avance sustancial. Esto comenzó a desvanecerse con el segundo gobierno peronista: en ese momento se inició una larga noche, que se oscurecería mucho más tras el golpe de 1955.

Para Thomas, durante el gobierno de Perón, "el obrero pudo contar con su respaldo... había muchas injusticias" (Accorinti, 1989: 106). Según Roberto Roberts, "dio todo a los ferroviarios, hasta el 52 o 53, cuando empezó a dar palos y a poner en régimen militar prohibiendo las huelgas... La mejor época fue el primer gobierno de Perón" (Accorinti, 1989: 194).⁷ Victorino Ibañez destacó el dolor que siguió a 1955: "En el 55 se produce el golpe y son horas tristes y difíciles, con hechos lamentables como cesantías a trabajadores de la Unión Ferroviaria y La Fraternidad y a los que eran de la CGT" (Accorinti, 1989: 269). Según el mismo entrevistado, "a mi padre en el ferrocarril lo explotaron, él trabajaba muchas horas y le pagaban una miseria...; ¡no le alcanzaba ni para comer! Por eso para mí el mandato de Perón fue beneficioso; el primer gobierno, porque el segundo fue distinto" (Accorinti, 1989: 204).

Años antes los trabajadores ferroviarios tuvieron un rol central en la conformación de la primera regional de la CGT, hacia 1946. José Bueno, dirigente de la Unión Ferroviaria en Puerto Madryn, impulsó la formación de la regional junto a Toribio Medina, de la Asociación

colonia galesa), Vicente Accorinti (italiano, hijo de ferroviario), Ignacio Bernárdez (sin datos), Peter Seibt (alemán) y Victorino Ibañez (español).

7. Durante dicho gobierno Roberts pronunció un discurso, como representante de la Unión Ferroviaria, en la entrega del Barrio Ferroviario de Trelew. Destacó que la entrega de las casas era producto del gobierno justicialista, y llamó a votar el 11 de noviembre de 1951 por la lista "que encabeza nuestro líder el general Perón". Finalizó diciendo: "Viva el general Perón, Viva Evita, Viva la Unión Ferroviaria y Viva el Ferrocarril Nacional" (p. 192).

del Personal Aeronáutico, quien fue el primer delegado regional. Eliseo Sien (dirigente de Vialidad Nacional, de la Asociación de Trabajadores del Estado) era el subdelegado; Jorge Yunes (empleado municipal) fue Tesorero; Raúl Krotevich (maquinista de La Fraternidad), protesorero; y Gilberto Hughes (por la Unión Ferroviaria), secretario de actas.

Los siguientes años se conformaron nuevas estructuras gremiales en la región, mientras en el ferrocarril se desarrollaron varias huelgas durante el segundo mandato peronista. El personal se amplió a 300 empleados, y fueron constantes los reclamos por las condiciones de trabajo, con un desempeño apegado al reglamento que, según los obreros, complicaba el servicio en una región donde los imprevistos eran constantes.

A los problemas de funcionamiento del ferrocarril se le sumaba la mayor competencia del transporte automotriz y la disminución del tránsito de barcos, procesos que restaban centralidad al tren como medio de circulación. Hacia 1957 ya se empezaron a plantear rumores sobre su posible clausura. La organización de los trabajadores se había resentido tras el golpe que dispuso la cesantía de sus principales dirigentes, aunque en 1958, tras la victoria de Frondizi, algunos de ellos fueron reincorporados.

La CGT reorganizada pasó a ser dirigida por Gilberto Hughes, en un contexto donde se presentaron diversos conflictos con las empresas y entre los mismos dirigentes sindicales, ya que tras la instalación de las primeras fábricas se integró el gremio textil a la central obrera. Comenzaba a plantearse el momento de cambio.

5. Los ferroviarios que perdieron su tren

El quiebre se profundizó con la clausura del ferrocarril, en 1961. El gobierno de Frondizi, junto a funcionarios del Banco Mundial, desarrollaron el "Plan Larkin"⁸ que impulsaba el cierre de ramales y el fomento del transporte automotriz. El 30 de octubre de 1961, y tras algunos paros parciales, se inició la gran huelga ferroviaria nacional, que se prolongaría por 42 días. Para ese momento ya habían comenzado los cierres de ramales, talleres y coches comedores. Algunas seccionales (Liniers, Rosario y Tafi Viejo) iniciaron la huelga y, tras varios titubeos, la Comisión Directiva nacional decretó el paro por tiempo indeterminado.

8. Tomó su nombre del general estadounidense Thomas Larkin, quién encabezaba la comisión de estudio de los transportes en Argentina. Dicha comisión sostuvo que era necesario abandonar el 32% de las vías existentes, despidiendo 70.000 empleados y eliminar las locomotoras a vapor.

nado (Ortega, 2010; Scodeller, 2007; Lucita, 1999; Schneider, 2006; Cena, 2009).⁹

En la región no hemos registrado enfrentamientos, ya sea con las fuerzas represivas o el gobierno, hechos que fueron una constante durante la huelga en el resto del país y que sí se produjeron en San Antonio Oeste¹⁰ (300 km al norte de Puerto Madryn). En el noreste de Chubut la huelga se realizó sin acciones en las calles, y al pretender regresar a sus puestos, una vez que el conflicto había finalizado a nivel nacional, los trabajadores se encontraron con la clausura definitiva del ramal. Peter Seibt cuenta: "Después de una huelga nos encontramos con la noticia de que se había clausurado el ferrocarril" (Accorinti, 1989: 238).

Thomas lo desarrolla en extenso:

En octubre hubo una huelga en toda la república, desde las provincias hacia Capital Federal. Nos movilizamos hacia allá, porque no daban cumplimiento a los reclamos de los ferroviarios y todas esas cosas. La central de Buenos Aires no quería hacer paro y hubo presión desde las provincias... la central no quería hacer, tenía sus conversaciones con el gobierno. Pero apoyaban, y al mismo tiempo tuvimos una huelga de casi cuarenta días en todo el país. Ahí aprovecharon eso para provocar los cierres de ferrocarril. Siguió funcionando acá en Patagonia los trenes de Comodoro y Deseado, estaban en el decreto de clausura pero los sostuvieron un tiempo.¹¹

Thomas nos informa que ya habían realizado otras medidas de lucha, como una huelga en noviembre de 1960.¹² Y su testimonio expresa la escasa reacción colectiva ante la clausura: "El problema más grave que me tocó fue cuando se clausuró el ramal en el año 61; ¡estaba solo!, acá empezaron a indemnizar a la gente, ¡la gente se fue...!" (sic, original).¹³

Vicente Decaro, por su parte, lo recuerda así:

Hubo paros generales en todo el país, cuarenta y tantos

9. Utilizamos, entre otros, los siguientes trabajos para reconstruir el proceso: .

10. El 24 de noviembre de 1961, los dirigentes de La Fraternidad de San Antonio Oeste fueron citados por la delegación de la policía federal a una reunión para negociar la huelga, y allí quedaron detenidos. Ante esto la población se movilizó masivamente, rodeando la seccional e interrumpiendo el tráfico, hasta obtener la libertad de los detenidos.

11. Entrevista a Juan Federico Thomas, por Susana López, 3 de agosto de 1988.

12. El diario *Jornada*, martes 8 de noviembre de 1960, titula "Se cumplió el paro en Trelew". No hay información de acciones en la calle.

13. Entrevista a Juan Federico Thomas, por Susana López, 3 de agosto de 1988.

días de paro, pero nos fueron comprando con la indemnización. Cuando fuimos a trabajar, después de la huelga, nos encontramos todo clausurado. Y ahí armamos una comisión de la Unión Ferroviaria y La Fraternidad, fuimos tres veces a la gobernación... Estaba Galina,¹⁴ le pedimos que lo comprara la provincia (al ferrocarril), y cuando dio vueltas y nos decía que no, le pedimos armar una cooperativa, que nosotros nos hacíamos cargo... pero no hubo caso, no quería saber nada. Nunca nos quedamos nada escrito, todo charlado nomás.¹⁵

En este testimonio encontramos prácticas obreras que, en avances previos, habíamos considerado que partían de la experiencia de industrialización subsidiada. Pensamos que la centralidad que en los reclamos laborales adquirió la solicitud de los trabajadores para que el Estado provincial cubriese las actividades que el Estado nacional abandonaba tenía su origen en las características del modelo de polo de desarrollo, donde el elemento capitalista fundamental era personificado por el aparato estatal. Por ello las demandas centralmente se presentan ante el Estado, en sus diferentes instancias.

Aquí vemos que esta característica es anterior a la industrialización. Los trabajadores del ferrocarril le reclamaron a la provincia que se hiciera cargo de la empresa, o que ellos pudieran seguir trabajando como una cooperativa. Lejos de realizar acciones de conflictividad abierta, el camino elegido fue la audiencia con las autoridades públicas.

En los testimonios se registra una constante referencia al ferrocarril como símbolo de soberanía y poblamiento. Como luego se haría con la industria, la defensa del tren se intentó sostener en torno a un discurso que no planteaba el resguardo de los derechos laborales, sino el amparo de la región y de su "soberanía". Fueron escasos los apoyos de otros gremios. Esto planteó que los nuevos gremios (textiles y metalúrgicos), que ya eran la fracción más dinámica de la clase obrera regional, no estaban interesados en defender el emblema de la etapa previa a la industrialización subsidiada.

Los ferroviarios buscaron generar la movilización como ciudad o región. Pero el resto de la sociedad no los apoyó: el ferrocarril ya no era visto como factor de "progreso", y ese rol lo pasaba a cumplir el proyecto industrializador, integrado al transporte automotor y a las rutas pavimentadas que conectarían la región con el norte del país.

El reclamo, como volvió a suceder cuando comenzaron a cerrar las

14. Jorge Galina fue el primer gobernador constitucional de la Provincia del Chubut (1958-1962), miembro de la Unión Cívica Radical Intransigente, al igual que el presidente Frondizi.

15. Entrevista a Vicente Decaro, por Susana López, 28 de abril de 1988.

fábricas subsidiadas, se concentró en el plano legal, solicitando el pago de las indemnizaciones y el posible traspaso a una entidad cooperativa. Como la indemnización fue respetada, eso llevó a que casi no se registrasen protestas. Así lo evaluaba Decaro, años después:

Cuando se cerró estaba Galina acá, Frondizi en lo nacional, y esos nos compraron con la indemnización... La indemnización nos llevó a no protestar, fue un sueldo por año de servicio y las vacaciones...

Dice Thomas:

Se nos paga una indemnización que fue importante, en eso el ferrocarril se portó. No recuerdo a cuántos sueldos correspondía pero era una cifra importante. En Trelew ya había industrias, así que algunos se sumaron a eso, otros a la usina, la municipalidad, pero no todos, muchos se fueron de la zona, especialmente los más jóvenes...

Finalmente cualquier posibilidad de reapertura quedó anulada el 8 de junio de 1964, cuando se produjo un incendio que arrasó las instalaciones ferroviarias que habían quedado en Trelew. El hecho fue intencional, pero nunca se dio con los culpables, pese a que la mayoría señalaba que los interesados en sepultar definitivamente el tren eran los propietarios del transporte automotor, que así pasaba a ser el único medio de circulación.

Destacamos, nuevamente, la ausencia de hechos de conflictividad abierta. El cierre del ferrocarril se registró como un acontecimiento que produjo dolor y tristeza, y hasta como un ataque a la región y su identidad, pero sin que existiesen manifestaciones. De hecho la causa de su clausura (y no de otros ramales cuyo final también se proyectaba)¹⁶ se puede explicar por esa falta de reacción:

Decían que daba pérdidas, pero este era un ferrocarril chico que no daba pérdidas reales, pero era quizás donde había menos protesta... Entonces arrancaron por acá, después Deseado, después Comodoro.¹⁷

16. Por ejemplo la línea de Puerto Deseado a Colonia Las Heras y Comodoro Rivadavia-Sarmiento fueron cerradas en 1978-1979, mientras que la de San Antonio Oeste y Jacobacci-Esquel, aunque con menor frecuencia y sin inversiones, siguieron funcionando.

17. Entrevista a Vicente Decaro, por Susana López, 28 de abril de 1988.

Los diarios de la región anunciaron movilizaciones que luego no sucedieron.¹⁸ La dificultad que los trabajadores exhibieron para sostener su reclamo sin depender del apoyo de sectores no obreros (gobierno provincial, prensa o cámaras de comercio) presentan reacciones semejantes a las que veremos expresadas entre la mayoría de la dirigencia gremial, cuando se derrumbe el polo de desarrollo en los años 90.

6. Inicio después de un final

Es llamativa la ausencia de referencias al cierre de este ramal en varios trabajos sobre la huelga ferroviaria de 1961. Quizás la perspectiva de Fernando Ortega, quien defiende el proyecto de Frondizi, es la que sustenta la invisibilización del proceso. Este autor afirma que sólo se cerraron ramales “marginales”.¹⁹ El concepto de marginalidad se construye desde una mirada posicionada en la región metropolitana de Argentina, pero este ramal nada tenía de “marginal” para los trabajadores de Chubut.

A partir de allí la clase se estructuró en torno a nuevos núcleos obreros, especialmente textiles, metalúrgicos y otros sectores que surgían como actividades satélites al desarrollo industrial. Nuevos contingentes migrantes llegaron a la región, atraídos por la oferta de fuentes de trabajo; empezaba a tomar forma una clase obrera que tenía rasgos de novedad, pero también sostendría elementos de esa vieja clase.

A mediados de los 60 los obreros que arribaban para trabajar en las industrias comenzaron a desarrollar distintos procesos de lucha y organización. Para este apartado retomamos aportes de Binder, 2012; Gatica, 2007; y Fernández Picolo, Western y De Oto, 1990.

Durante 1966 hay movilizaciones de trabajadores de la construcción en reclamo de mejores salarios y del pago en término de los mismos, ante

18. “Ferrocarriles: El pueblo se moviliza en su defensa”, titula el diario *Jornada* el sábado 24 de junio de 1961. Según el diario existía un movimiento para defender los amenazados tramos ferroviarios: “Obreros del riel, obreros en general, gobernantes, pueblo, partidos políticos, legisladores, se movilizan en defensa de un transporte que resulta indispensable en el sur”. Se defiende la importancia estratégica del tren, pese a su ineficiencia en términos de costos, sosteniendo que son ferrocarriles de fomento, claves en una región a poblar como Patagonia: “La Patagonia recién ha comenzado a vivir la propia vida. Antes ha trabajado para el norte”. El diario *El Regional*, de Gaiman, publica el 21 de junio de 1961: “Sería levantado el ramal ferroviario desde Puerto Madryn a Alto Las Plumas”. Como bajada del título, sostiene “La medida ha de provocar gran repercusión. Habría movimiento en las fuerzas vivas”.

19. “Solo se cerraron aproximadamente 1.000 kilómetros y la mayoría correspondía a ramales realmente marginales” (Ortega, 2010: 17).

algunos cortes en las cadenas de pago del Estado provincial,²⁰ y un conflicto en la textil Cualicrón por aumento salarial. La Asociación Obrera Textil (AOT) regional adhirió al primer paro general contra el gobierno de Onganía convocado por la CGT nacional, el 14 de diciembre de 1966.

En febrero de 1967 la CGT nacional definió un Plan de Lucha que planteaba la división del país en zonas, correspondiendo a Comodoro Rivadavia, Trelew y Río Gallegos la zona 14. El plan tuvo escaso impacto en la región, excepto una huelga de 24 horas de la Unión de Obreros de la Construcción de la República Argentina (UOCRA).

Recién tras la emergencia del Cordobazo y los Rosariazos, los trabajadores locales dieron muestras de una creciente actividad, aunque la dirigencia sindical seguiría sosteniendo una praxis colaboracionista con el gobierno y las patronales. La seccional regional de la CGT no adhirió a las medidas de fuerza, limitándose a un acompañamiento "moral y espiritual", postura que tomaron Empleados de Comercio, Municipales, Construcción y Gastronómicos (*Jornada*, 30 de mayo de 1969).

A partir de allí se inició una nueva etapa de conflictividad. Un sector de la clase obrera empezó a desarrollar acciones más contundentes: la UOCRA realizó una huelga solidaria con los trabajadores de El Chocón, en agosto de 1969. En 1970 ese gremio se sumó a las huelgas nacionales de abril, octubre y noviembre (convocadas por la CGT) e impulsó conflictos laborales contra diversas empresas locales.

La AOT se vio arrastrada a un largo conflicto por la presión de los trabajadores, pese a su explícita intención de sostener una práctica colaboracionista. Alrededor de 600 trabajadores fueron suspendidos por las textiles Tycora y Cualicrón, ubicadas en Puerto Madryn. Junto con Del Golfo eran fábricas pioneras, instaladas al amparo de los subsidios desde 1956. La AOT convocó una huelga con cierre de comercios junto a la Cámara de Industria, Comercio y Producción de Madryn, dándole al conflicto un carácter "regional" y planteando la defensa de la ciudad en tanto "corporación económica".²¹ Solicitaron que se garanticen los subsidios estatales para todas las empresas (Tycora y Cualicrón denunciaban haber sido "discriminadas"), reclamando créditos especiales para las empresas en conflicto.

20. Diario *Jornada*, 18 de noviembre de 1966, citado por Binder (2012).

21. Esto se hace evidente en el siguiente telegrama dirigido a Levingston, que es citado por Binder: "Asociación Obrera Textil Seccional Trelew interpreta su obligación hacer conocer al Excelentísimo señor Presidente de la Nación angustiosa situación aproximadamente seiscientas familias textiles por cierre establecimientos Cualicrón y Tycora de Puerto Madryn, solicitando respetuosamente su intervención personal para posibilitar solución urgente *evitando no la quiebra de dos establecimientos, sino la de una ciudad patagónica*", *Jornada*, 22 de septiembre de 1970 (subrayado de Axel Binder).

La suspensión de los trabajadores continuaba, mientras la dirigencia sindical seguía el reclamo por vías formales, a través de notas a las autoridades. Finalmente las empresas cerraron sin que se produjeran conflictos en la calle. El Estado provincial otorgó 50 millones de pesos a la AOT, como subsidio para los obreros.²²

También la UOCRA protagonizó diversos conflictos reclamando el respeto de las empresas a la legislación laboral, y el compromiso del Estado para evitar los abusos patronales. Denunciaban que las empresas no abonaban los salarios familiares, horas extras, días de enfermedad, aguinaldos y vacaciones.

Hacia fines de 1970 se comenzó a perfilar la construcción de una fracción del movimiento obrero que cuestionaba el “participacionismo” y avanzaba hacia posturas más combativas. Integrantes del gremio municipal, de la construcción, transporte, administración pública y agrupaciones textiles opositoras denunciaron la connivencia de los dirigentes sindicales de la CGT local con el gobierno.

La disputa se expresó en las elecciones de la AOT, entre el oficialismo de la lista “Granate” y el movimiento textil “Lealtad”. La nómina de candidatos de estos últimos fue rechazada, argumentando problemas legales; los opositores denunciaron la elección como fraudulenta e ilegítima. En noviembre de 1970 también se produjeron elecciones en la CGT regional, evidenciándose nuevamente la división del movimiento obrero.

En la CGT se impuso el sector que planteaba una línea más combativa, dirigida por UOCRA y municipales. Pero esa elección fue anulada por la dirección nacional, encabezada por José Rucci, y sólo se permitió la presentación de la línea dirigida por Gilberto Hughes,²³ de Luz y Fuerza, y Ayala, de la AOT.

También se venía impulsando la organización de nuevos sindicatos entre los estatales. El Sindicato de Obreros y Empleados de la Administración Pública (SOYEAP) se desarrolló en oposición al Estado provincial, que mantenía los salarios congelados desde 1966. En 1971 avanzaron en su organización los docentes, plegándose a huelgas nacionales desde el Centro de Maestros del Valle del Chubut y la Asociación de Docentes Provinciales. En marzo de 1972 nació el Sitravich (Sindicato de Trabajadores Viales del Chubut), un sindicato definido como “clasista” y cuyo funcionamiento se basaba en asambleas de base.

22. Por los cuales se produjeron denuncias de malversación contra el dirigente de la AOT, César Ayala.

23. Hughes, quien fuera dirigente sindical de la Unión Ferroviaria y la CGT en el periodo previo, ahora seguía siéndolo como afiliado de Luz y Fuerza. Ayala, de la AOT, se había formado junto a él y sería consecuente con su práctica colaboracionista.

7. La consolidación del modelo de polo de desarrollo

En los siguientes años se consolidó el proyecto de industrialización subsidiada. Se conformaron dos tendencias dentro de la clase obrera, que se seguirían expresando en la conflictividad social durante las siguientes décadas. Una retomaba la praxis que vimos expresada en el marco del cierre del ferrocarril: buscar acuerdos con el gobierno, dirigir los reclamos ante éste, e intentar presentar las demandas sectoriales en clave regional, pretendiendo articularlas con sus respectivas patronales y las Cámaras de Comercio. Las alianzas buscaban ser construidas con sectores no obreros, y por ello las peticiones tendían a ser corporativas; los trabajadores de cada sector solicitaban subsidios junto a sus patronales, requiriendo para ello el acompañamiento del gobierno local.

Por otro lado se plantea una línea minoritaria, pero que siguió expresándose en diferentes momentos históricos, que proponía la necesidad de articular sus demandas a partir de la unidad entre diferentes fracciones de trabajadores. Apoyándose en la movilización y en medidas de confrontación directa, sus reclamos apuntaron contra las patronales. Esta tendencia centró sus demandas en clave laboral, antes que en la solicitud de subsidios a los empresarios, y por ello dichas exigencias podían trascender lo corporativo y transformarse en reclamos colectivos (aunque en escasas instancias esa potencialidad logró plasmarse en la realidad).

Durante 1972 esas perspectivas quedaron manifiestas. El traslado de presos políticos a la cárcel ubicada en Rawson generó la solidaridad de la población, entre los que se encontraban trabajadores y gremios. Se conformaron las Comisiones de Solidaridad con presos políticos, que darían asistencia a los detenidos y sus familiares.²⁴ Tras la fuga de los principales líderes del PRT-ERP, Montoneros y FAR, el 15 de agosto de 1972, se produjo el asesinato de 16 dirigentes de estos grupos a manos de la Armada en Trelew. El 11 de octubre las fuerzas represivas secuestraron a 16 militantes de la región, acusados de haber colaborado con la fuga; de inmediato se generó una gran movilización popular exigiendo su liberación, donde estaban presentes integrantes del SOYEAP, Sitravich, UOCRA y Municipales. La conducción de la CGT regional se opuso a este proceso de lucha, sin cuestionar el accionar de la dictadura.

Durante varios días se produjeron movilizaciones, y fue impactante la huelga general del 13 de octubre. El paro fue total en salud, comer-

24. Para conocer en profundidad estos hechos ver el citado trabajo de Fernández Picolo y otros. Allí se describe la polémica entre la CGT local y Agustín Tosco, que estaba preso en el penal de Rawson.

cio, bancos, administración pública, estaciones de servicio, transporte, educación primaria, secundaria y superior. Se paralizaron las obras de construcción y las textiles cerraron sus puertas desde la mañana. Los obreros que construían la planta de aluminio finalizaron su jornada al mediodía. Nuevas huelgas generales se realizaron el 16, 20 y 27 de octubre, siendo enfrentadas por la CGT, pese a lo cual mantuvieron, en todos los casos, un impacto relevante. Hubo piquetes en algunas fábricas, registrándose enfrentamientos con la policía provincial.

Tras la apertura electoral, en 1973, la mayoría de los gremios se alinearon con el candidato a gobernador por el peronismo. A su vez se consolidó la división entre las principales orientaciones del movimiento obrero en la región: el sector que sustentaba una estrategia participacionista, alineada con el proyecto de polos de desarrollo; y el que buscaba mayor autonomía para los trabajadores, impulsando una propuesta que confrontaba con los sectores dominantes. El nuevo gobierno provincial profundiza el accionar represivo contra aquellas fracciones obreras que intentaban potenciar las luchas, creando cuerpos policiales especiales para atacar sus reclamos.

Esto se evidenció, por ejemplo, durante el conflicto que sostuvo el Sitravich a fines de 1973. En ocasión de realizar un corte del puente que cruza el Río Chubut en el marco de un paro por tiempo indeterminado, fueron reprimidos por la policía provincial: se trató de la primera acción de la recientemente creada "brigada antidisturbios". Finalmente, tras una amplia solidaridad de otros sindicatos no oficialistas, el Sitravich logró conseguir la mayoría de sus demandas. Esa solidaridad obrera volvió a manifestarse durante otro conflicto, el protagonizado por los docentes en mayo de 1974: allí el Sitravich convocó una huelga en apoyo a la Asociación de Docentes Provincial, y acompañó sus marchas junto a otros gremios.

El gobierno provincial y los sindicatos oficialistas atacaron estos procesos, generando listas de oposición en los sindicatos más combativos y persiguiendo laboralmente a algunos militantes. Para 1975 las articulaciones entre distintos colectivos obreros fueron quedando en el pasado, y comenzaba un cambio de signo. La práctica solidaria se vio reemplazada por una línea más corporativa en la consecución de sus reclamos.

Ese año ganó la conducción del Sitravich una dirigencia ligada al PJ provincial. En el marco de un nuevo conflicto docente (con los que antes habían sido solidarios) declararon no adherir "por encontrarse en positivas tratativas a nivel provincial y nacional" (*Jornada*, 12 de agosto de 1975). En cambio, sí apoyaron un reclamo, impulsado por el gobierno provincial, solicitando la continuidad de la promoción industrial: se observa el paso de una línea basada en la unidad de los trabajadores

hacia otra que se sustentaba en la alianza con el gobierno y las patronales en nombre del "desarrollo de la Patagonia".²⁵

La construcción de alianzas con las patronales con inversiones en la región y la sintonía en el discurso acerca de la necesidad de potenciar el desarrollo de Patagonia, fueron elementos clave a lo largo de la historia de esta clase. Si bien esta perspectiva parece robustecerse con la implantación de los polos de desarrollo, ya pueden verse elementos semejantes en los discursos y prácticas de los dirigentes sindicales de la etapa previa. En los testimonios de los cuadros sindicales del ferrocarril se repite que una de las claves de su accionar era la defensa de la "soberanía nacional", a partir de la centralidad del tren como factor de afianzamiento del Estado argentino en la región. Los tibios intentos de oponerse a su clausura se articularon en torno a este discurso.

Durante la dictadura, y en un marco de intensa vigilancia, se siguieron produciendo conflictos, en general vinculados a las condiciones de trabajo por planta. La iniciativa más evidente es la negativa a trabajar horas extras: hemos registrado este hecho entre los textiles de Trelew y en la planta de Aluar. La demanda de mejores condiciones de trabajo se realizaba a través de este método, que no contradecía la legalidad pero sí enfrentaba las "costumbres" de la región, donde se hacía necesario el uso intensivo de la aún escasa fuerza de trabajo disponible.

Tania Pérez Aguilar (2002) registra otra demanda, en este caso de un bono por productividad en la fábrica textil Supersil. Un importante conflicto se originó en la pesquera Ventura, de Madryn, en 1981, con la ocupación de la fábrica durante siete días hasta conquistar mejores condiciones de trabajo, centradas en reivindicaciones de las trabajadoras mujeres.

A través de esos procesos de lucha se estructuraron comisiones internas en algunas textiles y en Aluar. También en la construcción comenzaron a elegirse delegados con una línea distinta al sindicato, que había asumido las posturas conciliadoras de su dirección nacional. Son esas experiencias de autoorganización las que generaron una acumulación de fuerza que se expresó tras el regreso al régimen constitucional. El fin de la dictadura no pareció alumbrar una clase obrera débil. En ese momento surgían nuevos agrupamientos sindicales y políticos, y se evidenciaba una mayor dinámica de los trabajadores. Adquirieron mayor fuerza varios agrupamientos políticos que se definían como de "izquierda" y que propusieron la organización de la clase obrera en términos de un proyecto político propio.

25. "Se tienden a robustecer las gestiones que se llevan a cabo en forma conjunta con otros gremios y el gobierno provincial, ante el poder ejecutivo nacional a fin de que se aporten los fondos necesarios" (*Jornada*, 13 de agosto de 1975).

Las fuerzas que se habían acumulado en los años previos, y que estaban contenidas en el contexto represivo, parecieron liberarse para avanzar en nuevas conquistas. La intensa actividad política y sindical que se manifestaba era evidencia de la acumulación de experiencias que venían desarrollando en la etapa previa de forma semiclandestina.

En la AOT, la Unión Obrera Metalúrgica (UOM) y la UOCRA se comenzó a debatir la necesidad de conformar listas que plantearan la disputa contra la conducción sindical. Las historias en la AOT y la UOM coinciden: en la elección de 1985 ganaron listas que se definían como pluralistas y combativas, siendo reemplazadas por las conducciones tradicionales en la siguiente elección.

En los casos en que las listas opositoras triunfaron, fueron procesos de amplia movilización social que luego no se tradujeron en una modificación profunda de los sindicatos. Si bien en los primeros años las nuevas direcciones plantearon cambios hacia una mayor democracia interna y presencia en las calles, pronto se fueron apartando de ese modelo. En la UOCRA la elección no pudo ganarse, en medio de denuncias de fraude por parte de la lista opositora.

La nueva conducción de la AOT se fue adaptando a las características de la dirigencia nacional. En sus testimonios los trabajadores destacaron la importancia que tuvo la presión de la conducción nacional a través del ahogo financiero a la regional cuando intentaba tomar posturas propias, y finalmente el proyecto se fracturó (Pérez Álvarez, 2011). La experiencia de ganar la regional de la UOM tampoco pudo consolidarse como un proyecto alternativo; en las siguientes elecciones el frente de 1985 se rompió, posibilitando la victoria de la línea que representaba la conducción nacional.

En esos años comenzaba a derrumbarse la promoción industrial a partir del avance del proyecto neoliberal. Se hicieron comunes los cierres de fábricas, produciéndose luchas como en la textil Gebco, que fue ocupada por sus obreros y culminó en una dura derrota, recordada en los años 90. Luego de 40 días de toma, en abril de 1987, la dirigencia sindical anunció el fin de la medida, destacando que habían logrado “arrancarle a la patronal el 80% de las indemnizaciones”, y manifestando su oposición “con quienes quieren utilizar esta lucha con fines sectarios y divisionistas”.²⁶ Se pretendía mostrar como una victoria un proceso que no había podido evitar el cierre de la fábrica, atacando a los grupos que planteaban una propuesta distinta a la conducción.

Los trabajadores de la región se encontraban ante un nuevo marco.

26. *Jornada*, 29 de abril de 1987. Se enfrentaba aquí a grupos textiles vinculados a partidos de izquierda, que habían cuestionado la falta de profundización de la lucha contra el cierre de la fábrica.

Su historia de luchas pasaba por el reclamo de mejores condiciones laborales y de vender su fuerza de trabajo a mejor precio. La experiencia del ferrocarril no fue recuperada, o bien sólo lo fue en clave de llevar adelante una línea similar por parte de la mayoría de la clase. No había, aún, conciencia de que ahora la situación era diferente: en el marco de la estructura económica social que había conformado el neoliberalismo no sería fácil para los obreros despedidos reinsertarse en el mercado laboral.

El programa de la mayoría de los trabajadores (y de sus dirigencias) dejaba la lucha circunscripta a cada grupo de obreros, y en ese círculo sus intereses parecían igualarse con los de sus patronos. Según esa perspectiva no había otra forma de mantener el trabajo que no fuese defendiendo las empresas, exigiendo la continuidad de la promoción industrial y el otorgamiento de subsidios a sus dueños.

El año 1989 fue un punto de quiebre, donde se generaron las condiciones de realización hegemónica del neoliberalismo. Los trabajadores vieron arrasadas gran parte de sus organizaciones; en la región se aceleró la caída del polo de desarrollo y hubo gran cantidad de despidos. Las luchas reprodujeron la perspectiva de reclamar, a las diversas instancias del Estado, subsidios para sus patronales, limitándose a una exigencia centrada en la defensa "regional" que los constreñía a no trascender lo corporativo.²⁷

8. Reflexiones finales

Todo proceso histórico se compone de cambios y continuidades, rupturas y permanencias. Es una tarea clave del historiador destacar cuánto hay de lo "viejo" en lo "nuevo", o cuánto de lo que aparece como novedad es realmente "novedoso". Esta línea de reflexión puede llevarnos a sostener que nada puede ser totalmente nuevo en la historia, ya que siempre lo que surge tiene vasos comunicantes con el pasado.

Pero esa perspectiva, correcta en líneas generales, subestima los momentos de quiebre en la historia, aquellos hechos que modifican la relación de fuerzas sociales. La integración de la Patagonia al mercado nacional en el contexto del proyecto de industrialización subsidiada marcó una ruptura. Se desarmaba, como parte del mismo proceso, un modelo de desarrollo previo de la región, que guardaba una relativa autonomía con respecto al mercado nacional. El ferrocarril era el eje de

27. En general la demanda específica era un subsidio para determinada empresa en crisis. De esta forma se hacía difícil articular hasta los reclamos de una misma rama económica, ya que cada colectivo obrero estaría luchando entre sí por acceder a una parte del limitado presupuesto del Estado.

ese pequeño “mercado interno” articulado en la Patagonia argentina, que proveía de productos a una parte de las ciudades ubicadas más al sur.

La clase obrera sufrió allí una profunda transformación, aunque el avance de nuestra investigación nos muestra que ese cambio no fue total. Con la instalación del polo de desarrollo se configuró una nueva clase en términos estructurales, ya que en su mayoría provino de núcleos migrantes que se asentaron en la región durante las siguientes décadas. Pero esa clase, “nueva” en algunos aspectos, sostuvo diversas características de la “antigua” clase. Particularmente hemos visto que es notorio cómo se reprodujeron experiencias y tradiciones de la vieja clase obrera regional.

Se sostuvo la constante referencia a la “soberanía”, planteando la defensa de políticas de excepción para la región, persuadidos de que era la única manera de asegurar el control del Estado sobre la Patagonia. En definitiva, se reprodujo el discurso del Estado argentino acerca de la centralidad de poblar la Patagonia en tanto región rica en recursos naturales y supuestamente amenazada por otros países, que fue clave en la legitimación de la “conquista del desierto” y de los hechos de represión contra huelgas en el sur del país (ver el ejemplo clásico en Bayer, 1974). Un sector de los trabajadores hacía suyos estos argumentos, usándolos como un recurso que serviría para legitimar la continuidad de las fuentes de trabajo en la región.

Esa perspectiva generaba costos para los obreros: sólo era posible articular la misma sintonía discursiva del Estado si las demandas se expresaban en términos regionales, y no como exigencias de la clase operaria. Para que la petición tomase carácter “regional” debía ser apoyada por el gobierno local, los empresarios del rubro o algún sector afín. Los trabajadores quedaban restringidos a canalizar sus reivindicaciones a partir de alianzas con sus respectivos patrones, inhibiendo la posibilidad de vincular sus reclamos con el resto de su clase.

Cuando los sectores no obreros consideraban que ya no era necesaria la continuidad de determinadas actividades económicas en la región, como sucedió con el ferrocarril en el 60 y volvió a ocurrir en los 90 con las industrias, los trabajadores quedaron solos y casi sin herramientas para articular respuestas más contundentes. La “nueva” clase obrera se encontró, ante el desmoronamiento del polo de desarrollo, con similares dificultades para articular una propuesta que pudiese preservar su fuente de empleo a la que había evidenciado la “vieja” clase frente al cierre del ferrocarril.

Referencias bibliográficas

- Accorinti, Vicente y otros (1989), *Los ferroviarios que perdimos el tren*, Trelew: Secretaría de Cultura de la Nación.
- Bandieri, Susana (2005), *Historia de la Patagonia*, Buenos Aires: Sudamericana.
- , Graciela Blanco y Gladys Varela (dirs.) (2006), *Hecho en Patagonia. La historia en perspectiva regional*, Neuquén: Educo.
- Bayer, Osvaldo (1974), *Los vengadores de la Patagonia trágica*, tomos I, II y III, Buenos Aires: Galerna; tomo IV, Frankfurt: Hammer, 1978.
- Binder, Axel (2012), *Crónica de una protesta anunciada: conflictividad regional y nacional a través de la prensa del noreste de Chubut (Diario Jornada, 1966-1971)*, tesis de Licenciatura en Historia, UNPSJB.
- Cena, Juan Carlos (2009), *Ferrovianos, sinfonía de acero y lucha*, Buenos Aires: Monarefa-La Nave de los Locos.
- Fernández Picolo, Mauricio, Wilda Western y Alejandro De Oto (1990), *Autoritarismo y participación popular: Trelew, octubre de 1972*, tesis de Licenciatura en Historia, UNP, Sede Trelew.
- Gatica, Mónica (1998), "Trelew, ¿un polo de desarrollo y modernización?", ponencia en IV Jornadas de Historia, Caleta Olivia, UNPA.
- (2007), *Hacedores de caminos*, Buenos Aires: Imago Mundi.
- y G. Pérez Álvarez (2012), "No solamente pasaba el viento: sindicatos, huelgas, boicots, cortes de vías y lucha política en los primeros pasos del movimiento obrero en el noreste del Chubut (1917-1922)", en Arias Bucciarelli (dir.), *Diez territorios nacionales y catorce provincias, Argentina, 1860-1955*, Buenos Aires: Prometeo, pp. 187-214.
- Jones, Lewis (1966), *Una nueva Gales en Sudamérica*, Trelew: Comisión del Centenario.
- Jones, Matthew (1981), *Trelew, un desafío patagónico*, tomo I: 1886-1903, Puerto Madryn: Dirección de Cultura.
- Lucita, Eduardo (1999), *La patria en el riel. Un siglo de lucha de los trabajadores ferroviarios*, Buenos Aires: Pensamiento Nacional.
- Ortega, Fernando Ariel (2010), "De la modernización a la racionalización. Políticas adoptadas por Frondizi ante la crisis ferroviaria (1958-1962)", en *H-industri@*, año 4, n° 7.
- Pérez Aguilar, Tania (2002), *Avance de investigación*, Taller V, del Área VI de la Licenciatura en Historia, Facultad de Humanidades y Ciencias Sociales, UNP, sede Trelew.
- Pérez Álvarez, Gonzalo (2011) "Con hilos rotos vamos tejiendo otra historia. Lucha y experiencia obrera en el parque textil de Trelew", *Sociohistórica* n° 27, La Plata: FAHCE-UNLP, pp. 13-39.
- (2013) *Patagonia, conflictividad social y neoliberalismo. El noreste de Chubut (1990-2005)*, Buenos Aires: Imago Mundi
- (2015), "A Study on the Contextual Features that Shaped the Formation of a Working Class Fraction: the Workers of Northeast Chubut (Patagonia,

- Argentina)", *Workers of the World – International Journal on Strikes and Social Conflict*, vol. 1, n° 6, Lisboa, pp. 84-104.
- Perroux, François (1955), "Notes sur la notion de pole de croissance", *Economie Appliquée*, n° 8, enero-junio.
- Rougier, Marcelo (dir.) (2007), *Políticas de promoción y estrategias empresariales en la industria argentina, 1950–1980*, Buenos Aires: Cooperativas.
- Schneider, Alejandro (2006), *Los compañeros. Trabajadores, izquierda y peronismo. 1955-1973*, Buenos Aires: Imago Mundi.
- Scodeller, Gabriela (2007), "La huelga ferroviaria de 1961 en la provincia de Mendoza", *Actas Primeras Jornadas Nacionales de Historia Social*, La Falda.
- Thompson, Edward Palmer (1989), *La formación de la clase obrera en Inglaterra*, Barcelona: Crítica.

* * *

Título: "Old" and "new" working class in Patagonia Argentina: from the beginning of the railway to the rise of state-subsidized industries

Resumen: Desde 1956 el Estado nacional de Argentina promovió la instalación de industrias en la Patagonia, modificando una estructura económica que hasta allí tenía como eje articulador el ferrocarril, el cual fue clausurado en 1961. Hacia mediados de los años 70 la región había sido transformada, a partir de la instalación de un polo textil sintético, la única planta productora de aluminio primario de Argentina y la llegada de migrantes atraídos por la oferta de puestos de trabajos. Indagamos este momento de quiebre, preguntándonos específicamente por la situación de la clase obrera. Para ello exploramos su historia, la destrucción y conformación de organizaciones obreras, el desarrollo de nuevos núcleos obreros y los vínculos con las experiencias y tradiciones de los antiguos núcleos.

Palabras clave: Clase obrera – Patagonia argentina – Ferrocarril – Industrias

Abstract: From 1956 the national State of Argentina promoted the installation of industries in the Patagonia. This way modified his economic structure which until then had like axis railroad, which was closed in 1961. About middle of the years 70, the region had been transformed, from the installation of a textile synthetic pole, the only producing plant of primary aluminium of Argentina and the arrival of migrants attracted by the offer of positions of works. We investigate this moment of break, wondering specifically for the situation of the working class. For it we explore his history, the destruction and conformation of working organizations, the development of new working cores and the links with the experiences and traditions of the former cores.

Keywords: Working class – Patagonia Argentina – Railway – Industries

Recepción: 6 de marzo de 2015. **Aprobación:** 11 de julio de 2015

PERFILES

Alberto J. Pla (1926-2008).

El estudio y la divulgación de la historia del movimiento obrero en perspectiva latinoamericana

Hernán Camarero y Diego Ceruso

Conicet-UBA / Conicet-UBA

hercamarero@gmail.com / diegoceruso@gmail.com

Desde el primer número de *Archivos* dedicamos una sección al examen de las trayectorias y la obra de algunos de los referentes en el estudio del movimiento obrero y las izquierdas, tanto en el exterior como en la Argentina. Ofrecimos los perfiles del norteamericano David Montgomery, del rumano-francés Georges Haupt, del argentino Ricardo Falcón y del francés Pierre Broué. Para reflexionar en este mismo sentido, en otro número, a través de una entrevista, nos acercamos a la producción teórica y a ciertos balances políticos del historiador catalán Pelai Pagès i Blanch. En esta ocasión, el foco recae sobre Alberto J. Pla, retomando la exploración sobre las figuras locales. El abordaje de su producción teórica y de su vida político-intelectual nos permite recorrer una de las experiencias, en el desarrollo de una historiografía del movimiento obrero y la izquierda en la Argentina, anclada en un marxismo clásico y alimentada por el compromiso con la lucha política y social emancipatoria, que en este caso se nutrió, además, de un gran conocimiento acerca de la realidad latinoamericana del siglo XX.

Un militante de izquierda, un académico marxista

Pla había nacido en enero de 1926 en el seno de una familia rosarina de clase media acomodada. Su interés por la política se inició de manera precoz, en la ciudad de La Plata, adonde hacia mediados de los años 40 se había trasladado para inscribirse en la universidad local. Allí cursó las carreras de Matemática y, luego, de Historia. En esos tiempos tuvo un fugaz paso por la juventud del Partido Socialista. Esa adhesión

encontraba un antecedente en la figura de su padre, el ingeniero Cortés Pla, quien desde esa pertenencia política había formado parte del movimiento por la reforma universitaria de 1918. Hacia 1946 la vida política de Pla dio un paso muy significativo, al acercarse a las ideas del trotskismo, en cuyo movimiento militó durante varios años. En primer lugar, ingresó al Grupo Obrero Marxista (GOM), uno de los pequeños espacios en los que se hallaba dividida aquella corriente, fundado por Nahuel Moreno en 1943. Pla realizó esa incorporación junto a un sector disidente de jóvenes socialistas que actuaban en La Plata, entre los que se destacaban Ángel Bengochea y Horacio Lagar (los impulsores del núcleo), así como Oscar Valdovinos, José D. Speroni, José Rosales y un aún adolescente estudiante secundario llamado Milciades Peña (González, 1995; Camarero, 2013).

Pero la inserción de Pla en el GOM acabó siendo muy breve, pues hacia fines de esa década del 40, junto a la que sería su compañera de toda la vida, Guillermina Delgado, emigró a otra de las organizaciones trotskistas actuantes en el país (Almeyra, 2013). En este caso, se trataba del Grupo Cuarta Internacional (GCI), que un peculiar cuadro dirigente, J. Posadas, había creado hacia la misma época del GOM. El GCI, que comenzó a editar en 1947 su periódico *Voz Proletaria*, fue adquiriendo un pequeño crecimiento y una inserción en medios obreros. Logró cierto reconocimiento al ser oficializada como sección argentina de la Cuarta Internacional. La militancia de Pla en las filas del GCI (luego transformado en Partido Obrero Revolucionario) fue muy activa, siendo él parte de la dirección. Estos lazos se mantuvieron por lo menos hasta mediados de los años 60, cuando cesó su adhesión orgánica a esa corriente (que ya a esa altura se autodenominaba como “posadista”, entendida como nueva etapa histórica del marxismo). No obstante, continuó ligado a ella de modo informal durante un tiempo más. Nunca hizo un balance público de esa ruptura y alejamiento. Es indudable que esa relación de casi dos décadas con el “posadismo”, ejerció una influencia en las ideas del historiador rosarino. Con el transcurso de los años, Pla definió una adscripción más global al pensamiento y las posturas inspiradas en la tradición de León Trotsky, apostando a una reivindicación y reinención de un marxismo clásico (Moreno, 2008).

Sin renunciar a sus compromisos militantes y en forma paralela a ellos, Pla desplegó una trayectoria como intelectual académico. Tras egresar de la carrera de Historia y Geografía en 1955, y en su intento por entrelazar el marxismo con los aportes de la historia social, en especial con la que recibió la influencia de la escuela francesa de los *Annales*, encontró en José Luis Romero y Sergio Bagú a algunos de sus primeros puntos de referencia. Tanto en el Centro de Estudios de Historia Social como en la cátedra Historia Social General dirigida por Romero en la

Facultad de Filosofía y Letras de la Universidad de Buenos Aires (UBA) se formaron destacados profesionales, además del propio Pla: Tulio Halperín Donghi, Haydée Gorostegui, Reyna Pastor, Nilda Guglielmi, Ernesto Laclau, Alberto Ciria, Roberto Cortés Conde, Ezequiel Gallo, Nicolás Sánchez Albornoz, José Luis Moreno, Leandro Gutiérrez, entre otros (Ansaldi, 2009). Precisamente, en el Centro de Estudios mencionado Pla lograría abrir luego una sección de estudios latinoamericanos.

En su primera etapa, su actividad docente se desarrolló en la Facultad de Humanidades y Ciencias de la Educación de la Universidad Nacional de La Plata (UNLP). Ya desde finales de los años 50, Pla se había acercado al Instituto de Historia de América que conducía Enrique Barba, comenzando a desplegar su interés por la historia latinoamericana; luego, en el Centro de Estudios de Historia Social, compartió su labor docente con Sergio Bagú y Rodolfo Puiggrós. Y, por supuesto, en Rosario, en donde fue titular de las materias Introducción Metodológica a la Historia Económica Moderna y de la cátedra de Historia Americana, ambas en la entonces Facultad de Filosofía y Letras de la Universidad Nacional del Litoral. Con el paso de los años, sus clases se extendieron por diversas universidades nacionales del país, como la de Buenos Aires, la del Sur (Bahía Blanca) y la de Salta (donde cumplió un papel clave en su estructuración de la carrera de Historia).

Desde fines de la década del 60 y hasta 1975 las tareas docentes de Pla se alternaron con una intensa experiencia de escritura, coordinación y labor editorial en el campo de la alta divulgación histórica. Nos referimos a su activa participación en los proyectos realizados dentro del mítico Centro Editor de América Latina (CEAL), empresa impulsada por Boris Spivakow. Pla no sólo ofició como director de dos de sus colecciones en varios volúmenes más renombradas, *Historia de América en el siglo XX* (1971-1972) e *Historia del movimiento obrero* (1972-1974), en las que se reunió un vasto equipo de colaboradores, en su mayoría investigadores académicos con perfil militante, sino que también fue autor de muchos otros folletos, capítulos, fascículos y prólogos publicados en esos años por el CEAL (un detalle de la decena de trabajos en Gociol, 2007). Se trataba de publicaciones muy masivas. Con ello, Pla alcanzó un mayor conocimiento en los ámbitos tanto académicos como militantes, así como en una opinión pública más amplia.

Por mantener sus ideas fue varias veces afectado. Primero, con la imposición de la dictadura de Juan Carlos Onganía y su política de intervención a las universidades (en esos años, Pla fue detenido en un par de ocasiones). Luego, con el accionar de la ultraderecha bajo el gobierno de Isabel Perón, cuando fue amenazado, por lo menos en tres oportunidades. Finalmente, con la llegada del feroz régimen del autodenominado Proceso de Reorganización Nacional. Cómo él mismo recordaba:

Las diversas amenazas de la Triple A me obligaron a dejar Rosario. Aclaro que lo único que me quedaba era el cargo de Rosario porque de Buenos Aires me habían echado hacia rato por la intervención de Ottalagano. Había estado trabajando también en Salta de donde también me habían echado. (Suárez y Areces, 2005)

Con la llegada del golpe, el exilio resultó inevitable, pues Pla ya era reconocido como un intelectual de la izquierda marxista. Junto a su mujer y su hija Laura, acabó recalando en la ciudad de Caracas, donde pronto logró una nueva inserción profesional. Entre 1976 y 1982 enseñó en la Universidad Central de Venezuela, al mismo tiempo que fundó un Centro de Estudios del Movimiento Obrero, promovió varios talleres, cursos y grupos de estudio. Como parte de esa experiencia, en 1979, organizó en Caracas el Primer Congreso Latinoamericano de Historia del Movimiento Obrero, en donde se reunieron, entre otros, Adolfo Gilly, Guillermo Almeyra, Luis Vitale y Julio Godio (Almeyra, 2008). Con varios de ellos colaboraría en la revista *Coyoacán*. En esos años de exilio, Pla tuvo la posibilidad de elaborar y defender su tesis doctoral en la Universidad de París VIII, dirigida por Claude Willard. Dicha tesis estuvo dedicada al estudio de un período del movimiento obrero del país que lo acogió en su experiencia de destierro, titulándose “Sindicatos y política en Venezuela (1924-1950)”. Entre 1982 y 1984, vivió en México y se desempeñó como profesor en la Universidad Autónoma de Puebla. Durante todos esos años, a pesar del exilio, del golpe militar argentino, de los diagnósticos sobre una nueva “crisis del marxismo”, incluso de los avances de su propia carrera académica que podrían haberlo conducido a un conformismo acomodaticio, Pla no abjuró de sus convicciones, planteando que la clave del drama argentino era cómo la clase obrera superaba al peronismo y seguía en la senda del socialismo (Pla, 1984a). Lo hizo a contracorriente de la masiva reconversión de decenas de intelectuales, como José Aricó, Juan Carlos Portantiero, Emilio De Ipola u Oscar Terán, quienes en ese mismo escenario mexicano fueron virando desde posiciones revolucionarias a las de una moderada socialdemocracia, que pronto encontraría en el dirigente radical Raúl Alfonsín un nuevo horizonte de posibilidades.

Pla se mantuvo en la tradición de un marxismo tradicional, distante de entonaciones reformistas y revisionistas. Bajo esas convicciones regresó a la Argentina en 1985. Su trayectoria y sus credenciales le permitieron reinsertarse en el medio universitario, convirtiéndose en maestro de nuevas generaciones de investigadores y docentes (Viano, 2009). Fue designado como investigador principal del Conicet y como profesor por concurso a cargo de las cátedras de Historia de América

Latina Contemporánea en la Facultad de Filosofía y Letras de la UBA y, la mayor parte del tiempo y de manera definitiva, en la Facultad de Humanidades y Artes de la Universidad Nacional de Rosario (UNR), en donde, además, fue elegido director de su Escuela de Historia entre 1990 y 1994. Durante esa década y la que siguió, el reconocimiento profesional de Pla alcanzó su plenitud, recibiendo el doctorado Honoris Causa de la Universidad de Salta (2001) y el de la UNR (2005), siendo nombrado Académico Ilustre (Emérito) en Mar del Plata y muchas otras distinciones.

América Latina como objeto de reflexión

La obra de Pla discurrió sobre diversas temáticas, trascendiendo el ámbito local, pues buena parte de ella se editó y circuló en varios países latinoamericanos (México, Venezuela, Perú) y en España. Uno de los campos en donde más se concentró esta producción fue en la historia de América Latina. Algunas de sus primeras obras significativas en el tema fueron *América Latina Siglo XX: economía, sociedad y revolución* (1969) y *La burguesía nacional en América Latina* (1971). Allí trazó un retrato de la clase dominante de la región, proponiendo un análisis teórico que se centraba en los conceptos de modo de producción y de formaciones económico-sociales. Indagó en el frustrado desarrollo independiente de la burguesía nacional durante el siglo XIX, así como en el escaso margen de autonomía que aquella podía exhibir entre las presiones del imperialismo y de la clase obrera y el campesinado en el siglo XX. Argumentaba que esa mirada continental le permitía el estudio comparado y una mejor comprensión del funcionamiento del imperialismo, siguiendo a Lenin, y del derrotero específico del desarrollo desigual y combinado latinoamericano, en la perspectiva planteada por Trotsky. No escapó a su análisis temáticas como el proceso independentista cubano de 1898, la Revolución Mexicana iniciada en 1910, la Reforma Universitaria de 1918 en Argentina, el crecimiento del APRA peruano o las ideas de José Carlos Mariátegui (Pla, 1969).¹

Como parte de esa reflexión global sobre los procesos económicos, sociales y políticos contemporáneos del continente, encaró la coordinación y dirección general de la antes citadas *Historia de América en el siglo XX*, publicada por el CEAL, en su primera etapa, durante los años 1971-1972, y en su segunda entrega, a partir de 1984. Allí se buscaba revisar la historia latinoamericana a través del análisis de algunas de sus principales figuras. La serie se estructuró en casi ochenta fascículos

1. La figura de Mariátegui fue retomada por el autor años más tarde: Pla, 1990a y 1994b.

temáticos, una decena de los cuales estuvieron a cargo del propio Pla y el resto en manos de otro medio centenar de colaboradores elegidos por él. Durante su primera época, de inicios de los años 70 (fascículos 1 a 46), se llegaron a vender unos veinte mil ejemplares por semana de cada entrega.

En todos estos trabajos, los procesos revolucionarios latinoamericanos ocuparon un lugar relevante, señalando, entre otras cosas, las limitaciones del “nacionalismo burgués” (por ejemplo, en referencia a la revolución boliviana en 1952 o la experiencia del peronismo) o la disrupción sistémica que introdujo el proceso cubano a partir de 1959. En el marco de la discusión sobre la teoría de la dependencia, polemizó con Andre Gunder Frank y Theotonio dos Santos. Rescataba un planteo de raigambre “posadista”, el de “estado revolucionario” y su “función transitoria en la construcción el socialismo”, con el objetivo de proponer una respuesta a la alternativa planteada por él como inevitable en aquellos convulsionados años 70 y que siguió sosteniendo de manera interrumpida: imperialismo o socialismo. Una y otra vez, Pla se refirió de manera apasionada a los procesos revolucionarios latinoamericanos, como los de México (1910), Bolivia (1952), Cuba (1959), Nicaragua (1979), con la explícita intención de rechazar las concepciones etapistas. Su propósito era restituir el carácter dinámico y permanentista de aquellos fenómenos. Como sostenía: “la alternativa socialista que es la combinación de las tareas democráticas burguesas y socialistas en un solo proceso combinado, ya que combinado y desigual es el desarrollo de los países latinoamericanos” (Pla, 1969).

El interés de Pla por el estudio de América Latina, si bien ya estaba presente durante los años 60 y 70, se incrementó con su experiencia de exilio y estaba en Venezuela y México, adquiriendo una perspectiva comparativa. Sus publicaciones sobre el tema se extendieron sobre diversos países, regiones e, incluso, períodos, como puede advertirse en su trabajo acerca de la etapa precolombina: *Modo de producción asiático y las formaciones económico-sociales inca y azteca* (1979). Tras su vuelta al país, su docencia especializada en el campo de la historia del continente mantuvo ese interés y dedicación (Pla, 1987). Una de sus últimas obras estuvo referida al análisis de la situación continental a la luz de las transformaciones del capitalismo finisecular: *América Latina: mundialización y crisis* (2001).

Aportes al estudio y difusión de la historia del movimiento obrero, la izquierda y el marxismo

El otro centro de interés de la producción de Pla, sobre el que más nos interesa reflexionar, fue el de la historia del movimiento obrero y la

izquierda. Resultó ser una especialización dentro de su dedicación a la historia de América latina, pero en parte la desbordó, pues abarcó una perspectiva más internacional y con modulaciones teórico-metodológicas, a la vez que se orientó a regiones específicas. Indudablemente, este interés estaba inspirado, y en buena medida incentivado, por sus preocupaciones militantes, en la tradición del socialismo marxista, especialmente del trotskismo.

Uno de los aportes a destacar de Pla en este campo fue la mencionada colección del CEAL aparecida bajo el título de *Historia del movimiento obrero* (1972-1974), en la que se desempeñó como director y en tareas de asesoramiento general. La obra ofrecía una mirada global del surgimiento y desarrollo de la clase trabajadora a nivel mundial, centrado en los acontecimientos y procesos de lucha, organización y representación ideológico-política protagonizados por ella. La acompañaban muchas ilustraciones y selecciones de fuentes primarias (testimonios, narraciones de huelgas, declaraciones sindicales, polémicas, fragmentos de documentos clásicos), los cuales permitían complementar y profundizar las explicaciones, al tiempo que incentivar futuras investigaciones. Estaba escrita de un modo accesible para un público más amplio que el de los círculos académicos. Se trató de una experiencia de edición excepcional, que permitió un nivel de difusión del conocimiento sobre el tema como pocas veces había ocurrido. La colección, como otras del CEAL, fue confiscada de los depósitos de la editorial e incinerada por el régimen militar de 1976. Pero, tras la caída de la dictadura, también fue reeditada y ampliada en los años 80, quedando compilada en varios tomos. Alcanzó a producir en total 110 capítulos en fascículos, que en los años 70 habían llegado a vender hasta 60.000 ejemplares semanales. En apoyo a su trabajo de dirección, Pla tuvo a su lado a Aníbal Ford en la revisión literaria y a Daniel Luaces en el trabajo con la documentación gráfica.² Los autores que Pla eligió eran en su mayoría docentes de la UNR, la UBA y la UNLP, en los que se combinaron historiadores con una carrera ya encaminada con jóvenes investigadores, muchos de ellos con militancias en la izquierda: entre muchos otros, Reyna Pastor, Gregorio Selser, Hugo del Campo, Susana Fiorito (“Natalia Duval”), Susana Belmartino, Marta Bonaudo, Irma Antognazzi, Nidia Areces, Martha Cavilliotti, Susana Bianchi, Hugo Moreno, Silvia Cragnolino, Marcos Winocur, Enrique Bourges y los españoles Josep Fontana y Josep Termes. En aquella década del 70, y también en los años 80, muchos militantes y estudiantes comenzaron su formación en estos temas a

2. Como señal del clima de peligro que se vivía hacia el período en que concluyó la colección, Luaces, estudiante en Filosofía y Letras, fue secuestrado y asesinado por la Triple A por enfrentar la “misión Ottalagano”, en diciembre de 1974.

partir de esta obra. Incluso, la colección traspasó las fronteras locales. Como el propio Pla recordaba:

Por los lugares desde donde pedían fascículos de la *Historia del movimiento obrero* nos dimos cuenta de que tenían una enorme repercusión. En Colombia se hicieron ediciones clandestinas en las que no figuraban ni los nombres de los autores, y una vez me llamó Boris para decirme que en el sur de Francia, unos refugiados republicanos habían pedido que les mandáramos la colección completa. La pedían cuando todavía estaban bajo la dictadura franquista así que no dudamos en mandarla. Había que pasar los paquetes a través de los Pireneos. Años después me encontré con un historiador que me dijo que habían sido fundamentales para la formación política de mucha gente. (Gociol, 2007: 180)

Pla fue el encargado de elaborar los fascículos que enmarcaban cada gran etapa en la que se dividieron los dos siglos bajo análisis, y que funcionaron como introducción a los tomos en que aquellos se compilaron. En el primero, “De los orígenes a las revoluciones de 1848”, se abordaba el proceso de formación del proletariado (desde el artesanado a la revolución industrial) y de las iniciales formas de organización y de representación ideológica y política de los trabajadores (cartismo, socialismo francés, marxismo). El texto partía de señalar una distinción muy simple entre clase obrera y movimiento obrero, a veces olvidada en el análisis, pero que Pla siempre recordaba en sus escritos y cursos: “Una cosa es que exista como clase social y otra que exista como movimiento social”. En el segundo, “Del *Manifiesto comunista* a la Revolución Rusa”, cubría las siete décadas de extensión de la clase obrera industrial desde Europa al resto del mundo, al calor de los ciclos de transformación del capitalismo y el imperialismo, al tiempo que reconstruía la evolución del movimiento obrero, de sus organizaciones y del socialismo marxista, tomando como eje el análisis de las tres primeras internacionales y concluyendo en el acontecimiento soviético. “De la Revolución Rusa a la Segunda Guerra Mundial”, el tercer bloque, si bien se centraba aún en los procesos europeos (revolución rusa, estalinismo, fascismo, nazismo), ya se abría a los escenarios americanos, asiáticos y africanos, en sintonía con los tiempos anticolonialistas. En el relato se advertía un corrimiento del análisis, en el que se subestimaba a la dimensión estructural y social de la clase y el movimiento obrero, por el examen de una faz esencialmente político-ideológica: la clave parecía estar puesta en explicar la crisis de la Tercera y el surgimiento de la Cuarta Internacional. El cuarto, “De la Segunda Guerra Mundial hasta la Revolución Cubana” no hacía más que continuar estas tendencias, en

donde las menciones al movimiento obrero europeo occidental y a los procesos en los “estados obreros” del este cedían espacio en un recorrido más enfocado en los otros continentes, sobre todo en sus revoluciones populares, campesinas y antiimperialistas (China, Argelia, Vietnam, Cuba). Finalmente, el quinto, “De la Revolución Cubana a la actualidad”, refería a los hechos más significativos ocurridos en los años 60 y 70 en los cuales la presencia de los trabajadores y nuevos movimientos sociales estaban implicados, desde el Mayo Francés, las revueltas en Estados Unidos, la Primavera de Praga o la resistencia al franquismo hasta la revolución cultural china, las luchas en el Medio Oriente y el triunfo vietnamita en la guerra contra Estados Unidos, pero siempre otorgándole trascendencia a los procesos latinoamericanos (sobre todo, Cuba, Argentina, Venezuela, Brasil, Bolivia, Perú).

Durante la década del 80, Pla retomó estos textos que encuadraban la mencionada colección, reelaborándolos y actualizándolos, bajo el título *Introducción a la historia general del movimiento obrero* (1984b), el cual concluía con un juicio de carácter programático:

La clase obrera ya ha definido históricamente que lucha no por el triunfo de su clase, sino por la desaparición de las clases. En tal sentido, y sólo en tal sentido, la historia del movimiento obrero tendrá un fin, se acabará, porque lo que vendrá luego será otra clase de historia. (p. 314)

Tanto la colección como el libro expresan el enfoque con el que Pla abordaba este campo de estudios. Sobre todo, porque se trataba de una propuesta de reconstrucción global. Si bien, para los tiempos formativos, consideraba la importancia de los procesos económicos y estructurales para la constitución y reconstitución de la clase obrera, luego el análisis se centraba en las manifestaciones más organizadas de los trabajadores en el plano sindical y especialmente político. De este modo, las variaciones que se fueron dando en las formas de subsunción del trabajo al capital, en los mercados de trabajo, en las dinámicas productivas, en la organización de las labores en las empresas o en las condiciones de vida fuera de las fábricas, entre otras, quedaban como asuntos mayormente desatendidos. A su vez, la idea misma de movimiento obrero aparecía muy dependiente de su matriz institucional, pues se organizaba a partir del examen de dos actores fundamentales, sindicatos y partidos, priorizando los momentos de conflictividad y las orientaciones ideológicas. En buena medida, Pla se inspiraba en el modelo de las clásicas obras de Édouard Dolléans, G.D.H. Cole, Wolfgang Abendroth, Adolf Sturmthal, Georges Bourgin, Jacques Droz y otros referentes que había utilizado para reconstruir el primer largo siglo y medio “europeo” de su trabajo,

o en las de Víctor Alba o Carlos Rama para el caso de América Latina. En esa perspectiva de Pla, en ciertos tramos institucionalista, con fuerte peso de los aspectos ideológico-programáticos y con una consideración acotada de la historia social, quedaban difuminadas las dimensiones de la cultura, las prácticas aleatorias de la sociabilidad, los pliegues del discurso y tantas otras esferas constitutivas de la experiencia obrera. Inevitablemente, la conciencia de clase y la propia experiencia de clase de los trabajadores aparecían examinadas de un modo excesivamente dependiente de un “deber ser”. Hasta mucho más tarde, en la obra de Pla no se encuentran registros importantes de las profundas transformaciones teóricas y metodológicas ocurridas en la historiografía marxista de los años 60 al 80, por ejemplo las provenientes del heterogéneo campo del marxismo y materialismo cultural anglosajón (desde E.P. Thompson hasta Eric Hobsbawm, junto a Richard Hoggart, Raphael Samuel y Raymond Williams) o de los avances producidos en Francia en torno a la revista *Le Mouvement Social* (Georges Haupt, Michelle Perrot, Rolande Treppe).

De esos años, en tránsito de concluir su exilio, también provienen sus estudios sobre el movimiento obrero venezolano, plasmados en su tesis ya señalada y en su obra de compilación *Clase obrera, partidos y sindicatos en Venezuela, 1936-1950* (1982), así como su texto en coautoría “Socialismo y sindicalismo en los orígenes del movimiento obrero latinoamericano” (1985), entre otros. Ese análisis, que priorizaba un encuadre eminentemente político, lo condujo a un más marcado interés por la trayectoria de las izquierdas, en especial el socialismo y el comunismo. En algunos trabajos propuso reflexiones específicas sobre el desarrollo de ambas corrientes en la Argentina. Como extracto y reformulación del texto líneas arriba mencionado de 1985, publicó al año siguiente sus artículos “Orígenes del Partido Socialista Argentino (1896-1918)” y “El PCA (1918-1928) y la Internacional Comunista” (1986-1987). En esos trabajos, la reconstrucción empírica se estrechaba e instrumentalizaba al servicio de mostrar algunas líneas de interpretación e impugnación historiográficas. En el caso del socialismo, el autor identificaba una fuerza insanablemente dominada por el reformismo parlamentarista (sobre todo desde que Juan B. Justo se hacía del control del partido), mientras apostaba a una algo forzada homologación con el fenómeno bernsteniano. No obstante, recreaba las constantes disidencias internas que cuestionaron al oficialismo partidario. Rescataba ciertos aportes de Ricardo Falcón y de José Ratzler (aunque se distanciaba de la exagerada visión que éste hacía de Germán Ave Lallemand como “marxista revolucionario”) y discutía tanto con las visiones del nacional-populismo de izquierda de Rodolfo Puiggrós como con las de José Aricó, quien por ese entonces ensayaba una reivindicación de Justo a tono con su apuesta

por conjugar el socialismo reformista con lo nacional-popular. En el otro caso, el centro del análisis estaba colocado en hacer evidente el carácter regresivo y fallido de construcción histórica del PC argentino y señalar los vínculos nocivos que había desplegado con una IC degradada por el estalinismo. El planteo no destacaba por su originalidad pero sí por la solidez con la que explicaba el acontecer del comunismo local a partir de las derivas de la Comintern y sus sucesivos giros estratégicos. Pla era un experto en la explicación de estas políticas, tanto en sus clases como en sus escritos. Unos años después, ello volvió a quedar expuesto cuando publicó un antiguo trabajo suyo, que era otro análisis específico del comportamiento de la sección cominterniana venezolana (Pla, 1996).

Independientemente de la profundidad o de los límites de su enfoque, lo cierto es que durante las décadas del 80 y 90, Pla fue uno de los pocos intelectuales universitarios que mantuvo viva las tradiciones de estudio de la historia del movimiento obrero y de la izquierda en la Argentina, desde las actividades de la docencia, la formación, la investigación y la divulgación. Hubo otros pocos investigadores y profesores, de generaciones más jóvenes, que persistieron en la misma brega. Pero el papel de Pla en este sentido fue muy importante, dado el reconocimiento y la autoridad que había alcanzado en el ámbito académico. Por momentos, sus posiciones asumieron un carácter excesivamente defensivo, asumiendo el costo de cierta resistencia a una renovación teórica o metodológica dentro de este campo de estudios y del marxismo en el que se referenciaba. Pero no puede dejar de calibrarse en qué contextos él debió librar estas tareas y cuánto de ello influyó en el modo en el que debió posicionarse. Incluso ya antes del derrumbe del “socialismo real” y la ofensiva neoliberal de fines de los años 80 y principios de los 90, se vivía en el terreno historiográfico un clima adverso al marxismo y a sus tradicionales objetos de estudio (Pla pronto pudo comprobar el enorme alcance de este fenómeno sobre la mayor parte de la intelectualidad antes vinculada a la izquierda, incluso de los que habían interactuado con él en algunos de sus anteriores proyectos).

Como expresión de ello, en los nuevos ámbitos académicos locales ya se había declarado el entierro de la historia del movimiento obrero, mientras la elaboración en términos de clases sociales y de lucha de clases tendía a ser anulada o vaciada de capacidad explicativa. El planteo acerca de los “sectores populares urbanos”, catapultado desde el Programa de Estudios de Historia Económica y Social Americana (PEHESA) de la Facultad de Filosofía y Letras de la UBA, fue una manifestación de estas tendencias. La discusión con estas posiciones “modernas” se habían iniciado en las Primeras Jornadas Interescuelas/Departamentos de Historia, realizadas en la UNLP en octubre de 1988, en donde Pla señaló sus diferencias con las ponencias de Luis Alberto Romero,

Leandro Gutiérrez y Ricardo Falcón. Luego precisó esa impugnación y controversia, haciendo públicos sus puntos de vista, con una ponencia presentada en las Segundas Jornadas Interescuelas desarrolladas en la UNR en septiembre de 1989 (que luego tomó forma de artículo: Pla, 1989-1990). Allí afirmaba la necesidad de una polémica fructífera y constructiva, pero al mismo tiempo franca:

“Clase obrera” o “sectores populares” no son sólo matices de expresión en donde podríamos asumir que se trata de lo mismo dicho de otra forma, sino que responden a concepciones metodológicas distintas. Y esto estará en el centro de nuestro planteo, en defensa de la concepción que entiende que en las sociedades existen clases sociales. (p. 9)

A ello consagraba su texto, a través de un recorrido metódico, aunque afectado por cierta inercia doctrinaria, de los conceptos de clase social y clase obrera. Los asumía a partir de Marx, recordando que no eran “una invención circunstancial sino coherente con un conjunto analítico metodológicamente entrelazado” (p. 18). Y los cotejaba con los modos en que habían sido operados por distintos autores de la tradición marxista, como Antonio Gramsci, E.P. Thompson, Nicos Poulantzas o Gerald Cohen, entre otros. También problematizaba en torno al antagonismo entre las categorías de clase social y de elites, rescataba la antigua distinción entre clase en sí y clase para sí y concluía con una consideración acerca de la cuestión de la identidad y los nuevos movimientos sociales (en abierta discusión con Alain Touraine y Claus Offe). Era a partir de este último punto donde advertía sobre la ambigüedad del concepto de “sector social” dotado de sus propias “identidades”, las cuales acabarían por negar o diluir la mayor complejidad y utilidad existente en la categoría de clase y, más específicamente, de clase obrera (incluso, cuando se analizara un ámbito de heterogeneidad como un barrio popular).

Frente a la insustancialidad teórica del concepto de “sectores populares urbanos”, la argumentación de Pla aparecía sostenida en una rigurosidad metodológica que, no obstante, presentaba una fragilidad, por la manera excesivamente tradicional con la que encaraba la problemática de clase, algo desencajada de las dimensiones de la conciencia y, en parte, de la lucha de clases. El otro ángulo débil de la crítica era que no encaraba un estudio histórico que constatará un panorama alternativo al carente de conflictividad y ganado por la integración ciudadana, que trazaron los estudios “modernos” para la Argentina de entreguerras.³

En buena medida, fue para enfrentar estas concepciones, para dar

3. Un estudio que refuta ese escenario de conformismo social en Camarero, 2007.

vida a un programa que relanzara el área de estudios sobre los trabajadores y para colaborar en el reagrupamiento de las nuevas camadas de investigadores en torno al tema que Pla conformó hacia 1990 el Centro de Estudios de Historia Obrera (CEHO), constituido en la Escuela de Historia de la Facultad de Humanidades y Artes de la UNR, el cual estuvo integrado, entre otros profesores e investigadores, por Cristina Viano, Gabriela Águila y Gustavo Guevara, de esa universidad, y también por Pablo Pozzi y otros de la UBA. Su proyecto era conformarse en torno a “una temática centrada en la historia del movimiento obrero en el contexto más amplio de la teoría y la práctica de los movimientos sociales contemporáneos (“Síntesis de la Carta Orgánica”, en *Boletín* n° 2, 1991).

El CEHO, que se mantuvo activo durante algo menos de diez años, surgió bajo el presupuesto de que “lo que sigue otorgando centralidad a la clase obrera es el lugar estratégico que ésta ocupa en el proceso de valorización del capital [...] Esto no supone pensar a la clase obrera como un bloque homogéneo o desconocer la existencia de otros sujetos sociales, sino que conduce a valorar en sus justos términos las implicancias teóricas y prácticas de la contradicción constitutiva del sistema”. Y se proponía conjugar la “historia militante del movimiento obrero” y la “historia académica”, para abordar “el estudio de los trabajadores desde una óptica amplia y abarcadora, inserto en una historia social que recoja el aporte de otras ciencias humanas y que asuma por vocación interpretar, pero también transformar” (“Editorial”, en *Boletín* n° 2, 1991). Tenía objetivos amplios: crear unidades de investigación sobre cuestiones específicas, realizar conferencias, talleres y seminarios de formación internos y externos, promover publicaciones, gestionar becas y subsidios para el organismo y sus integrantes. También, buscaba la vinculación con otros centros o espacios próximos a la temática del país o del exterior (que alcanzó con algunos europeos, ver *Boletín* n° 6, 1996). Varias de estas iniciativas pudieron llevarse a cabo: mesas de debate, talleres, simposios propios o dentro de distintas jornadas, la edición de un *Boletín* de salida irregular (con avances de investigación, ver *Boletín* n° 5, 1993) y la publicación de algunos *Papeles de Trabajo*, y la revisión de las novedades bibliográficas aparecidas acerca de ese campo de estudios. También ofreció los materiales de una biblioteca y de un archivo, conformado por numerosas colecciones de periódicos y publicaciones de organizaciones sindicales y políticas, que articuló con la REMOS (Red de Recuperación y Protección de Archivos de los Trabajadores y de los Movimientos Sociales Argentinos), de la que el CEHO fue miembro activo desde su fundación en 1991 (ver REMOS, 1994). En todo caso, aún falta un balance de este Centro coordinado por Pla, que representó una apuesta ambiciosa pero que no alcanzó a galvanizar una producción propia significativa ni a mantenerse en el tiempo.

* * *

Si bien los tópicos de América Latina y de la trayectoria del movimiento obrero fueron los que merecieron mayor atención en la obra de Pla, también se incursionó allí en ciertos problemas teóricos, metodológicos y epistemológicos, tanto del marxismo como de la historiografía y las ciencias sociales en general, cuestiones que él solía pensar de manera entrelazada. Primero, lo hizo en su libro *Ideología y método en la historiografía argentina* (1972), que luego amplió y reelaboró en *La Historia y su método* (1980). En ellos, el autor exploró el panorama historiográfico nacional e internacional. Impugnaba las corrientes tradicionales locales, la liberal y la revisionista, señalaba los límites de la nueva historiografía económico-social emergente desde los años 50 y 60; al mismo tiempo, a partir de una crítica a Ricardo M. Ortiz, Rodolfo Puiggrós y Jorge Abelardo Ramos, afirmaba la inexistencia de una genuina corriente historiográfica marxista en la Argentina (optando por ignorar completamente la existencia de Milcíades Peña). También arremetía contra el estructuralismo, especialmente en su versión althusseriana, por entender que incomprendía el carácter contradictorio de la realidad y liquidaba el devenir y la historicidad, en función de modelos estáticos, proponiendo recolocar a la lucha de clases en el lugar central de análisis (o como retomaría años después: “La muerte del sujeto en la historia es el decreto de la desaparición de las clases sociales”, Pla, 1992: 11). Si bien pueden discutirse algunos de estos argumentos, es atendible el motivo central que los animó: la intención de valorizar el pensamiento y el proyecto científico-político de Marx (de cuya tradición poseía un respetable conocimiento), en contra de los reduccionismos, los determinismos y las distorsiones más groseras. Las reflexiones de Pla sobre el método en las ciencias sociales y acerca del materialismo histórico continuaron en otras obras, como la que compiló varios de sus textos bajo el título *Historia y socialismo* (1988).

Pla no recuperaba ni reivindicaba a Marx como pensador aséptico, de modo fragmentado o desconectado de la lucha contra el capitalismo. Asumió a esta última como un compromiso inquebrantable, incluso en el ámbito académico e historiográfico. Como parte de esa lucha intelectual y política, fue uno de los grandes animadores de la revista socialista de teoría, sociedad y política *Cuadernos del Sur*, que se publicó en Buenos Aires entre 1984 y 2005, contribuyendo a dinamizar el debate y el análisis en la izquierda argentina. Pla fue parte del Comité Editor (del que se retiró algunos años antes de la disolución de la revista), que en el país animaban Eduardo Lucita y Carlos A. Suárez, entre otros, y que en el exterior llegó a contar con la adhesión de otros intelectuales y militantes de procedencia trotskista, como Adolfo Gilly, Alejandro Dabat, Daniel Pereyra, Hugo Moreno y Guillermo Almeyra.

Durante los hostiles años 90, Pla mantuvo su apuesta por el socialismo, cuando ese término y esa causa sufrían un profundo impacto, tras la caída del Muro de Berlín y la disolución de la URSS (Pla, 1990b). En octubre de 1991 fue uno de los principales impulsores del Simposio Internacional “Pasado, presente y perspectivas del socialismo” (realizado en la Facultad de Filosofía y Letras de la UBA), en donde sostuvo:

La crisis del estalinismo no es el fin del socialismo sino el punto de partida necesario para un recomienzo dialectico [...] La vigencia de Marx persistirá mientras persista la alienación, la lucha de clases, la plusvalía y el modo de producción capitalista porque lo más abstracto es coherente y fundamenta lo más pragmático. Por eso, poner a Marx al derecho y continuar su obra en el mundo de hoy es hacer resurgir la esperanza de los desesperados. Y para ello hay que volver a aprender a nadar contra la corriente. (Pla, 1991: 17)

En mayo de 1993, impulsó otro muy concurrido Seminario Internacional, organizado en la UNR, que también reunió a intelectuales marxistas de diversas partes del mundo y estuvo dedicado al examen del “nuevo orden mundial” surgido a fines del siglo XX y sobre el “socialismo como pensamiento y perspectiva”. Allí advertía: “A la internacionalización del capital no hay más respuesta que la internacionalización del socialismo”. Y convocaba: “Es hora de elevar las miras y proponerse objetivos más ambiciosos que los simplemente intelectuales, por muy importantes que ellos sean para comprender el mundo” (Pla, 1994a: 153). Hasta su muerte, ocurrida en agosto de 2006, Pla conservó una esperanza consciente en la clase obrera y en su capacidad para recuperar su potencialidad revolucionaria, que permitiese abatir la dominación burguesa y superar la “crisis de civilización” a la que arrastraba el capitalismo.⁴

Pulsión militante y apuesta por vincularla a la actividad intelectual. Tozudez por mantener el legado de la tradición marxista y por negarse a ceder frente a modas intelectuales. Obsesión por negarse a abandonar el análisis de los antagonismos de clase y por identificar el lugar de los trabajadores en la historia, del pasado y del presente. Todo eso coloca a Pla como una experiencia que no puede ignorarse en un balance global de la historiografía del movimiento obrero en la Argentina. Sólo partiendo desde allí pueden juzgarse y comprenderse los indudables límites y dificultades en el despliegue de tal empresa, y deben plantearse, necesariamente, las nuevas líneas de avance en nuestro campo.

4. Lo reafirmaba poco antes de morir, al recibir el título de Doctor Honoris Causa de la UNR en 2005. Ver Antognazzi (2006).

Bibliografía

- Almeyra, Guillermo (2008), "Historiador marxista y hombre coherente", *Cuadernos de la Cátedra Libre Karl Marx*, n° 1, Buenos Aires, pp. 11-12.
- (2013), *Militante crítico. Una vida de lucha sin concesiones*, Buenos Aires: Continente.
- Ansaldi, Waldo (2009), "José Luis Romero, la mala suerte de nacer en el sur", *E-l@tina. Revista electrónica de estudios latinoamericanos*, n° 27, Buenos Aires, pp. 79-83.
- Antognazzi, Irma (2006), "Una nota sobre un maestro historiador: el Dr. Alberto Pla", entrevista en *Revista do Programa de Estudos Pós-graduados de História*, n° 32, São Paulo, pp. 279-290.
- Camarero, Hernán (2007), "Consideraciones sobre la historia social de la Argentina urbana en las décadas de 1920 y 1930: clase obrera y sectores populares", en *Nuevo Topo. Revista de historia y pensamiento crítico*, n° 4, Buenos Aires, pp. 35-60.
- (2013), "El período formativo de un intelectual: Milcíades Peña y el trotskismo en las décadas de 1940-1950", en *Archivos de historia del movimiento obrero y la izquierda*, n° 3, Buenos Aires, pp. 9-33.
- Gociol, Judith (2007), *Más libros para más: colecciones del Centro Editor de América Latina*, Buenos Aires: Biblioteca Nacional.
- González, Ernesto (coord.) (1995), *El trotskismo obrero e internacionalista en la Argentina*. Tomo I: *Del GOM a la Federación Bonaerense del PSRN (1943-1955)*, Buenos Aires: Antídoto.
- Moreno, Hugo (2008), "Alberto J. Pla (1926-2008): una vida por el socialismo", en *Sin Permiso*, <http://www.sinpermiso.info/textos/index.php?id=2015>.
- Pla, Alberto (1969), *América Latina siglo XX: economía, sociedad, revolución*, Buenos Aires: Carlos Pérez.
- (1971), *La burguesía nacional en América Latina*, Buenos Aires: CEAL.
- (dir.) (1971-1972), *Historia de América en el siglo XX*, Buenos Aires: CEAL.
- (1972), *Ideología y método en la historiografía argentina*, Buenos Aires: Nueva Visión.
- (dir.) (1972-1974), *Historia del movimiento obrero*, Buenos Aires: CEAL.
- (1979), *Modo de producción asiático y las formaciones económico-sociales inca y azteca*, México: El Caballito.
- (1980), *La Historia y su método*, Barcelona: Fontamara.
- et al. (1982), *Clase obrera, partidos y sindicatos en Venezuela, 1936-1950*, Caracas: Centauro.
- (1984a), "Peronismo o socialismo: alternativa para la clase obrera argentina", en Alberto Pla et al., *La década trágica. Ocho ensayos sobre la crisis argentina, 1973-1983*, Buenos Aires: Tierra del Fuego.
- (1984b), *Introducción a la historia general del movimiento obrero*, Buenos Aires: Tierra del Fuego.
- y Samuel Malpica Uribe (1985), "Socialismo y sindicalismo en los orígenes

- del movimiento obrero latinoamericano”, *Cuadernos del CIHMO*, n° 2, Universidad Autónoma de Puebla, México.
- (1986), “Orígenes del Partido Socialista Argentino (1896-1918)”, en *Cuadernos del Sur*, n° 4, Buenos Aires, pp. 41-74.
 - (1986-1987), “El PCA (1918-1928) y la Internacional Comunista”, en *Anuario de la Escuela de Historia, Segunda Época*, Facultad de Humanidades y Artes, UNR, n° 12, pp. 339-363.
 - (comp.) (1987), *Estado y sociedad en el pensamiento norte y latinoamericano. Antología conceptual para el análisis comparado*, Buenos Aires: Cántaro.
 - (1988), *Historia y socialismo*, Buenos Aires: CEAL.
 - (1989-1990), “Apuntes para una discusión metodológica. Clases sociales o sectores populares. Pertinencia de las categorías analíticas de «clase social» y «clase obrera»”, en *Anuario de la Escuela de Historia, Segunda Época*, Facultad de Humanidades y Artes, UNR, n° 14, pp. 7-40.
 - (1990a), “La necesaria falsa conciencia: de Mariátegui a Lombardo Toledano”, en AA.VV., *Mariátegui. Historia y presente del marxismo en América Latina*, Buenos Aires: FISyP.
 - (1990b), “En defensa del socialismo”, en *Cuadernos del Sur*, n° 11, Buenos Aires, pp. 71-89.
 - (1991), “Vigencia de Marx”, en Eduardo Lucita (comp.), *La liberación de Marx. El debate actual en el socialismo*, ficha temática de *Cuadernos del Sur*, Buenos Aires: Tierra del Fuego, pp. 9-17.
 - (1992), “La cuestión del Estado en la actualidad: la discusión más general”, en AA.VV., *Los estudios sobre el Estado y la reestructuración capitalista*, ficha temática de *Cuadernos del Sur*, Buenos Aires: Tierra del Fuego, pp. 5-11.
 - (1994a), “Historia y actualidad del conflicto capitalismo/socialismo”, en AA.VV., *El nuevo orden mundial a fines del siglo XX. El socialismo como pensamiento y perspectiva*, Rosario: Homo Sapiens, pp. 145-153.
 - (1994b), “Mariátegui y el marxismo”, en *Cuadernos del Sur*, n° 18, Buenos Aires, pp. 97-108.
 - (1996), *La Internacional Comunista y América Latina: sindicatos y política en Venezuela (1924-1950)*, Rosario: Homo Sapiens.
 - (2001), *América Latina: mundialización y crisis*, Rosario: Homo Sapiens.
- REMOS (1994), *Bibliotecas y archivos documentales de los trabajadores argentinos*, Buenos Aires.
- Suárez, Teresa y Nidia Areces (2005), “Entrevista al Doctor Alberto J. Pla”, *Revista Clío & Asociados. La Historia Enseñada*, n° 8, La Plata, pp. 131-150.
- Viano, Cristina (2009), “Adiós a Alberto J. Pla (1926-2008)”, *Revista Clío & Asociados. La Historia Enseñada*, n° 13, La Plata, pp. 9-10.

ARCHIVOS de historia del movimiento obrero y la izquierda

Nº 4

Dossier: “Del Cordobazo al clasismo: protesta obrera y alternativas culturales”: • La protesta obrera en el cine, por *Mariano Mestman* • Militancia fabril del PRT-La Verdad, por *Martín Mangiantini* • Dos revistas culturales frente al Cordobazo, por *Adrián Celentano* • Huelgas salvajes en Córdoba y el surgimiento del Sitrac, por *Carlos Mignon*

Artículos: • La represión al comunismo durante el gobierno de Justo, por *Mercedes López Cantera* • Del sindicato a la central obrera en Tucumán en los años 30, por *María Ullivarri*

Perfiles: • Pierre Broué, por *Alicia Rojo*

Nº 5

Dossier: “La deriva del Partido Comunista argentino: de la revolución a la colaboración de clases”: • El PC frente al peronismo, por *Silvana Staltari* • El planteo de Frente Democrático Nacional, por *Hernán Camarero* • La crisis del PC en los 80, por *Natalia Casola* • Los emisarios de la Comintern en los años 20, por *Victor y Lazar Jeifets* • La fracción “chispista” y la Comintern, por *Victor A. Piemonte*.

Artículos: • Qué son los sindicatos en la teoría marxista, por *Agustín Santella* • La gran huelga azucarera de 1949, por *Esteban Piliponsky*

Entrevista: • Pelai Pagès, por *C. Marticorena* y *M. Eskenazi*

Nº 6

Dossier: “El camino reformista: el Partido Socialista desde sus orígenes hasta la Ley Sáenz Peña”: • Fisonomía de *La Vanguardia*, por *Juan Buonuome* • El PS y las huelgas, por *Lucas Poy* • El PS y la Ley Sáenz Peña, por *Ricardo Martínez Mazzola* • El socialismo frente a Enrico Ferri, por *Carlos M. Herrera* • El periódico *Palabra Socialista*, por *Hernán M. Díaz*

Artículos: • Los ferroviarios y el poder gremial, 1917-1918, por *Paulo Menotti* y *Antonio Oliva* • El sindicato del calzado en la Córdoba clasista, por *María Laura Ortiz*

Debate: • El concepto de “estrategia” de la clase obrera, por *Paula Varela* y *Nicolás Iñigo Carrera*

Crítica de libros

Pablo A. Pozzi y Claudio Pérez (eds.), *Por el camino del Che. Las guerrillas latinoamericanas 1959-1990*, Buenos Aires, Imago Mundi, 2012, 458 pp.

Los últimos años han visto consolidarse en nuestro país un dinámico campo de estudios sobre la historia reciente. Se ha producido una ampliación de temas de estudio y al mismo tiempo una revisión a partir de nuevos enfoques de temas tradicionales y viejos debates como los vinculados a la violencia política, la militancia revolucionaria y, en particular, las organizaciones político-militares de la década del 70. Un buen ejemplo de esta renovación y actualización de debates fue la experiencia durante una década de la revista *Lucha Armada en la Argentina*, ahora transformada en anuario.

En este clima intelectual y académico se inscribe la publicación de este libro compilado por Pablo Pozzi y Claudio Pérez que retoma debates ya tradicionales sobre el vínculo establecido entre la guerrilla y la juventud, los marcos revolucionarios de acción y las diferentes clases sociales y sus luchas. El trabajo brinda un marco latinoamericano para colocar la experiencia de la lucha armada.

El libro está integrado por trece artículos que abordan diferentes aspectos de organizaciones guerrilleras surgidas en diversos contextos a partir del fuerte impacto de la Revolución Cubana. La introducción de Pozzi y Pérez propone algunos ejes de la historia contemporánea de la región como marco general. En ese sentido, se destacan el importante desarrollo de la izquierda revolucionaria y sus diferentes variantes, las dificultades para establecer una sólida hegemonía burguesa, la constancia de la violencia política surgida de la sociedad civil y el amplio proceso de politización y radicalización de una nueva generación durante los años 60, siendo los jóvenes de diferentes orígenes sociales los principales protagonistas de la lucha armada. Se encuadra la historia de la guerrilla en el marco más amplio de la historia de la izquierda local e internacional. También se señala el origen de la nueva izquierda latinoamericana en rupturas de los partidos comunistas, la influencia de los grupos trotskistas, junto con distintas vertientes socialistas

y su combinación con sectores provenientes del nacionalismo o del populismo. Aunque se destaca la importancia de la historia oral como un recurso para acceder a los aspectos identitarios y de la experiencia subjetiva de la militancia, su utilización en los textos de la compilación tiene diferentes tratamientos. Algunos de los textos prácticamente no utilizan entrevistas y otros las emplean exclusivamente para reconstruir aspectos fácticos de sus objetos de estudio.

Pérez y Pozzi establecen tres grandes etapas para el desarrollo de la guerrilla latinoamericana. Una primera, la década que va desde 1959 hasta 1969, caracterizada por expediciones armadas o intentos foquistas rurales rápidamente derrotados. Una segunda, entre 1970 y 1979, marcada por la combinación de esa actividad con un amplio trabajo político de masas y el desarrollo de una actividad militar urbana y rural. Y una tercera etapa, entre 1980 y 1995, que estuvo marcada por el desarrollo de experiencias muy diversas entre sí, como el Frente Patriótico Manuel Rodríguez, organizado por el PC chileno, o el más reciente EZLN chapaneño.

Mientras algunos textos son representativos de lo mejor que se ha producido recientemente desde la historia profesional y académica sobre la guerrilla en distintos países de América Latina, con un profundo conocimiento del tema, sólido manejo de fuentes escritas y orales, de los debates implicados y de la bibliografía de referencia, otros trabajos tienen un tono más empirista y descriptivo y muestran una menor problematización de los temas abordados. Por ejemplo, los trabajos que abordan los partidos y las guerrillas del Cono Sur cuentan con un adecuado manejo del objeto de estudio, fuentes primarias y una actualizada bibliografía de referencia.

Siguiendo esta línea, respecto a la vasta y compleja experiencia de la guerrilla en Argentina, la compilación incluye dos artículos que abordan organizaciones peronistas: los Uturuncos, que operó en el noroeste argentino entre 1959 y 1960, y las Fuerzas Armadas Peronistas, una guerrilla de tipo foquista aparecida en el año 1968 y que se vinculó con sectores del movimiento obrero organizados en el Peronismo de Base. Los dos artículos son representativos de algunas de las líneas de investigación desarrolladas en los últimos 15 años en nuestro país, que están dirigidas a exponer, por un lado, que la lucha armada fue una alternativa discutida y ensayada por la izquierda y el peronismo mucho antes de la década del 70 y, por el otro, estudiar aquellas experiencias de lucha armada de grupos más pequeños y menos conocidos o las organizaciones surgidas de rupturas de Montoneros y del PRT-ERP, abordadas escasamente por la bibliografía especializada durante décadas.

El trabajo de Ernesto Salas destaca que Uturuncos estaba fuertemente vinculado a los comandos de la resistencia peronista, a John William Cooke y al movimiento obrero de la resistencia peronista, a John William Cooke y al movimiento obrero de la resistencia peronista, en particular a la FOTIA, cuestionando la idea de que la guerrilla fue protagonizada siempre o exclusivamente por sectores pequeñoburgueses o de la juventud universitaria. El texto de Marcelo Raimundo sobre FAP-PB analiza la dinámica,

características y debates de una organización muy diferente a Montoneros, grupo que hegemonizó el peronismo revolucionario durante los años 70, tanto en sus definiciones políticas como en su actividad político-militar.

Clara Aldrichi, una de las historiadoras uruguayas que mejor conoce la experiencia de Tupamaros, resume algunos aspectos de sus investigaciones previas en su artículo sobre el MLN-T, desde su formación en 1965 y durante una década, incluyendo su desarrollo, derrota en el año 1972 y exilio. Creado el mismo año y al igual que Tupamaros surgido de la confluencia de un heterogéneo grupo de organizaciones en la formación de una nueva fuerza política, la historia del MIR de Chile es abordada por Igor Goicovic Donoso en un sólido trabajo. Otros dos artículos tratan sobre dos organizaciones aparecidas también en el país trasandino en el año 1983 y surgidas durante la resistencia a la dictadura militar de Augusto Pinochet: el Frente Patriótico Manuel Rodríguez y el MAPU-Lautaro. Claudio Pérez Silva escribe sobre el FPMR, uno de los principales productos de la enorme crisis que generó en las fuerzas de izquierda el golpe de Estado de setiembre de 1973 y el exilio masivo de militantes y partidos políticos.

Además, el libro incluye un perfil de dos de los principales referentes de la guerrilla brasileña: Carlos Marighella, líder de Acción Libertadora Nacional, una guerrilla urbana creada en 1967, y el capitán Carlos Lamarca, referente de Vanguardia Popular Revolucionaria; también se incluye un análisis del surgimiento de los grupos urbanos y rurales que apelaron a la autodefensa y a la lucha armada en México desde mediados de la década del 60. Muchas de estas organizaciones político-militares confluyeron en una organización nacional denominada Liga Comunista 23 de Setiembre, surgida en el año 1973.

El trabajo se completa con artículos sobre una expedición militar a la República Dominicana de junio de 1959, sobre el ELN boliviano, otro sobre el ELN colombiano, un texto sobre las FAR de Guatemala, y un interesante trabajo de José Luis Rénique que analiza el origen del MIR peruano, a partir de la crisis del APRA y el proceso de radicalización de una parte de su militancia.

Los problemas, desafíos y límites que enfrentaron los diferentes grupos, partidos y organizaciones locales tienen algunos puntos en común con la trayectoria y las experiencias políticas de la izquierda revolucionaria de la región. La trayectoria de la guerrilla ha sido diversa y compleja tanto en América del Sur como en América Central, aunque han abundado experiencias fallidas desde su nacimiento, vanguardistas o con tendencias sustituidas, alejadas de la lucha de las clases sociales, la intervención del movimiento de masas y la acción política. El problema del militarismo ha estado presente en muchas de esas experiencias.

La compilación permite a los interesados en la historia de la violencia política acercarse de una manera ágil a las distintas experiencias de carácter foquista y guerrilleras de América Latina. Si bien la calidad de los artículos es desigual, consideramos que en el contexto de los debates actuales so-

bre la lucha armada el mayor mérito de este libro es brindar un encuadre regional donde el caso argentino puede ser iluminado por una visión más amplia y general.

Ariel Eidelman (UBA)

* * *

Mabel Bellucci, *Historia de una desobediencia. Aborto y feminismo*, Buenos Aires: Capital Intelectual, 2014, 520 pp.

Mabel Bellucci es periodista, activista feminista-queer y cuenta con una reconocida trayectoria en la lucha por los derechos de las mujeres, que se evidencia a lo largo de su libro *Historia de una desobediencia. Aborto y feminismo*, en el que se propone realizar un recorrido histórico y político que analiza las luchas por el derecho al aborto voluntario en Buenos Aires desde 1960 hasta la actualidad. La primera frontera que desobedece es aquella que se construye entre la academia y la política, sin por eso perder ninguna rigurosidad histórica y conformando así una investigación-activista. A través de un intenso análisis de las más diversas fuentes logra una de las esencias del libro: llegar a una polifonía de voces que testimonia la pluralidad de actores, ideas y prácticas presentes en estas luchas. El resultado es una producción colectiva que expresa la lucha por el aborto, único lugar en donde convergen todas las tendencias del feminismo.

El libro cuenta con ocho capítulos, una presentación y un destacado prólogo de Juan Marco Vaggione quien señala con precisión sus fortalezas y ejes. Los primeros cuatro capítulos abordan las décadas del 60 y 70. “El movimiento de liberación de la mujer” se centra en las principales ciudades de Estados Unidos y Europa, epicentros de la conflictividad de posguerra y donde renace el movimiento feminista conocido como el de la *segunda ola*. Aquí la autora logra desplegar el desarrollo de sus organizaciones, referentes, luchas, como la histórica campaña francesa “yo aborté” y producciones teóricas, ubicándolas en un contexto de cambio y en relación con otros movimientos de izquierda. En el segundo capítulo, siguiendo con esta línea que articula las relaciones entre el feminismo internacional y el nacional, nos acerca a aquellas *viajeras militantes* que gracias a sus movimientos territoriales transportan ideas, prácticas y agendas feministas. De esta manera desobedecen los límites de las fronteras y contribuyen a conformar el recorrido de la lucha por el aborto.

El tercer capítulo “Sucesos argentinos” se centra en el movilizadísimo contexto político porteño que va desde los 60 hasta 1976, haciendo hincapié en la irrupción de las organizaciones feministas de esos años, como la Unión Feminista Argentina y el Movimiento de Liberación Femenina. Asimismo, mapea las dificultosas relaciones entre éstas y el peronismo y la izquierda, así como los amenos diálogos con el Frente de Liberación Homosexual con el

que llegan a conformar el Grupo Política Sexual. También analiza pequeños avances en la lucha por el aborto dando cuenta de ciertas desobediencias políticas y de sus límites. El cuarto capítulo “¡Arremete, mujer!”, nos introduce en el golpe de Estado de 1976 y en el consecuente paso a la clandestinidad de la mayoría de las organizaciones y activistas. Pero también nos muestra la acción subterránea que se construye: grupos de estudio cerrados que conforman la *cultura de catacumbas*, la politización que hacen las mujeres de sus vidas privadas, el reagrupamiento de algunas feministas y el mantenimiento de organizaciones recientemente creadas. La autora destaca que la resistencia a la dictadura desde los *insilios*, desde el propio territorio, es principalmente femenina.

En el quinto capítulo, “Sobre transiciones y consolidaciones”, se aborda el período que comienza en 1983 con la vuelta a la democracia bajo la presidencia Raúl Alfonsín, quien es acompañado por varias feministas. En este contexto, en el que resultan urgentes los reclamos de los organismos de derechos humanos, las nuevas agrupaciones feministas se centran en la violencia hacia las mujeres, quedando excluidos de la agenda pública el aborto clandestino y el lesbianismo. Aunque hay algunos intentos por colocar el tema del aborto, se lo sigue vinculando a la anticoncepción. Avanzando la década se instala con mayor fuerza el término *derechos reproductivos* y Bellucci concluye que el aborto se pierde en dicha noción ocultando su contenido de batalla al régimen político heterosexual.

El sexto capítulo logra su cometido de realizar una *cartografía del aborto* en los 90. La Comisión por el Derecho al Aborto, impulsada por la destacada luchadora Dora Coledesky e influida por la experiencia de exilio de las *mujeres viajeras*, es la colectiva con más trascendencia en la lucha en cuestión en esta década. Bajo el lema “Anticonceptivos para no abortar, aborto legal para no morir” instala este debate como única premisa en tiempos en que el aborto era un *no dicho*. Junto con el movimiento de mujeres, batalla contra las distintas expresiones de derecha, especialmente en los Encuentros Nacionales de Mujeres (ENM) y establece alianzas con distintos sectores como la Central de Trabajadores Argentinos y el naciente activismo *queer*, entre otros.

El séptimo capítulo, “El aborto en el nuevo milenio”, nos sumerge en la revuelta popular del 2001 rescatando el rol protagónico de las mujeres y la extensión transversal de la propuesta por el derecho al aborto. También aborda las discusiones que se dieron entre algunas feministas suscitadas por las alianzas con varones, trans y travestis que llegan a quebrar la joven Asamblea por el Derecho al Aborto (2003). Finalmente en el 2005 nace la emblemática “Campaña Nacional por el Derecho al Aborto Legal, Seguro y Gratuito” producto de un acuerdo entre diversas colectivas que logran ganar las calles, lo que queda plasmado en la marcha final del ENM de ese año que se tiñe de pañuelos verdes. En el artículo “La gesta del aborto propio”, Belén Grosso, María Trpin y Ruth Zurbriggen retratan la experiencia neuquina de Socorro Rosa (2009), el servicio de información y acompañamiento

a mujeres que realizan abortos mediante el uso de misoprostol. Retomando la tradición de feministas francesas e italianas y concibiendo el aborto como modo de resistencia, tienen el objetivo de que se hagan de forma segura, revirtiendo los malos tratos y el desamparo impuestos por la clandestinidad.

En el último capítulo, “Testimonio ineludibles”, se escucha en primera voz a algunas de las protagonistas que llevan adelante la Campaña Nacional, contribuyendo a la polifonía del libro. La feminista santafesina Dahiana Belfiori se identifica como una de las nuevas *viajeras militantes*, estableciendo filiaciones entre pasado y presente. Martha Rosenberg, fundadora de la Campaña Nacional, nos señala los hitos que marcaron su nacimiento, su pluralidad y sus tensiones. También nos indica uno de sus logros: más allá de que el aborto no está en la agenda del oficialismo, sí está en la agenda social y pública. Mientras que Alejandra Ciriza también recorre su historia y alianzas y contribuye a ampliar el alcance territorial del libro al incluir la experiencia de una provincia más conservadora como Mendoza.

De esta manera, Bellucci consigue realizar una genealogía de la lucha del feminismo porteño por el aborto durante los últimos cincuenta años en la que se destaca su voluntad por reconstruir y contextualizar los encuentros y las tensiones del movimiento feminista con otros colectivos. Sin embargo, en los últimos dos capítulos –al considerarse sólo testimonios de militantes feministas– queda un tanto desdibujado el rol de la izquierda en la lucha por el aborto desde el 2001 hasta acá y sus aportes a la Campaña Nacional. Se plantea este desafío para futuras investigaciones que puedan complementar este estudio así como ahondar en las experiencias en el interior del país. El presente es un aporte fundamental a la lucha que se sigue desarrollando por el derecho al aborto en un contexto en el que los femicidios tomaron gran visibilidad gracias a la movilización de centenares de miles de mujeres y hombres el 3 de junio de 2015 bajo la bandera “Ni una menos”. En conclusión, su mayor contribución es historizar, politizar y gritar a viva voz aquello que por muchos años fue practicado pero silenciado, pensando la práctica de abortar como una gesta de desobediencia frente al mandato compulsivo de la maternidad.

Antonella Delmonte Allasia (IEEG, FFyL, UBA)

* * *

Pelai Pagès y Pepe Gutiérrez-Álvarez (dirs.), *El POUM y el caso Nin. Una historia abierta*, Barcelona, Laertes, 2014, 303 pp.

La fundación Andreu Nin nos presenta, de la mano de Pelai Pagès i Blanch y Pepe Gutiérrez-Álvarez, un interesante y necesario libro que –como anuncia desde su título– centra su eje en el Partido Obrero de Unificación Marxista (POUM) y el caso Andreu Nin. Esta obra se constituye como un balance colectivo, con actualizaciones y reformulaciones de cuestiones ya

abordadas, en la que intervienen trece autores de diversas profesiones, pero con una enorme convicción militante. Ellos son Miquel Berga i Bagés, Marta Brancas, Alfonso Clavería, Andy Durgan, Chris Ealham, Josep Antoni Pozo González, Pepe Gutiérrez-Álvarez, Javier Maestro, Pelai Pagès i Blanch, Reiner Tosstorff, Miguel Romero, Wilebaldo Solano Alonso y Jordi Torrent Bestit.

El prólogo de Pagès que abre la compilación nos proporciona un recorrido sobre el lugar que ha ocupado el POUM en el debate público. En él se da cuenta de varios sucesos relevantes: la transición democrática de los 70 trajo innovaciones historiográficas, en los 80 se sufrió una interrupción y, con la caída de la URSS, el campo volvió a cobrar fuerza. Según explica el autor, en este último momento se constituyó la Fundación Andreu Nin que, además de una tarea memorialística, desarrolló un frente historiográfico de reivindicación política.

El historiador inglés Chris Ealham aborda los hechos de Mayo de 1937 y la crisis del anarquismo que estos ocasionaron. El autor, entonces, destaca estos acontecimientos como punto de inflexión en el proceso revolucionario español y sobre los cuales es necesario debatir con los revisionistas. Desde la perspectiva del autor, volver sobre estos hechos es importante porque ellos ayudaron a configurar micropoderes que pusieron en cuestión el Estado republicano. Ante esta situación, se analiza la posición anarquista y su colaboración democrática con los republicanos, teniendo en cuenta la estrategia del Estado, la lucha en su interior y el debate en el conjunto de las fuerzas políticas.

Con el estallido de la guerra civil en julio de 1936, el POUM empezó a desplegar una campaña en favor de un *gobierno obrero*. Josep Antoni Pozo González repasa las posiciones del partido de Nin a partir de ese momento, a las que califica de contradictorias. La cuestión, que puede verse entre palabras aquí, es la relación entre los objetivos trazados y los medios disponibles para alcanzarlos. Pozo González postula que la política del POUM en los momentos más álgidos de la revolución estuvo atravesada por la defensa de diferentes políticas que oscilaban entre la derecha y la izquierda. El autor advierte que esto último y el miedo a quedar aislados condujeron al partido a transitar la vía de la colaboración antifascista que tanto había criticado.

En junio de 1937 la embestida sobre el POUM llegó a su supresión como partido. Muchos dirigentes fueron encarcelados y juzgados. Reiner Tosstorff, historiador alemán, aborda este período desde la perspectiva de las prácticas militantes que persistieron y las que fueron suprimidas. El historiador indaga en una serie de casos concretos donde el POUM fue desplazado de posiciones importantes en diversos ámbitos de la república y de las organizaciones obreras, entre ellas, las divisiones militares. El historiador analiza los cambios en la práctica militante tanto en el plano nacional como en el internacional y destaca una serie de aspectos: la composición del comité central, la fluctuación de la fuerza militante, la composición etaria de la dirección (cada vez eran más los jóvenes de entre 15 y 18 años con importan-

tes responsabilidades), entre otros. Frente a este nuevo escenario surgieron divergencias en la línea política que Tosstorff analiza detalladamente.

Marta Brancas, historiadora y activista feminista, analiza en el presente volumen el rol de las mujeres del POUM en el movimiento femenino en tiempos republicanos. La autora destaca que, en el campo historiográfico, ha habido un avance en cuanto al rol desempeñado por estas mujeres, pero remarca que es necesario profundizar los análisis. Deteniéndose en las prácticas militantes con centro en Catalunya, hace hincapié en las principales campañas políticas desarrolladas.

Pelai Pagès i Blanch se ocupa del caso Nin, su asesinato, y de los debates que ello ha generado. La apertura de los archivos soviéticos ha confirmado la complicidad de los servicios de inteligencia de esa nación en el asesinato y reafirmó una vieja hipótesis tenida en cuenta desde la misma guerra civil. El autor postula que el debate historiográfico, enriquecido por nuevas fuentes, en el presente siglo oscila entre adjudicar una responsabilidad mayor a los agentes soviéticos o a los comunistas españoles y en destacar la situación política nacional o internacional como factor explicativo. Pagès se encarga de historiar las intervenciones en el debate y sentencia que debe reivindicarse el rol histórico del POUM y la complicidad del gobierno de la República de Negrin en el asesinato del militante catalán.

Javier Maestro analiza la lucha ideológica y la campaña anti-trotskista desarrollada por el PCE, desde que tal enfrentamiento surgió en la Internacional Comunista (IC) en 1926 hasta 1938. Según el autor, esta campaña, que a nivel mundial siguió determinadas líneas, en España adquirió rasgos peculiares debido a la temprana cooptación de la dirección del PCE por la IC y a las reducidas dimensiones del partido hasta 1936. Javier Maestro realiza su estudio centrándose en las publicaciones oficiales del estalinismo español.

Miquel Berga, mediante el apelativo de “ficciones con causa”, incursiona en las características literarias de George Orwell y las relaciona directamente con su experiencia como miliciano del POUM. El especialista en literatura inglesa explica que la perspectiva expresada por el escrito autobiográfico *Homenaje a Catalunya* culmina, en este análisis, con la ficción distópica de *1984*: la experiencia republicana de 1937 se configura como el hilo conductor de ambos escritos. Es decir, el autor sostiene que la experiencia española reflejada en diversos escritos de Orwell contiene un número importante de elementos que, para el lector de *1984*, han de aparecer, retrospectivamente, como ideas embrionarias que el autor adoptó e incorporó en la ficción.

Alfonso Clavería realiza un recorrido biográfico de Joaquín Maurín, su práctica militante y su obra conceptual. El autor destaca a Maurín como un teórico en la interpretación del proceso vivo, *in situ*. Sobre este mismo cuadro del movimiento obrero y la izquierda española indaga Andy Durgan. El autor se encarga, mediante el análisis de sus principales textos, de examinar la dimensión de la cuestión nacional en sus planteos. Maurín –señala Durgan–, inscripto en el ámbito del leninismo, se constituye como un perfil heterodoxo.

El libro incorpora, también, aspectos artísticos como la literatura y el cine. Así, desde un abordaje que contempla la complejidad de una etapa, la obra combate con nuevas armas, nuevas fuentes, nuevos archivos, interpretaciones historiográficas sobre el proceso general de la guerra civil que cree erróneas, puntualiza en las realizadas desde la visión republicano-negrinista, en particular proveniente del ámbito académico. Esta matriz interpretativa que, según Jordi Torren Bestit, está manifestando un relativo agotamiento por la nueva coyuntura social y cultural, es la que contrapone una dinámica antifascista con otra revolucionaria. En la revisión y en la reescritura de temáticas transitadas desde otras perspectivas, este volumen tiene un doble acierto: logra, por un lado, poner en valor un partido al cual reivindica y que quien desee comprender la historia española del siglo XX debe conocer, y, por el otro, nos proporciona un estado de la cuestión sobre los estudios de la guerra civil y la revolución. De allí su valor y su invitación a la lectura.

Matías J. Rubio (UNLu)

Instrucciones para los autores

Los autores interesados en enviar colaboraciones deben hacerlo por correo electrónico a archivosrevistadehistoria@gmail.com. Las colaboraciones deben ser originales y no estar siendo sometidas simultáneamente a evaluación en ninguna otra publicación. **Archivos** se compromete a acusar recibo de la colaboración en la semana de recepción y a comunicar la respuesta de la evaluación en un lapso no mayor a cuatro meses.

1. Extensión.

Artículos: hasta 55.000 caracteres con espacios (incluyendo las notas al pie, las referencias bibliográficas al final del texto y el resumen).

Reseñas: hasta 8.000 caracteres con espacios.

2. Formato.

Los trabajos deberán ser enviados en formato .doc, .docx o .rtf, en tamaño de hoja A4, con fuente Times New Roman tamaño 12, interlineado a espacio y medio (1,5), sin justificar. Todas las páginas deberán ser numeradas. Las reseñas se recibirán exclusivamente en español. En el caso de propuestas de artículos en otro idioma consultar previamente al Consejo editorial antes de realizar el envío.

La primera página deberá contener la siguiente información:

- a) Título en castellano
- b) Nombre del autor o los autores y su pertenencia institucional.
- c) Resumen de no más de 130 palabras y cuatro palabras clave. Ambos en castellano y en inglés.

Cualquier referencia que permita inferir el nombre del autor deberá ser eliminada del texto, con excepción de la primera página, para permitir la evaluación anónima.

3. Citas

Las citas, o reproducción de palabras de otro texto, de fuentes, etcétera, deben ir entre comillas, sin bastardillas. Si la cita es de más de tres renglones, se recomienda dejarla como párrafo aparte, sin comillas, con un blanco arriba y otro abajo.

4. Bibliografía

Las referencias bibliográficas deben indicarse siempre en el propio texto con un paréntesis que mencione el autor, año de aparición de la obra y

número de la página. No se aceptarán textos con referencias bibliográficas a pie de página.

Ejemplo: (Hobsbawm, 1989: 25-65).

Al final del trabajo se incluirán las referencias bibliográficas, con el formato: Apellido, Nombre (año de edición), Título del texto (número de volumen o tomo, si lo tuviera), Lugar de edición: Editorial. En caso de textos relevantes, se puede agregar, después del título y entre paréntesis, el año de edición original, pero referenciar bibliográficamente por la edición de consulta.

Ejemplos:

Libros (con autor individual)

Falcón, Ricardo (1984), *Los orígenes del movimiento obrero, 1857-1899*, Buenos Aires: Centro Editor de América Latina.

Marx, Karl (1987), *Trabajo asalariado y capital* (1849), Buenos Aires: Cartago.

Libros (con varios autores)

Batalha, Claudio H. M., Fernando Teixeira da Silva y Alexandre Fortes, (comps.) (2004), *Culturas de classe: identidade e diversidade na formação do operariado*, Campinas, SP: Editora da Unicamp.

Capítulo de libro:

Anderson, Perry (1984), "La historia de los partidos comunistas", en Raphael Samuel (ed.), *Historia popular y teoría socialista*, Barcelona: Crítica, pp. 150-165.

Artículo de Revista:

Aricó, José (1973), "Espontaneidad y dirección conciente en el pensamiento de Gramsci", *Pasado y Presente*, año IV (nueva serie), n° 1, Buenos Aires, pp. 87-101.

5. Evaluación

Los artículos serán evaluados en primer lugar por el comité editorial y luego enviados a por lo menos dos árbitros externos anónimos. Las reseñas serán evaluadas por el comité editorial.

